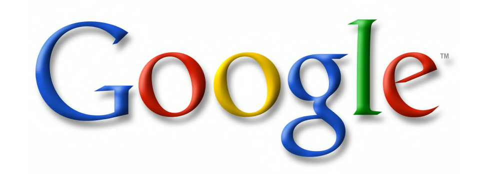
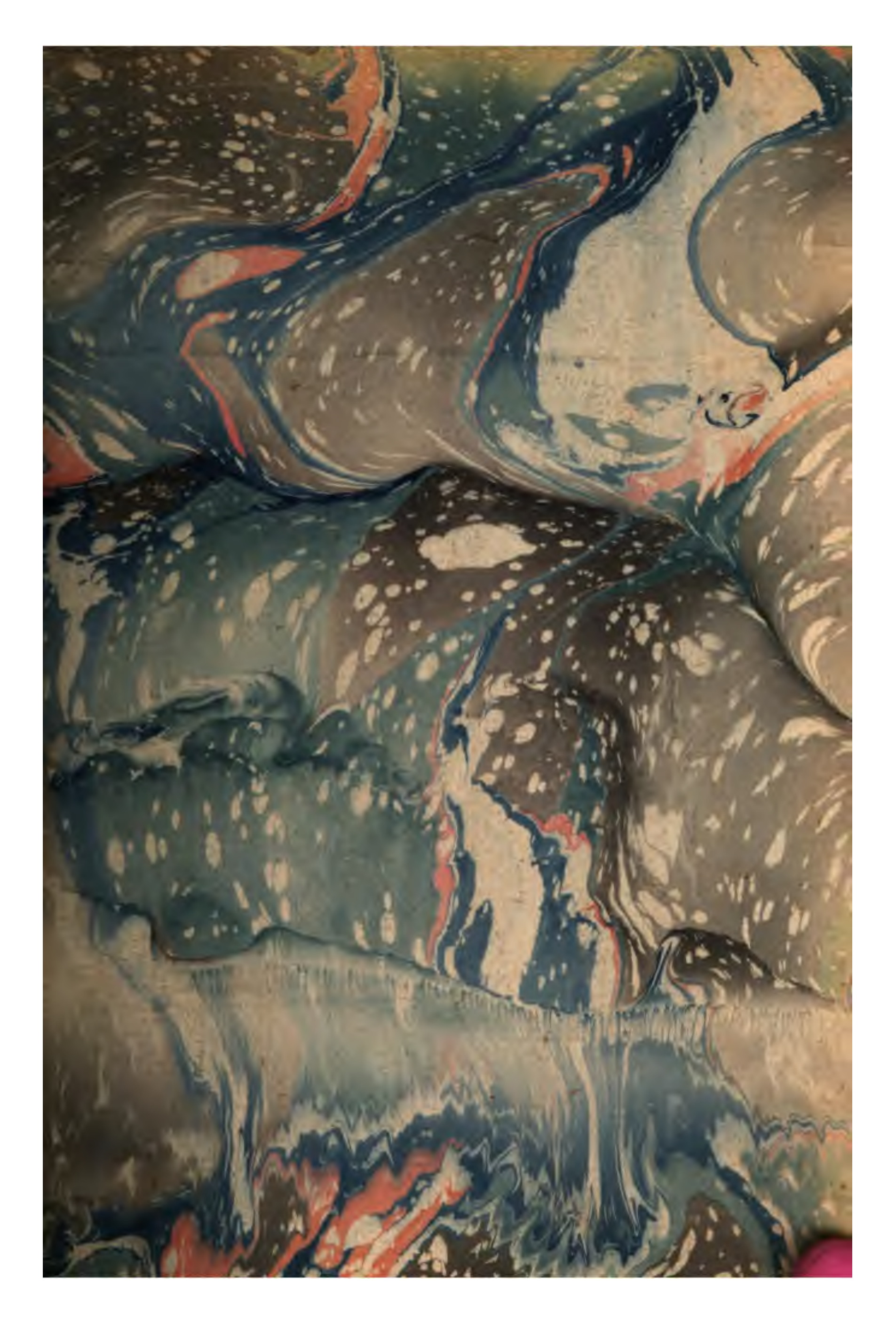




MEMORIAS

DEL

PRÍNCIPE DE LA PAZ.

CUENTA DADA

DE SU VIDA POLÍTICA

POR

DON MANUEL GODOY,

PRÍNCIPE DE LA PAZ;

Ó SEAN

MEMORIAS CRÍTICAS Y APOLOGETICAS

PARA

LA HISTORIA DEL REINADO

DEL SEÑOR D. CARLOS IV DE BORBON.

Semper ego auditor tantum? Numquam ne reponam?

TOMO IV.

MADRID:

IMPRENTA DE I. SANCHA,

calle de la Concepcion, número 7.

1837.

MEMORIAS

DEL

PRÍNCIPE DE LA PAZ.

CONTINUACION

DE LA SEGUNDA PARTE.

CAPITULO XVIII.

Año de 1804. — Plagas de aquel tiempo. — Intrigas de mis enemigos. — Hambre facticia. — Disturbios promovidos en la Vizcaya. — Elementos de rencores y discordias avivados en el Palacio en contra mia. — Cuarto del Príncipe. — Correspondencia secreta de la princesa María Antonia con su madre. — Aspecto político de la Europa. — Quejas injustas y afectadas de la Inglaterra con nuestro gabinete. — Satisfaccion que le fué dada. — Su ruptura intempestiva y alevosa con nosotros. — Nuevo encendimiento de la guerra entre las dos naciones.

Entro á referir los acontecimientos ocurridos en un año en que comenzó un nuevo cielo de trabajos é infortunios para todas las naciones, año despues

del cual no hallaré que contar sino aflicciones y dolores donde quiera que nuestra vista se vuelva, año en que dió principio y preparó sus cálices de hiel y sangre la funesta constelacion que se apesgó sobre la tierra nuevamente para castigo de los hombres; la que despues de mil estragos horrorosos y de haber trascurrido tan largo tiempo, reina y pesa todavia sobre tantos pueblos de ambos mundos. Año aquel tambien de fenómenos y prodigios que parecian ser como el prelúdio de los tremendos males venideros. Si las creencias populares de este género de anuncios pueden hallar escusa en la tiniebla espesa que oculta el porvenir á los tímidos mortales, mas que nunca debieron encontrarla en el semblante de aquel lóbrego bisiesto. Metéoros espantosos asombraban por todas partes á los pueblos, hachas de fuego, torbellinos de llama, lluvias de color de sangre, trastorno de estaciones, frios y bochornos repentinos, fetos y engendros nunca vistos, inquietud de la tierra, agitacion de sus entrañas, montañas desgajadas, poblaciones hundidas, lugares sumergidos, abismos nuevos entreabiertos... y lo que era mas que esto y menos atendido por el vulgo, crímenes y maldades no esperadas ya mas en nuestro siglo, desde la cruel matanza y exterminio de los blancos por el bárbaro Dessalines, hasta el frio y negro asesinato del duque de Enghien con que manchó su gloria el hombre de la Francia, ungido luego éste y coronado; y porque

no faltase nada á la nueva conflagracion del continente, el famoso Guillermo Pitt vuelto al timon de la Inglaterra. ¡Qué podia esperar la triste muchedumbre de los pueblos que nació para aquel tiempo.

Carestías, epidémias, terremotos y despues la guerra, fueron en aquel año memorable nuestro repartimiento de trabajos; bien venidos si hubieran sido solamente de mano divina sin que los agravase la mano de los hombres. Mientras el piadoso Cárlos IV decretaba consuelos y asistencia para sus pueblos afligidos, mis crueles enemigos, que lo eran tambien suyos los mas de ellos, buscaban modo y traza de convertir en su daño aquellas mismas plagas que su mano bienhechora trabajaba por aliviar en todas partes. A la cabeza de ellos se encontraba Escoiquiz: los tiempos se tardaban para cumplir sus esperanzas. El reinado de Cárlos IV era un martirio prolongado al ansia de influir y de mandar que devoraba aquel hombre, circunscrito á una iglesia donde vivia entre iguales. ¿De qué modo buscar el fin de aquel martirio? Pues que la muerte detenia su guadaña contra la inocente y quebrantada vida de aquel rey venerable que le era tan molesta, ¿no habria un medio á lo menos para acortar los dias de su reinado?

El inícuo habia estudiado grandemente á aquel monarca, conocia bien su índole pacífica, su nobleza de alma, la sencillez de sus deseos, su desapego de los bienes, su indiferencia por el fausto, su amor

de padre hácia sus pueblos superior al de sí mismo, su aversion al derramamiento de sangre, su horror á los tumultos y á los disturbios populares, sus afecciones interiores de familia, su cariño entrañable para con sus hijos, su amor en fin sin límites á su adorado primogénito, amor que él habia visto tan de cerca, y le constaba á vista de sus propios ojos, aunque despues, por sincerar sus deslealtades, haya querido desmentirlo; amor de tal manera, él lo sabia, que una vez persuadido Cárlos IV. de que pudiese ser un bien para sus reinos traspasar la corona á su real heredero, lo habria hecho de su grado y sin costarle ni un suspiro. ¿Quién sirvió á Cárlos IV, quién observó su vida y sus costumbres que pueda dudar de esto? Por conocerlo asi se alentó Escoiquiz á preparar muy de antemano, y á forzar y hacer venir por cualquier modo que esto fuese, aquel suceso tan posible. ¡Qué importaban los medios á este gran hijo de *Escobar* que puso en obra tantas veces su doctrina! No opinó ser traicion escamotar al padre el trono siendo para su hijo y debiendo reinar este con mejor fortuna, como él se imaginaba, bajo su inspiracion y su dictado. Loco con esta esperanza, maquinando en la oscuridad, bien servido de enemigos mios reclutados entre la escoria del palacio y de la córte, y envuelto entre mil velos, se hizo el alma y el centro de una vasta conspiracion dirigida expresamente á promover en toda España el descontento y la aversion al reinado

de Cárlos IV. En cuanto á mí, no era yo para Escoiquiz solamente un objeto preponderante de sus odios capitales, sino lo que era mas, un grande obstáculo á sus traidoras miras, no pudiendo dudar que para sorprender á Cárlos IV y arrancarle el cetro por la violencia ó por la astucia, era forzoso derrocarme á mí primeramente. La faccion tenebrosa hilaba y tejia largo en lo escondido; los emisarios de ella recorrian las provincias sin mostrar su orígen ni sus planes. Era el encargo de estos murmurar al oido con la mayor reserva, vilipendiar los hombres del gobierno, imputarles los sufrimientos y trabajos que venian de antiguo y que hacian mas sensibles y pesados las circunstancias de la Europa, representar á Cárlos IV como un rey flaco é indolente, ensalzar los talentos y las grandes prendas y virtudes del príncipe de Asturias, y proclamarme á mí como enemigo suyo declarado, como un tirano del palacio, como un visir del reino.... peor que esto todavia, como un usurpador del poder real, que empuñado por el favor, aspiraba á perpetuarlo entre mis manos por la fuerza, y tantear no menos que la corona de Castilla! Para mover los pueblos, es un medio probado en todos tiempos esforzar las mentiras mas allá de lo atroz y lo creible, porque entonces se cree todo. Y á la verdad, si entre la gente cuerda, y aun en el mismo vulgo, no era fácil hallar quien diera asenso á tan desconcertadas imposturas, quedaba siempre entre la muche-

dumbre alguna cosa de ellas, se lograban algunos tiros, se repetian las cargas, y se hacia una llamada poderosa á los que hallaban su interés en contrariar la marcha del gobierno y trastornarlo ó derribarlo. Tenia éste, y yo con él, en contra suya y mia, todos los envidiosos, que eran muchos, todos los hombres nulos de entre la multitud de pretendientes y aspirantes á los favores de la córte; los que vivian de abusos y temian las reformas que se estaban preparando; cuantos se hallaban lastimados en la Iglesia y entre sus muchos dependientes, porque se hacia servir el sobrante y lo superfluo de sus rentas á las urgencias del estado; los que temian diminucion en su fortuna, ó en su poder y su influencia, puesta que fuese mano en la mejora de las leyes; y por añadidura y por refuerzo, todos los enemigos de las luces. Aun entre los amigos de estas, contaba yo, con harta pena mia, sino por enemigos, á lo menos por descontentos, á los que ansiosos de lo bueno, sin atender las circunstancias que despues han visto y han tocado dolorosamente por sí mismos, creian que me retardaba.

A tantos elementos de oposicion y de discordia se juntaban todavia los partidarios de Inglaterra, y, lo diré tambien, los que en sentido opuesto, deslumbrados por el poder y la grandeza de la Francia, habrian querido que la España se intimase mas con ella y que tomase parte activa en sus empresas y sus glorias. ¿Se podrá creer que esta idea prevale-

ció en el clero por aquellos tiempos? Y sin embargo no era extraño: se creyó á Bonaparte emperador por derecho divino, y era mirado entonces como un restaurador de las prerrogativas y los derechos de la Iglesia. El piadoso pontífice romano fué el primero para fiar en sus palabras y sus obras: lleno asi de esperanzas eminentes por la fé católica, partió á ungir y consagrar aquel prodigio de la tierra (1).

---

(1) He aquí para muestra una pequeña parte de la alocucion del señor Pio VII en el consistorio secreto del lunes 29 de octubre de 1804 antes de partir para la Francia. Despues de un cuadro bien trazado de las ventajas obtenidas por el concordato, y de la feliz vuelta de la Francia al gremio de la Iglesia, sigue el papa de esta suerte:

»Y asi como esta tan grande y admirable obra escitó »entonces en nuestro ánimo los mas íntimos afectos de »gratitud al poderosísimo príncipe que, para perfeccionar»la por medio del concordato, empleó toda su autoridad, »asi el recuerdo de esta misma obra estimuló vivamente »nuestro ánimo para que siempre que se ofreciera una »ocasion le manifestásemos los sínceros afectos de nuestra »gratitud religiosa. Ahora pues, el mismo poderosísimo »príncipe, carísimo hijo nuestro en Cristo Napoleon, »emperador de los franceses, que por lo que hemos refe»rido es tan esclarecidamente benemérito de la religion »católica, nos ha significado que desea en gran manera »recibir la sagrada uncion y la corona imperial de nues»tra mano, á fin de que esta solemne ceremonia, sellada »con el carácter de la religion en el mas eminente grado »posible, atraiga sobre él con toda extension las bendi-

De entre tantas categorías que acabo de citar como opuestas mas ó menos al sistema del gobierno, no habia nadie que conspirase; pero aquellos que-

---

»ciones del cielo. Semejante peticion espresada en estos »términos, no solo nos ha dado por sí misma un testi»monio patente de religion y de reverencia filial á esta »Santa Sede, sino que tambien ha venido acompañada de »declaraciones positivas con que el emperador nos asegu»ra su constante voluntad de mantener y ayudar, cada »dia mas y mas, la fé santísima, á cuya reparacion en »aquellas florecientes regiones tanto ha cooperado y se »halla cooperando, haciéndonos entender que el objeto »de nuestro viage á la Francia no habrá de ser tan solo »para la ceremonia de poner la corona en su cabeza, sino »mucho mas para la utilidad de los grandes negocios de »la Iglesia que deberán tratarse entre nos y él mismo, con »resultas felicísimas para los progresos de la religion y »para el bien de los pueblos católicos, etc., etc.»

A estos sinceros y candorosos sentimientos del padre de los fieles, se juntaban al propio tiempo las altas alabanzas y los aplausos y homenages del clero galicano al fundador del nuevo imperio, de aquella misma clerecia que mostró tanta fuerza y entereza en los dias de la república. De entre aquellos ministros y prelados, unos lo proclamaban el Moisés llamado nuevamente del Egipto, otros el nuevo Matathias enviado por el Señor á la asamblea del pueblo, estos el nuevo Ciro, aquellos el Josias que abolió la impiedad, otros el gran Nehemias de nuestro tiempo. El arzobispo de Paris decia en su pastoral á los fieles de su diócesis: «Jamás la religion ha resplande»cido con mas lustre que en esta memorable circunstan»cia: cuanto hay mas elevado sobre la tierra concurrirá »para su triunfo. Nuestro soberano, de acuerdo con el

josos concurrieron, sin saberlo, á los designios de la faccion secreta. Escoiquiz lo entendia perfectamente: bastaba enzizañar por todas partes y acalorar el descontento (1). De unos en otros, en un tiempo en que las circunstancias de la Europa hacian que ningun pueblo en toda ella se encontrase

---

»sumo pontífice, quiere postrarse ante el santuario y ha»cerle homenage de su poder y de su gloria: en su piedad »ha deseado y ha querido recibir la corona del rey de los »reyes, y consagrar su autoridad humillándose á los pies »del que reparte los imperios y por quien reinan los mo»narcas.» El arzobispo de Turin decia estas frases: «Se »acabaron las abstracciones de una vana filosofia, termi»nó, su dominio, y comenzó el imperio del que Dios ha »elegido segun su corazon para el gobierno de los hom»bres.» Y el célebre Fontanes, arengando á Pio VII, hablaba de esta suerte: «De hoy ya mas acabaron de ser »rivales al sacerdocio y el imperio: ambos á dos estan »ya unidos para rechazar las doctrinas que habian ame»nazado la subversion entera de la Europa.»

He aquí pues, los que no vieron sino estos grandes lienzos de teatro, se imaginaron ya acabada la revolucion francesa. No era extraño que en el clero de todas las naciones luciese esta esperanza; pero la convencion rugiendo y blasfemando sin ningun rebozo, fué menos peligrosa que el nuevo emperador ungiendo su cabeza y prometiendo paz y bienes á la tierra.

(1) Uno de aquellos que sirvieron mas largamente á la faccion, sin saberlo ni pensarlo, fué el ministro Caballero persiguiendo las luces, intimidando á Cárlos IV, oponiéndose á las reformas y desconceptuando al gobierno por las inconsecuencias y oscilaciones que causaba en su marcha la parte que él tenia en el mando. Su conducta

dichoso, ninguna cosa era mas fácil que mover entre el pueblo la inquietud y el disgusto, y envenenar la opinion pública: la malevolencia puede mucho cuando aquel padece, sea cual fuere la causa de que procedan sus trabajos. En verdad no era poco precaver, disminuir ó consolar los males que venian de afuera, y los que el cielo á mas nos enviaba tan copiosos: los pueblos desean mas; quieren tambien los bienes aguardados con impaciencia. De los males de que son librados, y del impedimento de los bienes que desean, pocas veces tienen cuenta, ni aun lo saben. Si en las calamidades generales hay quien mueva las plebes, nada mas peligroso en tales casos á quien tiene el poder como su permanencia en las alturas del gobierno: todos los

---

producia un doble efecto. Los que odiaban las reformas, se apoyaban en su poder y adquirian mayor fuerza; los que las deseaban, no pudiendo concebir hasta que punto contrariaba Caballero mi influencia, me acusaban de veleidoso y de inconstante en mis principios, y perdian la esperanza de lograr por mi mano las mejoras deseadas. Habia de muy antiguo en nuestra córte una máxima heredada, de que el mismo Cárlos IV no supo preservarse, que era mantener en el gobierno cierta especie de oposicion para impedir que el poder se acumulase en una sola mano y que por esta causa se hiciese peligroso. Aquel buen rey vió, harto tarde, en Aranjuez, los efectos de esta máxima; Caballero no creyó entonces que era faltar á Cárlos IV el agregarse á mis contrarios para ayudar á despeñarme en el tumulto de las armas.

males que se sufren, hasta los mas irremediables, hasta los males físicos, mueven en contra suya la prevencion y el descontento. Se desean las mudanzas de las personas que gobiernan, como desea el enfermo el cambio de sus médicos. ¡Cuántas veces no dije yo estas cosas y las espuse vivamente á Cárlos IV para que me diera libertad de retirarme! De todas partes me escribian: «Se multiplican los ma»lévolos, se trabaja en lo oculto por mover contra »V. el odio de los pueblos, la calumnia se esparce »sutilmente; fuerza es tomar medidas vigorosas.» —Yo no acepté jamas estos consejos. Retirarme no me era dado, el rey me lo impedia; bien puede creerseme. Organizar el espionage y sostenerme persiguiendo no estaba en mis ideas: obrar rectamente y someterme á los destinos fué toda mi política. Muchos han censurado mi conducta de flaqueza..., nó, en verdad..., no fué flaqueza esta conducta; pudo ser una falta, temeridad mas bien de un sentimiento noble del cual no me arrepiento. A quien viniese en pos de mí, no quise yo dejarle ya montado el bárbaro sistema de mandar y hacerse respetar con las cadenas y el azote. Esta deshonra y esta marca se ha quedado para mis feroces enemigos.

He aquí pues; volviendo al hilo de la historia, un grande ensayo que probaron estos para alterar el reino, atacar el gobierno, comprometerme con los pueblos si las armas eran empleadas para contener los alborotos, asombrar á Cárlos IV y arrancar-

le la abdicacion de su corona. Se hallaba el reino trabajado por la carestía de granos, triste efecto de la escasez de las cosechas de aquel año y los dos años anteriores. De la carestía á una hambre no es larga la distancia, y mucho menos la del hambre á las sublevaciones y tumultos. «Promovamos un hambre» fué el consejo y el acuerdo de la faccion malvada. Este designio atroz anduvo cerca de cumplirse.

Mas atrás hablé ya de las largas medidas que adoptó el gobierno un año antes para hacer frente á la penuria que amenazaba al reino. A estas medidas generales se añadieron las del consejo de Castilla, en cuya atribucion se hallaba especialmente para tales casos el cuidado de la anona. Abiertos nuestros puertos y nuestras ensenadas y bahías por todas partes á los granos extrangeros, con entera exencion de derechos á su entrada y en su paso para las provincias, á mayor abundamiento fueron decretados premios y favores especiales á los que concurriesen al surtido. Se obtuvo ademas un pase del gobierno inglés para todas las banderas, de quien quiera que fuesen los navíos, que nos trajesen granos. Y aun asi, por no dejar ninguna cosa á la aventura, libres como se hallaron y quedaron toda suerte de individuos para hacer importaciones por su cuenta, formó el consejo entre los comerciantes de Madrid una empresa nacional y patriótica que importase tambien granos en cantidad indefinida y

formase depósitos á la redonda de todas las provincias, puesto el precio bajo la inspeccion del mismo tribunal, por coste y costas de toda especie, sin otro beneficio que el derecho de una prudente y moderada comision á juicio del consejo. A los ayuntamientos de los pueblos en favor de los cuales se acometió esta empresa, se les facilitó el que hiciesen de ella sus acopios, y se les ensancharon los arbitrios y los medios de pagarlos (1). Calculadas las existencias del pais por los presupuestos fidedignos que tenia el consejo, las entradas en nuestros puertos y el nuevo suplemento que debia añadir la compañía formada, el hambre era imposible, y el precio de los granos debia bajar en breve tiempo.

Pero el arte y la astucia de los que trabajaban en contrario con sus perversos fines, desconcertó todos los cálculos. Tal fué la ocultacion de granos que se hizo en todas partes aun en las mismas cillas decimales, tal el juego y el manejo de los monopolistas, atravesadores y logreros concertado en todo el reino, tal la mala fé, los engaños y las trazas con que los cargamentos extrangeros eran quitados de las manos sin saberse mas su paradero, tal el descrédito esparcido contra las previsiones y medidas del consejo, contra la compañía de negociantes, so-

---

(1) El pormenor de estas medidas se encuentra extensamente en la circular del consejo de 28 de julio de 1804.

bre la calidad del trigo que estos habian traido, sobre supuestos robos de conductas en sus tránsitos á lo interior de las provincias, sobre llegada pronta de convoyes cuyos precios serian mas bajos y otras especies á este modo, tal en fin, por causa de estas intrigas y estas voces, la desidia y la flojedad de un gran número de ayuntamientos en hacer las provisiones de sus pueblos, que llegado el aprieto en muchas partes casi de faltar ya el surtido cotidiano para el panadeo, subió el trigo en varios puntos al asombroso precio de cuatrocientos reales la fanega. La afliccion fué general; pero los pueblos sabian bien que aquel gran mal no era la culpa del gobierno. Se quejaba tan solamente de la maldad de los logreros, ignorando del mismo modo que el gobierno, que un pensamiento oculto y manos escondidas favorecian la accion de los logreros, logreras ellas mismas.

En tan duras circunstancias el conde de Montarco, gobernador entonces del consejo, subió á informar al rey y á sus ministros de estas grandes maldades, atribuidas por entonces solamente á la avaricia. Pidió que se enviasen comisarios régios á todas las provincias, que reasumiesen estos las jurisdicciones de las localidades respectivas, visitasen los pueblos, residenciasen las justicias, removiesen de sus destinos á todos los individuos sospechosos ó culpables, inquiriesen y pesquisasen contra los detentadores de los granos, descubriesen las existencias, comisasen

cuanto fuese hallado en trasgresiones de los decretos del consejo, entendiesen en el surtido de los pueblos con facultades absolutas, y aterrasen á los logreros con castigos ejemplares.

El rey mandó llamarme: lento siempre para los rigores, quiso oirme. Mi opinion fué contraria á la adopcion de aquellos medios, y mis razones fueron estas: «Toda medida extraordinaria de pes»quisas y de aparatos judiciales podrá aumentar el »mal aumentando las aprehensiones de un hambre »que no existe, y lo que es mas disminuyendo la »gran masa de existencias que pueda estar oculta; »porque los poseedores, ciertos de perderlas si estas »son halladas, de perder tambien su honor con ellas »y de sufrir encima los castigos que les deban ser »impuestos, las ocultarán con mas empeño, ó lle»garán tal vez á destruirlas sino encuentran otro »medio de salvarse. Buscar denunciadores y ofrecer»les premio, es abrir un triste campo á la inmora»lidad de las personas y poner en tentacion las vir»tudes tan necesarias en el órden doméstico: ¿quién »podria denunciar sino parientes, deudos, amigos »ó criados de los detentadores? De extraños y ene»migos es bien cierto que se habrán guardado. Aun »pasando por cima de esto, y dado que se logre »descubrir alguna parte de los granos escondidos, »la irritacion que surgiria en la muchedumbre »contra los detentadores, podria causar violencias y »atentados contra las personas, inconveniente gran-

»de, necesario en gran manera de impedirse para »evitar que venga la anarquía tras los procedi»mientos judiciales, y que pensando dar ayuda á »la justicia, las turbas populares desordenen su ac»cion y comprometan su respeto. A esto podria aña»dirse otro nuevo embarazo en el gobierno, cual »lo seria en mi juicio haber de castigar á tantos de»lincuentes que podrán hallarse, y delincuentes »muchos de ellos, cuya difamacion produciria tal »vez mas daño que la impunidad de su conducta: »ninguno dudará que llevándose á efecto las pes»quisas, no se encuentren comprometidos indivi»duos y cuerpos respetables aun en lo mas sagrado. »Una vez descubierto, si el mal no se castiga, »adios la fuerza y el respeto del gobierno para en »adelante y para siempre. Yo concibo perfectamen»te, que en una extremidad, para salvar al pueblo »de los horrores de una hambre, se deberian cerrar »los ojos sobre los inconvenientes que he indicado; »pero tal extremidad no creo que haya llegado, ma»yormente si hay un medio, como creo que existe, »para ocurrir al mal, hacerles vomitar á los deten»tadores de los granos hasta la postrer fanega de su »acopio, y dar castigo á su codicia sin emplear ni »un solo esbirro. Tal asunto en mi manera de pen»sar, debe ser tratado como una lucha de mercado, »promoviendo la concurrencia de tal modo que su»cumban. Las provisiones hechas hasta ahora en »nuestros puertos habian cubierto en todas partes

»los presupuestos del consejo, y habrian bastado »ciertamente sin la avaricia y los manejos de los »monopolistas y sin la funesta inercia que han te»nido los concejos. En la direccion de este asunto »no ha habido falta, sino sobra de parte del conse»jo, sobra de buena fé y de confianza en el celo de »las justicias, cuyos miembros, ó pudientes ó su»misos á los pudientes de los pueblos, el bien pro»comunal lo sujetan al suyo. Proveamos de tal ma»nera, bajo de tales basas y conciertos, y auxiliados »de tales manos fieles y escrupulosas, que una nue»va provision no sea fallida, y que á la vista de ella, »presintiendo su ruina los logreros, se entreguen ó »perezcan. De Francia puede ser traida en poco »tiempo tanta cantidad de granos cuanta se necesite »para desbaratar el monopolio: la introduccion de»berá hacerse no solo en nuestros puertos, sino tam»bien en lo interior bajo contratas especiales, y »prodigando sobre esto los avisos y carteles de modo »que se calme de una parte la anxiedad de los »pueblos, y de la otra desfallezca el egoismo y la »codicia.»

Todos, á excepcion tan solo del ministro Caballero, convinieron en mis ideas. Yo pedí un corto espacio para probar á realizarlas, y el rey me autorizó con plenitud de facultades.

Se hallaba entonces en la córte un hombre largamente conocido por su especialidad en punto á provisiones, el famoso M. Ouvrard, de quien no es

mi cuenta ahora ni defender ni censurar los actos de su vida que han dado tanto pasto á la celebridad en pro y en contra suya. Yo hablé con él de aquel apuro en que se hallaba el reino, y á la primera insinuacion que yo le hice, se ofreció á servirnos «con igual lealtad y prontitud, me dijo, con que »dos años antes, hallándose la Francia aun en ma»yor penuria, habia acudido á la república.» Convenidas las bases del contrato que yo ansiaba, le envié á la junta del consejo de Castilla que entendia en la anona. Obligóse allí á surtir el reino segun y como fuese necesario, á arbitrio de la misma junta, hasta la cantidad de dos millones de quintales en especies cereales, de trigo mayormente, buena calidad en todo, debiéndolas poner en nuestros puertos y darles direccion en lo interior á todos los mercados donde quiera que conviniese, facilitados los bagages por cuenta de los pueblos bajo la inspeccion de comisarios que gozasen la confianza de la una y otra parte. Los precios fueron hechos á ochenta y ocho reales el quintal de trigo, de selecta calidad, entregado en nuestros puertos, y en proporcion debida las demas especies, salvo solo añadir á aquel valor el derecho de extraccion que podria imponerse por la Francia. El nuevo emperador no fué nada generoso, y cargó en cuatro francos cada quintal de trigo. De esta suerte subió el precio, con poca diferencia á ciento y cuatro reales. Pero en España se pagaba entonces, donde menos, á doscientos

reales la fanega; y en algunas partes, como dije antes, se pagaba el duplo.

Dada publicidad á aquel contrato, interesadas con Ouvrard, como estaba siempre en su política, gentes y negociantes del pais de su completa confianza, y no quedando duda á nadie del concierto hecho, ni esperanza de contrariarlo ó defraudarle, aun antes que llegase ningun barco del surtido de Ouvrard, comenzó á verse trigo en los mercados como por encanto, y los aprisionados granos salieron poco á poco de su encierro, temerosos y chorreados los primeros dias; despues como una lluvia. Los precios descendieron sucesivamente hasta sesenta reales el del trigo, cuarenta el del centeno, y el del maiz á treinta. De los atravesadores y logreros quedaron muchos arruinados: los demas detenedores sufrieron grandes pérdidas, obligados como se hallaron los mas de ellos á vender por debajo de los precios ordinarios de otras veces. Todo esto se logró sin persecuciones ni procesos.

¿Cometí yo un error en impedirlos? ¿Procesando á millares de individuos, se hubiera descubierto que hubo designios especiales y un proyecto político para causar disturbios? Mas no se tuvo ni aun sospecha de esta alevosa infamia, ni se habria jamás sabido. Fomentado secretamente el monopolio por los medios ordinarios, los que procuraban producir un hambre y ocasionar los alborotos, no decian á nadie su secreto. Años despues, algunos impruden-

tes, cuando todo fue caido, se jactaron de esta hazaña. Yo no la supe sino en Roma.

Aun hubo mas en aquel año. Obra de aquel partido fué tambien el movimiento sedicioso que se mostró en Vizcaya. El tiro era directo en contra mia: el pretexto mas general de aquella turbacion facticia y sin raices, fueron las desventajas que pretendian sufrir los de Bilbao por aquella misma obra que tan aplaudida fué en un principio, el nuevo puerto de *la Paz* que se abrió á los Vizcainos en Avando, como la junta general del señorío lo habia solicitado y conseguido por influjo mio hacía dos años, empresa que tomé bajo mi amparo, y por la cual agradecida la misma junta general le dió aquel nombre. ¿Quién cambió las ideas? ¿Quién alteró los ánimos? No fue dado saberlo en aquel tiempo: ninguno dió la cara; los mismos Bilbainos estaban divididos unos en pro y otros en contra del gobierno; un gran número de reos y de testigos preguntados, ni aun sabian dar razon de los motivos que causaron aquel alarde sedicioso, en que los mas entraron como máquinas, creyendo vagamente algunos de ellos que se trataba de sus fueros. Y asi fué, que en pocos dias, la presencia tan solo de un corto número de tropas que fueron enviadas con un ministro del consejo, puso fin á los disturbios (1). Los

(1) Restablecido el órden, y salvado que hubo sido el respeto del gobierno, me opuse con vigor á que se rea-

hombres de Aranjuez se alabaron tambien mas adelante de haber urdido aquella trama con solo el fin de derribarme.

A estos graves disgustos y cuidados de aquel tiempo que apenaban mi corazon de tantos modos, se juntaba la guerra de palacio. Allí, allí era el gran teatro en donde Escoiquiz y los suyos trabajaban sin ningun descanso, allí la batería que tenian levantada donde podian herir sin ser heridos, allí el asilo que buscaron para lograr la impunidad de sus traiciones en cualquier evento. La enemistad del príncipe para conmigo no era ya un misterio para nadie. Trabajaba el maestro en contra mia, y trabajaba aun mas la reina Carolina; desde Nápoles, por medio de su hija. El maestro ahondaba y remachaba en el espíritu del príncipe la idea fija que le habia embutido de que yo aspiraba al trono. Mi consejo dado al rey de que enviase tres infantes para guardar la América fué pintado á Fernando como un indicio cierto de que yo intentaba dispersar la real familia para atacarle asi mas facilmente, con

---

lizase la contribucion de guerra que el ministro Caballero mandó imponer sobre Bilbao para pagar las tropas. Bien sabido fué esto entonces, y aun vive el digno consejero don Francisco Duran que entendió en aquel negocio, y á quien constaron mis oficios en favor de Bilbao; pero Caballero, en aquella ocasion, como tantas otras veces prevaleció contra mis ruegos y deseos, y era yo generalísimo !

designio tal vez (mi mano tiembla al escribirlo) de atentar no menos que á su vida. De esta impresion terrible sobre el alma de aquel príncipe, ¿qué podia esperarse? Yo le disculpo ciertamente de haberme odiado tanto (1). La princesa por otro lado, afec-

---

(1) Cuando Escoiquiz en su Idea sencilla (capitulo I) trató de sincerar su inexcusable traicion de buscar un punto de apoyo para el hijo contra su propio padre en el emperador de los franceses, derramándose invectivas contra mí, escribió de esta suerte: «Despertó con su ambi»cion desenfrenada en todos los españoles, y *particular»mente en el principe de Asturias, la justa sospecha* de »que aspiraba al trono: lo que obligó á S. A. privado »como estaba de todo otro apoyo, á encargarme que me »valiese de todos los medios posibles para precaver tama»ño atentado, etc.» Traigo á cuenta este lugar con el solo objeto de hacer ver quien fué el que encendió aquella guerra, ó llámese discordia, del palacio. Ciertamente no fuí yo quien hizo concebir al príncipe de Asturias tan horrible desbarato en contra mia, ni en mis actos hubo nunca cosa alguna en que poder fundarlo. Yo no temo preguntar á los que existen de aquel tiempo, si hubo alguien, ni aun de mediano juicio, en quien naciese ó se excitase tal sospecha. Me pudieron tener por ambicioso de poder y de honores extremados, los que no vieron los adentros de las cosas, ni aquel empeño porfiado que tuvo Cárlos IV de amarrarme á los negocios; pero que yo aspirase al trono era una idea de tal manera absurda, tan inaudita en los anales de la España, tan desnuda de fundamento, é imposible de tal manera de mi parte, ó de cualquier otro vasallo, entre españoles, que ninguno ha dado asenso á tan atroz calumnia ni aun despues de propalada por Escoiquiz. Tampoco habrá quien crea que se

tada de igual temor, y temor de una esposa, tan prevenida y preparada en daño mio como ya venia de Nápoles contra mi influjo y mi política, atizaba mas y mas aquel fuego de discordia y empedernia los odios. Para mayor trabajo del gobierno y de la España, tomando siempre parte en la política, y aguijada continuamente por su madre para que la

---

engendró naturalmente tal idea en el alma del príncipe: ni en su carácter, ni en su edad tan jóven cabia tal suspicacia. Necesario fué por tanto que alguien se la inspirase, y que esta inspiracion procediese de un hombre como Escoiquiz á quien estaba acostumbrado á escuchar como un oráculo. Y si Escoiquiz no la inspiró por sus propias palabras, no se podrá negar al menos que acaloró esta idea y le dió gran fomento, puesto que llamó *justa* tal sospecha, y que en fuerza de ella, puesto de perfecto acuerdo con su real discípulo, nos refiere que *se encargó por todos los medios posibles, de precaver un atentado tan enorme*. He aquí pues el grande orígen y la piedra fundamental de lo que se ha llamado la discordia del palacio. ¿Se necesitaba alguna cosa mas para excitarla? ¡La sucesion de un trono puesta en duda á un heredero, junto á esto la triste idea de que le aborrecian sus padres, y que amparaban á un vasallo capaz de tan gran crímen! ¿Quién habrá despues de esto que repita que yo encendí la guerra entre los padres y entre el hijo! De mi parte estaba solamente retirarme, y el no hacerlo habria sido ciertamente una gran falta, si el retirarme hubiese estado en mi albedrio. Lejos de permitírmelo, me cargó Cárlos IV de favores nuevos, recibidos por mí y ostentados á la fuerza, con prevision mia y ciencia cierta de mi ruina. Yo hablaré de esto muchas veces.

orientase en los secretos de la nuestra, perecia por especies y noticias y las buscaba ansiosamente entre sus confidentes del palacio, damas y capellanes los mas de ellos, y otros aun mas oscuros é ignorantes, sirvientes ó faráutes de las oficinas del despacho, afiliados los mas de ellos á la faccion de Escoiquiz. Bueno ó malo, cuanto le decian (malo siempre para sus deseos de nuestra union con la Inglaterra en contra de la Francia) todo lo escribia á su madre, y ésta lo hacia llegar al ministro inglés en Nápoles. Esté manejo indisculpable influyó en gran manera sobre el rompimiento de Inglaterra con nosotros, de que se sigue hablar ahora.

Nadie ignora cual fué el estado de la Europa en aquel año. Un silencio de observacion en que tenia tambien su parte el temor general de aventurarse en nuevas guerras, mantenia inmoble el continente. La Inglaterra, sola todavía en su nueva lucha con la Francia, trabajaba casi en vano por moverlo. Estaba atento todo el mundo á la grande trasformacion del gobierno de la Francia, y no faltaba quien creyese entre los potentados de la Europa, que asegurados por la fundacion del nuevo imperio los principios monárquicos, y satisfecha la ambicion de Bonaparte, llegado al colmo de su gloria, dejaría ya en reposo á las demas naciones sin caminar mas lejos: salvo la Rusia y la Suecia, todas las demas potencias de la Europa parecian resignadas á lo que estaba ya cumplido. Y aun mirada á buena luz la

conducta del Moscovita con el nuevo emperador de los franceses, mas que hóstil se mostró amiga. Oficio de amistad fué aconsejarle, que llevados á efecto los tratados anteriores, diese á la Europa una gran prueba de templanza y de justicia, respetando la neutralidad de la Alemania, libertando al rey de Nápoles del peso de los ejércitos franceses, é indemnizando al de Cerdeña. Desatendida esta propuesta, retiró Alejandro su enviado. Napoleon retiró el suyo algo mas tarde, pero sin declararse el rompimiento entre las dos potencias, ni cuajarse todavía la nueva coalicion por que tanto se afanaba la Inglaterra. La Suecia solamente, casi ya al fin del año ajustó con ella una alianza. El nuevo emperador fué saludado por los demas monarcas, y aun el Austria y la Prusia, al menos por entonces, parecian estrechar sus relaciones con la Francia. ¿Qué faltó á Bonaparte para afirmar aquel imperio que nació ya gigante, y hacer feliz al pueblo que le elevó tan alto, sino un sistema bien seguido, mejor diré, empezado y proseguido en adelante, de moderacion y de cordura con las demas naciones, de respeto al derecho ageno? ¿Por ventura no pudo ser de esta manera el árbitro del mundo mejor que con las armas?

Tal vez lo pensó asi por un momento. Su invitacion de paz á la Inglaterra en dos de enero del siguiente año pudo ser sincera. Pocos dias antes, abriendo la sesion de la cámara legislativa, dejó es-

capar estas palabras: «No es mi ánimo extender mas »el territorio de la Francia, sino mantener su inte»gridad cómo se encuentra. — Tampoco tengo la in»tencion de hacer mayor mi influjo en los negocios »de la Europa, sino de conservar el que he adqui»rido. — De hoy ya mas ningun estado nuevo se in»corporará al imperio; pero no consentiré que sean »deshechos nuestros vínculos con los estados que he »creado.» — Y en su carta al monarca inglés se encontraban estotras frases: «No creo yo comprome»ter mi honor dando los primeros pasos para ha»cer cesar la guerra. Probado tengo al mundo que »nunca la he temido, pero la paz es el voto de mi »corazon mucho mas que la gloria. — No hay cir»cunstancia ni momento mas favorable para impo»ner silencio á las pasiones.... Perdido este momen»to, ¿cuál será el plazo de una guerra á que mis »propios ruegos no habrian bastado á poner térmi»no? — El mundo es bien grande para que no pue»dan prosperar las dos naciones sin dañarse.... la ra»zon tendrá sobrado poder para conciliar toda suer»te de diferencias, siempre que de entrambas par»tes se quisiere terminarlas.»

Cualquiera otro ministro que no hubiese sido M. Pitt, hubiera puesto á prueba en aquel caso la buena ó mala fé del emperador de los franceses, oyendo sus propuestas. La Inglaterra y el continente todo de la Europa hubieran visto entonces lo que habia de real ó mentiroso en sus palabras: lo

que era aun mas, la Francia misma lo podria haber juzgado y saber bien á que atenerse sobre sus promesas. Pero al amor de su pais tan exclusivo juntaba M. Pitt aquel odio capital é inexorable en contra de la Francia que le comia su espíritu y era en él una herencia y un sistema. ¡Triste Europa entre dos hombres á las garras, cual un Pitt y un Bonaparte, cuya lid debia arrastrar del uno ó el otro lado todas las demas naciones!

Cuando Pitt volvió á su antiguo puesto, ví el fin de nuestra paz, á tan duras penas mantenida cuando volvieron á enredarse la Francia y la Inglaterra. Durante el tiempo de M. Adington nuestra neutralidad fué respetada por el gobierno inglés con verdadera lealtad. Napoleon la respetó del mismo modo. Ambas á dos potencias mostraban interes en conservarla. Llegado M. Pitt, su política fué la misma y aun mas dura que en la guerra con la república. Tendió la vista sobre los pueblos de la Europa, calculó bien los elementos de disgusto y de inquietud que estaban encerrados en los ánimos, estudió cada cual de los lugares donde podrian soltarse con mayor facilidad y con mas fuerza; y maduras ó no las circunstancias, se resolvió á forzarlas y á sacrificarlo todo á sus ideas y empeños. España sobre todo fué el lugar donde ansió con mas codicia levantar el campo de la guerra y asentar los reales de los egércitos británicos. No olvidado de los quebrantos y derrotas padecidos otras veces en

las llanuras de la Flandes, queria mejor un pais servido á la ronda por dos mares, y cuyas posiciones y defensas naturales, facilitando el triunfo, ofreciesen al mismo tiempo refugios ciertos y seguros contra los desastres. Libertar á su patria de los riesgos de la invasion de que se hallaba amenazada y endosárnoslos á nosotros, pelear en casa agena y hacer la suya incólume, tales eran en puridad sus pretensiones con la España. En cambio de esto nos brindaba con un pedazo de la Francia en el gran dia que él meditaba del banquete.

De igual modo trabajaba M. Pitt en Alemania, en Rusía, en la Suecia, en Dinamarca, en Nápoles, en la Turquía, y aun en los mismos pueblos de la Italia; en la Suiza y en la Holanda, que se hallaban mas ó menos bajo el yugo de la Francia: en estos con mayor recato. En verdad que habria sido una gran obra y una redencion feliz de los trabajos de que el tiempo estaba en cinta, si la Europa toda, de un acuerdo y un mismo pensamiento generoso, se hubiera coligado para poner á raya la ambicion de Bonaparte ó derrocarlo, y que en tiempo oportuno, en un principio, hubiese practicado lo que al cabo de diez años de escarmientos y desastres horrorosos, realizó con tantas penas y combates; pero tal acuerdo no era dable sino en vista y evidencia del comun peligro, cuando todos los intereses de la Europa se hallasen comprometidos igualmente, y el desengaño fuese igual de que amigos y enemigos no

tenian que esperar nada, y sí temerlo todo del hombre de la Francia. Mientras tanto debia guardarse cada uno de dar un golpe en falso, y era sabiduría y necesidad sortear aquella fiera y aguardar mejor tiempo; tiempo que debia llegar forzosamente, si el nuevo emperador de los franceses venia á caer en la demencia de hacer vasallos suyos á los demas reyes de la Europa. Tal fué el tema de mi política, no una política de miedo ó servidumbre, como tantos han dicho, sino de prudencia y de reserva. Pelear sin que el honor y la defensa de la pátria lo exigiese instantemente, en circunstancias tan inciertas y difíciles, pelear á la aventura, y esto por interés de la Inglaterra solamente, tan poco amiga nuestra en aquel tiempo, con tantos desengaños, propios nuestros y agenos, con los recuerdos vivos todavía de su alianza con nosotros en la guerra con la república, no cabia en mi cabeza ni en la de nadie, ni la España queria tal guerra en aquel tiempo.

No una vez sino muchas probó á inducirme á ella el enviado extraordinario que era entonces de Inglaterra M. Hookham Frere. Contaré aquí tan solo alguna parte de mi postrera conferencia con aquel ministro, si no me engaña mi memoria, por el mes de agosto, en el real sitio de San Ildefonso. Despues de explicaciones generales de su parte y de la mia, sobre el estado de la Europa, preguntéle yo, entre muchas cosas, «si puesto el caso, para mí

»increíble, de que Cárlos IV, sin motivos especiales,
»consintiese á quebrar su paz con el emperador de
»los franceses, podria contar la España con las tro-
»pas auxiliares que ofrecia la Inglaterra, para ser-
»vir enteramente bajo nuestro mando como una
»parte del ejército, y obligadas á perecer ó á triun-
»far con nosotros.»

A esta pregunta no esperada, respondió M. Frere: «La Inglaterra no limita nunca bajo mando »ageno, ni compromete á sus soldados mas allá de »lo que es justo y razonable; pero el número de »tropas que enviaria á la Península, su disciplina, »y los excelentes gefes que les serian dados, responderian del buen suceso de esta grande empresa.»

—«Mas su número, repuse yo, su disciplina y »sus gefes tan beneméritos, sucumbieron ya otras »veces; y ni la Italia, ni Alemania, ni la Holanda »evitaron con su asistencia los triunfos de la Fran»cia.»

—«Los esfuerzos de la Inglaterra y de los alia»dos que se está adquiriendo, contestó M. Frere, »serán mucho mayores en la ocasion presente.»

—«Pero los medios de la Francia, repliqué, son »tambien mucho mas grandes en el dia que en los »de la república, y ademas está unida cual no lo »estaba entonces.»

—«¿Quién entró en ninguna guerra, repuso M. »Frere, á ciencia cierta de triunfar en ella? Pero »de cualquier modo que vengan los sucesos, esté V.

»cierto de una cosa, de que el gobierno inglés no »dejará las armas sin haber vencido.»

—«¿Y la Inglaterra estará cierta, pregunté yo »entonces, de que podrán pensar y obrar del mismo »modo sus demas aliados?

—«Si tuvieren quebrantos, dijo M. Frere, por »necesidad, por desquite, por reparar sus pérdidas, »se unirán con mas fuerza á la Inglaterra y halla»rán auxilios nuevos. Nuestros medios y recursos »son inmensos.»

—«¿Mas qué hará la Inglaterra, añadí yo, si en»tre sus aliados sucumbiese alguno enteramente?»

—«Le diria que sufriese, respondió M. Frere, y »aguardase mejor tiempo. Muchos estan sufriendo »todavia por los reveses de las primeras coaliciones: »para reparar tantos males y restablecer el equili»brio de la Europa es la tercera que buscamos; la »Inglaterra no olvida ni desampara á sus amigos. En »cuanto á España, bien asistida por nosotros, yo »tendria por imposible que sucumba; mas si impo»sible, cual lo creo, sucediese tal desgracia, si lle»gara una extremidad, que á todo mal venir las co»sas, no seria sino instantánea, ¿le faltarian á V. re»cursos para soportarla y un corazon magnánimo? »¿Cercano de la Francia, se encuentra V. despreve»nido? En tan terrible vecindad son muy pocos los »que hoy mandan ó gobiernan, que no pongan al »seguro sus caudales en el sagrado de mi patria. »Si V. no tiene fondos para resistir allí cualquiera

»contratiempo que viniese, la Inglaterra podria ha-
»cérselos.»

—«Señor Frere, le contesté haciendo un grande »esfuerzo para reprimirme; mi fortuna en bien ó en »mal la tengo unida con la fortuna de mi patria. »Yo estaria cierto de agraviarla, si pudiera poner »aparte y dividir mis intereses de los de ella. Yo no »tengo ningunos fondos, ni en el banco de Inglater- »ra, ni en otra parte alguna, ni reconozco mas sa- »grado que la España.... En cuanto á lo demas, yo »no quisiera haberlo oido.... todas las Grandes In- »dias que posee la Inglaterra, no serian bastantes »para comprar á un español, cualquiera que este »fuese, á quien el rey habria fiado la defensa de su »corona y la existencia de sus pueblos.»

—«Pero yo he puesto un imposible, un caso que »no es dable y un extremo no esperado,» replicó M. Frere con la color salida al rostro.

—«Nó, ni por imposible debió V. haber pensado »que tendria yo oidos para tal oferta.... pero V. no »ha dicho nada.... vea V. lo que yo digo.... La vo- »luntad del rey, firmemente pronunciada, no es »otra que la paz mientras motivos poderosos, su »bien y el de sus pueblos no le obliguen á romper- »la. Esta voluntad es igual, tanto con la Inglaterra »como con la Francia. La España será amiga de la »Gran Bretaña mientras ésta quiera serlo suya. La »palabra real de Cárlos IV es inviolable; su reinado »no ha ofrecido en tantos años que gobierna, ni aun

»siquiera una apariencia que pueda hacer dudar »sobre la religion de sus promesas y sus pactos. »Nuestra neutralidad estriba en un tratado. Si el »emperador de los franceses se atreviera á compro»meterla, Cárlos IV acudiria á las armas y sabria »sostener su dignidad ó perecer en la demanda. Si »al contrario, por parte de Inglaterra se quisiese »obligarle á quebrantar su fé pactada, mucho po»dria sentirlo, mas se hallaria en el caso de tener »que unirse con la Francia.»

Desde aquel dia se fué cargando mas y mas nuestra atmósfera política. Pitt resolvió la guerra, y para encaminar este propósito, se comenzó á alegar y á pretender por parte de Inglaterra, que la neutralidad de España no era igual entre las dos potencias, puesto que la Francia recibia un subsidio nuestro (1); que á esta desigualdad se añadian

---

(1) Cerca de año y medio hacía ya que la Inglaterra habia roto con la Francia, y que tenia aceptada nuestra neutralidad sin embargo de este subsidio, concertado precisamente por no mezclarnos en la lucha de la Francia, como se mezcló la Holanda nada señora de sí misma. Asi á esta como á España fué la Inglaterra misma quien les propuso ser neutrales, sin embargo de las alianzas de una y otra con la Francia. Algunos han escrito que aquel subsidio pecuniario era del todo incompatible con nuestra cualidad de neutrales. A los que piensen de este modo les responderé con un lugar de Mr. Wattel, publicista moderno ventajosamente conocido: «La imparcialidad de

las que ofrecia de suyo la diversa situacion geográfica de la Inglaterra y de la Francia, por la continuidad y cercanía de los puertos de ésta con los nuestros, y que tales desigualdades se debian compensar, ó por equivalentes en favores y concesiones especiales á la Gran Bretaña, ó por severas restricciones á la Francia en cuanto á sus arribadas y cruceros en los puertos y las costas de ambos mares. Todas las pretensiones que movia la Inglaterra acerca de estos puntos, eran exhorbitantes y estudiadas adrede para hacerlas inadmisibles.

»un pueblo neutro, dice este escritor, se refiere únicamen»te á la guerra, y consiste en dos cosas: 1.ª No dar so»corros á ninguna de las partes beligerantes, *cuando de »antemano no existiere obligacion de darlos;* no darles *li»bremente* ni tropas, ni armas, ni municiones, ni cosa »alguna de las que sirven directamente para hacer la guer»ra: 2.ª No rehusar á ninguna de aquellas partes, por »motivo de la guerra que se hacen, lo que á una de ellas »se conceda, libre empero el pueblo neutro para aquellas »preferencias que su interés particular exija, no para »ayudar la una en daño de la otra. — Llevo dicho y re»pito que un estado neutro no debe dar auxilios á ningu»na de las partes contendientes, *salvo si de antemano »hubiere obligacion de darlos.* Esta excepcion es necesaria. »*Dar un socorro moderado, cuando el hacerlo así pro»venga de una antigua alianza defensiva, no es hacer la »guerra ni asociarse á ella. Puede cumplirse lo pactado, »sin faltarse por esta causa á los deberes de neutrales. »Los ejemplos de esto son frecuentes en Europa.*» LE DROIT DES GENS, lib. III. cap. VII, § 104 y 105.

Tras de esto se siguieron luego quejas; sobre las quejas cargos graves, hasta acusarnos de perfidia. Cuando Pitt volvió al gobierno, previstos los peligros que podria traernos su durísima política, se creyó necesario reforzar nuestros cruceros en América, y se dió principio en el Ferrol á un armamento de cinco ó seis navíos de línea. El ministro inglés pidió razon de aquella novedad, y refiriéndose á noticias que decia serle auténticas, nos argüyó que el armamento comenzado se estaba disponiendo por convenio con la Francia para asistirla en un ataque proyectado sobre Irlanda. Añadia al mismo tiempo, saber de ciencia cierta que los subsidios de la Francia eran indefinidos y que excedian con mucho la tasa señalada en nuestros pactos con aquel gobierno. ¿Cuáles eran estos informes en que fundaba la Inglaterra tales quejas? Nó tardaron en ser sabidos.... los que salian del cuarto de la princesa María Antonia para Nápoles. El ódio de la Francia, mamado de su madre, cegaba su sentido; creia todas las cosas, y escribia sin detenerse cuanto llegaba á sus oidos de la boca de ignorantes ó malévolos (1). Tan

(1) La verdad y el rigor de la historia me imponen, harto mal de mi grado, la penosa necesidad de revelar esta flaqueza de la princesa María Antonia, digna por otras cualidades que la adornaban, de mucho aprecio y alabanza. Si se tratase de mí solo, callaria estas cosas; y si las cuento no es por mí; sino en defensa de aquellos buenos

lejos de ser cierto que se enviasen á la Francia auxilios pecuniarios en cantidad indefinida, era un hecho notorio que en noviembre, un mes despues del alevoso rompimiento que cometió el gobierno inglés contra nosotros, ni un solo maravedí se habia pagado del subsidio convenido. M. Ouvrard se hallaba entonces en Madrid, de parte de la Francia, estrechando por los caidos de año y medio, y luchando con el gobierno que no encontraba medios de ha-

---

reyes, á quien sus enemigos, otro tanto como mios, han acusado tan injustamente de haber odiado al príncipe de Asturias y á la augusta esposa que le habian elegido, como á mí de haber movido los disgustos del palacio. Por otras manos que las mias llegaron á los reyes los avisos de la correspondencia peligrosa que traia la princesa con su madre: los primeros fueron desde el mismo Nápoles. Ni pasó despues mucho tiempo cuando Napoleon, que interceptaba los correos por todas partes con agentes pagados, envió directamente á Cárlos IV una carta original de la princesa dirigida á la reina Carolina, donde sus augustos suegros eran tratados malamente, llena de noticias falsas, y de injurias y denuestos contra los franceses, toda en favor de la Inglaterra, y protestando en ella que cuanto alcanzara su influencia, otro tanto haria por conseguir el rompimiento con la Francia. Yo aconsejé á sus magestades que tratasen aquel negocio sin exasperar á la princesa, y que su magestad la reina por sí sola se encargase de advertirla y de mostrarle los peligros en que ponia á la España, afirmándole para calmarla y aminorarle al mismo tiempo aquel disgusto, que el rey no sabia nada y se le ocultaria aquel paso del emperador de los franceses. Hízolo así la reina con sabiduria, con la mayor templanza,

cerlos efectivos. Y á mi se me culpaba en Francia de este atraso, y venian quejas contra mí, figurándose Bonaparte que, por haberme opuesto á aquel concierto, era yo quien impedia que se cumpliese. El odio de la Francia y la Inglaterra se juntaban á un mismo tiempo en contra mia con el odio de los príncipes y de mis enemigos interiores. ¡Dolorosa verdad, que en política no hay peor cosa para ganarse la aversion de todos los partidos que vivir sin mentira y obrar rectamente!

Muy mas que fué debido, por no perder el beneficio de la paz entre tantas grandes plagas que nos venian del cielo en aquel año, y ademas por salvarnos de la dura necesidad de juntar nuestra armas con las de Bonaparte y reforzar su orgullo si se rompia con la Inglaterra, se procuró satisfacerla. El ministro Ceballos siguió hasta el fin con dignidad y con talento las conferencias que se abrieron. Cuanto fué dable hacer y conceder para apartar la nota de perfidia que el ministro Pitt queria impo-

---

como la reina María Luisa sabia hacer aun en los casos mas difíciles; pero todas las precauciones fueron vanas. Las respuestas á la augusta suegra fueron agrias y pasaron todos los lindes del respeto. El mismo príncipe Fernando se mostró aquel dia indignado de la conducta de su esposa. Todo esto se callaba y era fuerza callarlo y ocultarlo á todo el mundo, para que despues viniesen mis contrarios á cargarme las discordias de la casa régia.

nernos por cubrir la suya, y para dar á la Inglaterra nuevas prendas de nuestra fé síncera, otro tanto se hizo y se concedió noblemente. Se dió de mano al armamento; se hizo ver á M. Frere hasta las cartas mismas del ministro del tesoro de la Francia acerca del subsidio aun no pagado; se concedió la prohibicion á franceses y holandeses de vender sus presas en nuestro territorio, si bien impuesta á los ingleses la recíproca en cuanto á las suyas; y se ofreció tambien bajar nuestras tarifas de aduana al comercio de Inglaterra, y ponerla al igual de las naciones mas favorecidas en todos nuestros puertos y dominios.

Tiempo y afan perdido; al ministerio inglés le convenia la guerra. Dios permitió que lo mostrase al menos, y que su mala fé y su alevosía fuese patente á todo el mundo. Mientras que aparentaba negociar sériamente con nosotros, daba y hacia volar sus órdenes secretas para acometer nuestras naos sobre todos los mares, y la de echar á pique (que ni en Argel se hubiera dado) todos los barcos españoles de inferior cabida desde cien toneladas para abajo. No pocos capitanes que se proveian en nuestros puertos, y á quien se prodigaba como nunca la hospitalidad mas esmerada, tenian ya en sus carteras estas órdenes inicuas, y al tiempo señalado por aquel gobierno, mientras aun pendian los ajustes comenzados, salieron á cumplirlas. Y aun esto es poco todavía: ninguno ignora la tragedia de las

cuatro fragatas españolas asaltadas, en plena paz, por otras cuatro inglesas, cerca ya de entrar en Cádiz (1). Para mayor desgracia eran iguales fuerzas de ambas partes: esto debia empeñar las nuestras. Los valientes que las mandaban, aunque desapercibidos, pues venian navegando bajo la fé de las naciones, aparejaron la defensa. Una de las fragatas, la *Mercedes*, en lo mas récio del combate, al disparar una andanada, se ardió y voló en los aires con trescientos hombres.... Las otras tres muy maltratadas tuvieron que rendirse. M. Pitt vendió aquel dia su honor por un millon de libras esterlinas de que venian cargadas las fragatas. No haré yo cargo de esto á la nacion inglesa: la imprenta libre de Inglaterra dijo aun mas, aquellos dias, contra tamaña felonía que nuestros propios manifiestos (2).

Toca preguntar ahora, qué mas pudo hacer España, que no se hubiese hecho, por mantener su paz, y libertarse de conexiones nuevas mas estrechas con la Francia. Hablo aquí, no por mí solo; defiendo al rey y á su gobierno contra las injurias tan injustas, como ruines y vulgares, de tantos como han dicho que nuestro gabinete sacrificó al de Francia su libertad y su existencia juntando sus querellas

---

(1) En el cabo de Santa María, dia 5 de octubre de 1804.

(2) Véanse estos al fin entre los documentos que se incluyen, n.° 1.° y 2.°

con las de ésta. ¿Fué que España buscó esta guerra? ¿Fué que España podia hacer cara á la Inglaterra por sí sola, y pelear sin aliados sobre todos los mares? ¿tenia por caso mas arrimo que la Francia? ¿convenia hacerse de ésta otro enemigo? ¿La inflexible necesidad que tan á pesar nuestro nos produjeron los sucesos, pudo ser evitada de algun modo que estuviese en mano nuestra? Nó; aquel mal vino del cielo, como la carestía, como la fiebre, como los terremotos que afligian el reino. ¿Habria valido mas declarar la guerra á Bonaparte sin otro apoyo que la Inglaterra, tan probada de antemano en su conducta para sostener sus aliados? ¿Y á la sazon, al tiempo en que nos declaró la guerra, tenia ella alguna sobre el continente fuera de la Suecia? Aquellos que censuran; ó se olvidan ó fingen olvidarse de las fechas. El rompimiento de Inglaterra con nosotros fué en octubre de aquel año de 1804. La Rusia estaba pronta en aquel tiempo todavía, y aun despues algunos meses, para tratar bajo proposiciones que eran admisibles. Su alianza con la Inglaterra en contra de la Francia, no fué hecha sino en 8 de abril de 1805. La del Austria se retardó mas, hasta el 9 de agosto en que accedió al tratado de la Rusia. La tercera coalicion no fué ejecutada sino un año despues de la imprudente guerra que el ministerio inglés precipitó contra nosotros. ¿Que podia hacerse entonces? El papa coronaba á Bonaparte, y casi todo el continente, sin excepcion del Austria,

solemnizaba aquel gran acto peregrino con sus embajadores y ministros. ¿Debió España en aquel tiempo, por complacer tan solo á la Inglaterra, atacar el nuevo imperio rebosando de fuerza y de entusiasmo? ¿Debió exponer sus reinos Cárlos IV por una lucha intempestiva, desigual, y sin motivos suyos especiales, á una gran ruina casi cierta? Tamaña empresa sobre loca y temeraria, habria tambien tenido alguna cosa de ridícula. Nadie movia las armas en todo el continente; y si el emperador de los franceses, llegado á aquella cima á donde le subieron los destinos, hubiera sido moderado y tan político en el trono, como en el campo de batalla fué feliz y formidable, aun estaría tal vez reinando.



CAPITULO XIX.

De la hacienda en 1804. — Pérdidas y gastos extraordinarios que las calamidades generales ocasionaron al erario. — Obras públicas y empresas filantrópicas con que se acudió al socorro de las clases indigentes. — Construccion y establecimiento general en todo el reino de campos santos: abolicion definitiva de sepultar en las iglesias. — Aumentos y progresos de los grandes estudios positivos. — Inspeccion general de caminos, puentes y calzadas: escuela de este ramo. — Libros y producciones nuevas en ciencias, letras y artes.

Fácil es de concebir cuales fueron los apuros y las angustias del gobierno en medio de tantas plagas como nos invadieron aquel año. La fiebre amarilla desolaba nuestros litorales desde Ayamonte hasta Algeciras, y de allí hasta Alicante, deslizándose tierra adentro y contenida apenas en un radio de quince á veinte leguas de las costas. En lo interior, de extremo á extremo de las dos Castillas se encrudecian de nuevo las tercianas perniciosas; y en todas las provincias, aquí mas, allí menos, se añadian los terremotos amenazando en unas partes, y asolando en otras con furor no visto. Pueblos y distritos enteros de la provincia de Granada fueron arrui-

nados sin quedar en pié ni un solo techo, derramados sus habitantes en los campos, sus provisiones y existencias perecidas y enterradas bajo los escombros. A tantas afliciones se juntaba la carestía y la aprehension del hambre que excitaban los enemigos del gobierno, junta luego como un respaldo de tamaños males la inaccion del comercio, suspenso y nulo enteramente en tantos puntos donde reinaba la epidemia, rechazado ó sugeto á rigorosas cuarentenas en los mercados extrangeros, excluidos por todas partes muchos de sus artículos por medio del contagio, y reducido casi á nada en lo interior del reino por iguales miedos y terrores en los pueblos sanos.

De este modo, por punto general, bajo el peso y la influencia de estos trabajos apiñados, las entradas todas del erario sufrian diminuciones espantosas. De multitud de puntos llegaron á faltar enteramente, y no era solo que faltasen, sino la necesidad tambien de socorrerlos y de hacerlo largamente. Hubo mas en lo recio de aquel año, y fué la voz maligna que con achaque religioso hacian sonar á los oidos los enemigos del gobierno, de que todos aquellos males eran obra de la cólera divina por la invasion que se habia hecho sobre los bienes de las obras pias y fundaciones eclesiásticas. En la fuerza de aquellas plagas semejante voz era temible en gran manera; la muchedumbre cree poder librarse de ellas, y hacer á Dios un gran servicio, castigan-

do con sus propias manos á los que piensa que han movido su indignacion y su justicia: la historia ofrece casos de estos á millares. Nadie queria comprar en aquellos tristes dias los bienes de memorias, los unos por temores de conciencia, los otros por temor de los puñales.

Fuerza fué de economía y ahorros por parte del gobierno, fuerza de buscar auxilios donde quiera que podia hallarlos, fuerza de lealtad y de desvelo por los pueblos, el poder acudir, como acudió por todas partes, á tantas penas y cuitas. Nada le quedó que hacer contra los mismos imposibles, ningun deber fué descuidado. En el capítulo anterior dejé narrado, de qué modo, y por qué medios, se hizo suceder la abundancia casi de repente á la penuria horrible en que pusieron malas almas todo el reino. Grandes fueron los sacrificios pecuniarios que arrostró el gobierno, grandes las pérdidas que tuvo; pero enjugó las lágrimas de millares de individuos y familias, mató el hambre, y con el pan abarató las demas cosas del sustento humano que habian seguido en altas proporciones el precio de los granos. Aun en los dias mas rigorosos, mientras duró y se agravó la carestía por los manejos enemigos, no carecieron de socorros ni de arbitrios las clases indigentes. Cerca de un año antes, en todas las provincias y distritos, se habian establecido juntas especiales que cuidasen de dos objetos, á saber; el alimento cotidiano á los menesterosos que no pudieran ga-

nario, y ocupacion constante y bien retribuida á los obreros que careciesen de trabajo. A este fin, ademas de las limosnas de la caridad cristiana que debian recoger aquellas juntas, les señaló el consejo medios y arbitrios realizables; y en donde escasearon estos medios, suplió el gobierno lo restante. Con igual objeto se ofrecieron, no sin fruto, gracias, honores y privilegios especiales á los individuos y asociaciones de individuos que emprendiesen por su cuenta y en provecho suyo propio rompimientos y descuajos de terrenos incultos, surtimiento de aguas á los pueblos, riegos nuevos, laboreos de minas, y sin excepcion cualquiera obra que ocúpase muchos brazos (1). De su parte y á sus expensas, promovió

(1) A estas invitaciones correspondieron gran número de personas pudientes é industriosas. Una multitud de terrenos eriales, donde de memoria humana no entró nunca la azada, fueron convertidos en dominios útiles; muchas aldeas fundadas; muchos caminos y carriles interiores, procurados al tráfico. Posadas cómodas donde nunca las habia habido; albergues y hospedages, algunos suntuosos, en las fuentes medicinales; diques y defensas de toda especie contra las inundaciones de los rios y los torrentes, y otras mil obras semejantes de universal provecho, compensaron en mucha parte las aflicciones de aquel año. Otros dedicaron su industria á granjerías de minas y ofrecieron un grande abasto de trabajo en diversas localidades. De este género, entre otras varias, fué la empresa del director de minas don Juan Martin Hoppensack, á quien se dió privilegio para beneficiar las de plata de Guadalcanal, Cazalla y sus diversos agre-

muchas otras el gobierno, haciendo proseguir las carreteras ya empezadas y reparando las antiguas; trabajo largo y sostenido en que llegaron á emplearse, solo de pueblos de Castilla, mas allá de seis mil brazos (1). De caminos interiores mejorados ó emprendidos nuevamente, parte á expensas de los fondos comunales de los pueblos, parte con auxilios directos del gobierno, no hubo cuenta.

---

gados, formado bajo de él un cuerpo numeroso de accionistas, nacionales y extrangeros. Se formáron tambien de por tiempo grandes y pequeños hospicios de trabajo, para niños y mugeres principalmente, algunos de los cuales consiguió el gobierno sostenerlos y radicarlos; aun pasadas las plagas, en los años posteriores. Los obispos, los individuos de las altas clases, las sociedades económicas, y las juntas especiales de beneficencia, concurrieron con emulacion gloriosa á estas medidas saludables que ayudaron á salvar las clases pobres.

(1) Se trabajó en aquel invierno la carretera desde Burgos á Torquemada, doce leguas de distancia; y desde Torquemada á Cabezon otras ocho. Entrada ya la primavera fué seguida desde Burgos á Somosierra. A los trabajadores, ademas de sus jornales, se les daba la comida; se estableció tambien un hospital provisional en medio de los campos, donde hallaban toda suerte de asistencia si caian malos. Para precaver mejor las enfermedades, se les daba pan puro y saludable con mas una racion de carne. Desde Dueñas á Villamuriel, punto de la abertura del canal de Campos, y en la parte del camino hácia Herrera, yendo para Palencia, se emplearon mas de tres mil hombres, sin contar las mugeres y muchachos á quien tambien se daba ocupacion. Por un movimiento especial del corazon del

De entre tantas empresas filantrópicas á que se puso mano en aquel año hubo una que ella sola bastaria para honrar la edad de Cárlos IV. Su augusto padre habia muerto sin haber podido conseguir que se cumplieran sus ideas y decretos para

---

rey, se emprendió eficazmente durante aquel invierno, y se acabó por junio, el camino real desde Madrid hasta las aguas medicinales de Trillo. Faltaban siete leguas de camino por abrirse desde Torija á Trillo: desde Madrid á Torija estaba casi destruido. El buen éxito de aquella obra, importante en sumo grado á un gran número de enfermos que hallan la vida y la salud en las aguas de aquel punto, se debió en mucha parte á la actividad y al celo del primer ministro don Pedro Ceballos.

Aun á las artes mismas y á la geografía y la historia alcanzó tambien el beneficio de las obras emprendidas para sustento de los pobres. Las ruinas del parage nombrado *Cabeza del Griego* en la Mancha, término de *Saelices*, descubiertas á mediados del siglo anterior, olvidadas despues, y vueltas á excavarse á principios del reinado de Cárlos IV con no pequeño fruto en los descubrimientos que se hicieron, sirvieron nuevamente al principal objeto de ocupar muchos brazos, añadida la esperanza de encontrar aun mas datos que fijasen el conocimiento de aquellos restos venerables. Llevadas adelante las escavaciones, se hallaron con efecto nuevos monumentos, medallas, inscripciones y vestigios magníficos de una gran ciudad populosa. Los mas de nuestros sabios anticuarios la han reconocido por la antigua *Segobriga*, una de las mas célebres de nuestra España romana y goda, destruida y arrasada por los Sarracenos. Las inscripciones y medallas que se hallaron, han ofrecido á la ciencia de los tiempos muchas fechas importantes que ilustró despues nuestra académia de la Historia.

abolir la pésima costumbre de enterrar en las iglesias; su real cédula de 3 de abril de 1787 quedó sin cumplimiento. Cárlos IV en sus primeros doce años de reinado llegó á lograr que aquel abuso tan antiguo fuese desterrado en muchos puntos de su reino, mas no queriendo nunca que se hiciese ni aun el bien, mientras faltasen á los pueblos convicciones de aquel bien que se buscaba y queria hacerse, se abstenia de estrechar, esperando que los ejemplos dados ya en otras partes serian seguidos dulcemente en todos sus dominios, y que la oposicion del clero á esta reforma saludable perderia su fuerza. Llegó entre tanto el tiempo de cumplirse esta esperanza. Los pueblos, asombrados por las enfermedades y epidemias que reinaron con tanto estrago en 1803 y se reverdecian en el siguiente, entrevieron un momento cuan justas eran las ideas del gobierno en cuanto á establecer los campos santos, y retirar de las iglesias la podredumbre y el contagio. Tal instante de luz fué aprovechado, dióse fin á las contemplaciones con el viejo error que consagraban los motivos de piedad mal entendida, y sin admitir ninguna excusa, se mandó proceder por punto general á la construccion de cementerios extramuros, sin excepcion de pueblos, ni aun de los lugares mas pequeños (1). Para vencer la oposicion

(1) Reales órdenes é instrucciones de 26 de abril y de 28 de junio de 1804.

que aun podria hallarse, fué encomendado todo el reino por distritos á ministros del consejo de Castilla que promoviesen estas obras hasta darles cima sin ningun descanso; cada cual en su partido respectivo con facultades absolutas para providenciar lo necesario, remover los obstáculos, designar los fondos convenientes, autorizar arbitrios donde faltasen medios, obligar las iglesias á cubrir una parte de los gastos con los sobrantes de sus fábricas, y donde quiera que estos medios pecuniarios no alcanzasen, completarlos con subvenciones que bajo sus informes haria efectivas el gobierno, reservándose su reintegro para en adelante. Esta empresa que por la firmeza con que hasta el fin fué sostenida, y por su extension á todo el reino en las ciudades, villas y lugares casi en dias contados, podria llamarse heróica, es uno de los grandes bienes que dejó cumplidos Cárlos IV. Y esta obra para ser mas digna todavía de las bendiciones de los pueblos, bien servida la religion y no menos bien servida la gran causa de la salud pública, reunió el mérito de haber abierto en todas partes un recurso seguro para la subsistencia de los pobres en los dias calamitosos (1).

(1) Desgraciadamente para mí, mientras las personas sensatas é ilustradas daban las merecidas alabanzas á tamaña empresa, bien que todos los miembros del gobierno, y principalmente, el consejo de Castilla hubiesen concurrido á la adopcion y ejecucion de tan benéfica medida, la odiosidad vertida en contra de ella por el fanatismo y la co-

Tantos gastos extraordinarios que ofrecieron las circunstancias imperiosas de aquel año, juntos tambien como vinieron con las grandes diminuciones que las calamidades generales producian en las entradas del tesoro, no impidieron que el gobierno, atento á todas partes, acudiese igualmente á sus obligaciones ordinarias; las tropas bien pagadas, la marina provista, los intereses todos de la deuda pública satisfechos á su tiempo, y efectuados tambien algo mas tarde, mas sin haber pasado el año, los reembolsos correspondientes á los turnos de los empréstitos antiguos. Mas que esto todavía, se llegó en

dicia, cayó toda sobre mis espaldas. Cuanto era bueno para herir, otro tanto dirigian en daño mio mis enemigos con sutil astucia. ¡Cuán á cuento les vino para difamarme entre el incauto vulgo, la general consternacion que ganó aquellos dias á muchos curas y á la turba de capellanes y clérigos miseros, temerosos todos ellos por la ausencia de los muertos de la diminucion de sus bolsillos! Dándome por autor ó por fautor de aquel proyecto, propalaban mis detractores con máscara piadosa, que enemigo de la religion procuraba yo acabar por todos medios con la fé del purgatorio. Daba tambien la suerte, que en aquellos dias de general apuro se habia mandado sábiamente convertir en pan para los pobres los productos de memorias y hermandades destinados á sufragios y á funciones eclesiásticas. Enemigo declarado de las ánimas benditas me llamaban los mismos que comian aquellos panes emprestados de los muertos. ¡Ridículos ataques, si se quiere, pero de grande consecuencia, de poderoso efecto entre las plebes! Gota á gota, de estos venenos cotidianos derramados en todas partes por mis enemigos, se formaba un lago inmenso de ponzoña que debia sumirme.

aquel año hasta la 72 amortizacion de vales reales, que se cancelaron por la suma de cuarenta y seis millones, novecientos sesenta y ocho mil doscientos treinta y cinco reales, y diez maravedises: valor total de vales extinguidos desde 1801 hasta fin de diciembre de 1804, la cantidad de doscientos noventa y nueve millones, novecientos noventa y siete mil ciento veintinueve reales, catorce maravedises de vellon.

Sobre estos desembolsos tan crecidos, los socorros y asistencias á los pueblos desolados por las plagas de aquel año, juntos con el perdon total de impuestos y de atrasos anteriores que á muchos de ellos fueron concedidos, componian el valor de hasta doce millones por lo menos (1).

Sobre tantos dispendios tan necesarios y tan justos, treinta y dos millones del subsidio concertado con la Francia habian ya caido, y se pagaron en diciembre.

(1) Por desgracia carezco de registros para señalar la multitud de pueblos que recibieron, ya los dones ó ya las gracias del gobierno. De algunos de ellos me acuerdo con certeza. Tales fueron las ciudades, villas y lugares de Almeria, Motril, Ujicar, Adra, Berja, Dalias, Turon, Vicar, Roquetas, Canjayar, y otros varios lugares subalternos arruinados mas ó menos por los terremotos. Sobre el perdon de los impuestos, se mandó distribuirles gratuitamente todos los granos de tercias reales, diezmos y novenos pertenecientes á la corona en toda la extension de sus respectivos partidos, como tambien los caudales sobrantes de propios y arbitrios de los mismos territorios.

Para ninguna de estas cosas se gravó al público con nuevas cargas, ni aun en los mismos pueblos florecientes donde las plagas no alcanzaron ó se sintieron menos.

Se respetó al comercio de igual modo. Nada se le pidió sino aumentar las fuerzas y los medios de la produccion y de la industria. A este fin le fué dado tal ensanche cual jamás lo habia tenido, libertad verdadera y libertad sin tasa en los negocios comerciales de la España y sus Américas, contento general de hermanos. En aquellos tres años de la paz fueron sextuplicados por lo menos nuestros buques mercantes de acá y de allende de los mares. Se tomó el gran camino que fué desestimado por tres siglos. Para esto era preciso un gran poder: yo usé del que gozaba para vencer montañas que oponia, aun mas que los errores viejos, el interés y el hábito del monopolio. Este dichoso rumbo que empezó á tomarse viento en popa, me ocasionó enemigos nuevos poderosos, porque el bien y la riqueza harto mezquina que beneficiaba un corto número, se hacia comun á todos y se arruinaba el privilegio. ¿Qué me importaba á mí aquella nueva clase de quejosos, pensando entonces todavia que los grandes bienes hechos á los pueblos debian ser una rodela contra toda suerte de enemigos y malsines? (1)

(1) En aquel año de 1804 fué tan grande el número de los que acudian pretendiendo privilegios comerciales exclusivos, que el gobierno habria podido salir de sus

Ninguna de estas cosas de la hacienda era de cargo mio ni mediata ni inmediatamente; y si bien mi respeto y mi presencia influian de gran manera para sostener la honradez, el celo y la lealtad de los que en tiempos tan gravosos y difíciles tenian á

---

apuros y quedar ganancioso, si se hubieran admitido las propuestas de esta especie que se le hicieron. Resistiéronse empero con firmeza, no queriéndose sacrificar el hermoso porvenir que se veia entonces con encanto, á las necesidades de un momento, que estrechándose podian cubrirse, como se cubrieron en efecto sin acudir á tales medios destructores. Para desahuciar de una vez todas las esperanzas de los monopolistas, fueron expedidas las dos reales órdenes de 21 de junio y 13 de julio de 1804, por las cuales, « 1.° para fomentar por todos los medios po»sibles el comercio directo de los puertos de España con »los de los dominios de la América, y favorecer ancha»mente la marina mercante nacional, se probibia abso»lutamente admitir pretensiones y conceder gracias ex»clusivas y privilegios nuevos relativos á aquel comercio: »2.° Para evitar los perjuicios que ocasionaban al comer»cio los privilegios exclusivos, y dejarle enteramente ex»peditas sus especulaciones, se mandaba no admitir ins»tancia alguna sobre concesiones especiales para entradas »en el reino de géneros y frutos extrangeros, ó salidas »de los de España y sus colonias bajo mejores condiciones »de las que gobernasen en las aduanas; declarándose todo »igual en libertad y prohibiciones en los negocios mer»cantiles, salvo solo respetar los derechos ya adquiridos »por concesiones anteriores.» Un gobierno que tal hacía lo diré aquí de paso, no daba muestras de estimar los guantes y alboroques que producen tales gracias. Ciertamente, lo diré tambien, mis enemigos mientras han mandado no podrán alabarse de otro tanto.

cargo suya las obligaciones del estado; nada cuento por alabarme; mas defiendo á aquellos hombres que sufrian en agonía continua por el servicio de la pátria, que murieron en la pobreza como yo tambien estoy muriendo en ella, y que tambien conmigo han sido calumniados, no sé por que *derroches*, como ha dicho el que tendria tal vez menos derecho entre los españoles para hablar en tal materia. Hubo en verdad tres años, tiempo no mio, cuando yo estaba retirado, en que de buena fé se profesaron y siguieron teorías impracticables en los ramos de crédito y hacienda (1). Cometieron errores, pero ningun pe-

(1) Véase acerca de esto ó recuérdese todo el capítulo L de la primera parte. Y á propósito de *derroches de la corte*, véase el real decreto de 5 de junio de 1798 de que hago memoria en el mismo capítulo, decreto cuyo tenor fué cumplido largamente, y por el cual cedieron los reyes, para aliviar los apuros de la hacienda, la mitad de las asignaciones en dinero que gozaban en tesorería mayor para sus bolsillos secretos, estrecharon y reformaron hasta la nimiedad la servidumbre asalariada del palacio, y enviaron á la casa de moneda una gran parte de las alhajas de oro y plata del servicio de sus reales residencias y de la real capilla. En proporcion con estas reformas y economías se hicieron muchas reducciones en los gastos de batidas, que en ninguna época del reinado de Cárlos IV igualaron ni se acercaron á las del señor Cárlos III. En lo demás, propios y extraños, saben todos cual fué la parsimonia de los gastos del palacio, sin fiestas, sin saraos, sin espectáculos, sin banquetes, reducida la real familia á la oscuridad y al silencio de la vida privada que constantemente amaron.

cado; ocasionaron males de larga trascendencia; porque fiaron en sus luces mejor que en la experiencia, pero buscando el bien por un camino que les pareció seguro y practicable. No eran todos amigos mios, algunos eran lo contrario; y sin embargo los defiendo, que si pudieron engañarse, fueron íntegros y puros como pocos. En cuanto á los tiempos anteriores, y á los de paz que se siguieron hasta 1804, datos y hechos llevo presentados, quizás hasta el cansancio de los que lean estas memorias, públicos todos y notorios, consignados en los archivos del gobierno, contenidos en los papeles públicos nacionales y extrangeros, puestos todos á prueba de mis propios enemigos, y el que los vea y los pese, no podrá menos de admirarse y preguntar ¿de qué manera pudo hacerse tanto con tan pocos medios? Porque sabidas son las rentas de la España aun en los años mas propicios, no de plagas como lo fueron los de aquella época. Tantas letras como ha escrito el conde de Toreno (no ahorraré yo su nombre) con el designio de infamarme y de infamar aquellos tiempos, son carbones encendidos que él ha puesto sobre su cabeza. Ha pretendido herirme, y se ha cortado con los propios filos de su puñal ignoble. ¡Justicia soberana que hace Dios mas tarde ó mas temprano para el necesitado!... Cuantos á mí me han calumniado, por su propia conducta han hecho muy mas fácil y mucho mas palpable mi defensa.

¡Digresiones; pero precisas! tal me encuentro

escribiendo estas memorias como un viagero solitario que atravesando una gran selva, tropieza aquí y allí con fieras y vestiglos de que es preciso defenderse. Vuelvo á mi camino.

Los plantíos numerosos de enseñanzas superiores y europeas, que á fuerza de constancia y auxiliado por mis amigos, conseguí aclimatar en nuestra España y en sus Indias, daban ya copiosos frutos. Estos plantíos no cedian ya en verdor, en lozanía y en vigor propio suyo, á lo mejor del extrangero. Los exámenes en aquel año, de los grandes estudios auxiliares del estado, en la guerra, en la marina, en la estadística y en los diversos otros ramos de la ciencia activa y operante de gobierno, compitieron por todas partes con los de ciencias naturales planteados tan dichosamente en todos los dominios españoles. Los archivos ministeriales deberán estar llenos todavía de programas, relaciones, y memorias de estos certámenes brillantes en las altas ciencias y en las artes sublimes, sobre cuyas alas se levantan los estados á las cumbres del poder y de la gloria (1). Los que vivan, tambien, de aquella época exentos de pasiones y amantes de las luces, me darán testi-

(1) Si leyendo aquí ahora, me preguntase alguno de mis enemigos quien nos impidió este vuelo, le responderia: « Vosotros, que impedisteis sazonarse el fruto, y »arrancasteis la mies de cuajo cuando empezaba á dar sus »frutos. »

monio de que no exagero. Recordaré tan solo algunos hechos.

Entre las nuevas fundaciones que emprendí vuelto al poder, una de ellas fué la formacion de un cuerpo de ingenieros de caminos, puentes y canales, puestas á su cuidado las enseñanzas de este ramo. La direccion de aquel cuerpo científico erigido en 1801 fué encargada á nuestro ilustre matemático y arquitecto don Agustin de Betancourt, encomendada tambien á su cuidado la del Gabinete de máquinas del Buen Retiro. Don José Lanz, alumno español de la escuela de aplicacion de ingenieros geógrafos de París, fué traido para la enseñanza de arquitectura hidráulica, nombramiento feliz que nos valió en seguida nuevas listas de sábios españoles de un crédito europeo. Los exámenes de 1804, entre otros individuos estimables á que no alcanza mi memoria, nos ofrecieron en primera línea los siguientes: don Antonio Gutierrez, don Rafael Bausá, don José Azas, y don Joaquin Monasterio. Su instruccion, sus progresos, sus servicios y sus tareas científicas y artísticas con las de Betancourt y Lanz, reunieron los aplausos extrangeros á los nuestros. Uno tan solo que yo sepa, ha quedado en España para muestra, don Antonio Gutierrez, hoy profesor de física, geometría y mecánica aplicadas á las artes en el real conservatorio de este nombre. Monasterio tambien ha muerto, Azas ignoro si existe. A los demas los arrojó la misma tempestad que echó del trono á Cárlos IV. Don

José Lanz existe todavía en París, vive en la soledad, y goza sin embargo de un gran nombre entre los sábios. Betancourt y Bausá fueron buscados para adornar la Rusia, tal como en las ruinas de una gran ciudad derruida por los Bárbaros, se entresacan despues por los amantes de las artes las estatuas mútiladas y caidas. Allí, en el otro extremo de la Europa, se han levantado monumentos á las artes por aquellas mismas manos que se habian formado para erigirlos en su pátria y darle nuevas glorias. Uno y otro han dirigido hasta su muerte todas las grandes obras que el emperador Alejandro se dignó encomendarles colmándoles de honores, y hechos inspectores generales de caminos, puentes y calzadas de su Imperio; ¡pero sus ojos se cerraron sin volver á ver el cielo hermoso de su pátria y sin que nadie los llamase!

Recordaré tambien aquí las primeras promociones á oficiales, que al tenor de las reformas y mejoras practicadas en el sistema del ejército se hicieron aquel año, precio ya asegurado del estudio, fruto puro del merecimiento. Detenidas las nuevas provisiones hasta que se hiciesen los exámenes generales de cadetes y alumnos militares en los estudios ordenados para cada arma, cesó el favor, el parentesco y la clientela. Una nueva generacion, bien dotada de enseñanza, comenzó á llenar desde aquel año los claros del egército. Las académias militares, los colegios de nobles y demas institutos que tenian

analogía con la milicia, ofrecieron su contingente á este renuevo, y concurrieron á estas pruebas mejor de ciencia que de sangre. La clase de sargentos no olvidada en la enseñanza, presentó igualmente recomendables candidatos. La enseñanza esmerada, la emulacion y el premio siempre cierto, debian doblar en poco tiempo la virtud y el poderío de nuestras armas (1).

---

(1) Faltaba todavía en nuestros cuerpos militares que se diese atencion á la instruccion moral y religiosa. De tiempo inmemorial tenia sus capellanes cada cuerpo; pero de que manera fuese esto se acordarán los viejos. Los desechos del clero, los que por su ignorancia crasa ó por sus desarreglos no tenian cabida en los demas servicios eclesiásticos, tránsfugas los mas ellos de sus prelados naturales, frailes desobedientes, ó clérigos viciosos y holgazanes, eran los solos aspirantes para servir en lo divino á nuestras tropas. Se hallaban mal dotadas estas plazas, no habia carrera ni habia premios para aquel oficio, y aquella clase de ministros se encontraba aislada y sin decoro, verdaderos párias, por decirlo así, de la clerecía española. Yo miré aquella clase con distintos ojos de como fué mirada hasta aquel tiempo. La moral del ejército es y será siempre la base mas segura de su disciplina. Un capellan de regimiento se necesitaba aun mucho mas para inpirar virtudes al soldado por el vigor de la palabra santa y por la dignidad de sus costumbres, que por la misa y el rosario á que se hallaban reducidas casi enteramente sus funciones. ¿Qué remedio para mejorar aquel linage de ministros? Lo primero dotarlos convenientemente: á este fin se les dió parte en el aumento de los sueldos con setecientos reales mensuales, puestos al nivel, cuanto al

De entre las casas de enseñanza destinadas á las clases superiores para las carreras militares ó políticas no me podré abstener de hacer mencion del real seminario de nobles, y de la escuela ó instituto nuevamente planteado, de los caballeros pages de la real persona. Los exámenes de aquel año dieron de que alegrarse mas que nunca. Ocuparon los del seminario veinte dias seguidos, gloriosos igualmente para maestros y discípulos (1). No comenzado aun

---

honor y privilegios, con la clase de capitanes. Lo segundo, proporcionarles salidas ventajosas y descanso para su vejez en las categorías mas estimadas de las plazas eclesiásticas, lo que tambien fué hecho, dándoles opcion á dignidades, canongías y prebendas, en habiendo cumplido determinados plazos de servicio en mar ó tierra. Lo tercero, dados ya estos estímulos y ofrecidas y aseguradas ámplias retribuciones, asimilar su ministerio al de los curas de almas como en la realidad lo eran, y sujetar los nombramientos á concursos. Hízose así tambien, y el concurso fué establecido por las severas reglas del arzobispado de Toledo, llamada gente docta y bien morigerada para inspirar virtudes al soldado y concurrir á las mejoras del ejército. Tal fué el objeto y el asunto del real decreto de 30 de enero de 1804, puesto en ejecucion seguidamente y mantenido con teson en los años posteriores. Esta disposicion hizo subir los gastos anuales hasta millon y medio, cuya suma fué cargada, parte sobre las mitras, parte sobre las rentas de beneficios simples y prestameras eclesiásticas. Claro deberá estar que esta medida me valió enemigos; pero el bien no puede hacerse por el hombre público sin votarse á este trabajo.

(1) Las materias de enseñanza sobre que recayeron

á dibujarse el bozo en los mas de estos, alcanzaron sus primeros premios en aquellos actos, don Angel de Saavedra, don Manuel y don Joaquin Villavicencio, don Diego Colon, don Juan de Salazar, don José Gil, don Juan Alvarez Acevedo, don Luis Gutierrez de los Rios, don José Collar, don Francisco Montalvo, con otros muchos mas que viven quizas hoy para consuelo de la patria; plantas nuevas y semilleros que se doblaban cada año entre las clases elevadas. Convidados á estos certámenes los literatos y los sabios extrangeros con los nuestros, y dada á todos igualmente libertad de preguntar á los alumnos, vieron en sus respuestas y en su acierto nuevas pruebas de lo que alcanzan los estudios dirigidos por el mismo órden con que se desenvuelven las facultades del espíritu, lo que vale la aplicacion de un mismo método analítico para todas las enseñanzas, lo que importa seguir en ellas los enlaces naturales de las unas ciencias con las otras, y penetrar en estas con una misma llave para todas, lo que es

---

los exámenes fueron las siguientes: Primeras letras; religion; lenguas castellana, latina, inglesa y francesa, comparadas, y estudiada la propiedad de cada una: geografía, historia y cronología; matemáticas en toda su extension; astronomía teórica y práctica; física experimental; lógica, metafísica y filosofía moral, poesía, retórica y elocuencia en toda la extension de la ideologia; economía política: música vocal é instrumental; dibujo natural, militar y civil; equitacion; esgrima, etc.

nes todas ellas. En la villa de Casarrubios del Monte se fundaba el mismo año otro colegio para niños nobles. El arzobispo de Toledo don Luis de Borbon sufragaba los gastos de esta obra. En la ciudad de Cartagena, como en Madrid y en Barcelona, fué fundada su académia médico-práctica. En Madrid en la calle de las Tres Cruces, á mas de la enseñanza que se daba en el Buen Retiro sobre máquinas, y en el Observatorio sobre instrumentos ópticos, se abrió la excelente escuela de don Pedro Megnié, costeada por el gobierno, en los varios ramos de la maquinaria para todo género de artes, y en la construcion de instrumentos de matemáticas y física. Con igual solicitud se enviaban estos estudios y estas artes á la América, y este cuidado y este esmero, libertada la industria en ambos hemisferios del durísimo monopolio de otros tiempos, nos lo volvia en lealtad á su metrópoli, y en nombradía tambien y en honra de las mismas ciencias (1).

---

(1) En uno de los capítulos anteriores se habló ya de la perfeccion que fué dada á las máquinas para el desagüe de las minas en el vireinato de Méjico sobre las mejores de Alemania. He aquí otra nueva muestra de los progresos de las artes sublimes en aquellas regiones. Don Alejandro Jordan, presbítero, antiguo capellan de la real armada, residente en Méjico, tuvo la gloria de haber perfeccionado la campana urinatoria de Mr. Halley. La prueba de su nuevo artificio fué hecha allí en la alberca grande de Chapultepec, hácia fines de diciembre de 1803.

En aquel año fué tambien cuando se dió la postrer mano para la perfeccion de las escuelas de primeras letras, fundamento principal de la moralidad y aplicacion de las grandes masas populares. No era bastante haberlas extendido en todo el reino como se habia hecho en pocos años: se necesitaba no menos tener buenos maestros. Á este fin fueron expedidas las dos reales órdenes de 11 de febrero y de 19 de marzo de 1804, por las cuales sacando de su antigua miseria y abyeccion aquel magisterio tan útil, se le constituyó en especial carrera, se le dieron opciones y derechos, se le impusieron reglas y nuevas condiciones en materia de instruccion y de costumbres, se sugetó á exámenes, y aun á concurso donde esto podia hacerse, se le hizo formar cuerpo en todas las ciudades, se señalaron dotaciones á todos los maestros titulares de los pueblos, y ademas de honrada y bien retribuida la enseñanza, fué tambien uniformada en todas partes. ¿Bajo qué reinado se atendió á tantas cosas y se hicieron tantos bienes á los pueblos?

La campana estuvo ocupada cerca de tres horas por dos hombres, con sobrada luz para leer. La ventilacion era tan fácil, que á beneficio de la llave del hidrógeno y del movimiento del tonel, les fué facil hasta fumar allí dentro. Los papeles científicos de Europa hicieron larga mencion de ella, y tributaron á su autor los elogios tan justos de que se hizo digno.

Concluiré con mencionar algunas de las muchas obras que se publicaron en aquel año. Citaré solamente las mas útiles y bien escritas.

Don Isidoro de Antillon presentó al rey el primer tomo de *Lecciones de Geografía*, mandadas trabajar de su real órden para el seminario de nobles y demas colegios de enseñanza.

Don Francisco de Clemente y Miro, teniente de navío de la real armada, dió el primer volúmen de su traduccion de las obras de Campe (mandada hacer tambien de real órden y costeada la impresion), á saber, el *Tratado de educacion*, la *Sicologia* y la *Biblioteca geográfica*. Miro me hizo el obsequio de dedicarme aquel trabajo suyo.

Por el mismo tiempo se empezaba á publicar la traduccion de la *Geografía universal* de Guillermo Guthrie.

En el mismo año se dió á luz, de real órden y á expensas del gobierno, la obra original intitulada *Curso matemático para la enseñanza de los caballeros cadetes del real colegio de artillería;* su autor don Pedro Giannini, profesor que habia sido del mismo real colegio.

De real órden tambien y á costa del gobierno, para el uso de las escuelas de caminos, puentes y canales, fueron traducidas y publicadas las siguientes obras: 1.º El *Tratado de Mecánica elemental para los discípulos de la Escuela Politécnica de París, segun los métodos de Prony*, por Mr. Francœur;

2.º Las *Lecciones de Geometría descriptiva*, de Mr. Monge.

Don Gabriel Ciscár dió su *Memoria elemental sobre los nuevos pesos y medidas decimales fundados en la naturaleza.* Este ilustre marino fué uno de los sábios que concurrieron en París para establecer la gran obra de un tipo universal de pesos y medidas.

La direccion de trabajos hidrográficos continuó enriqueciendo al mundo marítimo, y haciendo un gran servicio á la humanidad con las prolijas y exactísimas rectificaciones que hacian nuestros marinos en la hidrografía de las dos Américas (1).

---

(1) Para dar una muestra de la importancia de estos trabajos, me bastará indicar aquí las observaciones que acababan de hacerse por nuestro doctísimo marino don Ciriaco Ceballos. La latitud de Campeche estaba equivocada en doce minutos, la de las Bocas en catorce, la de Champoton en diez y siete, y asi otros muchos puntos. Los errores en longitud eran mayores. El canal entre la costa y el Triángulo tenia un yerro de veintidos millas. El espacio de mar entre Campeche y las Arcas se encontró ser una cuarta parte mayor de la extension que se le daba. Desde la Desconocida, junto á Sisal, hasta Jicalango cerca de la laguna de Términos, habia un error de treinta y seis minutos. La diferencia de longitudes entre el puerto del Alacran y Sisal, estimada hasta aquel tiempo en cincuenta minutos, no era sino de veinte, resultando un error de medio grado entre dos puntos tan contiguos; y de aquí tantos naufragios en aquellos puntos.

No menos importantes fueron las varias noticias y

Don Rafael de Rodas publicaba al mismo tiempo su traduccion del *Sistema universal del Derecho marítimo de Europa* por Domingo Alberto Alzini, obra clásica en su género y de primer necesidad al comercio, á la navegacion, al consulazgo y á la diplomacia.

Don Felipe Rojo de Flores daba sus *Fontes legum XII Tabúlarum*.

Don Antonio Llaguno, por encargo especial del gobierno y á espensas de éste, trabajó y dió su traduccion del *Arancel de la Gran Bretaña del año de* 1802, empresa especial, entre otras muchas de las nuevas oficinas del fomento general del reino y de balanza de comercio, de cuyas utilísimas tareas se hablará mas adelante.

Don Eugenio de la Ruga llegaba ya al tomo XLV de su grande obra titulada: *Memorias políti-*

---

avisos, publicados por la misma direccion, de nuestros capitanes y pilotos don Felipe del Castillo y don José de Serra sobre varios puntos del Océano Atlántico, junto con los de don Francisco Ruiz Colorado en el Pacífico, y con los del teniente de fragata don Joaquin Lafita en su viage de Manila á Nueva España, que despues de corregidos errores notables sobre el Estrecho de Juan Bernardino, restituyó á la geografía las islas Mártires, Matalotes y Catritan, descubiertas en lo antiguo y borradas despues como quiméricas por los geógrafos modernos. Visitólas Lafita y determinó sus posiciones.

cas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España.

Don Francisco Escolar, comisionado en Canarias por el rey para formar la estadística de aquellas islas, dió á luz su traduccion de los *Principios de Economía política* de Mr. Canard, obra premiada por el Instituto nacional de Francia en 1801.

Don Isidoro Bosarte, secretario de la real académia de San Fernando, dió principio á la publicacion de su *Viage artístico á varios pueblos de España,* obra en la cual sobre el juicio y la crítica de los monumentos de las tres nobles artes existentes en España, contenia documentos preciosos, desenterrados de los archivos; el gobierno costeaba estos trabajos.

El doctísimo Fr. Jaime Villanueva llegaba ya al tercer tomo de su *Viage literario á las iglesias de España*, viage y obras que se emprendieron de real órden, y á expensas del gobierno.

Nuestro abate mejicano don Pedro Marques, conocido ya entre los amigos de las artes por sus obras sobre la arquitectura de diferentes edificios romanos, y sobre el orígen y progresos del órden dórico, publicaba en Roma otra nueva sobre los monumentos mejicanos.

Don Alberto Megino, cónsul de España en Venecia, publicaba su importante obra de agricultura, intitulada: *El Aceite*, comprensiva de todas las es-

pecies conocidas que le producen, sus modos de cultivo, artes de beneficiarlos, instrumentos, máquinas, molinos, etc. (1).

Don Francisco de Gastañazatorre, vizcaino, publicaba al mismo tiempo sus *Instrucciones sobre la cebada ramosa.* Este buen patricio la introdujo de Francia, sacada de la escuela central de historia natural y agricultura del Oise, la cultivó en sus tierras y la repartia gratuitamente.

Don Hipólito Ruiz, don José Pavon y don Isidro Galvez aumentaban la Flora del Perú con las nuevas descripciones de preciosas plantas llegadas aquel año (2).

---

(1) Esta obra ofrecia un nuevo campo á nuestra industria agrícola tan descuidada en este ramo. Mesino la escribió á mis ruegos, y la dió de balde á beneficio de los presos pobres. Abrazaba ademas del cultivo del olivo tratado en toda su extension, el del sésamo, de la col, del nabo, del cacahuete ó mani, de las adormideras, lentisco, palma christi, onopordan, jabuco, miagra, linaza, etc., plantas, árboles y arbustos todos cultivables bajo nuestro clima. No contento el autor de haber explicado con tanta sencillez como extension los métodos del cultivo y beneficio de todos estos artículos, ofreció varios premios pecuniarios á los labradores que adoptasen estos varios cultivos y los ensayase con suceso. Los programas fueron enviados á las sociedades económicas.

(2) En esta nueva remesa se contenian dos géneros mas de las clases pentandria y didynamia, y varias especies de los géneros *Convolvulus*, *Ipomea*, *Gardenia*, *Randia*, *Tillandsia*, *Bonapartea*, *Rhexia*, *Gustavia*,

Don Claudio y don Estevan Boutelou dieron su *Tratado de las flores*.

Don Gregorio Bañares publicaba su *Filosofía farmaceutica*;

Don Ignacio Lacaba y don Isidoro de Isaura, su *Prontuario anatómico*, *teórico-práctico del cuerpo humano*, obra escrita bajo el impulso y proteccion del gobierno, dada á luz en la imprenta real;

Don Luis Garnerio, ayudado tambien y protegido por el gobierno, dió su traduccion del *Tratado médico-filosófico de la manía*, por el doctor Pinel (1);

El doctor Mitjavila añadió á sus demas trabajos científicos la publicacion de un periódico mensual sobre medicina, cirugía, química y farmacia.

Los periódicos literarios y científicos se aumentaban en el reino. Entre las publicaciones nuevas

---

Hibiscus, *Brownea*, *Theobroma*, *Maxillaria*, *Sobralia*, *Croton*, *Schinus Mimosa*, y la eficacísima *Chinchona rubicunda*, ó quina colorada del comercio, especie muy diversa de las otras quinas rojas del Perú y de Santa Fé, cuya descripcion y diseño se deseaban hasta entonces.

Don Hipólito Ruiz dió tambien en aquel año su nueva disertacion sobre la raiz de la *ratanhia* y de su precioso extracto, específico singular contra los flujos de sangre de cualquiera causa que procedan, para afirmar la dentadura, remediar las quebraduras y relajaciones, constreñir las caderas, moderar los loquios, etc.

(1) Este mismo escritor habia ya publicado su traduccion de la *Nosografía filosófica* del mismo autor.

de este género son dignos de mencion, el *Almacen de frutos literarios*, el *Almanak literario* y el *Diario de los Espectáculos*. Este último fué establecido expresamente, á impulso del gobierno, para ayudar á la gran obra de la reforma moral, literaria y artística de nuestros teatros, comenzada ya de algunos años, y llevada adelante, aunque no sin resistencia, con próspera fortuna. Don Casiano Pellicer, oficial de la real biblioteca, dió al mismo fin su *Tratado histórico sobre el orígen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*. En el año anterior de 1803 se habian ya publicado con el mismo objeto otras dos obras importantes, á saber, *El Quijote de los teatros*, obra póstuma de don Cándido María Trigueros; y el *Origen, épocas y progresos del teatro español*, por el ilustrado actor de una de las compañías cómicas de Madrid, Manuel García de Villanueva Hugalde y Parra.

En crítica, filosofía, bellas letras y miscelánea se escribieron aquel año muchas obras, y se terminaron otras empezadas;

Se completó el *Teatro histórico y crítico de la elocuencia española*;

Don Lorenzo Hervas dió el cuarto tomo de su *Catálogo histórico é ideológico de las lenguas conocidas*;

Se llegó al duodécimo y último tomo de la *Coleccion clásica de los filósofos moralistas antiguos*;

Don Juan Antonio de Zamácola empezó aquel

año á dar por cuadernos la coleccion preciosa que habia reunido de los *Discursos originales inéditos* del célebre Antonio de Herrera;

Se comenzó tambien el *Diccionario de varones memorables*;

Don Ramon de Campos publicó su obra ideológica, intitulada: *Del don de la palabra en órden á las lenguas y al ejercicio del pensamiento*;

Don Cárlos Andres llegaba al tomo nono de su traduccion del *Origen, progresos y estado de toda la literatura*, por su hermano don Juan Andres;

Don Felix José Reinoso publicó su poema intitulado *La Inocencia perdida*;

Don Pedro Montengon continuaba sus traducciones en metro español de los poemas osiánicos;

Valladares daba el tomo VI de su *Leandra*, etc.

Por el mismo tiempo, de órden real, se comenzó la traduccion del *Manual de las madres*, de la *Doctrina de la vision en órden á las relaciones de los números*, y de la *Doctrina* tambien *de la vision relativamente á los tamaños*, del sábio Pestalozzi.

La religion se enriqueció tambien aquel año, con el segundo volúmen de las *Pláticas dogmático-morales* de Fr. José del Salvador, por los panegíricos del célebre Americano Fr. Pantaleon García; por el *Sermon de aniversario de militares españoles*, predicado en noviembre del año anterior por el

dignísimo eclesiástico, canónigo entonces de San Isidro, don Antonio de Posada Rubin de Celis, y publicado de real órden; por la traduccion comenzada á publicar de las *Conferencias eclesiásticas* de Angers, traductor de ellas don Arias Gonzalez de Mendoza, y por el Compendio del catecismo grande de Pouget, empezado á trabajar bajo la direccion del difunto obispo don Antonio Palafox, y héchose continuar bajo el mismo plan y método por don José Eustaquio Moreno.

Temiendo ser cansado dejo de nombrar otras obras estimadas que se publicaron en aquel año en la capital y en las provincias, con una emulacion y un celo vivo, celo que se notaba en todas partes. La nacion marchaba con su siglo sin tener que desear otra cosa que un buen tiempo para lograr el fruto de las luces.



CAPITULO XX.

Continuacion del anterior. — Mis deseos de aumentar nuestras relaciones comerciales en Africa y en Asia. — Viages y exploraciones que se encomendaron á don Domingo Badía y á don Simon de Rojas Clemente. — Asunto de Marruecos. — Grande empresa frustrada. — Singular incidente á que dió márgen este asunto en 1808. — Suerte de los dos viageros y de sus escritos.

Despues de haber referido tantas cosas como se hicieron en el corto intervalo de nuestra paz marítima, al acabar esta revista no pasaré en olvido lo que ademas de esta, en otros pensamientos á que los tiempos no ayudaron, estuvo cerca de cumplirse, y Dios no quiso. Veráse por lo menos que ni un instante anduve ocioso para procurar aumentos á mi pátria, sin que por mí quedara que hubiere sido mas dichosa, muy mas rica, muy mas holgada de gloria y de fortuna.

Aun quitadas de todo punto, como en efecto se quitaron, las antiguas trabas al comercio y al ejercicio libre de la industria para todos los españoles de ambos mundos, faltaba todavía mucha parte para que se cumpliesen mis deseos y mis proyectos. No era bastante remover obstáculos y dejar campo libre

y anchuroso á las empresas comerciales; necesitábase ademas emanciparlas de la dependencia y tercería de manos extrangeras, facilitar la concurrencia y la ganancia de nuestros negociantes en los mercados de ambos mundos, alumbrarles y encaminarlos al acierto en sus expediciones mercantiles, abrirles el camino á aquellos puntos, que menos frecuentados ó menos conocidos de otras partes, ofrecerian mejor salida y retornos mas ventajosos á nuestras mercancías de toda especie, crearnos mesas y factorías que fuesen propias nuestras en los parages oportunos donde podrian fundarse, proporcionar á todas las fortunas y á todas las industrias empleo seguro y permanente, y asi en pequeño como en grande extender el impulso y el favor y la ayuda del gobierno desde el rico armador de galeones que daria la vuelta al mundo, hasta el parco aviador de una goleta ó de un jabeque costanero. Importaba ademas sobre manera fundar nuestro comercio nuevamente y establecerle de tal modo en cuanto á España, que las guerras marítimas no alcanzasen á postrarlo, que no pendiese enteramente de la América, y pudiese existir y prosperar aparte de ella en su propia circunferencia, cual prosperaba en otro tiempo con mejor fortuna cuando se ignoraba el nuevo mundo.

Estas y otras cosas ansiaba yo ver cumplidas ó á lo menos planteadas en aquellas vacaciones de la guerra que debian durar tan poco tiempo. Uno de los objetos con que se establecieron las *Oficinas de fo-*

mento fué el de acopiar las luces necesarias para ayudar al logro de esta importante innovacion en los negocios é intereses del comercio. La junta de comercio, moneda y minas tomó á pechos estas tareas, y puestas á su cargo aquellas oficinas se hicieron á su cargo trabajos admirables cual nunca se habian visto en los departamentos de la hacienda; siendo hombres dignos todos ellos, cuantos figuraron en aquella junta y cuantos trabajaron fuera de ella, de las mas grandes alabanzas (1).

Ni era menor en aquel tiempo la suma de trabajo de esta especie encomendado á nuestros cónsules, á nuestras legaciones y á los comisionados especiales que viajaban con igual objeto por cuenta

(1) He aquí la lista de los individuos que componian aquella junta cuando en 1802 se establecieron las oficinas especiales de *Fomento general del reino y de la balanza de comercio*: don Gaspar de Lerin Bracamonte, don José de Guevara Vasconcelos, don Andres Tirado, don Pantaleon de Beramendi, don Manuel de Valenzuela, el marques de Rioflorido, don Juan Alvarez de la Caballería, don Francisco de Angulo, don Domingo García Fernandez, don Manuel Laso, don Juan de Peñalver, don Juan Soler, don Marcos Marin, don Juan Antonio Orovio, don José de Ibarra y don Manuel Jimenez Breton.

Miembros de ella fueron tambien en los años posteriores, don Manuel Sixto Espinosa, don Juan Antonio Melon, don José Perez Caballero, don José María Puig, don Manuel del Burgo, don Manuel de Ortiz y don Manuel de Lamas.

Habia tambien un número considerable de ministros

del gobierno. Entre estos puse yo la vista especialmente sobre dos individuos de los muchos que se habian formado entre nosotros y habian perfeccionado su instruccion en los paises extrangeros, don Francisco Domingo Badía Leblicht y don Simon de Rojas Clemente, capaces ya uno y otro de alternar y figurar entre los sabios de la Europa. En estos dos sugetos competia su actividad y su disposicion á las empresas grandes con sus conocimientos adquiridos en las altas ciencias naturales y políticas. Poseian á mas de esto las lenguas orientales; varios de sus dialectos y mas especialmente el árabe moderno. Badía lo llegó á hablar cual si fuese la primer lengua que habria hablado. Mi primer pensamiento fué encargarles un viage, que á la vista del extrangero pasase solamente por científico, al Africa y al Asia; mas cuyo objeto principal sería inquirir los medios de extender nuestro comercio en las escalas de Levante desde Marruecos al Egipto, y hacer la misma indagacion sobre los planes y medidas que convendria adoptar para montar nuestro comercio

---

honorarios de la misma junta que la auxiliaban con sus luces; muy distinguidos entre ellos, don Fausto de Elhuyar, don José Martinez de Hervás, don José Murga don José Ignacio de la Torre, don Frutos Alvaro Benito, don Erasmo Gonima, don Miguel Gonzalez de Lobera, don Luis Fernandez Gonzalo del Rio, don Juan Andres Gomez, etc. etc.

en la region del Asia con entera independencia de las demas potencias de la Europa, para formar enlaces comerciales y políticos con el imperio chino, y organizar allí el tráfico directo de nuestros pesos fuertes sin que en él interviniesen otras manos que las nuestras. A estos encargos se debia añadir el de adquirirse cuidadosamente cuantos artículos exóticos de útil cultivo les fuese dable recoger ó sorprender en las islas del Asia para aclimatarlos en la América. De estos varios objetos mencionados habia uno particularmente que era en mí una idea fija, viva siempre en mi espíritu hasta soñar con ella á menudo, y era buscar el modo de adquirirnos una parte especialísima del comercio interior del Africa por el conducto de Marruecos. Multitud de artículos de nuestra produccíon, poco ó nada estimables en América y de valor tambien muy corto y nada cierto en los mercados de la Europa, podian hallar salida en los paises africanos con preciosos cambios (1). Esta oscura ensenada de comercio se halla-

(1) Pocos habrá que ignoren la riqueza y variedad de objetos de exportacion que ofrece el Africa interior en polvo de oro, marfil, ámbar gris, gomas, pimienta arábiga, cueros, algodon, añil, cera, sen, anatron, aloe, plumas de avestruz, etc., sin añadir á esto la grangería de esclavos, indigna de nombrarse, pero recibida todavía y buscada codiciosamente en aquel tiempo sin ningun rebozo como ahora. A estos varios artículos procedentes de las caravanas, se juntaban los que eran propios de Mar-

ba descuidada por las demas naciones comerciantes, que encontraban mejor su conveniencia traficando á un mismo tiempo con el Africa y el Asia en los mares del Oriente y en la Arabia y el Egipto. España solamente, por su posicion geográfica, podia beneficiar este otro cabo del comercio africano sin temer la concurrencia. A nuestras mismas puertas, la travesía de pocas horas, casi bajo el amparo de nuestras baterías, casi á cubierto de enemigos aun dado el caso de una guerra, nuestro comercio con el Africa debia ofrecer empleo seguro y ventajoso, no tan solo

---

ruecos, granos inagotables, ricos frutos de salida cierta en todos los mercados de la Europa, ganados abundantes, caballos sin igual para el servicio de la caballería ligera, buenas lanas, tejidos estimables de esta especie, y los preciosos tafiletes amarillos inimitables en Europa. Sabidos son tambien los objetos mas preciados de importacion para el interior del Africa, consistentes en armas blancas y de fuego, pólvora, plomos, abalorios y bugerías de toda especie, telas bastas de lana, sederías, cotonadas, papel, latones, vidriado, corales, granates, agatas, etc., mercancías todas ellas que podian surtirse por nosotros, de primera mano, dando paso á la industria de todas las provincias, sobre todo á la Cataluña, la Vizcaya, las dos Castillas, Valencia, Granada y Murcia. Lo que, menos perfecto en nuestras fábricas, no podia hallar consumo en otras partes, lo debia encontrar ilimitadamente en las ferias de Sus donde se tenia un comercio activo con la parte central de la Nigricia de Occidente, Tombuctú, Dijinia, Sego, y otros puntos de la otra parte del desierto. Establecido este comercio, no debia quedar ni un rezago ni ninguna cosa de desecho en nuestras fábricas.

á los grandes negociantes, sino tambien á los mas cortos, hasta al humilde poseedor de un barquichuelo y de una vela.

Hacíase empero necesario para tal emprea tener puertos y asientos propios en los lugares aptos y oportunos de las costas marroquinas, como las tuvo el Portugal en otro tiempo, y como unido despues éste á la corona de Castilla, los tuvimos tambien nosotros, si bien no se sacó ningun provecho de aquellas posiciones, puesta entonces nuestra codicia toda entera por desgracia nuestra en los negocios de la América. Con otra gente menos idiota y desleal que la morisma, habria cabido un buen tratado de comercio cuyo provecho hubiese sido mútuo entre Marruecos y la España, mayor quizá para los mismos Marroquies por la doble ventaja del movimiento comercial que habrian tomado sus provincias, y del inmenso desarrollo que se habria seguido de su cultivo y de su industria, puesta en mayor contacto con la Europa y derramada en sus mercados. Difícil sin embargo como era persuadir á los Moros sus verdaderos intereses, y mucho mas lograr que consintiesen á hermanarlos con los nuestros, todavía pensé yo que se podria sacar partido de la situacion política en que el monarca de Marruecos se encontraba entonces. Reinaba á la sazon Muley Soliman, príncipe mas bien dado á la contemplacion del Alcoran que á los negocios del gobierno, muy mas bien alfaquí, como de profesion lo era, que

señor de un vasto imperio; flaco y perezoso, nada propio para las armas. Sus provincias del Atlas se hallaban invadidas por las tribus libres de aquel punto, y el scheryf Ahhmed, levantando en Sus el estandarte de la rebelion, desafiaba su poder en aquel punto y amenazaba hacerse dueño del imperio. Scheryf por scheryf y déspota por déspota, los pueblos de Marruecos debian ganar en aquel cambio, porque Ahhmet tenia talentos y prendas singulares para el trono. Muley se hallaba en gran peligro de perderle, como le perdió mas tarde.

En tales circunstancias me pareció poder lograr mi pensamiento, si indicándole una alianza con España y ofreciéndole socorrerlo contra sus enemigos y garantirle su corona, se pusiese por condicion la de cedernos dos puertos por lo menos, á contento entero nuestro, uno de ellos en el Estrecho y otro en el Océano, prestándose igualmente á celebrar un pacto de comercio en sus estados sin condiciones onerosas y sin ningunas restricciones. Menos escrupuloso que lo que merecian aquellos pueblos semibárbaros, como enemigos muy dañinos, y como amigos muy gravosos y muy falsos, desde un principio hubiera yo tomado otro camino mas derecho; pero habia dos motivos para obrar mas cuerdamente, lo primero la voluntad de Cárlos IV, incapaz de aprobar ninguna empresa que ofreciese ni un solo viso de injusticia, y lo segundo, la necesidad de no alarmar á la Inglaterra.

Pronto, no obstante, se nos vino á mano la ocasion de una guerra, bajo todas luces justa. Muley Soliman, cuya moderacion y cuya paz miéntras duró la lucha con la nacion inglesa, nos costó algunas parias bajo el nombre de regalos, como hubiese cesado habia ya mas de un año este tributo inicuo, se nos atrevió á pedirlo como un derecho ya adquirido, y del recuerdo pasó luego á la amenaza de interrumpir nuestro comercio en sus estados. Negados los presentes se mostró su despecho á poco tiempo, impidiendo comprar granos en sus puertos y retirando enteramente su proteccion á nuestros buques. Tras de esto se siguieron los amagos contra nuestros presidios, y vejaciones y durezas ejercidas con los negociantes españoles, violando á cada paso los tratados y las costumbres recibidas. Sobraban los motivos para tomar satisfaccion á mano armada é invadir los estados de aquel príncipe; mas siguiendo mi pensamiento, y mis deseos tambien de que en el caso de una guerra se hiciese ésta con acierto y con muy pocos sacrificios, concebí el raro medio de que Badía pasase á aquel imperio, no ya como Español, mas como Arabe, como un ilustre peregrino y un gran príncipe descendiente del profeta, que habria viajado por la Europa y volveria á su pátria dando la vuelta al Africa y siguiendo á la Arabia á visitar la Meca. Su objeto principal sería ganar la confianza de Muley, y presentada la ocasion, inspirarle la idea de pedirnos nuestra asistencia

y alianza contra los rebeldes que combatian su imperio y amenazaban su corona. Si esta idea era acogida, debia ofrecerse él mismo para venir á negociar acerca de ella en nuestra corte con poderes amplios. Si no alcanzaba á persuadirlo, debia explorar el reino con el achaque de viagero, reconocer sus fuerzas, enterarse de la opinion de aquellos pueblos, y procurarse inteligencias con los enemigos de Muley, por manera que entrando en guerra pudiesemos contar con su asistencia, y obrar de un mismo acuerdo en interes recíproco bajo las condiciones ya apuntadas, pero en mayor escala para poder hacernos dueños de una parte del imperio, la que mejor nos conviniese. Badía era el hombre para el caso. Valiente y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía, y verdadero original de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos; hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu, lo hacían apto para aquel designio. Tales fueron las veras con que aceptó mi encargo, que sin consultar con nadie y de su solo acuerdo, osó circuncidarse; sola cosa que le faltaba para el papel difícil y arriesgado que debia hacer entre los mahometanos. Él debia partir solo, que si bien Rojas pudiera haberle acompañado como amigo ó dependiente suyo, no le era necesario, ni aquel tenia su atrevimiento, ni convenia exponerlo, jóven de gran-

des prendas y de ricas esperanzas. Quedó en España mientras tanto, y le ocupé con buen suceso en recorrer las Alpujarras y formar su estadística.

He aquí pues á Badía partir para Marruecos, su genealogía bien compuesta y bien completa, sus papeles en regla, hijo de Othman-Bey, príncipe de Abasida, pariente del profeta de la Arabia. Allí ganó el favor de aquel monarca, y adquirió tal concepto por sus conocimientos astronómicos, por sus curas maravillosas, y lo que era mas para Muley, por su profunda inteligencia de los textos y de la ciencia arcana del libro de la Ley, que hizo empeño de conservarle en sus estados, le donó un palacio y una finca de sus reales residencias, que es la llamada *Semelalia*, otra casa alhajada cerca de su palacio, dos mugeres de su propio haren y un buen número de esclavos negros. Pero ni todo aquel favor, ni tan grande ascendiente que se habia ganado sobre el crédulo y devoto emperador, alcanzaron á persuadirle que buscase nuestra alianza; su austero fanatismo le hacia mirar como un gravísimo pecado toda especie de liga con infieles. En cuanto á los españoles, era mas fuerte su ojeriza, porque los antiguos ódios nacionales se juntaban al sentimiento religioso. Su intencion decidida, en habiendo logrado sosegar ó rechazar á los rebeldes que agitaban sus provincias de Atlas, era hacer la guerra á España, soltar, como él decia, sus perros contra ella en los dos mares, y dejar libertad á sus vasa-

llos para atacar nuestros presidios. ¡Singular situacion la de Badía! «Lejos de buscar amigos y socorros en España, le decia el emperador, nada llenaria »mi alma de contento, como ver cumplida en nuestros dias la divina promesa que á este imperio le »está hecha de recobrar la España, aunque otro »fuese el elegido para tan santa obra, y mas que »fuese necesario para esto cederle mi corona. Discurre mas bien medios de apresurar los tiempos »buscando amigos y aliados en nuestras viejas razas; ponte tú á su cabeza, haz revivir la gloria de »nuestros mayores, tú que al pasar por esas tierras, »has sentido hervir tu sangre é inflamarse tu corazon al ver los monumentos y vestigios que allí »quedan de su esplendor antiguo. Los que tan mal »aconsejados de nuestra propia estirpe querrian despedazar mis reinos, encontrarian mejor empleo en »debelar á los cristianos. Tu voz podria atraerlos y »acabarse esta guerra impía, mejor por tus consejos que por conciertos y alianzas con príncipes infieles; despues llamar el Africa y el Asia para la »grande empresa cuyo fundamento es este imperio... »que los hermosos reinos de Granada, Sevilla y »Córdoba volviesen á ser nuestros!...»

Tal concepto tenia Muley de los talentos de su huesped, y á tal punto poseia este su perfecta confianza. Dueño asi de extender sus relaciones y de entenderse y concertarse con quien le conviniese, se avistó con Hescham, hijo de Ahhmed, y sin mani-

festar quien era, bajo el mismo papel de príncipe Abasida que habia venido á España para cumplir un voto, le propuso su intervencion con el gobierno castellano para buscarle ayuda y coronarlo. En cuanto á condiciones, dejando á Hescham que se explicase él mismo, llegó éste á prometer por ceñirse la corona de Marruecos, la cesion de Fez entera. Debian venirnos de esta suerte por el pronto Tetuan, Tanger, Larache, los dos Salés, nuevo y viejo, y todo el rico territorio de aquel reino, el mas civilizado del imperio.

Las fuerzas disponibles de Muley, si habia de hacernos frente, consistian en diez mil hombres, los mas de ellos esclavos; y aunque en caso de guerra todos los moros son soldados, no habia temor de que se alzasen por un hombre que estaba aborrecido, mucho menos no siendo nuestra entrada sino en clase de aliados y á favor de otro scheryf que gozaba de un gran crédito. Toda la parte litoral oprimida y vejada por Muley en los negocios de comercio, tan lejos de acudirle, hubiera peleado en contra suya. Nuestro dominio mismo, en vez de disgustar á aquellos moros industriosos, les hubiera sido grato y preferible, respetada su religion, introducidas nuestras leyes en materia de propiedad que allí no tiene nadie, y dada entera libertad á su comercio. Aun habia algunos de estos pueblos que referian por tradicion haber sido mas felices cuando se hallaron gobernados por Portugueses ó Españoles.

¿Habria sido una injusticia y una violacion de nuestras treguas atacar á Muley? Treguas digo, porque despues de rotas las antiguas paces con España por Muley Eliazit en 1791, en cuantos acomodamientos se trataron con la córte de Marruecos, excluyeron aquellos príncipes la cualidad de paz perpetua, colocándose de este modo en situacion mas cómoda para exigir tributos ó regalos, y convertir en tráfico la amistad siempre incierta que pactaban con nosotros. Semejante estado de cosas era ya indigno de sufrirse, sin quedar otro medio que la guerra, pues que Muley Soliman amenazaba hacérnosla si se negaban los presentes. Sobrado tiempo nuestra lucha con la Inglaterra nos habia obligado á contemplar á aquellos bárbaros, y á comprarles sus miramientos con nosotros.

¿Dirá alguno que en las circunstancias que ofrecia la Europa, aquel proyecto era imprudente, ó que era extravagante? Nó: en los tiempos de paz es cuando se compone cada uno y se previene contra las contingéncias venideras. Si era en cuanto á la Francia, la guerra de Marruecos nos ofrecia un pretexto para aumentar nuestros ejércitos sin que Napoleon se recelase de nosotros. En la vecindad de aquel hombre convenia tener constantemente nuestras armas sobre el pie de guerra, y esto no podia hacerse sin tener una razon y una deshecha bien plausible. Por lo demas aquella guerra no le iba ni venia para haber de parar mientes sobre ella. En

cuanto á la Inglaterra, ésta no podia ignorar las pretensiones de Muley, ni debia extrañar que se negasen, ni que por tal motivo se guerreara con el moro. El empleo de nuestras fuerzas lejos de alarmar á los Ingleses, les debia mostrar patentemente que España estaba lejos de ocuparse con la Francia en contra de ellos. Despues de esto la posesion de Fez, si llegaba á ser nuestro, no les quitaba á ellos expectativa alguna sobre aquellos paises que nunca codiciaron. Dueños fueron de Tanger, y al fin de veinte años se cansaron de aquella plaza y la dejaron á los moros. Verdad es que aquel pais habria aumentado en el Estrecho nuestro poder marítimo, y que este aumento de poder por parte nuestra habria dado algun tormento á la Inglaterra, pero esto mismo me animaba mas en mi designio, porque una vez apoderados de aquellos puertos berberiscos, nos habria tenido mas respeto aquel gobierno. Y al fin, si su intencion era envolvernos en su lucha con la Francia como despues se vió ¿no convenia tener mas medios de hacerla buena guerra y de dañarla cabalmente en la salida y en la entrada del Mediterráneo y el Océano?

Diráse acaso todavía que aquella empresa debería de habernos sido muy costosa en armas y en dinero; mas ni aun eso. Tal como se ofrecia por sí misma, nos habria bastado reunir en los presidios cuando menos quince mil hombres, atraer allí las tropas de Muley, y comenzada la invasion por el caudillo

Hescham, penetrar mas adentro y acudirle. Tenia ganada mucha gente entre los principales Marroquíes; de entre la parentela de Muley habia uno solamente (el que mandaba en Mogador, Muley Abdelmelek) que pudiera oponerle alguna resistencia y disputarle el trono, pero Hescham tenia un concierto con parciales suyos que á la primer señal deberian sorprenderle y alejarle de Marruecos. Con nosotros lo podia todo aquel caudillo, sin nosotros no podia nada, porque le faltaban artilleros y buenos trenes de campaña. Hescham, por hacer cierta nuestra ayuda, nos ofreció rehenes que asegurasen sus promesas.

Faltaba solo asegurarme yo tambien de la certeza de estas cosas. A este fin, cuando fué tiempo, puse yo en el secreto de aquella tentativa un hombre tan leal y activo como sagaz y cuerdo, que era el cónsul de Mogador don Antonio Rodriguez Sanchez. A éste le ofrecí tanta parte en la fortuna y en la gloria que podrian traer estos sucesos para España, como de vituperio si se empeñase un lance desastrado. Rodriguez me afirmaba que las operaciones de Badía eran ciertas y seguras, que todo estaba calculado con buen pulso, y que vistas las circunstancias del pais, el carácter de las personas que mediaban, y las disposiciones de los ánimos, el buen éxito de la empresa parecia indudable, cuanto en operaciones de esta clase se podia juzgar con menos riesgo de engañarse. Añadia ademas de esto, que no

seria imposible que el imperio de Marruecos quedase todo por España, si á Badía se diese anchura para aprovechar cualquier evento favorable á este designio, por mas raro y singular que pareciese el modo de cumplirlo, porque existia un partido que queria darle la corona, medio cierto por el cual, dueño que llegase á ser de aquel imperio, lo podia añadir á la corona de Castilla haciéndole ocupar por las tropas españolas, y estableciéndose despues un virey moro á la manera de los príncipes mediatos del imperio anglo-indio.

Todavía despues de esto, para mas asegurarme, hice partir á los mismos lugares, para que se informase por sí propio, al benemérito coronel don Francisco Amorós, oficial que era entonces de la secretaría de estado y del despacho de la guerra, mi agente único desde un principio en el asunto de Marruecos y á quien tenia encargada la correspondencia con Badía y Rodriguez. Vuelto Amorós, no tan solo me confirmó la verdad de los hechos y la exactitud de los informes recibidos, sino ademas me demostró la urgencia de poner mano á aquella obra sin dejar que se entibiasen ó que pudieran desmayar en su propósito los que estaban ya dispuestos para dar el gran golpe en cuanto fuesen recibidos los auxilios. Entonces dí mis órdenes, envié á Amorós á Cádiz, y encomendé al marqués de la Solana todas las cosas concernientes al envío de tropas, armas y de buques menores que debian expedirse de diversos pun-

tos y en diferentes veces, separados, al desgaire, sin que llamasen la atencion en aquel pais ni en parte alguna, y dejando correr la voz tan solamente de que los Moros amenazaban los presidios, cosa que era frecuente y ordinaria y no alarmaba á nadie.

Ninguna de estas cosas se habia hecho ni se hacia sin las órdenes del rey. Cuando envié mis instrucciones por extenso al marqués de la Solana, me pareció debido mostrárselas primero á Cárlos IV, pero S. M. me dijo que podia enviarlas, y que despues, cuando se hallase mas despacio, tendria contento en verlas, juntamente con un resúmen bien circunstanciado que me tenia pedido de la correspondencia de Badía. El resúmen estaba ya extendido, y justamente aquella misma noche me mandó se lo leyese. Entre las cartas de Badía se encontraba el anuncio de la donacion de *Semelalia*, y demas gracias y favores que el emperador marrueco le habia hecho, junto con el diseño de aquella posesion y un traslado del firman que la pasaba á su dominio. Y he aquí que cuando llegué á esta parte del resúmen y desdoblé el diseño, noté en S. M. una señal como de horror, tras la cual, despues de haber leido por sí mismo aquel diploma, me dijo estas palabras: « No, en mis dias no será esto. Yo he » aprobado la guerra porque es justa y provechosa á » mis vasallos. He aprobado tambien que antes de » hacerse vaya un explorador, porque esto se acos» tumbra y es forzoso algunas veces, para empren-

»derla con acierto; pero jamas consentiré que la
»hospitalidad se vuelva en daño y perdicion del que
»la da benignamente. Con Dios y con el mundo
»seria yo responsable de tal hecho, siendo un agente
»mio quien habria obrado de esa suerte. La culpa
»es de Badía que debió quedarse libre y no aceptar
»esos favores.... A Badía, que se vaya y que prosiga
»sus viages; otro hombre de mas juicio y de mas
»peso se podrá encargar de manejar ese negocio.»

Tal era Cárlos IV, en cuyas relaciones diplomáticas no habrá sobre la tierra príncipe ni gobierno que le pueda echar en rostro ni una sombra de doblez ó dolo. ¡Y este mismo monarca de tan purísima conciencia, tan fiel á la moral, y tan severo y circunspecto en su política, estaba reservado para ser una gran víctima de la ambicion de propios y de extraños!

—«Pero, señor, le dije al rey, tiene que cos-
»tar mas deshacer lo que está hecho que llevarlo
»adelante. Hay ademas personas, y algunas de
»estas Españoles, que podrán pagar con su cabeza
»si se vuelve un paso atras de lo que está ya
»andado.»

—«Si los comprometidos, dijo el rey, son va-
»sallos mios, escribirles que se vengan al instante.
»Si son moros no es cuenta mia, pero se podrá
»avisarles.»

—«¿Quién de ellos, insté aun, volvería á fiarse
»de nosotros, ni querria concertarse con otro que

»Badía? Nadie podría tener sus relaciones; de él se »fiari porque le creen un moro y un gran príncipe. »Él tiene en su favor los mismos gefes de la guar- »dia, muchos gobernadores y bajáes... nadie podria »suplirle.»

—»Y bien, repuso el rey, dejemos esos medios »y emprendase la guerra por sus caminos naturales »si Muley no se aviene con nosotros.»

En vano fué representar á Cárlos IV las venta-jas incalculables que podrian traernos aquellas po-sesiones, los arbitrios y los recursos permanentes que adquiriese en la region del África nuestras in-dustrias y comercios, las aclimataciones ricas que allí podrian haberse en abundancia de los mas pre-ciosos frutos de los trópicos, el suplemento que esto haria á las riquezas de la América, suplemento tan necesario, ya fuese que las guerras interrumpiesen los negocios con aquellos paises tan lejanos, ó ya que estos se alzasen algun dia y adquiriesen su in-dependencia como la América del Norte; el dominio que nos darian aquellos puertos sobre las bocas del Estrecho frente por frente de los nuestros y á tan corta distancia, la importancia que tomaria nuestra amistad con las demas naciones comerciantes tenien-do aquel dominio, el respeto que por tal modo po-dria imponerse á la Inglaterra, el aliento y espíritu de gloria que cobrária la España conquistadas aque-llas tierras codiciosas contra sus enemigos naturales que lo fueron tantos siglos, el aumento de fuerzas

que se podria añadir á nuestro ejército con escuadrones berberiscos, la necesidad de agrandarnos y de buscar nuestro equilibrio con la Francia por cuantos medios fuesen dables, tantas y tantas cosas como estas que yo dije y me inspiraba con vehemencia mi deseo de ver cumplida aquella empresa. «Todo es verdad, respondió el rey, todo cuanto tú »quieres y me dices, lo quisiera yo igualmente; mas »mi conciencia no se aviene ni podría avenirse con »los medios. *Non sunt facienda mala ut inde ve»niant bona.*» — «Gran principio, respetabilísimo, »me atreví yo á decir por último argumento, si lo »observasen todos: pero en política dañoso si es uno »solo el que lo observa.»

—«Obrando rectamente, Dios estará conmigo,» dijo el rey.

«Pero el correo ha partido con la instruccion, »dije yo todavía; V. M. lo habia mandado.»

—«Yo lo desmando ahora, dijo el rey; despáchese »un alcance.»

Aquella noche se pasó toda en vela para deshacer cuanto habia hecho, y deshacerlo para siempre. Cinco meses despues volvió la guerra con la Gran Bretaña.

Grande fué el compromiso de Badía, que se hallaba ya medio á medio del camino peligroso donde se habia lanzado mas aprisa que conviniera, y el secreto partido ya entre muchos. Su admirable sagacidad halló manera de contentar los conjurados

con esperanzas y promesas, hasta que le fué dable retirarse sin que ninguno le vendiese.

Muley al fin, años despues, desfalcado su imperio y dividido en bandos, se vió obligado á desceñirse la corona y abdicarla en favor de Abderramen, sobrino suyo. Ninguno de sus hijos pudo haberla.

Sydy-Heschaw fundó un estado independiente con las conquistas que habia hecho sobre Sus y otras provincias inmediatas. La ocasion malograda era segura; yo no me habia engañado.

Novela y fábula parecerán las cosas que dejo referidas, y con mayor razon por ser muy pocos los que supieron de ellas en España. Pero de entre los vivos que mediaron en aquel asunto, existe todavía don Francisco Amorós, que, como dije antes, fué mi especial agente para todo lo que fué hecho ó preparado, dando en esto nuevas pruebas de su amor ardiente por la pátria. En cuanto á documentos y papeles que fuesen relativos á este objeto, en mi archivo se habrán hallado algunos de ellos. Yo no esperaba ya en mi vida ver ninguno, hasta que venido á Francia hallé aquí impresa alguna parte de mi correspondencia con el marqués de la Solana, traducida al francés por M. Bausset é insertada en sus Memorias. Esta correspondencia es verdadera, si bien la traduccion, por lo que alcanza mi memoria, me parece estar defectuosa algunas veces. Pero tal como la he hallado, copiaré de ella algunas cartas donde se contiene mucha parte de los he-

chos referidos (1). ¡Rara suerte, que mis papeles hayan pasado por entre tantas manos, á excepcion solo de las mias! Mas como dije ya otra vez, invadida mi casa y registrados mis bufetes y mi archivo minuciosamente, me sirve de consuelo que mi vida política se haya encontrado allí aun mejor que puedo yo contarla de memoria solamente, y que España y el mundo todo pueda haber notado que entre tantas correspondencias y tantos documentos y tanto cúmulo de apuntes, caido todo en mano de mis furiosos enemigos por sorpresa, ninguna cosa fué encontrada que pudiera publicarse en daño mio bajo ningun sentido. ¡Con qué ansia lo buscaban! Contaré solo un incidente del mismo asunto de Marruecos, que podrá dar idea de aquel empeño tan rabioso y tan inútil de encontrarme delincuente.

La donacion de Semelalia hecha á Badía parecia llevar consigo la maldicion y la desgracia. Ella fué la ocasion, como se ha visto, de malograrse mi proyecto, por la impresion tan viva y tan tenaz que causó en el ánimo del rey. Faltaba empero todavía que sirviese de fundamento á una calumnia monstruosa. Dormia el diseño de aquella propiedad moruna en los estantes de Amorós, junto con el firman

(1) Estas cartas se hallarán entre los documentos justificativos, número III, juntamente con la relacion del asunto de Marruecos por Mr. Bausset segun afirma que la oyó de boca de Badía.

de la donacion, y la correspondencia de Badía, cifrado lo mas de ella. He aquí pues, entre las casas asaltadas en Madrid por extension del alboroto y las violencias de Aranjuez en marzo de 1808, una de ellas fué tambien la de Amorós. Su vida estuvo amenazada. Por fortuna fué posible á sus amigos calmar al populacho; pero la nueva corte se introdujo en lugar suyo, se registraron sus papeles, se topó con el legajo de Marruecos, y á la vista de aquel diseño, del diploma, y de tanto papel escrito en cifra, la ignorancia unida á la maldad y al ansia de encontrar un gran delito, hizo correr que entre otras cosas se habian hallado documentos de una traicion que estaba ya amasada para vender la España, unos decian que al bey de Argel, otros que al príncipe marrueco. Añadian que el señorío de una provincia y la ciudad de Semelalia (que por tal la tomaban aquellos ignorantes) se me daba en pago, que hasta el haren estaba ya dispuesto, que yo iba á renegar y á ponerme el turbante, que yo era un nuevo conde don Julian, que habia seguido las pisadas del baron de Riperdá, y otros desatinos de esta especie. Yo los oia contar desde las rejas de mi encierro por mugerzuelas echadizas que venian á hablar con los soldados y á irritarlos.

¡Gran contento en la córte! A Amorós le prendieron y lo incomunicaron. Tres consejeros de Castilla, don Francisco Duran, don Ignacio de Villela y don Felipe Canga Argüelles, se vieron obligados

á ocupar muchos dias con los peritos en descifrar aquellas cartas y en ordenar aquella causa. Las resultas no fueron otras que el deshonor y la vergüenza del ministro Caballero, de quien procedió la órden de fulminar aquel proceso, postrer acto de su poder con que coronó la carrera de su mando, separado de él y arrojado por el mismo príncipe Fernando. Mas la calumnia quedó en pie, y quizá aun hoy dia se cuenten tales cosas como ciertas en los arrabales y en los campos.

Réstame decir alguna cosa sobre los años posteriores de Badía y de Rojas. El primero, desde Marruecos siguió á Trípoli y á Egipto, despues corrió la Arabia, torció para la Siria, pasó á Constantinopla, siguió por Bucharest y tomó para España en 1808 para venir á darme cuenta (1). Cuando llegó á Bayona se encontró con nuestra córte en aquel punto. Lo socorrí por medio de un banquero de la

(1) Uno de sus objetos en el viage de la Arabia fue visitar la Meca y adquirirse por aquel medio mas favor y autoridad entre los mahometanos, para unirse despues sin ningun riesgo á alguna de las caravanas que bajaban de la region del Nilo á Tombuctú, y penetrar en aquel reino misterioso con la misma facilidad con que, el primero y único entre los Europeos, visitó el templo de la Meca cerrado á los profanos. Este viage á Tombuctú y á otros puntos interiores de la Nigricia central no conocidos hasta ahora, habia sido uno de los muchos encargos que le hice antes del episodio de Marruecos.

*

misma ciudad (1) y lo recomendé á Mr. Champagni. Viendo lo que pasaba con todos mis amigos, se quedó con los franceses. Dicen que acomodado por el rey José, dió en caprichos y rarezas que no le grangearon el afecto de los pueblos. Vuelto á Francia, publicó sus *Viages* con el título de *Aly-Bey el Abbassi*, en cuanto á la parte histórica y científica tan solo; libro apreciado en toda Europa (2). Protegióle el emperador y despues Luis XVIII, á quien se dedicó esta obra. Despues volvió al Oriente, costeado para aquel viage por la Francia. No ha habido mas razon de su persona. Se ha creido con fundamento que lo asesinaron en Damasco. Con él han perecido sus demas manuscritos científicos y las preciosas colecciones de historia natural que tenia hechas.

Su excelente compañero don Simon de Rojas fué quizá mas desgraciado. Verificó mi encargo y concluyóle felizmente en pocos años. Habia escrito con elegante y docta pluma la *Historia natural, civil y política de las dos Alpujarras, alta y baja*. Este sábio español, digno bajo todos conceptos de la buena memoria de su pátria, vivió oscuro en el cultivo de las ciencias durante la invasion francesa y en los años que se siguieron, vuelto á España el rey

(1) Mr. Barbachano.

(2) Tres volúmenes en 8.º y un atlas de cien láminas, dibujos todos suyos.

Fernando, hasta el de 22 en que fué elegido diputado á Córtes. En tan largo espacio careció de medios para publicar su obra. Desterrado luego de Madrid en la durísima reaccion del siguiente año de 1823, se vió obligado á oscurecerse nuevamente en una aldea de su tierra natal donde prosiguió escribiendo. Mas tarde, su amigo don Juan Antonio Melon pudo obtenerle su regreso á Madrid y el recobro de su plaza en el jardin botánico. Pero mal visto allí y acorralado por los enemigos de las luces, murió en fin consumido de pesares. El mismo don Juan Melon, testamentario suyo, logró preservar sus manuscritos de extravíos. Dícese que los mas de ellos se conservan hoy dia en el jardin botánico. En los postreros años del reinado de Fernando VII, el mismo Melon y otros amigos de Rojas practicaron en vano muchos oficios con el ministro de estado que era entonces, don Manuel Gonzalez Salmon, porque los hiciese dar á luz. Mucho dolor será que la España pierda el fruto y el honor de aquellos utilísimos trabajos. Rojas era un cordero en sus costumbres; intrépido para la ciencia, pero apacible, manso y tímido en los negocios de la vida. Los que le conocieron y observaron en las Alpujarras, se asombraban cuando lo vian trepar los precipicios mas horribles donde pie humano no habia entrado, por coger una planta ó un insecto; pero su corazon lo amilanaban las injusticias de los hombres.

CAPITULO XXI.

Año de 1805. — Parte militar y política. — Planes, operaciones y acontecimientos de la campaña marítima emprendida contra la Inglaterra por las armas combinadas españolas y francesas, hasta fin de julio de aquel año.

Los autores de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, obra mandada trabajar bajo la inmediata influencia de mis enemigos, cuando vuelto al trono el rey Fernando VII se encontraban aquellos en la plenitud de su poder sin ningunos contradictores, han señalado tres categorías entre los aliados de la Francia en tiempo del Imperio, es á saber, de aquellos que lo eran por los lazos de parentesco con el emperador de los Franceses, los que se le habian unido por interés recíproco, y los que se mostraban sus amigos por el temor ó por la fuerza. En esta última clase colocaron á Cárlos IV, al emperador de Austria, al rey de Prusia, al papa y á la república suiza. No es mi objeto demostrar aquí la inexactitud y las contradicciones que ofrecen aquellos escritores al clasificar las potencias de la Europa bajo alguno de estos tres títulos, sino solo rechazar la idea

de que España fué aliada de la Francia por la fuerza. Ni es mi ánimo tampoco querellarme de la durísima injusticia con que me han tratado en todo aquello que han escrito. Han mostrado talento en muchas partes de su obra, y eran dignos de haber escrito libremente; pero su encargo fué escribir al paladar de aquella córte que pretendia justificarse. En medio de esto han dicho tantas y tales cosas, á sabiendas ó sin pensarlo, que, contrarios mios al parecer, se podria decir que ellos mismos habian trazado adrede mi defensa. Muchas veces usaré en mi favor de sus propias razones y de los grandes cuadros que presentan. Esto será mas adelante: siguiendo ahora mi camino, insistiré de paso en repetir y hacer palpable que la alianza de la España con la Francia, república ó imperio, mientras me encontré libre y fuí dueño enteramente de mis actos, no fué obra del temor ni de la fuerza, ni se cimentó sobre otro fundamento que el interés del reino.

Ruego aquí á mis lectores que recuerden las razones tan poderosas que fundaron nuestra alianza con la república francesa, cuando hostigada España por la Inglaterra en 1796, no siéndole posible mantenerse neutral entre las dos potencias por la oposicion, no de la Francia, sino de la Inglaterra, prefirió la paz con la primera y se unió á ella con las armas para hacer frente á las violencias de esta última. Nuestra alianza limitada en sus efectos á opug-

nar tan solo á la Inglaterra, salva nuestra amistad con las demas potencias que guerreaban con la Francia, dejaba ver muy claramente la entera libertad con que fué contraida. Nuestra paz interior, casi imposible de conservarse en aquel tiempo sin estar en paz con la república, era un motivo poderoso de interes para optar por su amistad entre ella y la Inglaterra, mientras por otra parte la necesidad de defendernos contra esta sobre todos los mares, no dejaba elegir mas medios que juntar nuestras fuerzas con las de Francia y de la Holanda para proteger nuestro comercio y guardar sobre todo nuestras inmensas posesiones de ambas Indias que codiciaba M. Pitt con tantas ansias, y á quien poniéndonos en guerra con la Francia, habria sido tan asequible levantarlas y separarlas de nosotros. De esto queda ya hablado extensamente en mi primera parte (1).

Nuestra union con la república no mudó de carácter llegado Bonaparte y puesto á su cabeza. Probado dejé ya con evidencia que la guerra de Portugal en 1801, fué una consecuencia y un efecto necesario de la guerra con la nacion británica, y que si bien los miramientos de la España con la casa de Braganza, unida en parentesco con la nuestra, contuvieron las quejas de la Francia mu-

---

(1) Véanse en ella los capítulos XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV y XXXV.

chos años con daño suyo y nuestro, no fué dado ni convino disimular mas tiempo la correspondencia ingrata del gabinete lusitano, ni empeñar una guerra con la Francia por sostener á aquel gobierno que á entrambas dos potencias se hacia hostil por servir á la Inglaterra, favorecerla y ayudarla en contra de una y otra. Cual fué la libertad y la completa independencia de nuestro gabinete en la gestion de aquella guerra, referido quedó tambien y demostrado en su lugar con hechos y con datos innegables. La voluntad de España, no la de Bonaparte, fué cumplida enteramente, y por muy mal que lo llevase, respetó la paz que fué asentada por nosotros, retiró sus legiones, y sentó al fin la suya sobre las mismas bases que la nuestra (1).

Hecha luego la paz de Amiens, y rota por desgracia á poco tiempo entre la Francia y la Inglaterra, nuestra perfecta independencia se mostró patentemente por el mismo hecho que fué visto de tomar nosotros el carácter de neutrales. La Holanda, bien que la Inglaterra la brindase con su amistad sin otra condicion alguna que de mantenerse neutral, fué arrastrada á la guerra por la Francia. España se hizo firme en su propósito, y guardó su paz con la Inglaterra sin que el gobierno consular se lo impi-

(1) Véanse sobre esto los capítulos V y VI de la 2.ª parte.

diese. Mal pecado, no por mí ni por mi voto ó anuencia, se pactó un subsidio pecuniario, pagadero á la Francia como compensacion, harto mal entendida y mal fundada, del tratado de alianza que no debia regir en aquel caso. Mas como quiera que esto fuese, visto está que fuimos libres, que evitamos la guerra, y que nuestra alianza, tal como entonces fué entendida y concertada, no excedió los lindes ni de la libertad, ni de la conveniencia de la España.

Entró Pitt á gobernar el gabinete ingles, y la misma política con que nos estrechó á la guerra en 1796, mas violenta todavia en 1804, mas dura, mas injusta, y sobre injusta atroz, nos obligó á tomar las armas, provocada por él la lucha con ofensas y ultrajes nunca vistos ni creibles entre pueblos civilizados. No dirá nadie que en tales circunstancias fué la Francia quien nos lanzó á la guerra: 1804 fue justamente un año en que mantuvo España con la Francia, y Francia con España la mejor correspondencia sin ningunas pretensiones ni debates de política.

Ciertamente el horror y la justa indignacion que el atentado ingles produjo en toda España y en sus dominios de Ultramar, junto á esto la repentina guerra á fuego y sangre que aquel gobierno injusto rompió contra nosotros, sin ahorrar su furor ni aun á los pobres barcos pescadores, nos pusieron en el deber, por nuestro honor otro tanto que por nues-

tros intereses, de responder con energía, por cuantos medios fuesen dables, á una conducta tan infiel como feroz tenida con nosotros. Vano fué que alegasen los ministros ingleses que la presa de las fragatas fué tan solo *una precaucion* contra nosotros. Si este fué el solo objeto, bien que extraño y desusado entre naciones cultas, ¿á qué fin fué ordenar al mismo tiempo apresar ó destruir todas las naves españolas que se hallasen en cualquier punto que esto fuese, de cualquier porte que tuviesen, hasta las mas pequeñas, y hasta aquellas mismas que aun en tiempos de guerra son exceptuadas del ataque? (1) Echar á pique, incendiar y destruir, ¿es por ventura hacer rehenes? ¿Fué que precipitamos nuestras justas medidas de defensa y de venganza, que aprisionamos los ingleses que se encontraban en España y

(1) Don Mariano Yzasbiril, destinado por aquel tiempo en la fragata la *Estremeña* á la prosecucion de los trabajos científicos de hidrografía en las costas de Chile, fué asaltado cerca de Copiapo por un bergantin ingles de la marina real que lo batió á metralla en 30 de setiembre, justamente seis dias antes de la presa de nuestras fragatas. Nuestro sabio marino, que se hallaba indefenso y descuidado enteramente, puso fuego á la *Estremeña* y salvóse en una lancha en que llegó á Copiapo con los papeles, diseños é instrumentos que le fué posible recoger en tal sorpresa. Este solo hecho, entre otros muchos de la misma especie, basta para probar la larga fecha que tenian las órdenes enemigas, mientras un plenipotenciario ingles negociaba con nosotros.

tomamos tambien rehenes en sus personas, sus pertenencias y caudales? Asi lo hizo la Francia, rota la paz de Amiens: nosotros no lo hicimos. Cuerdo y prudente aun mas de lo que es dable en tales circunstancias, nuestro gobierno aparentó por muchos dias no saber la ignoble hazaña que estaba cometida, y todo el mes de octubre se siguieron las conferencias, aguardando con flema propia nuestra que el ministro Frere se explicase él mismo sobre tal conducta. Don Pedro Ceballos le dirigió su postrer nota en 3 de noviembre, y esta nota que ofrecia seguridades al gobierno ingles cuanto era compatible con el honor de la corona, se quedó sin respuesta, partiendo luego M. Frere atropelladamente. Nuestra declaracion de guerra se tardó otro mes mas, y las explicaciones no vinieron. Disimuló el gobierno tanto tiempo y difirió su rompimiento por dos meses, esperando que la Inglaterra viese en esto nuestros deseos de paz y la perfecta independencia en que se hallaba el gabinete. Desde el primer instante de saberse la agresion inglesa, nos prometió la Francia su asistencia: los Ingleses lo sabian bien. La prueba que les dimos de espera y de cordura les debió hacer tomar mejor acuerdo; mas Pitt queria la guerra.

Necesario fué hacerla y aceptar los auxilios de la Francia para sostener aquella lucha con los señores de los mares. No guerreaban contra ella en aquellas circunstancias sino Francia y Holanda: razon

fué unirnos á una y otra, no por complacencia nuestra, sino por interés, por nuestra propia conveniencia. ¿Quién dirá en este caso que la Francia nos arrastró á sus guerras, ó que unidos con ella la servimos con nuestras naves? Ella al contrario nos sirvió á nosotros. No podia pelearse con suceso sin asociarnos con las fuerzas de entrambas potencias.

¿Se dirá todavía con M. Pradt que la Francia no podia dañar á la Inglaterra? Esta no lo creyó asi, llena de angustias y temores, manteniendo un ejército de tierra de ciento cincuenta mil hombres, sin contar aquí los voluntarios y los armamentos populares, trabajando de dia y de noche á toda costa por buscar aliados en todo el continente y esquivar asi el golpe de que se hallaba amenazada.

¿Se dirá que concurrimos á la guerra con mayores fuerzas que la Francia? No por cierto. La Francia toda entera acudió á aquella guerra con dinero ó con efectos para ayudar al armamento formidable que se hacía contra la Gran Bretaña y que se hallaba casi ya completo cuando nos asociamos á sus armas. Casi todos los departamentos ofrecieron un navío de línea, las grandes ciudades ofrecieron fragatas, y todos los ayuntamientos, aun los de los lugares mas pequeños, hicieron don de algun barco de trasporte, ó de una cañonera, una falúa, un peniche, un barcolongo, ó los fondos equivalentes á su costo. No tan solo se trabajaba sin descanso en los puertos militares, en los demas mercantes, y en

las obras todas de la Francia, sino que en las orillas de los rios que descargan en el Océano, y de sus varios confluentes, se abrian calas y astilleros. En Brest, en Lorient, en Rochefort, en Tolon y en Amberes se construian navíos de línea, fragatas, bergantines y bajeles de toda especie. La Holanda concurria del mismo modo. Se agrandaban los puertos y se hacian otros nuevos. En Boloña, en Etaples, en Wimereux, en Calais y en Ambleteuse, las alas y los centros de la flotilla destinada al desembarco en Inglaterra componian en fin de julio dos mil trescientos sesenta y cinco bastimentos de toda especie de servicio: diez y seis mil marinos los montaban. Hallábanse reunidos, acampados y prontos al embarque ciento setenta mil guerreros, cerca de diez mil caballos, artillería completa, bagages, provisiones y pertrechos, todo listo. Para hacer frente á tantos gastos, al solo ministerio de marina estaban asignados cuatrocientos millones de francos, dinero puesto en caja. Despues de este armamento, la escuadra sola de Brest contenia veintidos navíos de línea. Con estos y los demas navíos armados que contaba ya la Francia en diferentes otros puertos, podian salir al mar hasta cincuenta con un buen número proporcionado de fragatas y bastimentos inferiores. La escuadra de la Holanda componia once navíos y hasta quince fragatas ó corbetas. Ningun siglo habia ofrecido una fuerza tan poderosa como aquella que amenazaba en 1804 y 1805 á la

nacion británica, con mas la maravilla y el prestigio del feliz guerrero que estaba al frente de ella, y de sus generales Ney, Soult, Lannes, Augereau y Davoust, que bajo de él debian mandar las tropas, inflamadas de entusiasmo y ambiciosos de nuevos laureles.

A esta Francia tan poderosa, no á la Francia humillada y decaida de Luis XV, como en los dias del ponderado Moñino, se unió España, no para proteger empeños voluntarios y proyectos desleales contra la Inglaterra, como hizo aquel ministro, sino ofendida enormemente, no agresora; vulnerada en sus hijos, defraudada en su honor y en su amistad síncera con aquella potencia. Vengar sus agravios, defender su comercio, conservar sus Indias, mantener el decoro de la bandera castellana, y obligar á la Inglaterra al derecho comun de las naciones sobre la superficie de los mares, eran los objetos solos y los objetos justos de la España. La opinion del gobierno y de los pueblos fué una misma. Les afligia la guerra sobre tantas calamidades soportadas en los dos años anteriores; pero el sentimiento vivo del honor, indestructible en las almas españolas, aceptaba con voluntad resuelta los trabajos de aquella nueva lucha. Los partidarios de Inglaterra, que eran pocos, se callaron; nuestra union con la Francia fué el deseo y fué la voz de toda España. No hubo ni pudo haber en aquel tiempo ni un español tan solo que hubiese aconsejado ceder á la Inglaterra,

devorar nuestro ultraje, humillarnos delante de ella, ponernos á su sueldo y pelear sus guerras contra Francia que era nuestra aliada, y defendia la misma causa que nuestro propio honor y el interés supremo del estado pedia tambien que fuese defendida por nosotros.

Y sin embargo de esto, mis enemigos á una voz han dicho, que por servir y complacer al gefe de la Francia, por ganar con él albricias y afirmarme yo en mi poder con su benevolencia, procuré aquella union sacrificando en su favor nuestras fuerzas marítimas. ¡Dios del cielo, qué injusticia! ¡y esto lo han repetido en tiempos posteriores los escritores mismos de la Francia! ¡Qué habrian dicho de mí los unos y los otros, si aceptados humildemente los azotes de la Inglaterra y uncida á su carro España ignominiosamente, la hubiese puesto yo en la carrera de peligros y desastres en que despues se vió al Austria, traida encima de ella la tormenta que amenazaba á la Inglaterra! Mis enemigos en tal caso habrian vociferado con mejor apariencia de verdad, que yo vendí mi patria á los ingleses, que estos me habian comprado con su oro, y que yo habia causado infamemente la ruina de la España. Yo seguí el voto de los pueblos; nunca marché en mi vida en contra suya. El voto universal era de unirnos á la Francia. Los Españoles todos se gloriaban de ser sus aliados y ansiaban tener parte en sus laureles; cuéntenlo los que vivan de aquel tiempo. Ninguno

dijo entonces que en aquella union fuimos nosotros los cargados; veíanlo todos y lo cantaban, que si España tiraba como ciento para aquella guerra, la Francia concurria mas que ciento cuatro veces. ¡Qué de alabanzas se habrian dado á aquella union si la hubiese coronado el triunfo! (1)

---

(1) No ha faltado quien haya dicho que la España habria podido unirse con el Austria y con la Rusia en la tercera coalicion que estalló á fin de agosto de 1805. Decir esto arguye ciertamente necedad ó malicia, y por mejor decir emtrambas cosas. El rompimiento de Inglaterra con nosotros fué á principios de octubre de 1804. El Austria, como dije ya en otra parte y es sabido, estaba lejos todavía de intentar medirse nuevamente con la Francia. La Rusia estuvo pronta á negociar con ella por lo menos hasta el mes de julio del siguiente año; del mismo modo el Austria, mediando siempre Prusia ó aparentando que mediaba, atenta á los sucesos y guardando bien su capa. En los primeros meses de 1805 nada habia cierto ni aun probable sobre la nueva coalicion que se cuajó en agosto. La resolucion de Mr. Pitt de atacarnos diez meses antes, fué un arrebato de pasion, una locura y un absurdo en política. Mas tarde, y promovida ya y segura la tercera coalicion, podria al menos haberse prometido que la España entrase en ella buenamente, si su objeto no era mas que poner valla á la ambicion de Bonaparte. Mucho me habria mirado yo, antes de aconsejar á Cárlos IV que se agregase á aquella liga, y jamas lo habria intentado mientras la Prusia no tomase parte en ella; mas al fin con tales circunstancias y madurado el tiempo, no habria sido imposible persuadirnos á una guerra que pudiera haber fijado el equilibrio y el reposo de la Europa. No asi en octubre y en noviembre de 1804. Acosada

¿Faltó éste por mi culpa ó de persona alguna de la España? He aquí el punto esencial sobre el cual conviene mucho detenernos. Generalísimo de nuestras armas de mar y tierra, si el feliz resultado que se debia esperar de la combinacion de nuestras fuerzas con las de Francia y de la Holanda se llegara á malograr por culpa nuestra, yo era sin duda el responsable.

Mi primera obligacion fué disponer un armamento grande y vigoroso. Este fué realizado ó por mejor decir improvisado en menos de tres meses. Por el mes de marzo, sin contar las fuerzas destacadas á la América que arribaron á su destino respectivo con feliz suceso, tres escuadras se vieron listas una en Cádiz, otra en Cartagena y otra en el Ferrol y la Coruña. Treinta navíos de línea se aparejaron en tan corto plazo, y para gloria de aquel tiempo, todo aquel armamento, y el que se siguió aumentando siempre, fué surtido cumplidamente por nuestros almacenes y depósitos; nada pendió del extrangero. Nuestras tripulaciones se pusieron al cómpleto sin necesidad de levas ni violencias; hervia el honor y el ansia de vengarse hasta en los mas oscu-

---

la España por la Gran Bretaña en aquel tiempo, no tenia mas recurso para hacerle frente con esperanza de un buen éxito, sino el de unirse con la Francia y con la Holanda. Unida ya, desertar de aquella union sin ningun motivo grave, hubiera sido infamia.

ros marineros. En cuanto á prontitud, las escuadras de España que debian obrar con las francesas tuvieron que aguardarlas.

Otra atencion de las mas graves, de la cual era yo el solo responsable, fué la eleccion de gefes y oficiales para la cooperacion de aquellas fuerzas combinadas. A la pericia de estos, á su entusiasmo por la patria y á su nombre bien acreditado, se necesitaba buscar en ellos y añadir aquel carácter de cordialidad y de buen comportamiento que requeria el concurso mútuo de las dos naciones. En la guerra de los cinco años contra la Inglaterra por la cuestion americana, una de las causas que hicieron abortar las mejores combinaciones de los gabinetes de Madrid y de Versalles, fué el malísimo acuerdo y la rivalidad funesta de los gefes de entrambas dos potencias (1). Y otro tanto influyó tambien en los

(1) Sesenta y ocho navíos de línea, treinta y ocho de estos españoles y treinta franceses, habian sido destinados para invadir la Inglaterra. El ejército frances reunido en las costas fronterizas contaba cincuenta mil hombres con los trasportes listos: era ya el mes de junio, el tiempo favorable; la confusion y el terror pánico reinaba en Inglaterra aquellos dias. Pero llegada ya la escuadra combinada y señora enteramente del canal, los gefes españoles y franceses se pusieron en discordia. Pretendian los primeros que la invasion se hiciese sin tardanza, visto que el almirante ingles Hardy no estaba en el Estrecho ni osaba presentarse con fuerzas inferiores. Los Franceses, al contrario, se oponian al desembarco hasta que se

*

desastres de aquel tiempo la manía que hubo entonces de dirigir todas las cosas, hasta las mas pequeñas, con órdenes ministeriales de los dos gobiernos, muchas veces contradictorias, y casi siempre tardas para llegar en tiempo hábil y ser ejecutadas. Uno y otro inconveniente procuré evitarlo. Del concurso síncero de ambas partes, y de una plena libertad en las combinaciones del momento debía pender en gran parte el buen suceso de la guerra. Cuales fuesen los gefes elegidos, cual su merecimiento, cual su inteligencia, cual su valor y su desprecio de la vida, cual su franca y noble cooperacion con los franceses, no necesita España referirlo, porque las relaciones extrangeras sobre aquellos héroes españoles han excedido en mucho las alabanzas de las nuestras; las francesas, mas que todas. Si la fortuna fué contraria y si hubo yerros, nadie cul-

---

encontrase al almirante ingles y se lograse destruirle. Entre tales disputas le sobró tiempo á la Inglaterra para guarnecer sus costas, y en tantas idas y venidas de la escuadra combinada ostentando su poderío de unos puntos en otros, la habilidad de Hardy halló el instante favorable de tomar puerto en Inglaterra sin ser visto. El equinoccio vino luego, un contagio se apoderó de entrambas escuadras francesa y española, y la expedicion fué abandonada. El mismo desacuerdo ocasionó la destruccion completa de la escuadra que mandaba nuestro excelente general don Juan de Langara, malogró la primera y la segunda expedicion de la Jamáica, y acarreó por último el doloroso desastre de la escuadra del almirante Grasse.

pó á la España; y si el emperador mal avisado, puso al frente de su armada un hombre menos apto de lo que requeria el empeño de las armas aliadas, nadie ha dicho ni podrá decir que por España se cometió igual falta; y esto tambien es cierto, que por ningun concepto le atribuirá la historia las desgracias con que dió fin aquella gran campaña.

¿Fué posible prever estas desgracias? En verdad que jamas se concibió un proyecto mas grandioso, menos quimérico, mejor fundado ni de esperanzas mas seguras que el que fué acordado entre ambas córtes. Napoleon bien advertido por algunos de sus marinos de que la flotilla no bastaba para invadir á la Inglaterra sin que una grande escuadra, insuperable al enemigo, protegiese el paso de las naos y sostuviese el desembarque, se prestó á esta idea de que pendia en verdad el buen éxito seguro de tan vasta empresa. Para obrar de este modo, la primera medida debia ser distraer á la Inglaterra con expediciones verdaderas ó aparentes sobre los diversos puntos que debia guardar en la Europa, en América, en el Africa, y en las Indias orientales. Nuestra union con la Francia dió una gran extension á esta medida. De Rochefort debia salir la escuadra surgida en aquel puerto y dirigirse á las Antillas, tomando tal rodeo que no pudiese el enemigo adivinar su destino verdadero. La escuadra de Tolon debia salir al propio tiempo, con las mismas precauciones, dirigirse al Estrecho, desbloquear á Cádiz,

reunirse allí con una escuadra nuestra, seguir á las Antillas y juntarse con la de Rochefort, destruir las fuerzas enemigas en aquellos puntos, atacar sus colonias y reconquistar la Trinidad de Barlovento, todo lo cual cumplido deberian volverse juntas para el mes de junio, desbloquear el Ferrol, unirse con otra escuadra nuestra, seguir despues á Brest, levantar su bloqueo, reforzarse todavía mas con la grande escuadra aparejada en aquel puerto, dominar el canal, amparar la flotilla y proteger el desembarco.

La de Rochefort salió en enero bajo el mando del contra almirante Missiessy, venció los temporales, frustró la vigilancia de los cruceros enemigos y llegó á la Martinica en 20 de febrero (1).

La de Tolon zarpó tambien de aquella rada en el mismo mes de enero, mas la violencia que sobrevino de los vientos dispersó una parte de sus fuerzas, quebrantó algunos buques y le obligó á volver al mismo puerto. Los bastimentos dispersados arribaron dos dias despues y aun trajeron algunas naves capturadas; mas la nueva salida se retardó hasta

(1) Se componia esta escuadra de cinco navíos de línea, uno de ellos de tres puentes, tres fragatas y algunos bergantines. Llevaba á bordo tres mil quinientos hombres de tropas, un gran surtido de fusiles, un buen tren de artillería y toda suerte de pertrechos. Estas fuerzas eran mandadas por el general Lagrange.

el 30 de marzo. El comandante de esta escuadra, que debia mandarlas todas, fué el almirante Villeneuve (1).

La escuadra llegó á Cádiz felizmente sin ningun tropiezo el 10 de abril siguiente. El apostadero ingles delante de aquel puerto, al mando de sir John Orde, era de solos cinco navíos y de dos ó tres fragatas. A la primer señal que dieron los cañones de Gibraltar, picaron cables los ingleses y partieron á unirse con la escuadra que hacia el bloqueo de Brest. Nadie le ha perdonado á Villeneuve la necia ostentacion de mostrarse en el Estrecho á la mitad del dia. Sir John Orde estaba confiado en el crucero de lord Nelson que velaba en el Mediterráneo. Llegando por la noche, nada mas fácil que sorprender y haber tomado la pequeña escuadra inglesa.

De la bahía de Cádiz se reunieron á Villeneuve el *Argonauta* de ochenta cañones, montado por el general Gravina, el *América* de sesenta y cuatro, al mando de don Juan Darrac, el navío frances el *Aigle*, y varios bergantines y corbetas. Un dia despues salió de Cádiz á su alcance otra parte de nues-

(1) La escuadra de Tolon se componia de once navíos de línea, siete fragatas y dos bricks. Llevaba tambien un cuerpo de tropas al mando del general Lauriston. La tardanza de esta segunda salida fué causa, como se verá despues, de no haber podido unirse Villeneuve y Missiessy en el mar de las Antillas, como estaba concertado.

tra escuadra, á saber, *San Rafael* de ochenta cañones, su comandante el brigadier don Francisco Montes; el *Firme* de setenta y cuatro, bajo el mando de don Rafael Villavicencio; el *Terrible* de setenta y cuatro, capitan don Francisco Vazquez Mondragon; el *España* de sesenta y cuatro, capitan don Bernardo Muñoz, la fragata *Magdalena* que mandaba don José Caro, y otros buques inferiores. Esta escuadra, sin embargo de haber salido un dia despues que la de Villeneuve, llegó á la Martinica dos dias antes. La reunion fué hecha felizmente en la rada de *Fort-Royal* á catorce de mayo. En aquella larga travesía una sola corbeta inglesa de la marina real que fué encontrada, la apresaron las fragatas cazadoras; en Inglaterra se ignoraba todavia la direccion que habrian tomado aquellas fuerzas franco-hispanas. La sola cosa que faltó á nuestra fortuna fué haber llegado á tiempo para hallar á Missiessy y reunir las tres escuadras; pero éste tenia órden de esperar cuarenta dias tan solamente, y de volverse á Europa si dentro de aquel tiempo señalado no habria llegado Villeneuve. Cumplido ya aquel plazo, Missiessy habia partido (1).

---

(1) La escuadra de Rochefort habia hecho un gran número de presas en las Antillas, y habia ademas invadido y devastado la Dominica, Monserrate, San Cristóbal y la colonia de Nieves. Cargada de un botin inmenso, volvió á entrar en Rochefort sin tropezar con enemigos.

Cuando salió su escuadra por enero, y en seguida la de Tolon, las alarmas de los ingleses fueron grandes. Tantos y tan diversos puntos donde eran atacables, en la Irlanda, en las Indias occidentales, en el Asia, en Malta, en el Egipto, etc., obligaron á aquel gobierno á despachar y repartir escuadras en todas direcciones. El secreto de la Francia y de España fué guardado de tal modo, y era tan difícil acertarlo, que un hombre como Nelson perdió el tiempo, desatinado por espacio de cinco meses, sin poder dar con las escuadras ni formar conjeturas y emprender marchas que dejasen de fallarle. Los errores de Nelson nos valieron todo el tiempo necesario para la ida y vuelta de la América. Uno de estos errores, que salvó tal vez la escuadra de Tolon é hizo perder á Nelson momentos preciosísimos, lo causó el cumplimiento por mi parte de un deber que agravó despues los ódios del príncipe de Asturias y de la princesa María Antonia. Preguntóme un dia el príncipe (de buena fé sin duda) acerca de los planes de la guerra que iba hacerse, del empleo de las fuerzas que se armaban en nuestros puertos y de su combinacion con las francesas. Cuanto me preguntaba era el secreto del estado de que pendia en gran parte el buen suceso de la guerra; yo no debia exponerlo por complacer al príncipe, de quien lo habria tenido ciertamente la princesa. Excusarme de responder era un desaire manifiesto; decirle la verdad, sabiendo su flaqueza, habria sido

una falta imperdonable. Yo no sé si habrá alguno que me culpe de haber dado á su alteza noticias inexactas, puesto yo en aquel conflicto de respeto y de deberes. Respondí que los planes eran vastos; si bien podrian cambiarse segun vinieran los sucesos; que la escuadra de Rochefort salia para las Indias orientales, y que la de Tolon iria al Egipto, quietas las demas escuadras españolas, francesas y holandesas y dispuestas para dar un golpe combinado, cuando llegase el tiempo, sobre Irlanda. Como era de pensar, la princesa María Antonia no tardó en arrancarle mi respuesta ni en escribirla á Nápoles. A la primera salida de la escuadra de Tolon por el mes de enero, se encontraba Nelson á la capa entre las islas de Cerdeña. Allí tuvo el aviso y de allí partió al instante á darle caza. Pero la misma tempestad que obligó á volver al puerto á Villeneuve, contrarió muchos dias al almirante inglés buscando á aquel por todas partes y arrostrando los temporales. Al recorrer las costas de las Dos Sicilias y preguntando aquí y allí, recibió de Nápoles el aviso que habia dado la princesa María Antonia, y gobernó al momento para Egipto. Vuelto á Malta sin haber hallado á nadie, supo allí que Villeneuve regresara á Tolon combatido por los vientos, pero que estaba aparejando para salir de nuevo, y que embarcaba armas, sillas de montar, provisiones para hospitales y multitud de otros artículos de boca y guerra. Confirmado en la idea de que la expedicion se

dirigia contra el Egipto, procuró dar confianza á Villeneuve, se retiró de aquellas costas, aparentó dejar aquel crucero, pasó el golfo de Lyon, figuró amenazar las islas Baleares y volvió á su escondite al sur de la Cerdeña. Cansado de esperar volvia sobre Tolon, cuando supo en el camino que la escuadra habia salido y que su direccion parecia ser hácia las costas africanas.

Nelson recorrió el canal entre las costas de Cerdeña y las de Berbería: despues torció á buscar la escuadra por el norte de la Córcega. Con la idea fija de que la expedicion era al Egipto, volvió la proa hácia Malta, y antes de haber llegado, supo que Villeneuve habia pasado ya el Estrecho. Para mayor trabajo suyo; hasta el 5 de mayo le impidieron los vientos entrar en el océano. Incierto siempre de la direccion de Villeneuve, tomó lenguas en todas partes, dudosas siempre las noticias, hasta que supo por Lisboa que la escuadra combinada habia hecho vela para América. Nelson partió tras de ella: era ya 11 de mayo. Tres dias despues fondeaba Villeneuve en la rada de Fort-Royal, y la armada franco-española contaba en aquel punto diez y ocho navíos, siete fragatas y varios bergantines. Nelson se atrevió á seguirla con solo diez navíos, mas no sin esperanza de encontrar los cruceros de los almirantes Dacres y Cochrane que debian de andar, el uno en la Jamáica y el otro en la Barbada. Villeneuve tuvo la suerte de recibir á pocos dias de su llegada

otro refuerzo nuevo de dos navíos franceses, el *Algeciras* y el *Aquiles*, uno y otro de setenta y cuatro, y la fragata *Dido* de cuarenta. Estos bajeles traian tropas.

¡Qué de brillantes esperanzas dejó frustradas Villeneuve á las dos naciones aliadas! Despues de reposar por veinte dias en la rada de Fort-Royal, se decidió á atacar la roca del *Diamante*, semejanza de Gibraltar por sus defensas, que enfrenaba á la Martinica y hacia no poco daño á su comercio. El desembarque y el ataque fueron ordenados. Tres dias de fuego y sangre nos valieron aquella roca, que parecia imposible de tomarse, y que se habria tomado por asedio sin que costase un hombre en los veinte dias de vacaciones que se habia dado Villeneuve sobre treinta ó cuarenta que debia durar, lo mas, su presencia en las Antillas: y he aquí todo lo que fué hecho! Nuestros marineros y soldados compitieron con los franceses en valor y en audacia. El primer bote que abordó el peñasco bajo el horroroso fuego de los puestos ingleses, fué un barco de la escuadra del general Gravina con tropas españolas (1).

---

(1) Acerca de este hecho puede verse en los Monitores de aquel tiempo uno de los partes del almirante Villeneuve al ministro imperial de la marina. En él hace mencion de este rasgo glorioso de nuestros valientes militares.

A los ruegos, á las instancias y á los requerimientos repetidos del mismo general Gravina para que se llevase á efecto lo pactado entre las dos cortes española y francesa, resolvió en fin el almirante Villeneuve realizar la expedicion que le estaba mandada ejecutar para arrancar á los ingleses la Trinidad de Barlovento. Para esta expedicion, á las tropas que reunia la escuadra, se añadió otra parte mas de las guarniciones de la Martinica y de la Guadalupe, y el 6 de junio cingló al sur la escuadra combinada toda entera con general contento de Franceses y Españoles. Dos dias despues se hizo la presa de un convoy de catorce navíos mercantes que venian de la Antigua. Al dia siguiente 9, se apresó un barco ingles que salido de la Barbada llevaba pliegos de lord Nelson al comandante ingles de la Jamáica y al almirante Dacres. El oficial ingles habia tirado al agua aquellos pliegos. Súpose de él tan solo que el almirante Nelson habia llegado el 4 á la Barbada, que habia encontrado allí á Cochrane y que á las fuerzas que traia se habian juntado otros cuatro navíos que se hallaban allí al ancla. Mintió en esto, que eran tan solo dos los que tenia Cochrane en aquel punto, y se sabia en la armada. No fué posible hacerle declarar con qué fuerzas venia Nelson. Villeneuve, contra el deseo y el voto de la armada que ansiaba por medirse con el soberbio ingles, se opuso á proseguir la empresa. En el primer momento de su justo despecho, el primer pensamiento del

general Gravina fué seguir adelante con sus solos seis navíos y tentar un gran golpe de fortuna; la Trinidad estaba sin defensa. ¿Pero cómo volver á unirse con la escuadra francesa que debia partir á Europa? Y si desamparando á Villeneuve, en un encuentro, tan posible como lo era, con la escuadra Inglesa, padecia aquel una derrota, ¿No debía temer que tal desgracia se imputase á su conducta? ¿No se le habria argüido de que por causa suya habia abortado el gran proyecto, del cual la toma de la Trinidad no era mas que un objeto subalterno y accesorio?

Resignado Gravina, la órden de volver atras fué dada. Las tropas que se habian tomado de la Martinica y Guadalupe fueron enviadas á esta última, y mientras Nelson caminaba al sur, la escuadra franco-hispana se arrumbaba á todo trapo para el norte.

Nelson habia llegado hasta las bocas del Orinoco. Desesperado de no hallarnos, ó aparentando estarlo, se volvió á la Barbada, donde teniendo informes ciertos de que la escuadra combinada volvia á Europa, resolvió seguirla, no dudando encontrar en su camino ó lo mas tarde en las entradas de la Europa alguna flota inglesa con que aumentar sus fuerzas. Su diligencia fué tan grande que se adelantó de algunos dias á la escuadra galo-hispana. Llegado á Gibraltar y hallando allí al almirante Collingwood que cruzaba sobre Cádiz, conferenciaron

largamente y enviaron sus avisos á Cornwallis que estaba sobre Brest, y á sir Roberto Calder que asediaba el Ferrol y la Coruña. Nelson partió en seguida para Irlanda donde creyó que hacia mas falta, bajo la idea de que aquel punto seria el blanco de las escuadras combinadas. Allí acabó lord Nelson sus largos derroteros sin haber podido hallar, en más de siete meses, al enemigo que buscaba.

La escuadra combinada navegó felizmente hasta pasar por las Azores como unas veinte leguas al nordeste. En aquellos parages represamos un galeon que con tres millones de duros que traia, nos llevaba un corsario inglés: hiciéronse otras presas de menor valía. Desde allí en adelante, sin otros enemigos que los vientos, atrasó aquella escuadra muchos dias. A haber llegado con mas tiempo y con bonanza sobre el cabo de Finisterre, el almirante Calder que cruzaba en las costas de Galicia con solo diez navíos, no se habria salvado fácilmente, pero con los avisos de lord Nelson, lord Cornwallis dió orden á la escuadra que bajo el mando de Stirling bloqueaba á Rochefort, de incorporarse prontamente con sir Roberto Calder y de cruzar con ella ocho ú diez dias para acechar el paso de la escuadra combinada y atacarla. Si corrido aquel plazo no era hallada, el almirante Stirling debia volverse á Rochefort en donde hacia gran falta. Ya que no adelantase, si se hubiera retrasado ocho dias mas la escuadra franco-hispana, se habria encontrado Calder otra

vez con sus solos diez navíos. La francesa de Rochefort, desbloqueada, salió en aquellos dias por si podia encontrarnos: mal acuerdo del ministro francés que aun no tenia noticias de la vuelta. Esta escuadra no pudo hallarnos.

Mientras tanto el 22 de julio, demorando el cabo de Finisterre al S. E. con distancia de unas veinticinco leguas, navegaba la escuadra combinada en formacion de tres columnas al rumbo de E. $^1/_4$ S. E. Cubria los horizontes una niebla espesa.

Descubriéronse al mediodia veintiuna velas, la mayor parte de navíos. Eran estos diez y seis, tres de ellos de tres puentes, y dos rebajados. La escuadra combinada formó la línea de batalla mura babor, la española á la vanguardia, y á la cabeza de ella el general Gravina. Villeneuve ocupó el centro de la línea.

Los enemigos maniobraban de vuelta encontrada, y buscaban, al parecer, doblar la retaguardia, y ponerla entre dos fuegos; mas se viró en redondo por la contramarcha, y cubierta ya aquella enteramente, el navío *Argonauta*, donde tenia arbolada su insignia el general Gravina, rompió el fuego con la vanguardia inglesa. La escuadra enemiga ciñó de nuestra misma vuelta, y se trabó el combate, empeñado á un mismo bordo sobre dos líneas paralelas. La espesura de la niebla creció de tal manera que se tiraba casi á tiento sin percibirse mas objeto que la luz del fuego que se hacia de cada parte.

Duró el combate cuatro horas desde las cinco de la tarde hásta las nueve de la noche. De las baterías de nuestros buques habia continuamente cuatro balas en los aires. A aquella hora faltó el fuego de la línea enemiga: la oscuridad era tan grande que se hacia imposible verla: notábanse tan solo sus señales de conserva, cada vez mas retiradas de nosotros; y en efecto por la mañana se la descubrió harto lejos á sotavento nuestro.

Las ventajas que debió darnos el tener el barlovento no pudieron aprovecharse, puesto que fué imposible manejarse por señales. Sin esta circunstancia nos habria sido muy posible cortar la línea inglesa. Bien lo queria Gravina, mas todos sus esfuerzos por hacerse entender, los impidió la niebla. Bien al contrario, la ventaja de tener el viento fué una gran desgracia para España. De nuestros navíos que estuvieron todos empeñados y eran los primeros de la línea, dos de ellos, el *San Rafael* y el *Firme*, derivaron sobre la enemiga. Hácia el fin del combate, en el momento de una clara, se vió á éste que ciñendo el viento con las velas mayores y las gavias arriadas, se batía con dos navíos, desmantelado el uno de ellos. El *Pluton*, navío francés que le seguia en la línea, lo pudo descubrir mas tarde y trabajó por ampararlo. Su bravo capitan M. Cosmao lo encontró ya desarbolado de sus palos mayor y de mesana, y se atrevió á cubrirlo contra el enemigo; mas el humo y la niebla hubieron de impedir que

los navíos franceses que seguian al *Pluton* se hubiesen dirigido sobre sus mismas aguas. No lo hicieron. Cosmao puesto en gran peligro, solo contra tres navíos, tuvo que abandonar su generoso intento. Salvó al menos el *España* que grandemente maltratado caia tambien á sotavento de la línea. El *San Rafael* no tuvo ayuda. Viéronle de algunos buques con sus mayores amuradas y desarbolado de los masteleros, que se batia constantemente. Daba tambien la casualidad que aquel navío no era muy buen velero y derivaba mucho: fué ademas, que el honor empeñó nuestros navíos á esfuerzos temerarios por sobrepujar á los franceses, única especie de rivalidad con estos que mostraron nuestros marinos en toda la campaña (1).

---

(1) He aquí el órden de batalla en que se habia formado la línea de la escuadra combinada, estrechadas las distancias á medio cable. Los navios españoles son los señalados con letra bastardilla: *Argonauta*, *Terrible*, *España*, *América*, *San Rafael*, *Firme*, Pluton, Mont-Blanc, Atlas, Algésiras, Berwik, Neptune, Bucentaure, Formidable, Intrépide, Scipion, Achille, Swift-Sure, Indomptable, y Aigle. El *Argonauta* tuvo rendido el palo de mesana y varias vergas, cortadas las jarcias y mucha parte de la maniobra, veintidos balazos en costados y cubiertas, y otros varios en la proa, tajamar y codaste.

El *Terrible*, todo el velámen estropeado, parte de la maniobra deshecha, dos obuses desmontados y un balazo á lumbre de agua.

El *América* tuvo los cuatro palos rendidos, lo mismo los masteleros y vergas; las jarcias casi enteramente des-

Calder tuvo cuatro navíos desarbolados, y el *Windsor-Castle* y el *Malta* tan maltratados, que le costó un trabajo inmenso hacerlos arribar á Inglaterra. La escuadra combinada que esperaba el dia para proseguir el combate, vió con pena, cuando el cielo estuvo claro, que el almirante inglés se le escapaba. Calder huia en desórden y nos tomó la delantera cerca de dos leguas. Cuando á las nueve de aquel dia corrió la órden sobre la línea de dar caza al enemigo, las aclamaciones y los vivas con que fué recibida aquella órden, no dejaban dudar del triunfo que debia lograrse si se alcanzaba á Calder. El viento era flaco, la mar estaba muy gruesa. Desde mediodia hasta las cuatro de la tarde, por mas que se forzó de vela, se habia ganado apenas una media legua sobre el enemigo. Imposible alcanzarlo sino á muchas horas de entrada ya la noche; mas

---

truidas, varias portas de batería hechas pedazos, y mas de sesenta balazos en el casco, de la lumbre de agua para arriba.

El *España*, toda la arboladura quebrantada, rendidos el palo de mesana y varias vergas y masteleros, las jarcias y todo el velámen sumamente estropeados, el bote y lancha desfondados, cuatro balazos á pie y medio de la lumbre de agua, y hasta veintiseis en el alcázar y segunda batería, varias piezas de esta desmontadas, etc.

El *San Rafael* y el *Firme* no cayeron en poder del enemigo sino despues del combate y durante la noche, porque ya no podian maniobrar y se habian aconchado á sotavento.

*

seguida la caza, la mañana siguiente lo mas tarde nos habria tenido encima. La fragata *Dido*, que lo habia reconocido desde cerca, vió que llevaba tres navíos á remolque, la mayor parte de la escuadra grandemente maltratada. ¡Cuál fué la admiracion y cuál la pena entre los nuestros, franceses y españoles, cuando el almirante Villeneuve se negó á seguir forzando vela por la noche! La mañana del 24 no se vian sino los mástiles de los navíos ingleses. Se prosiguió la caza con esfuerzos increibles la mitad del dia, pero desesperando ya de obligar al enemigo, se abandonó el empeño y se hizo vela para el mediodia. Los vientos impidieron poder entrar en el Ferrol: hízose en Vigo la arribada felizmente.

Uno y otro almirante, Calder y Villeneuve, faltaron á su pátria, el uno huyendo, el otro dejándole salvarse. Calder fué puesto en Inglaterra al juicio de un consejo militar: su defensa consistió en probar que su escuadra estaba de tal modo maltratada el 23, que era cosa peligrosísima tentar otro combate. Mas á pesar de la probanza que hizo de esto, y de ser un marino de cuarenta años muy honrosos de servicio, su conducta fué declarada reprensible. Napoleon, ó por mejor decir su malísimo ministro de marina, se mostró mas sufrido con el almirante Villeneuve que debió haber sido reemplazado desde entonces, lo primero por su pereza y su desidia, y lo segundo, que era mas, por faltarle ya la confianza y el aprecio de todos los marinos franceses y

españoles que se ardian por el honor de los dos pabellones aliados, como si fuesen uno mismo. La victoria, en verdad, fué nuestra, pero incompleta y manca; para nosotros muy costosa, pues que perdimos dos navíos, pudiendo haberlos rescatado, y haberse conseguido la derrota entera de la escuadra inglesa. No era por cierto un gran consuelo que semejante falta no hubiese sido culpa nuestra. Por mas que fuese agena, el efecto era el mismo y hacia temer para adelante. Yo no dejé de hablar al alma sobre esto al embajador francés, y éste no se excusó de escribir nuestras quejas á su córte. Pero Decres era un amigo apasionado del almirante Villeneuve, y lo sostuvo tanto tiempo cuanto fué bastante para comprometer la gloria y la fortuna de las dos marinas aliadas.

A estos graves disgustos quiso Dios añadirme un duro paso con el príncipe de Asturias. Me la tenia guardada, y hablando con su alteza de los últimos sucesos de la armada, díjome de esta suerte: «Pero, »Manuel, yo soy claro y tenia que decirte acerca »de estas cosas. O á tí te engañan ó tú me has enga»ñado. Me habias dicho de la escuadra de Tolon »que iria á Egipto.» — «Pero, señor, le respondí, »tambien le dije á V. A. que podria variarse aquel »acuerdo variando los sucesos.» — «Nó, dijo el prín»cipe de Asturias, porque desde un principio la es»cuadra de Tolon salió para el Océano.» — «V. A., »repuse; se podrá acordar que la escuadra salió dos

»veces, siendo fácil colegir que la primera vez pudo »ser para Egipto. Pero Nelson tuvo aviso de esto, y »hubo de hacerse necesario variar aquel propósito.» — «Bueno cuanto al Egipto, dijo el príncipe; pero »ninguna cosa de cuantas me dijistes ha salido ver»dadera. La verdad es que en materias de gobierno »no soy yo mas que un tanto en el palacio, y que á »mí se me trata como un hombre de escalera abajo. »El príncipe heredero es un reflejo de su padre y »se merece igual respeto. ¿Le habrias mentido tú á »mi padre?» — «Señor, le contesté, jamás mentí á »mi rey. V. A. lo será algun dia, y plegue á Dios »que tenga servidores tan fieles y leales como yo lo »estoy siendo con su augusto padre. V. A. tal vez lo »entiende de otro modo. Al que daria su propia vida »por agradar á V. A., todas las demas cosas no son »nada. El remedio es muy fácil; yo deseo retirarme »mucho tiempo hace, y no he podido conseguirlo. »V. A. podria ayudarme interponiendo su respeto »como un ruego que yo le he hecho, y que de corazon »le hago á V. A.» — «Sí, replicó el príncipe con una »mala risa, tú me querrias comprometer por ese »medio, ¿no es verdad?...» Iba yo á responderle todavía: mas me dejó con la palabra y retiróse. Tal carácter tomaba ya el palacio en aquel tiempo.

Por tales cosas y otras muchas como esta, se ha contado que despreciaba yo al príncipe de Asturias y que le tenia humillado; al heredero justamente de la corona de la España, que de un momento á

otro, por los achaques de salud que sufria Cárlos IV, podia empuñar el cetro! Yo cumplia mis deberes á expensas propias mias; yo habria podido complacerle y ser un cortesano á todos vientos como tantos otros; pero mis reyes y mi pátria eran primero que el príncipe de Asturias.

CAPITULO XXII.

Continuacion del anterior. — Entrada en el Ferrol de la escuadra franco-española. — Su reunion con la que estaba aparejada en aquel puerto. — Su direccion á Cádiz, su entrada y aumento de otros cuatro navíos. — Combate de Trafalgar. — Triunfos de Napoleon en Alemania y en Italia. — Paz de Presburgo.

Las dos escuadras española y francesa arribadas á Vigo en 27 de julio, se hicieron á la vela el 31, menos tres navíos que fué forzoso dejar en aquel puerto para reparar sus averías (1). Por una derrota de las mas atrevidas entró la armada en el Ferrol y la Coruña el 2 de agosto. Cuatro dias antes habia vuelto á su crucero el almirante Calder, pero lejos de

(1) El *España*, el *América*, y el *Atlas*, frances este último.

guardar la entrada del Ferrol, evitó nuestro encuentro. Hallábanse ya préstos, tiempo habia, para reunirse á aquella armada quince navíos de línea, cinco de ellos franceses, de á setenta y cuatro, á saber, el *Héros* el *Fougueux*, el *Redoutable*, el *Argonaute*, y el *Dugay-Trouin*. Los españoles eran estos: el *Príncipe de Asturias*, de ciento y diez cañones, donde el general Gravina enarboló su insignia; el *Neptuno*, de ochenta, bajo el mando del brigadier don Cayetano Valdés; *San Juan Nepomuceno*, el *Montañes* y *San Agustin*, de setenta y cuatro, mandados respectivamente por los brigadieres don Cosme Churruca, don Dionisio Alcalá Galiano y don Felipe Jado Cagigal; *San Ildefonso*, *San Justo* y el *Monarca*, de igual porte de setenta y cuatro, al mando de los capitanes de navío don Francisco Alcedo, don Miguel Gaston, y don Teodoro de Argumosa; *San Leandro* y *San Francisco*, de sesenta y cuatro, bajo los capitanes don José Quevedo y don Luis de Flores; la fragata *Flora* y diferentes otros bastimentos inferiores, franceses y españoles.

La escuadra de Rochefort, que como fué ya dicho en el capítulo anterior, habia zarpado de aquel puerto para buscar la combinada, no se habia divisado en parte alguna. Con los avisos oficiales que llegaron de que podria encontrarse á cierta altura sobre el cabo de Finistérre, se enviaron á buscarla diferentes buques de los mas veleros, uno de ellos la fragata francesa *Dido*. Esta no volvió mas ni se

supo de ella en mucho tiempo. Los demas bajeles regresaron sin haber podido hallar aquella escuadra (1).

Pronta ya la armada para seguir á Brest segun los planes concertados, le llegaron las órdenes de nuestra córte y la francesa mandando hacer su derrota para Cádiz sin perder momento. Era el tiempo en que la Rusia y la Inglaterra decidian al Austria á la tercera coalicion que fomentaba M. Pitt hacia ya un año. La Prusia se manifestada siempre neutra y hacia el papel de mediadora para impedir la guerra; pero tenia sobre las armas cien mil hombres, y en reten otros tantos, bajo el pretexto verdadero ú aparente de mantener la paz en el norte de Alemania. Napoleon se recelaba siempre de sus intenciones, y temia con razon que en el progreso de la guerra con el Austria y con la Rusia, faltase á sus promesas. Fuerza le fué renunciar á su proyecto de invadir la Inglaterra y prorogarlo indefinidamente. La política

---

(1) La fragata *Dido* fué apresada por los Ingleses. La escuadra de Rochefort, puesta al mando del gefe de division Mr. Allemand, no pudiendo encontrarnos, anduvo algunos meses en crucero sobre diversos puntos del Océano, hizo varias presas muy cuantiosas al enemigo, tomó el navio *Calcuta*, de cincuenta y seis cañones, y cargada de botin y con muchos marineros ingleses prisioneros entró de nuevo en Rochefort sin que ninguna escuadra enemiga pudiese dar con ella. En Inglaterra la llamaron la *invisible*.

inglesa, no siéndole bastante todavía divertir y atraer á la Alemania el grande ejército francés que campaba en las costas francesas, de amenazada que hasta entonces había sido, se volvió amenazante, preparando ó fingiendo preparar expediciones sobre el continente. De estas expediciones se hablaba con misterio. Dejóse traslucir con verdad ó con mentira, que se intentaba un grande ataque contra Cádiz, que la intencion de los ingleses era desembarcar treinta mil hombres en las inmediaciones de aquel puerto, apoderarse de él, apresar ó incendiar las naves que allí hubiese, destruir los arsenales y astilleros y devastar aquellas costas (1). Hablábase

(1) He aquí lo que acerca de este proyecto se escribia en el *Morning Chronicle*, á mediado de setiembre: «El »objeto de la grande expedicion se ha hecho de tal mane»ra el asunto general de las conversaciones que no encon»tramos ningun inconveniente en publicarlo. Si los mi»nistros deseaban que se guardase el secreto, han hecho »muy mal en revelarlo á sus amigos, los cuales para dar»se importancia lo han confiado del mismo modo á otros »conocidos suyos. Dícese que se trata de una tentativa »contra Cádiz con el fin de apresar el mayor número de »navíos que se pueda y de incendiar los que queden en el »puerto. Si este plan se ejecuta con presteza y energía, »puede contarse con su buen éxito atendidas todas las pro»babilidades. Lord Nelson debe acometer por el lado del »mar para proteger el desembarco de la tropa. Créese que »los españoles no tienen muchas fuerzas en Cádiz; bien que »para lograr esta empresa es menester ejecutarla cuanto »antes, pues se ha perdido un tiempo precioso, y por

tambien de una irrupcion en las islas Baleares, en las costas de Tolon, en Nápoles, en la Toscana y en diversos otros puntos de la Italia. Temia con fundamento la Inglaterra, que aun estorbada la invasion de sus costas fronterizas por medio de la guerra que habian movido en Alemania, pudiera realizarse al menos una tentativa sobre Irlanda, si las fuerzas marítimas de España, Holanda y Francia no eran llamadas á otros puntos. El ministerio inglés logró salvar por este medio enteramente los peligros que amenazaban á aquel reino.

Napoleon propuso á nuestra córte dirigir á Cádiz la escuadra combinada, antes que reforzados los ingleses delante de aquel puerto, se hiciese mas difícil la defensa, dado el caso de un ataque. Juntas así las fuerzas que mandaban Gravina y Villeneuve con otra escuadra nuestra armada nuevamente en

»poco que la expedicion tarde en salir, ya no será ocasion oportuna. Por desgracia, el gobierno ha manifestado sobre una expedicion tan importante, la misma irresolucion que ha desbaratado la mayor parte de los proyectos. Destruir la escuadra de Boloña y apresar la de Cádiz, serian dos sucesos mediante los cuales podriamos disponer libremente de nuestro ejército y armada durante la guerra actual, cuando ahora, sin que nadie pueda desconocerlo, la escuadra de Cádiz y la escuadrilla de Bolonia nos tienen en suspenso. Lo peor de todo y lo que mas nos sorprende, es que los ministros hayan dejado traspirar este proyecto antes de realizarlo, y dado lugar al enemigo para que pueda prepararse, etc., etc.»

Cádiz, y amenazando desde allí muchos parages en el Mediterráneo y el Océano, se debia preparar un gran golpe contra los ingleses, si como era de aguardar, nos presentaban un combate. Conseguido aquel golpe no imposible, se debia trabajar hasta arrojarlos del Mediterráneo, bloquear á Gibraltar, sitiar á Malta, y preparar sucesos mientras combatiria la Francia en Alemania. Segun el mismo plan debia permanecer en Cartagena nuestra cuarta escuadra surta en aquel puerto, mientras que en Tolon se daria cima á otro nuevo armamento con el cual pudiera combinarse aquella para acudir mejor á estas empresas (1).

Nadie dirá que España se llevó de ligera en adoptar aquel proyecto, ni que en él consultó el emperador los intereses solos de la Francia. El interés era directamente nuestro, y podria haberse dicho en aquel caso que servia su marina mas que á Francia, á la España. Cuento aquí hechos históricos, hechos que son sabidos; no hubo nadie en España que pudiese haberlos ignorado. ¡Cómo es que tantas plumas dentro de ella y aun de afuera, han escrito

(1) Nuestra escuadra de Cartagena se componia de los navíos, *Paula*, *Guerrero*, *Asia* y *San-Ramon*, al mando del gefe de escuadra D. José Justo Salcedo. Se añadia á esta escuadra un buen número de fuerzas sutiles. Durante toda la campaña inquietó constantemente al enemigo en sus navegaciones por el Mediterráneo y le hizo muchas presas.

despues, que las escuadras españolas fueron puestas á merced y al servicio exclusivo de la Francia!

La escuadra franco-hispana salió el 13 de agosto del Ferrol y entró en Cádiz el 20 sin hallar enemigos que se opusieran á su marcha. Cinco ó seis navíos mercantes que halló tan solo en el camino, fueron apresados. El almirante Collingwood cruzaba sobre Cádiz, pero con fuerzas inferiores en mas de una mitad á las francesas y españolas. Villeneuve habria podido maniobrar muy fácilmente para cortar aquella escuadra y conseguir un bello triunfo: excusóse de probar esta fortuna por la incertidumbre en que se hallaba de las fuerzas que podria tener el enemigo. Pero en el mismo hecho de evitar su encuentro Collingwood y de dejarle entrar en Cádiz, pudo haber colegido que carecia de medios suficientes para empeñar una batalla. Y era así, que Collingwood se hallaba todavía sin los refuerzos necesarios. El almirantazgo inglés mandó acudirle con la escuadra de sir Roberto Calder y con los navíos de Nelson que este habia dejado á lord Cornwallis, pero se pasó algun tiempo en carenarlos y ponerlos á la vela. Despues fué dado á Nelson el mando de estas fuerzas. Este se puso al frente de ellas el 29 de setiembre.

Cuando llegó la escuadra combinada á Cádiz, se dirigió á Madrid el general Gravina para dar cuenta de lo hecho hasta aquel dia y recibir las instrucciones del gobierno. Los proyectos nuevamente adoptados le

víos de línea, cinco fragatas y diferentes otros buques inferiores.

Nelson habia reunido en 10 de octubre veintisiete navíos de línea, siete de ellos de tres puentes, cuatro fragatas y varias goletas. Su verdadera fuerza se ignoraba en Cádiz. Creyóse allí por las noticias recibidas, que eran solo veintiun navíos los que mandaba el almirante inglés, y en efecto fué así durante algunos dias; pero nada se supo de los refuerzos sucesivos que llegaban al enemigo. Nelson cuidaba mucho de ocultarlos y de tenerlos retirados de la costa.

Por desgracia y con admiracion de todos, Villeneuve salió de su inaccion habitual aquellos dias. Las órdenes con que se hallaba de su córte, eran precisamente de no arriesgar la armada, de estar á la defensa solamente si intentaban los ingleses un ataque sobre Cádiz ó los pueblos inmediatos, y no empeñar sus fuerzas voluntariamente, mientras no pudiese pelear con gran ventaja sobre el enemigo (1). Tales órdenes le hicieron concebir la idea de que su honor estaba muy mal puesto, mucho mas cuando leyó en el Monitor, en donde nada se escribia sin

---

(1) Estas órdenes sumamente restrictivas le vinieron cuando el almirante Rosily fué nombrado para reemplazarle. Venia ya éste de camino á mediado de octubre, y llegó á Cádiz tres ó cuatro dias despues del combate de Trafalgar.

que Napoleon lo permitiese ó lo mandase, *que á la marina francesa no le faltaba sino un hombre de carácter atrevido y de mucha sangre fria.* Llegó á saber tambien que se habia nombrado otro almirante. Este estímulo produjo en él un grande efecto. Tanto como hasta entonces pareció negligente, perdiendo los mejores lances en que pudo haber dado uno tras otro á los ingleses muchos golpes, otro tanto se volvió eficaz por reponer su honor á cualquier costo que esto fuese. Ansiaba la ocasion de acreditarse, y ésta se tardaba mucho para el tiempo que podia quedarle de adquirir la ilustracion que le faltaba.

Un buque raguseo dió en Cádiz la noticia de que en Corfu y en Malta se aceleraba un armamento y que se hacian embargos de trasportes para llevar tropas. Nuestros espías de Gibraltar escribian al mismo tiempo que de la escuadra de lord Nelson habian sido destacados cinco ó seis navíos con direccion á Malta para una expedicion que deberia mandar sir James Craig. El almirante Villeneuve vió llegar con estas nuevas su momento tan apetecido. Parecióle ser aquella la ocasion de medirse con Nelson antes que recibiese nuevas fuerzas, y conseguido el triunfo, que debia prometerse con las nuestras casi dobles de las que se creian al enemigo, juzgó tambien de su deber, dejada en Cádiz una parte de la escuadra, dirigirse hácia Malta y atravesar la expedicion de Craig. De ésta habia datos ciertos; fal-

taba sin embargo confirmar las noticias que procedian de Gibraltar y de ordinario salian falsas. Gravina trabajó por persuadir á Villeneuve que aguardase algunos dias, y con efecto se pasaron cuatro sin resolverse cosa alguna. Mientras tanto llegaban otras nuevas que confirmaron las primeras sobre las fuerzas de lord Nelson. Los avisos mas altos las hacian llegar á veintidos navíos, pero añadiendo siempre que debian aumentarse en breves dias. Fundado en estos datos y temiendo perder el tiempo favorable de atacar al enemigo, el almirante Villeneuve, con un ardor no acostumbrado, se resolvió á ofrecerle la batalla. Era ya el 18 de octubre cuando participó á Gravina que su intencion era salir al dia siguiente si podia contar con su asistencia. Gravina cedió entonces, mas que á su propio parecer, al justo empeño que la ley del honor y el buen acuerdo de las armas combinadas le imponian en aquel caso. La mañana del 19 dieron la vela algunos buques españoles y franceses. No pudieron hacerlo todos por haber rolado el viento al sudoeste: en la del 20, con viento al esueste, salió toda la escuadra. Escaseóse luego aquel hasta el sursudoeste, tan fuerte y con tan malas apariencias que se hizo necesario navegar con dos rizos tomados á las gavias. Duró este contratiempo algunas horas hasta que llamado el viento por fortuna al sudoeste, la formacion fué practicable. Conforme al plan de Villeneuve, se ejecutó esta formacion en cinco divisiones, tres de ellas que

debian formar la línea de batalla, siete bajeles cada una, y otras dos de seis que habian de componer el cuerpo de reserva. El almirante Villeneuve mandaba el centro por sí mismo; nuestro general Alava, la vanguardia; Mr. Dumanoir, la retaguardia. El general Gravina mandaba la reserva, la primera division á su inmediato cargo, la segunda al de Mr. Magon; éste y Dumanoir eran contraalmirantes. Avistados los enemigos por las fragatas avanzadas que descubrian diez y ocho velas, se viró por redondo á un tiempo como en demanda del Estrecho, sin mudar la formacion que se llevaba. A la caida de la tarde los bajeles de observacion trajeron el aviso de haber reconocido diez y ocho navíos puestos en línea de batalla. La nuestra fué formada entonces en una sola fila sobre los navíos sotaventados, y en esta formacion se encontró el 21 frente á frente de la escuadra inglesa á barlovento nuestro y en línea de batalla de la mura contraria. Pero en lugar de diez y ocho, presentaba áquella escuadra veintisiete navíos de línea, siete de ellos de tres puentes, cuatro fragatas, y cinco ó seis bajeles inferiores.

A las siete de la mañana se movian ya los enemigos y marchaban á todas velas con el viento de su parte, gobernando sobre el centro y retaguardia de la escuadra combinada. Venian al parecer en tres columnas, mas repartida luego la una de ellas en las otras, no formaron sino dos al tiempo del combate. El almirante Villeneuve ordenó luego una

virada por redondo á un tiempo. Por esta evolucion se cambió el órden de batalla; la retaguardia se volvió vanguardia, y ésta formó la retaguardia; dirigida la rota entonces para el N. Hízose asi con el objeto de conservar á Cádiz bajo el viento para un caso de desgracia. Despues se dió la órden de ceñir el viento al navío de la cabeza y de seguirle todos por sus aguas. La alineacion fué hecha, pero no perfectamente; la endeblez del viento lo impedia en gran manera. Hubiera convenido arribar y establecerla sobre los navíos sotaventados: tal vez que faltó tiempo para poder hacerlo, que el enemigo estaba ya muy cerca. Lo mejor formado de la línea se encontraba en la retaguardia desde el navío *Santa Ana* donde tenia su insignia don Ignacio Alava, hasta el *Príncipe de Asturias* donde tenia la suya el general Gravina, y sin embargo tres navíos se hallaban fuera de su puesto. Esta desigualdad era mayor en la vanguardia. El centro, sobre todo, objeto principal de Nelson, tenía cuatro navíos sotaventados y dejaba un ancho espacio al enemigo.

Casi ya á mediodia las dos columnas enemigas comenzaron sus ataques. Nelson, al frente de la una, gobernó derecho sobre el *Bucentaure* donde tenia su insignia el almirante Villeneuve. Collingwood, al frente de la otra, se dirigió sobre el *Santa Ana*. Nelson montaba el *Victory*, seguido de otros dos de á tres puentes. Su primera tentativa fué cortar la línea entre la popa del *Trinidad* y la proa del *Bucen-*

taure. El general Cisneros mandó sin detencion meter en facha las gavias del *Trinidad* y se estrechó de tal manera con el *Bucentaure* que el almirante Nelson desistió de su empeño temerario, perdida mucha gente y maltratado el *Victory* por el terrible fuego á que se expuso. Buscó entonces abrirse paso por la popa del navío almirante. Faltaba al lado de éste el que debia seguirle en línea, y desgraciadamente se encontraba á sotavento de su puesto, pero acudió á llenarle el *Redoutable* que mandaba el valeroso comandante Mr. Lucas. Este se vió atacado á un mismo tiempo por el *Victory* y el *Téméraire*, uno y otro de tres puentes. Arrastrado bajo el viento el *Redoutable* al defenderse de este último, dejó á la fuerza el paso al enemigo por detras del *Bucentaure*. La mitad por lo menos de toda la columna que mandaba Nelson, atacó entonces los demas navíos del centro. La otra mitad de la columna, amenazando á la vanguardia y figurando maniobras que la tuviesen en respeto, caia luego de repeso sobre el mismo centro y trabajaba en su derrota. A los navíos sotaventados les hacian poco caso los Ingleses: la fuerza del combate la sufrian el *Trinidad* y el *Bucentaure* por un lado, defendiéndose algunas veces contra seis y ocho navíos y haciendo en ellos grande estrago, y por el otro, el *Redoutable*, de poder á poder empeñado con el *Victory*, de setenta y cuatro aquel y éste de ciento y veinte. Aquel combate fué sangriento mas que todos. Amarrados los

dos navíos con los garfios de abordage, de ambas partes se peleaba en los alcázares con todos los furores de la rabia humana, y en un ataque de estos cayó Nelson. El triunfo era ya cierto para el *Redoutable*. Durante un corto espacio pareció el *Victory* desierto. Pèro dejando al *Trinidad* el *Téméraire* y abordando al *Redoutable* por el lado opuesto al *Victory*, se trabó combate nuevo y se halló aquel entre dos fuegos, sosteniéndose no obstante hasta que ya el bajel daba muestra de irse á pique. No tuvo que mandarse arriar bandera, que con el mástil de mesana ella misma vino abajo!

El peso del combate cayó todo por aquel lado sobre el *Trinidad* y el *Bucentaure*. Aun no debia desesperarse si los navíos de la vanguardia que estaban casi intactos llegaran al socorro á tiempo. Dada señal por Villeneuve para hacerles virar de bordo viento atras y á sotavento de la línea, para coger entre dos fuegos los bajeles enemigos que la habian cortado, no todos acudieron con igual presteza, ni obedecieron todos de igual modo las señales. El *Neptuno*, *San Agustin*, el *Héros* y el *Intrepide* llegaron al socorro, no tan pronto como quisieran, mas lo que quiso el viento, *San Francisco* y el *Rayo* no fueron tan felices, ó fueron menos diestros: llegaron harto tarde. Dumanoir, contraalmirante, que teniendo á su cargo la vanguardia, sin esperar señales debió acudir al centro y socorrerlo, fué el mas tardo, y faltando á lo mandado por aque-

llas, despues que hubo virado, ciñó el viento y dirigió su rumbo para pasar al barlovento de las dos escuadras. Cuando llegó, fué solo á ser testigo de la ruina de los bravos que pelearon sin su ayuda (1).

Habíase ya rendido el *Bucentaure* á las tres horas de combate, desmantelado enteramente y desprovisto hasta de un bote donde pudiera trasladarse á otro navío el almirante Villeneuve. Todas sus lanchas y sus botes se hallaban destruidos. Ningun bajel se halló en estado de venir á remolcarlo. Debiera haberlo hecho por lo menos, la fragata *Hortense* que era la almiranta, á cualquier riesgo que esto hubiese sido. Díjose que no pudo.

Una hora mas, hecho ya una granada, sin un palo, los alcázares y los puentes cubiertos de cadáveres, y corriendo la sangre á rios, se sostuvo aun el *Trinidad* heróicamente. Nada quedó por practicar á los ingleses para poder hacer flotar aquel coloso hecho pedazos y conducirlo en triunfo á la Inglaterra; pero vano fué cuanto hicieron, que el navío se fué á pique. Cerca de él pelearon, aunque llegados tarde para poder salvarle, el *Neptuno*, *San Agustin* y el *Intrépide*. El *Héros*, que siendo el mas cercano al *Trinidad* pudo venir mas pronto á su so-

---

(1) Los navíos que llevó consigo Dumanoir fueron el *Formidable*, donde tenia su insignia, el *Duguy-Trouin*, el *Mont-Blanc* y el *Scipion*.

corro, muerto ya su capitan M. Poulain, y sufrido no poco estrago en sus arboladuras y en el casco, por una maniobra en que intentó ganar el viento al enemigo, hubo de verse mas envuelto, y alejóse. Los otros tres navíos se encontraron entonces solos contra ocho. El general Valdes, que mandaba el *Neptuno*, se cubrió en él de gloria, no tan solo por el valor, sino tambien por la pericia y por la sangre fria con que hizo frente al enemigo y prolongó el combate hasta el postrer extremo que cabia en fuerza humana. Cagigal é Infernet, el primero en *San Agustin*, el segundo en el *Intrépide*, no fueron menos dignos de alabanza. Dos navíos enemigos impidieron al *Rayo* y *San Francisco* juntarse á estos valientes.

Mientras tanto por la otra parte, desde el navío *Santa Ana* hasta el *Príncipe de Asturias* que cerraba la retaguardia, se peleaba horriblemente. La columna enemiga que mandaba Collingwood, acometió aquel lado. Su primer tentativa fué cortar nuestra línea por la proa del *Santa Ana*. Alava estuvo pronto y burló al enemigo, porque abordándose el *Santa Ana* con el *Royal Sovereign* que montaba Collingwood, y batiéndose en esta forma, desarbolaron los dos buques. Tres navíos ingleses intentaron al mismo tiempo atravesar la línea por la proa del *Príncipe de Asturias*; pero mandaba allí Gravina, y forzando de vela aquel navío y haciendo un espantoso fuego, forzó á ceñir al enemigo y á desistir de

su proyecto. La línea fué cortada sin embargo en otros puntos. Los ingleses no acometian cuerpo á cuerpo, navío contra navío; atacaban en grupos, y conseguido abrir un paso, venian otros navíos á barlovento de los que estaban ya cortados y los ponian entre dos fuegos. Otros amenazaban de la una y la otra parte, figurando ó comenzando ataques, cuya direccion cambiaban luego para embestir en otros puntos. Desmantelado un buque y deshecha su maniobra, cargaban luego sobre aquellos que se encontraban mas ó menos apartados de su línea luchando contra el viento. Teníale el enemigo de su parte, y por su prontitud y su pericia en las evoluciones, desconcertaba el órden de batalla, introducia la confusion en la defensa, elegia los lugares y se multiplicaba en todas partes por los recursos de su táctica, sin dolerse tampoco de sí mismo y buscando á cualquier precio de sangre derramada y de sus propios buques destruidos, la victoria.

¡Qué no costó de estragos á la columna inglesa completar su triunfo en aquel extremo de la línea! Todos quince navios desde el *Santa Ana* hasta el *Asturias*, franceses y españoles, se encontraron en la pelea; y á todos les quedaron, ya que no de fortuna, muy grandes títulos de gloria (1). Dijose en

(1) He aquí el órden de la línea desde el navío *Santa Ana* hasta el *Príncipe de Asturias*. Quedó ya dicho el claro que dejaban en el centro los navíos *Neptune*,

aquel tiempo y despues se ha repetido, que el navío francés el *Argonaute*, y el español *Montañes* no pelearon hasta el fin con los demas de retaguardia; mas de uno y otro fué sabido que sus mayores averías estaban en los cascos. Peleando el *Montañes*, de un tiro de fusil cayó sin vida su capitan Alcedo. Don Francisco Castaños, su segundo, tuvo la misma suerte. Todas las bombas del navío estaban empleadas para achicar el agua, y aun esto no bastaba cuando se vió obligado á retirarse.

Muy cerca de seis horas duraba ya el combate

San Leandro, *San Justo*, y el *Indomptable*, mas ó menos sotaventados con respecto á la línea. El *Indomptable* era el décimoséptimo en el órden de batalla. Seguian luego el *Santa Ana*, el *Fougueux*, el *Monarca*, el *Pluton*, el *Algésiras*, el *Bahamá*, el *Aigle*, *el Swift-Sure* y el *Argonaute*, perfectamente en su puesto; despues el *Montañes* y el *Argonauta*, algo sotaventados, y desde allí en una línea regular el *Berwick*, *Nepomuceno*, *San Ildefonso* y *Asturias*. El *Achille*, que debiera haberse hallado el trigésimo segundo entre el *Asturias* y *San Ildefonso*, como no llegase á tiempo cuando se cerró la línea, formó á la espalda de este último. Los navíos *Indomptable*, *Neptune*, *San Justo* y *San Leandro*, que hallándose sotaventados no pudieron empeñarse eficazmente en la pelea del centro, hicieron arribada hasta la retaguardia para combatir en ella. En cambio de esto el *Fougueux*, por entre el cual lograron los ingleses atravesar la línea, dejó aquel puesto y peleó en el centro donde encontró su ruina mas segura. El *San Justo*, comandado por Gaston, y el *Neptune*, por el capitan frances Maistral, arribados desde el centro, pelearon denodadamente cerca del *Asturias*.

sobre aquel extremo de la línea, cuando entre grandes ruinas y destrozos de vencedores y vencidos, se voló el *Achille*. Peleaba este navío al lado del *Asturias*, y uno y otro luchando tanto tiempo, resistieron con virtud heróica los esfuerzos desesperados de fuerzas triplicadas que los batian de todos lados. Ardiendo ya el *Achille* y prendido el fuego en una batería, aun se ocupaba mas aquella gente valerosa en resistir al enemigo, que en atajar las llamas. Temerosos de la explosion abandonaron el combate los ingleses (1). La victoria era cierta en favor suyo, y cansados de la pelea, con dos terceras partes de sus buques no menos destrozados que los nuestros, cuando Dumanoir atravesó con sus cuatro navíos por cerca de aquel punto, ni aun se cuidaron de ofenderle.

La insignia de Gravina fué la sola que quedó tremolando sobre la línea de batalla. Jamas ningun marino dió mas pruebas que aquel gefe, de presencia de ánimo, de fortaleza en los peligros, de saber mandar y hacer, y dominar hasta los mismos infortunios. Desmantelado enteramente su navío, con sus jarcias cortadas, sin estays, sin poder dar la vela, con

(1) Los Ingleses tuvieron la humanidad de enviar algunos botes y bajeles para recoger los que tuvieron tiempo y voluntad de salvarse. Era ya muerto el capitan que lo mandaba, su segundo y su tercero. El alférez que sucedió en el mando y una parte de la tripulacion perecieron con el navío.

sus palos y masteleros atravesados á balazos, y aun temible asi al enemigo todavía, hízose remolcar por la fragata *Temes*, y reuniendo á su pabellon hasta diez y ocho bastimentos, once navíos, cinco fragatas y dos bergantines, bregando con el viento que sopló aquella noche al sursueste con gran fuerza, consiguió fondear á la una y media en el Placer de Rota, y llegar y anclar en Cádiz con toda su conserva el dia inmediato. De diez y siete buques entre españoles y franceses que rindió el enemigo, dos tan solo de los españoles pudo hacer entrar en Gibraltar llevados de remolque, el *San Ildefonso* y el *Nepomüceno*. El *Trinidad*, el *Bahamá*, el *San Agustin* y el *Argonauta* se les fueron á pique á poco tiempo del combate. Otros de los bajeles derrotados que pudieron salvarse de la mano del enemigo encallaron en nuestras costas.

Como se hubiese peleado, lo mostraron las mismas pérdidas que fueron hechas en marinos y en navíos destruidos, triste y único consuelo que quedó al honor de la escuadra combinada. Los anales marítimos españoles y franceses deberán consagrar eternamente en sus registros tantos nombres memorables de los que se ilustraron aquel dia en el combate mas reñido de cuantos se habian visto en mas de un siglo (1). De nuestros generales y de los va-

(1) El almirante Nelson, al emprender el ataque, repitió por tres veces la señal de que se hiciese á *toca-pe-*

rios comandantes, perdimos á Gravina que murió de sus heridas; al brigadier Churruca, sábio ilustre, y á su segundo don Francisco Moyua, muertos en el *Nepomuceno;* á don Dionisio Alcalá Galiano, otro sábio de los primeros de la España, muerto en el *Bahamá*; y á don Francisco Alcedo con su segundo don Antonio Castaños, ya citados mas arriba, muertos en el *Montañes.* Heridos, el general don Ignacio María de Alava y don José Gardoqui, en el *Santa Ana;* el general don Baltasar Hidalgo de Cisneros, el brigadier don Francisco de Uriarte y el segundo comandante don Ignacio Olaeta, en el *Trinidad*; don Antonio Escaño, gefe de escuadra y mayor general, en el *Asturias* (1); el brigadier don Felipe Jado Cagigal, y su segundo don José Brandaris, en el *San Agustin*; el brigadier don Cayetano Valdes, y don José Somoza, capitan, en el *Neptuno;* el brigadier don José Vargas de Varaes, en el *San Ildefonso*; el

---

noles. Los mas de los combates fueron dados á tiro de pistola.

(1) Este valiente marino fué herido en una pierna. A una descarga de metralla, hecha á boca de cañon, cuantos estaban á su lado en la toldilla perecieron, menos un artillero que tambien fué herido. Pero Escaño siguió mandando sin decir que él lo estaba. Los que vieron rebosar la sangre de la bota, le obligaron á curarse. Dada una gran prisa al cirujano para hacer lo mas preciso, volvió al alcázar prontamente, y hasta el fin del combate siguió ejerciendo el mando.

comandante, capitan, don Antonio Pareja, en el *Argonauta;* don Teodoro de Argumosa, capitan tambien y comandante, en el *Monarca;* don Tomas Rameri, capitan, en el *Bahamá.* De oficiales de diversos grados y de guardias marinas tuvimos que llorar una gran pérdida; de la tropa y marinería subió el número de muertos á mil doscientos cincuenta y seis, y á mil doscientos cuarenta y uno el de los heridos (1). La marina francesa perdió al

(1) De los oficiales que se distinguieron mas altamente y que pagaron á la patria el tributo de su vida, nombraré aquí don Juan Gonzalez Cisniega, don Joaquin de Salas, don Juan Matute, don Agustin Monzon, don Juan Donesteve, don Ramon Amaya, don Rafael Bobadilla, don Martin Urias, don Pedro Moriano, don José Roso, don Juan de Medina, don Luis Perez del Camino, don Cayetano Picado, don Ramon Echague, don Benito Bermudez, don Miguel García, don Gerónimo de Salas, don Jacinto Guiral, don Diego del Castillo, don Aniceto Perez, don Manuel Briones y don Antonio Bobadilla. Nombraré tambien de los oficiales del ejército que murieron en el combate, á don José Graulli, don Agustin Moriano, don Juan Justiniani, don Miguel Vivaldo, don Bernardo Corral, don Miguel Cebrian y don Cárlos Velorado. De los de la marina, don Francisco Calderon, don Marcos Guruzeta, don Joaquin Jorganes, don Luis Moreno, don Rafael de Luna, don Manuel Rivera, don Juan del Busto, don Ignacio Valle, don Pedro Nuñez, don José Losada, don Pedro Brigloer, don Pedro Rato, don Juan Balsola, don Nicolás del Rio, don José de la Serna, don Diego del Castillo, don Jacobo Aleman, don Gerónimo Obregon, y un largo número de guardias marinas,

contra-almirante Magon que murió gloriosamente defendiendo el *Algésiras*, y los capitanes Beaudoin, del *Fougeux*; Gourège, del *Aigle*; Camas, del *Berwick*; Poulain, del *Héros*; Nieport, del *Achille*, y otros muchos oficiales. El valor hermanado de las dos naciones hizo decir, mejor que nunca, que todo fué perdido, menos el honor de los que disputaron por la postrera vez á la Inglaterra el cetro de los mares.

Triunfó ésta, mas no de balde. Perdió á Nelson, al mayor Bikerton y muchos oficiales distinguidos. Sus relaciones mismas, grandemente disminuidas, confesaron mil seiscientos hombres entre muertos y heridos. El estrago de sus navíos se diferenció harto poco del de la escuadra combinada (1). ¿Quién le

---

fueron heridos gravemente, sin contar otros muchos oficiales de mar y tierra heridos ó contusos que lo fueron casi todos. Muchas y muy singulares hazañas se contaron de estos esforzados militares, no menos que del heróico ardimiento de las tripulaciones, que se señalaron por hechos y proezas admirables. Aun seria tiempo de recoger entre los viejos que se hallaron en aquel combate tan siquiera una parte de los rasgos sublimes de valor que ofrecieron las matrículas. En el rincon del fuego ellos los contarán á sus nietos y biznietos en quien debe resucitar ese gran pueblo generoso trabajado tanto tiempo por los infortunios y el olvido.

(1) He aquí las pérdidas y quebrantos de la escuadra inglesa segun las relaciones mas fidedignas de aquel tiempo:

dió la victoria? Su pericia y sus progresos en la táctica marítima en que escedian á todas las naciones. Nelson habia previsto y designado toda la série del combate: cual lo habia figurado sobre un plano, así fué todo, sin engañarse en cosa alguna. He aquí en suma sus instrucciones.

El *Bretaña*, de ciento veinte cañones, el *Principe* de ciento diez, el *Neptuno*, y el *Principe de Gales*, de noventa y ocho, á pique en el combate;

El *Donegal*, de ochenta, y el *Orion*, de setenta y cuatro, desarbolados y varados en la costa de Africa;

El *Tigre*, de ochenta, varado y á pique en la playa de Santa-María;

El *Defensa* y el *Coloso*, de setenta y cuatro, quemados por los ingleses despues de la accion, en la playa de San Lucar;

El *Esparciata*, de setenta y cuatro, á pique despues del combate;

El *Victoria*, de ciento viente, desarbolado de todos sus palos en el combate;

El *Real Soberano*, de ciento veinte, perdido, con doscientas mil libras esterlinas que llevaba;

El *Spencer*, de setenta y cuatro, desarbolado y llevado de remolque á Gibraltar;

El *Canopus*, de noventa y ocho, desarbolado de sus palos y arrimado á la máquina de la misma plaza;

El *Reina*, de noventa y ocho, desarbolado de los masteleros de velacho y mesana con el casco muy quebrantado.

El *Tonante*, de ochenta, el *Swiftsure*, y el *Zeloso*, de setenta y cuatro y el *Dreadnought*, de noventa y ocho, mas ó menos desarbolados, y este último acribillado en todo el casco;

« El órden de batalla será el mismo que el de la marcha, en dos ó tres columnas, como mejor convenga en el momento del ataque. Este se habrá de hacer desde el centro hasta la cola de la línea enemiga, procurando cortarla en muchos puntos, siempre con fuerzas superiores en todos los asaltos, y á *toca-penoles*, cuanto sea posible. No importa la vanguardia, pues la línea enemiga será probablemente de tan larga extension, que se habrá de pasar bastante tiempo antes que hubieren maniobrado los navíos de la vanguardia para socorrer sus compañeros, y aun les será imposible hacerlo asi sin enredarse con los bajeles empeñados. Es de esperar que la victoria se haga cierta, antes que la vanguardia pueda acudir á incorporarse en la batalla. La armada en este caso estará pronta, ó para recibir aquella parte intacta de la línea enemiga, ó para perseguirla si intentare huirse. »

Este atrevido plan y todos los detalles que acompañaban la instruccion del almirante ingles fueron cumplidos en su mayor parte; la batalla debió perderse y fué perdida. ¿A quién la falta de esto, pues

---

El *Atrevido*, de setenta y cuatro, en bandolas;
El *Minotauro*, de setenta y cuatro, desarbolado y varado en Gibraltar;
El *Ligero*, de ochenta, desarbolado, quebrantado en el casco, y llevado á Gibraltar de remolque.
El *Aquiles* y el *Polifemo*, de setenta y cuatro, faltos de muchos palos, y los cascos acribillados.

que sobró el valor, sobró el desprecio de la vida, sobró el ardor guerrero, y tuvimos seis bajeles mas que el enemigo? Al almirante Villeneuve solamente, á su presuntuosa insuficiencia. Debió, matarse aquel marino, y se mató en efecto en Rennes. No habia quedado por nosotros el que fuese reemplazado, y ya iba á serlo de un instante á otro, como antes tengo escrito. No de Napoleon, sino de su ministro fué la tardanza de esto: ¡tardanza apenas de unos cuatro dias que trajo tantos daños y tan largos!

Mientras tanto Napoleon triunfaba en Alemania. No pudiendo culparme mis contrarios del desastre de Trafalgar, han culpado mi política, no con razones sino con sarcasmos, escribiendo y diciendo que la España sufrió á medias con la Francia sus desgracias, mientras ésta gozó sola de sus triunfos. ¡O almas duras sin justicia! ¿Por ventura la España peleaba en parte alguna sobre el continente en donde de nadie era enemiga? ¿Qué habrian dicho si la España peleando en él con los Franceses hubiera concurrido con sus fuerzas para acabar de destruir el equilibrio de la Europa? De otro modo no era posible haber tenido parte en las victorias y laureles de la Francia.

¿Habrá alguno, por el contrario, capaz de sostener, que erró España en no humillarse á Inglaterra, en no ponerse á su salario y combatir por ella las legiones que la amenazaban de las costas vecinas de la Francia? Pero el Austria

y la Rusia que se arrojaron á la guerra, responderán por mí á los que piensen de este modo. La Rusia fué humillada, y el Austria aun mas que esto, para evitar su total ruina se vió obligada á rescatarse por el tratado doloroso de Presburgo. Veinte mil carruages trasportaron á los soldados de Boloña desde las orillas del Océano á las del Rhin y del Danubio. En poco mas de un mes Napoleon es dueño de Viena, y á la vuelta de sesenta dias, la tercera coalicion es destruida en Austerliz con espantoso estrago. El jóven Alejandro no se salva de entre las manos de Napoleon triunfante, sino por gracia de éste que le tenia cercado; el buen emperador Francisco viene él mismo á implorarla para sí y su aliado al vivac de los Franceses. La paz de Campo-Formio y la de Luneville fueron dicha y gloria, comparadas con la de Presburgo. Los Estados venecianos, el margraviato de Burgaw, el principado de Eichstadt, el territorio de Passau, el condadó del Tirol con Trento y Brixen, los siete señoríos de Voralberg, los condados de Hohenems y de Konigsegg-Rothenfelds, los señoríos de Argen y de Tetnang, el territorio de Landau, las cinco ciudades llamadas del Danubio, el condado alto y bajo de Hohenberg, el landgraviato de Nellemburgo, la prefectura de Altorff, el Brisgaw, las ciudades y territorios de Willingen y Bretingen, el Ortenaw y la encomienda de Meinau, tal fué el precio que redimió á la casa de Lorena, sin contar aquí las exac-

*

ciones pecuniarias á los pueblos, la contribucion de guerra, la inmensidad de los despojos de almacenes y arsenales, y tanta y tanta sangre derramada inútilmente.

Y en medio de esto habia sobrado la razon al Austria para hacer la guerra. El tratado de Luneville habia sido quebrantado muchas veces por el emperador de los franceses. Proclamándose rey de Italia, la independencia de ésta no existia ya ni aun en el nombre; la Suiza y la Holanda no la tenian tampoco; Nápoles se hallaba bajo el peso de las tropas francesas, la república de Luca se habia dado en patrimonio á Elisa Bonaparte, y la Liguria se habia hecho, sin ningun respeto hácia la Europa, una provincia del Imperio (1). Pero tener motivos

(1) He aquí algunos de los principios de eterna verdad que contenia el manifiesto de la corte de Viena:

»La conservacion de la paz entre las potencias no consiste solo en dejar de acometerse las unas á las otras, sino tambien, otro tanto á lo menos, en cumplir los tratados en que la paz está fundada. Aquel que los quebranta y rehusa hacer justicia á las reclamaciones, es tan agresor como el que ataca á mano armada.

»Toda empresa dirigida á obligar á otras potencias á adoptar un gobierno, una constitucion ó un soberano que no sea libremente elegido por ellas, conservada su independencia política, real y verdadera, es una ofensa á todas las naciones cuya existencia independiente debe estimarse solidaria.

»La paz extingue todos los derechos anteriores que habia dado la victoria.

justos para hacer la guerra no es bastante, mientras ésta no pueda hacerse sin correr peligro de una entera ruina, salvo el caso de intenciones enemigas comenzadas á realizarse ó ya previstas razonablemente. Aquella coalicion no era de modo alguno injusta en sus motivos; no estaba empero bien cimentada, ni podia sostenerse sin la cooperacion de Prusia, siempre incierta. Necesitábase esperar y madurar el tiempo; á ninguna de las potencias coligadas era la guerra urgente sino á la Gran Bretaña; y aquí fué el grande yerro que cometieron Austria y Rusia dejándose aguijar por los ingleses. De tan inmenso sacrificio solo percibió el fruto la Inglaterra, nacion no menos peligrosa entonces que la Francia en punto de ambiciones. Salvóse y fué á costa de

---

»La conservacion de los estados y el reposo de las na»ciones, requiere que cada una, no provocada ni ofen»dida, se mantenga en sus límites y respete en la paz los »derechos de las otras, sean fuertes ó sean débiles.

»Este reposo se altera y la seguridad comun está ex»puesta, cuando alguna potencia se atribuye derechos de »ocupacion, proteccion ó influjo que no esten reconoci»dos por el derecho de gentes ni por los tratados anterio»res; cuando emplea la fuerza y el temor para dictar »leyes á sus vecinos, para obligarlos á conformar sus cons»tituciones á la suya, ó para arrancar las alianzas, con»cesiones, actos de sumision, incorporacion, enfeudacion, »etc.; cuando sacude en fin, de cualquier modo que esto »sea, el yugo del derecho comun bajo el cual se encuen»tran convenidas las demas naciones.»

sus aliados. ¿Hizo en tanto el gobierno inglés algun esfuerzo para salvarlos á su turno? Si no es bastante el Austria y Rusia abandonadas á su suerte, dígalo tambien Nápoles, cuya córte seducida, acabado de hacer un pacto con la Francia de no mezclarse en la querella de sus enemigos, abrió sus puertos luego á los ingleses y á los rusos, y llegado el peligro, se encontró desamparada, sola y sin ningun recurso contra la venganza del emperador de los franceses. ¿Habrian sido los ingleses mas leales con la España que lo fueron con la Rusia, el Austria y Nápoles?

Las desgracias de aquellos tiempos fueron grandes para toda la Europa; mas las de España fueron mínimas comparadas á los quebrantos y trabajos de los demas que guerrearon contra alguna de las dos potencias colosales é insaciables que altercaban por el dominio de la tierra y de los mares. Se perdió una batalla en Trafalgar, en que nuestra marina y la francesa llevaron un gran golpe. ¿Se podrá comparar este infortunio á los desastres que sufrieron los rusos y austriacos guerreando con la Francia? Nuestras lágrimas por lo menos se enjugaron por la gloria que, aun vencidas, adquirieron nuestras armas.

CAPITULO XXIII.

De la hacienda en 1805.—Asuntos interiores de conservacion y fomento.—Refutacion de un pasage del conde de Toreno.—Esfuerzos mios en favor de la librería, de la imprenta y de las enseñanzas generales.—Mejoracion de los teatros.—Abolicion de las corridas de toros de muerte.

Fácil es de concebir la inmensidad de gastos que debió traernos el apresto de cuatro escuadras que se armaron de una vez en pocos meses, y los que ocasionaron las fuerzas permanentes, terrestres y marítimas, que fueron destinadas á la guarda de nuestras costas y á los inmensos litorales de ambas Indias. Carezco de papeles para formar estados de estas fuerzas; pero hablando de tiempos de que existen todavía millares de testigos, no temo que ninguno me desmienta cuando afirme, que no quedó parage en la dilatada extension de los dominios españoles que se hallase desprevenido contra las armas enemigas. Se acordarán los de aquel tiempo, de que manera se cubrieron nuestras costas de flotillas y de barcos ligeros que se daban la mano unos á otros, que velaban en todas partes, que tenian siempre sobre aviso los puntos y lugares donde amagaba el enemigo, protegian el comercio costanero,

incomodaba al inglés, facilitaban las entradas y salidas de nuestros puertos y bahías, y amparaban y sostenian la muchedumbre de corsarios nuestros, que en aquella guerra mas que nunca combatian á los ingleses. Los habitantes de la América podrán hacer igual memoria. No hacen falta las cifras, tan fáciles de henchirse y abultarse, donde los resultados fueron palmarios y evidentes. El gabinete inglés, no estimándonos preparados á la guerra, ni ignorando la escasez de medios que afligia nuestro tesoro, esperó sorprendernos en mas de algun parage de entre tantos tan codiciables que ofrecia la España en ambos mundos. Muy menos poderosa en otras guerras, nos habia dado la Inglaterra grandes golpes por espacio de dos siglos. Aun reinando en España un rey tan poderoso y tan temido en toda Europa cual Felipe II llegó á serlo, Cádiz se vió asaltada y saqueada por ingleses. Bajo Felipe V nos quitaron á Gibraltar y la isla de Menorca, destruyeron el puerto en Vigo, y hechos dueños de Portobelo, arrasaron sus fortalezas. Bajo Cárlos III, en los tiempos de un Wall, un Grimaldi y un Aranda, conquistaron la Habana á viva fuerza, y se apoderaron de Manila y de todas las Filipinas. Mas cerca de nosotros, y en los dias de don José Moñino, solos quinientos hombres entre marineros, colonos y soldados de la bahía de Honduras, nos hicieron una presa considerable, mayormente en barcos que en aquel punto á la sazon se hallaban de registro,

y veinte y tres millones de reales de plata acuñada, y algunos miles de pesos de plata labrada, que tambien tuvieron tiempo de allegar y llevarse antes de abandonar aquellas aguas. Ninguna cosa de estas, en verdad, sucedió en el tiempo de la guerra de que hago relacion, siendo tantos y tan distantes los puntos en que la España era atacable. Pero si debió de acontecer en una guerra tan violenta, enconada y pertinaz como nos la hicieron los ingleses desde 1804, sin que ni siquiera un solo palmo de terreno les hubiese sido dable el conquistarnos ni en España ni en sus Indias. ¿Por ventura no lo intentaron? Respondan Buenos Aires y tantos otros puntos hechos inaccesibles á sus intrigas y á sus armas. ¿Me alabaré yo de esto, que mandaba en aquel tiempo todas las armas españolas? No es mi ánimo alabarme, pero si defenderme y rechazar calumnias ruines y soeces. He aquí de que manera, hombres injustos, se derrochaba entonces el dinero del estado (aquel dinero tan escaso para sus inmensas atenciones, ninguna descuidada), no en fiestas y banquetes de la corte, ni en llenar mis gavetas, sino en guardar la España, en defender su honor incólume sobre las cuatro partes de la tierra donde se extendia su mundo, en mantenerle sus dominios y dejároslos intactos, á vosotros, que destronaisteis á aquel rey que los guardaba tan gloriosamente, que no supisteis conservarlos, y que habeis devorado hambrientamente, á ojos vistas de todo el mundo

bajo el reinado de su hijo, lo poco que quedara

Y he aquí ahora, lector mio, los recursos y los medios con que acudió el gobierno á los inmensos gastos de aquella guerra no buscada (1).

---

(1) Al hablar de las operaciones del gobierno en materias de hacienda, repetiré todavía en este lugar, que los negocios de aquel eran enteramente agenos del poder que yo egercia, y que durante todo el tiempo de mi mando, guardé severamente aquellos lindes que yo mismo me habia impuesto, en todo lo relativo á la direccion y al manejo de los fondos públicos. Los que digeren lo contrario; necesitan probarlo. No negaré por esto dos cosas que son ciertas, la primera, que en los negocios del fomento general del reino, cuyas oficinas, anejadas á las de hacienda, se crearon en mi tiempo por influjo mio; tomé una parte muy activa, protegiendo y estimulando las tareas y los proyectos que se dirigian á las reformas decretadas; la segunda, que consultado por el rey frecuentemente en los retrasos que sufria la hacienda, tuve parte por mis dictámenes en algunas de las medidas que fueron adoptadas para el socorro del estado. Digo algunas, y no todas, porque muchos de ellas mas ó menos segun lo exigió la imperiosa necesidad de aquellos tiempos, no fueron en un todo acordes con mis pareceres. Nunca dañaron estos aquella libertad de que debian gozar los que en circunstancias tan difíciles necesitaron extender los recursos del erario y atender al mismo tiempo á sostener el crédito. Merecian todos ellos la entera confianza del monarca, lo primero, por su integridad y su pureza que se encontraba bien probada, lo segundo, por las luces y talentos en que sobresalian no menos aquellos buenos españoles. *Arbitristas* los ha llamado malamente el conde de Toreno, y en esta clase ha puesto

Por pronto les acudió con los que exijia la gran premura del momento. El comercio de Madrid, los cinco gremios y el banco de San Cárlos, adelantaron lo preciso y mas urgente, no exigido ni arrancado á mano poderosa del gobierno, sino ofrecido y aceptado noblemente de ambas partes.

Los fondos que debian servir para ir amortizando vales reales, se destinaron á los gastos de la guerra mientras faltasen otros medios; pero sosteniendo en tanto el crédito con aumento de hipotecas y con valores nuevos para proporcionar mayor empleo á la deuda. El papa tuvo á bien de concedernos á este fin la septimacion de las propiedades eclesiásticas (1).

á un Manuel Sixto de Espinosa, al que mantuvo á flote tantos años la nave de la hacienda, por entre cuyas manos corrieron largo tiempo todos los fondos del estado, y pidió despues limosna. El desdeñoso conde seria muy mas feliz hoy dia si le hubiese estudiado mas y se hubiera cuidado de imitarle.

(1) La enagenacion de una séptima parte de los predios eclesiásticos, practicada sobre las mismas reglas, condiciones y formalidades que la de bienes de memorias y obras pias, sin ser perjudicial al clero, antes sí gananciosa, puesto que le quedaba asegurado por equivalente el rédito anual de tres por ciento sobre el precio de los fondos enagenados, debia producir y produjo muchos beneficios al estado, no tan solo para su ayuda en los enormes gastos de la guerra, para preservar al pueblo de tributos gravosos, y para dar estimacion y salida á los diversos valores de la deuda pública, sino lo que era

Pasados ya seis meses de la nueva guerra se abrió un préstamo de cien millones de reales, repartidos en cincuenta mil acciones con el rédito anual de cinco y medio por ciento, reembolsable todo en ocho años, en cada uno de los cuales deberian extinguirse seis mil doscientas y cincuenta acciones. Conocido tambien el gusto de los españoles por los premios en este género de préstamos, se

---

mas, por los grandes aumentos que causó en la producion y en la riqueza general la libertad de aquellas fincas, que entradas de nuevo en la circulacion se las vió por todas partes mejoradas, multiplicándose sus rendimientos y repartiéndose su utilidad entre un gran número de poseedores. Por este acrecimiento general de los valores y productos de los bienes enagenados, quedaba resarcido con universal ganancia la moderada imposicion del tres por ciento que debia pagarse á los antiguos dueños. Y sin embargo de esto, aquella operacion, tan ventajosa al público, se ejecutó con tal economía y con tales miramientos y atenciones á las clases menos ricas y á las mas interesantes de la Iglesia, que en 1808 faltaba mucho todavía para que se hubiese dado fin á las ventas concedidas por el papa. El clero español tuvo entonces y ha tenido despues sobradas pruebas para reconocer que en la ejecucion de aquella gracia pontificia, no entró de modo alguno, ni el espíritu de avaricia ni el de partido, ni ninguno de aquellos arrebatos que se tocan en las revoluciones. Por desgracia los enemigos del gobierno no dejaron tiempo para ver el fin de las nobles intenciones con que se caminaba, bajo las piadosas miras y los deseos tan verdaderos que animaban á Cárlos IV de emprender la universal reforma del estado, sin la ruina de ninguna

asignó el de un millon seiscientos ochenta y siete mil quinientos reales, divididos tambien en seis mil doscientos y cincuenta lotes, desde cincuenta reales hasta trescientos mil, en diferentes proporciones, que deberian pagarse cada un año, con los réditos al mismo tiempo del reembolso. Para aumentar la confianza se puso aquel empréstito al cargo de los varios consulados bajo la inmediata direccion del de Cádiz, con señalacion de arbitrios especiales para el pago. Estos arbitrios fueron una subvencion temporal de uno y medio por ciento del valor de los géneros, frutos y efectos que se introdujesen en España de paises extrangeros, ó se extrajesen para ellos. La misma subvencion fué extendida á los puertos de América, añadiéndose á mas de esto un medio por ciento de las alhajas de oro y plata que procediesen de las Indias. Dado el caso que estos arbitrios no bastasen, la caja de consolidacion de vales debia suplir lo que faltase, reintegrándose despues con los productos sucesivos de aquellas subvenciones. Las acciones de este empréstito fueron declaradas endosables como los vales reales, y dinero efectivo para comprar bienes de obras pias y para re-

---

clase, y del clero mucho menos. Se esperaba á las paces generales, y entre tanto aun se hacia mucho mas que permitian las circunstancias. Hablaré de esto mas extensamente en otra parte.

dencion de censos, por todo su valor de capitales é intereses (1),

Poco despues, en interes por una parte de la hacienda y por otra del comercio, se autorizó á la caja de consolidacion para admitir á rédito anual de tres por ciento las cantidades que se quisiesen imponer en ella libremente, recibiendo por capital efectivo una tercera parte de su importe en metálico, y las otras dos en créditos liquidados y corrientes contra la tesorería mayor. Para el reembolso de los capitales que se impusiesen de este modo, fueron señalados por término los cinco primeros años que se seguirian al dia en que se consiguiese el beneficio de la paz, pagaderos sucesivamente por quintas partes en cada uno de estos años. Los tenedores de estos nuevos créditos serian dueños de negociarlos como letras de cambio y trasmitirlos por un simple endoso. Ademas de esto, los poseedores de estos mismos créditos adquirian el derecho y la ventaja de contar con otro igual para las operaciones de sus giros ó negocios, obligándose la caja á descontarles letras ó pagarés á tres meses de fecha y al interes mercantil de seis por ciento, sin otra condicion que de tener depositados en la caja aquellos créditos, ser comerciantes públicamente conocidos como tales, ó llevar alguna firma de estos.

(1) Este empréstito fué abierto en virtud de real cédula del rey y señores del consejo en 29 de junio de 1805.

Ninguna cosa mas, en punto á préstamos. En cuanto á contribuciones, fueron impuestas las siguientes.

1.° Un tres y un tercio por ciento, en especie ó en dinero, sobre los frutos que no pagaban diezmo;

2.° Media anualidad de los productos de capellanías laicales en cada nombramiento nuevo que se hiciese;

3.° Un tres y un tercio por ciento sobre los productos de las donaciones de la corona á manos muertas. Esta contribucion se redujo luego á un dos por ciento;

4.° Y por último: un arbitrio temporal de cuatro maravedises sobre cada cuartillo de vino que se consumiese en el reino. Cuando se trató de este arbitrio, me pidió el rey dictámen, y yo le dí en contrario. Parecia exiguo aquel tributo, pero aun estimado asi, no podia desconocerse á buena luz, que sobre impopular, seria gravoso, ó tenido por tal al menos. Nadie ignora cuanta sea en España la abundancia de los vinos inferiores, y la multitud de terrenos que se destinan al viñedo porque no son propios á otro objeto de cultivo. La mayor parte de estos vinos no tienen mas consumo que el del mismo pais en donde se producen, no pueden conservarse mas allá de un año, y aun vendidos á precios ínfimos, no es fácil dar salida á una cosecha entera, sucediendo muchas veces que la nueva obligue á derramar los sobrantes de la vieja. En esta gran

desproporcion de los productos y el consumo cargar aquella especie con un tributo nuevo, era gravar á la agricultura, y no á los bebedores. Tenia ademas aquel impuesto algo de mezquino, su percepcion era difícil, sujeta al fraude por un lado y á vejaciones y violencias por el otro. Todo lo expuse en mi dictámen, y sin embargo se adoptó aquel arbitrio. Su verdadero autor era el ministro Caballero, que reunia por aquel tiempo al ministerio de gracia y justicia el de la guerra con el modesto nombre de interino, y que afectando un celo ardiente por el servicio del estado, se mezclaba hasta en las cosas de la hacienda. Asi lo queria el rey, y en esto se ve siempre que mi poder no era tan grande como se le ha querido suponer.

He acabado de contar todos los medios y recursos con que se hizo frente á los dispendios de una guerra tan costosa. Los que de buena fé los examinen, encontrarán motivos de admirarse y preguntar, como pudo aquel gobierno sostener tanto peso de obligaciones y de empeños, mantener la confianza, sobrellevar regularmente el peso de la deuda, no faltar á los servicios ordinarios, no abandonar ninguna empresa comenzada de fomento público, ni dejar el camino que en los pocos años de la paz se habia abierto para las mejoras y adelantos deseados. Todos los intereses de la deuda fueron pagados al vencimiento de sus plazos sin la menor demora: la compañía de Filipinas y el banco de San Cárlos

repartieron sus dividendos, la de la Buena fé cumplió sus pagos prometidos. El curso de los vales se sostuvo con mas ó menos suerte segun la variedad de los sucesos, mas siempre con estima y siempre alimentados por el empleo que hallaban en los bienes de obras pias y en la parte que fué añadida de bienes eclesiásticos. El comercio sufrió escasez, pero no ruina; las quiebras fueron raras. En los negocios de ultramar fué ayudado por el gobierno con largas concesiones para entenderse y asociarse con neutrales y proveer de mancomun aquellos pueblos retirados. El comercio con Portugal y con la Francia fué favorecido y ensanchado; la extension del Imperio daba mucha salida á multitud de objetos nuestros. Junto á esto subsanaban al comercio mucha parte de sus pérdidas las presas que se hacian á los Ingleses. Concedida á los armadores la propiedad entera de estas presas, se notó pronto el buen efecto de esta medida del gobierno, porque en ninguna de las guerras anteriores se vió nunca aquella muchedumbre de corsarios que se armaron en nuestros puertos, tanto en España como en Indias. Los que quisieren consultar las gacetas y diarios de aquel tiempo, verán que no exagero, y hallarán muchos rasgos admirables de valor y audacia con que se distinguió constantemente la marina del comercio durante todo el tiempo de la guerra.

No deberé omitir entre los grandes gastos de aquel año y los siguientes, los que con largueza

mas que real, ordenó Cárlos IV para premiar, sin excepcion de clases, los heróicos marinos y soldados de su armada. Todos los gefes, oficiales, guardias marinas y sargentos que se hallaron en el combate, tuvieron sus ascensos en el grado inmediato. A aquellos que murieron se les contaron dos á beneficio de sus viudas; á las de marineros y soldados se les concedió igual paga á la de sus maridos. A los vivos de estas dos clases se les dió en efectivo el valor de tres meses de las suyas, y á los que mas se distinguieron, diéronse tambien escudos y pensiones. La lealtad española siguió este noble ejemplo de su buen monarca, se abrieron suscripciones en favor de los huérfanos, de las viudas y los estropeados, y aquel duelo de las familias recibió consuelos y asistencias de todas partes de la España. El comercio de Madrid, uno mismo con el gobierno en todo tiempo para los esfuerzos generosos, hizo cabeza en todo el reino para aquellas suscripciones, y aumentó el movimiento general del patriotismo para acudir con una mano á los que habian sufrido por la patria, y ayudar con la otra á las reparaciones que pedia nuestra marina. Este excelente espíritu de hermandad y de civismo se mostró hasta en las tropas. Cosa no vista antes, cuerpos enteros del ejército de tierra se escotaron ellos mismos y acrecieron de sus propias pagas aquellos dones patrióticos. Tales demostraciones dejaban ver sin género de duda la conformidad de sentimientos y opiniones entre los pueblos y el

gobierno (1). ¡Qué de escritos y manifiestos espontáneos no corrian de todas partes mostrando aquel espíritu! De estas muestras aun quedan muchas, y entre ellas los cantos líricos de Quintana, de Moratin, de Arriaza, de Mor de Fuentes y otros muchos que han dejado consagrada la memoria, ya que no del triunfo merecido que nos rehusaron los destinos, de una de las batallas mas gloriosas al vencido que podrán contarse en los anales de la historia (2).

He dicho mas arriba que las grandes atenciones de la guerra no entibiaron al gobierno en la prose-

---

(1) En quebrantos mucho mas grandes que los de Trafalgar, ocurridos bajo el reinado anterior, no se vió ninguna de estas demostraciones. Sabidos son los desastres de la expedicion de Argel, y la dolorosa catástrofe de los navíos flotantes en el bloqueo de Gibraltar. Nadie alargó su mano para reparar aquellos males, ni hubo mas en todo el reino que el silencio del dolor y la reprobacion comun de los actos del gobierno, expresada ésta amargamente en sátiras y en invectivas manuscritas que corrian de mano en mano, y eran buscadas como desahogo, á pesar de los rigores con que á mano real se perseguian. ¡Porqué se olvidan estas cosas!

(2) He aquí acerca de esto algunas de las bellas estrofas de don Juan Bautista de Arriaza:

Cantar victorias mi ambicion sería,
Pero sabed que el Dios de la armonía
Dispensador de gloria,
El volver de fortuna en poco estima,
Y solo el valor ínclito sublima
Con inmortal memoria.

*

cucion de las empresas comenzadas ni en ningun objeto del servicio y del bien publico en lo interior del reino. Citaré algunos hechos que comprueben su constancia, no tan solo para conservar las cosas hechas y continuar las empezadas, sino para dar aumento á todas ellas, favorecer la industria, animar el trabajo, procurar la abundancia, asegurar la salud pública, multiplicar las luces y preparar los bienes y sucesos que debian cumplirse madurando el tiempo, principal objeto de mis votos y deseos.

El canal de Aragon se hallaba adelantado de tal modo que le faltaban solamente nueve leguas para ser reunido al Ebro. La extension del riego era ya de mas de veinte leguas, y la navegacion de diez y ocho, practicable en barcos de todos portes hasta de dos mil quintales. Se comenzó á temer que por las circunstancias de la guerra se aminorasen los recur-

---

Hay á quien de la cuna alzó el destino
Para llevarle siempre por camino
De dóciles laureles:
Las dichas van volando ante sus pasos,
Y en manos de ellas pierden los acasos
Sus espinas crueles.

Héroes, si ya no dioses, el inmenso
Vulgo los clama; mas en tanto incienso
Yo mi razon no ofusco;
Y de Belona en el dudoso empeño,
Donde muestra fortuna airado el ceño,
Allí los héroes busco.

sos de la empresa y que aflojase aquella obra. El gobierno no la olvidaba. Concedióle una lotería al gusto del pais que estimulase á los pudientes, y á pesar de la guerra, se aumentaron los fondos de la direccion hasta cuatro millones mas, que le debia dejar aquel arbitrio.

Todas las obras públicas que se emprendieron en el año precedente para dar ocupacion á los menesterosos, fueron continuadas, y se acometieron otras nuevas. Una de éstas, que se emprendió por mis instancias y á mis ruegos, fué la de Sacedon, en donde por la incuria de los mismos interesados en el mantenimiento de sus grandiosos edificios, todo se hallaba casi en ruinas, sin hospedage, sin socorro, sin medios de asistencia para la multitud de enfermos que debian hallar allí la curacion segura de sus males. Aquella empresa fué encargada al Consejo de Castilla. No encontrándose arbitrio alguno practicable para sufragar los gastos, entre tantas angustias que ofrecia la guerra la real tesorería los hizo sola. Antes de mediar el año estaba todo concluido con habitaciones cómodas, inmediatas á los baños, con dotaciones ciertas, con profesores escogidos, un director en gefe, una botica bien provista, un capellan celoso é instruido, y una casa de abasto en todo género de comestibles, no tan solo los necesarios, sino tambien los de regalo. Se reparó el camino viejo y se empezó otro nuevo. Y porque no faltase cosa alguna á los necesitados de salud

y á los médicos encargados de asistirlos, hice traducir del árabe la obra intitulada: *Tratado de las aguas Medicinales de Salam-Bir* (Sacedon), obra del siglo XI, escrita por el médico toledano Agmer-Ben-Abdala, produccion de mucho mérito y de un particular interes para el buen uso de las aguas de aquel punto (1).

La construccion de campos santos extra-muros de los pueblos, se efectuó con rapidez en todo el reino. Dos terceras partes por lo menos se encontraron concluidas y en servicio al fin del año, superadas contradicciones y estorbos indecibles.

La mendiguez fué reprimida firmemente donde quiera que el error de una piedad mal entendida no aflojó la mano en este gran servicio. Madrid se encontró libre enteramente de esta plaga. Los diarios de áquel tiempo dan testimonio de este hecho: me abstengo de copiarlos por los elogios que me hacen. Para todos los individuos que podian ocuparse se proveyó trabajo. Los que no podian ganar su vida trabajando, bien asistidos y tratados dulcemente, no tuvieron que echar menos sino la libertad de andar vagando y paseando la miseria.

De aquel año vienen tambien las escuelas y los talleres de trabajo que se pusieron en las cárceles.

---

(1) El traductor de esta obra fué el doctor don Mariano Pizzi, médico acreditado, que la ilustró tambien con notas.

Sobre todo, el mayor cuidado en aquel año, fué la salud pública. Tenia el gobierno dos objetos: el mas grande era impedir reverdecerse los contagios y epidémias de los años anteriores: el segundo, proceder de tal manera que el comercio no sufriese por las medidas sanitarias. Aquellos dos objetos se lograron con muy pocas excepciones. De esto me gloriaré, por el bien grande que fué hecho. Yo fuí quien introduje entre nosotros el recurso tan seguro de las fumigaciones permanentes y espontáneas de Guiton de Morveaux. Treinta mil aparatos, construidos bajo la direccion de don Pedro Gutiérrez Bueno, se enviaron á las provincias. Los resultados fueron vistos.

Se tomaron tambien medidas especiales, cuantas permitió aquel tiempo, para impedir la carestía, y una de ellas, merced á los progresos que se hacian en los conocimientos económicos, fué la libertad de los abastos públicos y la extincion del monopolio, que á pretexto de asegurar las subsistencias de los pueblos, no hace mas que encarecerlas y disminuirlas con perjuicio de la produccion y del comercio. Estas ideas reinaban ya en el Consejo de Castilla. En Madrid mismo y en los reales sitios se dió esta libertad á los abastos sin el temor que habia amparado al monopolio por dos siglos (1).

(1) Estas medidas fueron adoptadas por el rey á consulta del Consejo pleno. Y hubo mas, que todas las ven-

La güerra no dañó á las artes ni á las fábricas; adelantaron al contrario por la represion del contrabando. En Madrid, en Barcelona, y generalmente en todas partes donde se ejercia cualquiera industria, se aumentaban sus progresos. El gobierno los auxiliaba multiplicando las escuelas y premiando. No desdeñó tampoco dar el primer ejemplo en muchas cosas para introducir industrias nuevas y hacerlas nacionales. Una de ellas fué una fábrica de licores al estilo de Zara, que llegó á sobrepujar los mas preciados que venian de Francia y nos costaban grandes sumas: este establecimiento se hizo á expensas del estado (1). Igual ó semejante orígen tuvieron muchas fábricas, costosas al principio y hechas despues vulgares en España. ¿Para qué cansar mas á mis lectores? Referiré tan solo en cuanto á los progresos de las artes científicas que se hacian en aquel tiempo (y por honor á Barcelona en don-

---

tajas que disfrutaban los monopolistas en el goce de los bosques, dehesas, almacenes, etc., fueron trasladadas al comun de los productores y de los traficantes de los pueblos. Tales medidas tan favorables al bien procomunal, tenian mayor merecimiento en aquel tiempo, porque el fisco tan necesitado entonces de fondos y recursos, perdia en ellas. Los interesados en la direccion de los abastos ofrecieron en vano muchas sumas por conservar sus privilegios; fuéronles despreciadas. Tal fué la ilustracion y tal la probidad del reinado de Cárlos IV.

(1) Esta fábrica fué la dirigida por don José Maricondi, *vulgo Rosi.*

de prosperaban á la par de las demas ciudades industriosas de la Europa) la bomba de vapor á doble efecto con una sola válvula, que á mediado de julio de 1805, fué expuesta en aquella capital, sin misterio y sin envidia, al registro y al exámen de naturales y extrangeros, invencion y obra toda del pais, superior en su artificio nuevo y en su juego á las inglesas mas preciadas en aquella época. Aun habrá quien se acuerde; su autor fué un catalan, don Francisco Sanpons, director de estática y de hidrostática de la Académia de ciencias naturales y artes de aquella misma capital. El arquitecto don Ignacio March dirigió la construccion del hornillo económico y demas obras de su arte; don Juan Pablo Peradejordi, las de la caldera y las diversas pertenencias de aquel ramo; don Antonio Pujadas, las de carpintería, inventor tambien éste de una nueva llave de paso que aumentaba la sencillez de aquella máquina. De este género de adelantos realizados ya hasta aquella fecha en dos ramos de las artes, podria citar mil pruebas más y llenar muchas páginas.

De las medidas especiales de fomento pertenecientes á aquel año, referiré una sola para muestra. Cuanto pedian los pueblos y las clases industriosas para aumentar riqueza, ó abrirle nuevas fuentes, otro tanto se concedia sin ningunas restricciones, y sin mediar para alcanzarlo ni el oro ni la plata. Los habitantes de San Lucar de Barrameda, pueblo por el cual hice yo muy grandes cosas, me buscaron

para obtener del rey que con los pueblos de su dependencia se formase una provincia aparte, que aquel punto se habilitase para el comercio de la América y el extrangero, y se formase allí tambien un consulado independiente de Sevilla. Del logro de esta gracia debia pender que aquel distrito, decaido por tiempo de dos siglos, y sujeto á duras restricciones en el egercicio de sus tráficos é industrias, pudiera verse alzado á la fortuna que gozaba en tiempos mas antiguos. Yo me encargué de su demanda y la obtuvieron, no por alto y sin las formas de la ley, sino instruido el expediente en el Consejo y á consulta suya; porque nunca me permití, ni aun para obrar el bien, no siendo en cosas de mi cargo ó en materias independientes de los trámites legales, obrar por mí tan solamente. Para evitar rivalidades, y hacer participantes de aquel bien á las provincias de Sevilla y Córdoba, se mandó derogar el auto del año de 1720 y cualesquiera otras restricciones y gravámenes que de hecho entorpeciesen ó pudieran entorpecer la navegacion del Guadalquivir; dando á favor de ella entera libertad para el trasporte de géneros y frutos, nacionales y extrangeros. A la concesion de esta gracia se siguieron las obras necesarias mas precisas en el puerto y en el rio. Antes de cuatro meses de estar gozándose aquel bien, habian anclado ya en aquella cómoda bahía setenta y seis embarcaciones de todo género de mercancias, entre ellas catorce fragatas y veinte bergan-

tines, las entradas y salidas bien seguras, asi de dia como de noche. De estos bienes parciales se hacian muchos, mientras las oficinas de fomento acumulaban luces y trabajos estadísticos para hacer llegar el dia tan deseado de una nueva division de provincias y distritos con que todos los intereses de los pueblos quedasen bien servidos y bien equilibrados sin dañarse. Dios, por sus altos juicios, permitió que estos deseos y estos trabajos fuesen malogrados, cuando no andaban lejos de cumplirse.

Voy á acabar, y paso á referir algunas cosas lamentables de la injusticia de los hombres. Porque el ministro Caballero, aprovechando el tiempo que las graves atenciones de la guerra, únicas de mi cargo, me quitaban, se desató aquel año en sus intentos de confinar las luces y ponerles embarazos; ciertos hombres de mala fé, de aquella parte de enemigos mios que habrian querido en aquel tiempo muchas cosas imposibles por entonces, han querido tambien cargarme las raterías de aquel ministro, ó culparme al menos de no haberlas impedido. Mas de una vez (costándome no poco el confesarlo) he referido sin embargo la solapada guerra, que en cuanto le fué dable, me mantuvo constantemente aquel ministro hipócrita, y los triunfos que consiguió en diferentes ocasiones contra la marcha que yo hacia en beneficio de mi patria. Él lo ha dicho tambien en sus escritos, y *que nunca fué mi amigo, que trabajé por derribarlo, y que no pude,*

porque se hallaba sostenido (1). Confesado tambien por mí, porque es verdad, ¿quién podrá dudar de ella? A mas de esto, podrán dar fé de cuanto tengo dicho en este punto, los que frecuentando la córte y los departamentos del despacho, veian dentro alguna cosa. He aquí, no obstante, al conde de Toreno, que dando á viva fuerza arcadas por vomitar en contra mia (no sé porqué) veneno y hieles, cuenta de mí de esta manera: «Al paso que fomen»taba una ciencia particular, ó creaba una cátedra, »ó sostenia alguna mejora, dejaba que el marques »Caballero, enemigo declarado de la ilustracion y »de los buenos estudios, imaginase un plan gene»ral de ilustracion pública para todas las universi»dades, incoherente y poco digno del siglo, permi»tiéndole tambien hacer en los códigos legales omi»siones y alteraciones de suma importancia (2).»

Los que leyeren esto sin ningun antecedente, me deberán tener por cómplice ó por un hombre connivente con el ministro Caballero. La historia no se escribe de esta suerte. Los que encontraren á Toreno exacto en otras partes de su obra, creerán esto

(1) En su carta á don Juan Llorente publicada en las Memorias de éste último, que he citado ya otras veces.

(2) *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, libro primero. El epígrafe que eligió para estamparlo á la cabeza de su obra, fué este lugar del orador romano: *Quis nescit, primam esse historiæ legem, ne quid falsi dicere audeat*, etc.

que dice, donde á sabiendas suyas, por rebajarme ó por herirme, en unas cosas ha faltado á la verdad, y en otras la ha callado maliciosamente. Tengo dicho en mi primera parte, y Toreno debió saberlo, porque fué público y notorio, que al retirarme del gobierno en la primera época, dejé á don Gaspar de Jovellanos un excelente plan de estudios, obra de muchos sabios, uno de ellos don Francisco Saavedra, y otro don Juan Antonio Melon que aun vive. Dije tambien que suplantado Jovellanos por el ministro Caballero, recogió éste aquel trabajo y lo hizo noche. ¿Cómo podria creer el conde de Toreno, que herido en mis deseos y tambien en mi amor propio, pudo serme indiferente el mezquino plan de estudios que despues fué dado por el ministro Caballero? Cuando tuve noticia de él y me habló alguno de éste aborto, estaba ya adoptado y convertido en ley. No era de mi incumbencia; pero advertido antes, no me hubiera estado ocioso. ¿Y porqué calló Toreno tantos estudios nuevos que promoví en Madrid, y que por todas partes se extendieron á mi sombra, no en el recinto estrecho de las aulas, sino en tantas escuelas de filosofía, de matemáticas, de ciencias naturales y de economía política abiertas para todos, sin excepcion de clases ni de estados? Ministro ha sido como yo el conde de Toreno y presidente del consejo, situado mejor que yo, porque se hallaba á la cabeza de un gobierno libre: el que escriba la historia de su tiempo, po-

abocarse aquella atribucion y ejercerla á su grado por un juez de imprentas, á eleccion suya privativa, con inhibicion total de la magistratura del Consejo, y de todos los tribunales colegiados, chancillerías y audiencias. Cuando llegué á saberlo, el mal estaba hecho. No pudiendo ya otra cosa, logré al menos del veneno mismo hacer triaca, y conseguí de Cárlos IV, que el nombrado para aquel cargo fuese un sabio conocido por su generoso celo en favor de las letras y las ciencias. El nombrado fué don Juan Antonio Melon, tantas veces ya citado en esta obra. Con que juicio, con que templanza y con que noble miramiento egerció hasta el fin aquel oficio, lo podrán contar los que aun quedaren de aquel tiempo.

Cual fué la libertad juiciosa y siempre progresiva, que siguieron disfrutando la librería y la imprenta, bastan á demostrarlo las publicaciones de aquel año. Temiendo ser molesto, citaré algunas solamente.

La académia de la Historia completó su tomo cuarto; una de sus Memorias fué contra el voto de Santiago; autor de ella, don Joaquin Antonio del Camino.

Don Francisco Rodriguez de Ledesma, abogado del colegio de Madrid, acabó de demostrar la injusticia de aquel tributo, y la falsedad del privilegio en que estribaba.

Don José de Vinuesa, otro abogado de Madrid,

en un escrito con el título modesto de *Diezmos laicales*, desencantó la gran cuestion sobre el origen de los diezmos en España, excavó en las honduras de la historia, y encontró y dejó ver patentemente que aquel impuesto, desconocido entre nosotros hasta el siglo décimo, se fundaba tan solo en concesiones de los reyes, que estos los subrogaron en lugar de los bienes que se poseian por las iglesias, y que la dotacion del clero, ancha y larga como pedian la institucion y las funciones de los ministros eclesiásticos, era negocio del estado independientemente de la Iglesia. Esto era ya andar mucho en aquel tiempo.

Las cuestiones mas intrincadas de economía política eran ya en aquel año los asuntos ordinarios de los grandes programas de las sociedades patrióticas, los unos para premios, los otros para exámenes. Los de Madrid y Zaragoza hicieron ver los adelantos y la marcha de las luces contra los errores de los siglos que hacian nuestra miseria. Para enmendarlos era fuerza que la opinion se preparase, y esto se hacia constantemente. Se me ha pedido mucho, mas sin tener cuenta con el tiempo. ¿En qué reinado se hizo mas, ó se hizo tanto, para acotar errores, y preparar reformas que fuesen voluntarias y que pudiesen ser durables? Las que son hijas del imperio y de la fuerza sin tener de su parte las convicciones de los pueblos, abortan casi siempre; y desgraciada la nacion, en donde comenzadas, y combatidas lue-

go por reacciones, sea preciso volver atrás y consagrar de nuevo los abusos, que esta nacion será incurable. ¡Luces, luces á los pueblos, ó legisladores que con ánimo sincero os proponeis su dicha; y que estas luces no sean falsas ni corrompan los corazones, luces no confinadas en las aulas, sino esparcidas en las masas, luces no de abstracciones y quimeras de sofistas, sino de ciencias positivas de las que dan el pan y hacen ver el secreto de la comun riqueza fundada en el trabajo; luces que den á todos los medios de existencia sin necesidad de dañarse unos á otros; luces en fin por cuyo empleo se introduzcan y afirmen las costumbres que proceden de la comun aplicacion, del amor al trabajo y de la honrosa independencia! De aquí tambien mi empeño de agrandar el sistema de enseñanza en las escuelas generales, únicas que frecuentan las grandes clases productoras. No me bastaba á mí verlas ya establecidas, por aquella época, hasta en los lugares mas pequeños y en las aldeas y cortijadas; yo iba buscando mas. En 1805, en las escuelas pias, cuanto era dable hallar maestros á propósito (y estos se multiplicaban cada dia), se extendia la enseñanza al dibujo lineal, á las nociones usuales de la geometría, y á miniaturas fáciles é interesantes de historia natural y de recreos de física contraida á sus aplicaciones en las artes. Las lecturas graduadas se habian establecido: á este fin fueron hechas y se seguian haciendo las traducciones de Berquin, de

Gauthier, Blanchard, Jauffret, Campe y diferentes otros escritores amigos de los niños. A nuestros literatos les pedia yo tambien manuales y cartillas de higiena, de economía rural, de economía doméstica, de deberes sociales y civiles, y de enseñanza religiosa que guardase armonía perfecta con los demas estudios. Aun me faltaba todavía la adopcion de algun método especial, cuyo objeto no fuese solamente la instruccion pasiva, mas por el cual se procurase de igual modo el desarrollo del espíritu, la solidez del pensamiento, la expansion de sus fuerzas y el talento de la invencion, patrimonio de pocos por falta de cultivo, por falta de un sistema que practicado en todas cosas donde se busca aumento y beneficio, se omite solo con el hombre. Su facultad inteligente necesita ser desplegada en toda la extension, no infinita por cierto, pero sí indefinida, que Dios le ha concedido. Llamado el hombre á trabajar en la creacion como segunda causa, de él pende en gran manera el bien ó el mal de este planeta en donde ha sido puesto como potencia angélica, y en donde la ignorancia, la pereza y la tiranía le convierten en demonio. Yo llegué hasta el postrer extremo en mis ensueños y deseos: ríase alguno si quisiere, pero nadie me negará que comencé esta prueba. No es tiempo todavía de hablar de Pestalozzi y del planteo de su instituto en las escuelas españolas, obra mia especialísima. Yo hablaré de esto en otra parte.

*

Otro ramo de educacion que no miré jamás con el descuidado que habia tenido entre nosotros desde el principio de los tiempos, fueron los espectáculos. No me desmentirá ninguno si dijere, que la moralidad, la decencia, el buen gusto, y la mejoracion, bajo todo concepto, del teatro, fué obra mia y de mis amigos. Yo recibia en mi casa no tan solo á los poetas y á los músicos, sino á los mismos comediantes, no para fiestas y saraos (yo no tenia ningunos) mas para estimularlos á aquella gran reforma, que sufrió contradicciones como todas, pero que al fin fué hecha. El repertorio de mi tiempo está sirviendo de modelo todavía; la indolencia de mis contrarios que han reinado tantos años, no bastó á destruir aquel respeto á la moral de las familias que fué impuesto á los teatros en los dias de Cárlos IV (1).

Al mismo año de 1805 pertenece la abolicion de las corridas de toros y novillos de muerte. Mucho

---

(1) En el año de 1805, don Manuel José Quintana dió su gran tragedia del *Pelayo*. Don Francisco Sanchez, autor de una estimable obrita, intitulada, *Principios de retórica* y *poética*, y entre los Arcades Floralbo Corintio, dió su melodrama sacro del *Saul*. Don Felix Castrillon, don Dámaso de Ususquisa, don Gaspar Zabala, Arellano, y otros, dieron varias comedias. No se adelantaba menos en el buen gusto de la música y en su ilustrada enseñanza. Don Mateo Perez de Albeniz y Fr. Francisco de Santa María, publicaron aquel año dos obras elementales de este arte que fueron apreciadas.

murmuraron contra ella, pero todas las personas de buen juicio y de costumbres moderadas la aplaudieron. Si bien tuve mucha parte en la adopcion de esta reforma, no por esto fué la obra de un capricho mio. Este asunto fué llevado al Consejo de Castilla, y tratado en él y madurado largamente. Arribados mis enemigos á la plenitud del poder, restablecieron estos espectáculos sangrientos, é hiciéronlos el pasto cotidiano de la muchedumbre. Concediéronse como en cambio de las libertades y de todos los derechos que el pueblo heróico de la España habia ganado con su sangre. No se dió pan á nadie; pero se dieron toros.... las desdichadas plebes se creyeron bien pagadas!



CAPITULO XXIV.

Año de 1806. — Parte política. — Críticas y lamentables resultas de la tercera coalicion. — Aspecto de la Europa. — Desarrollo del proyecto de Bonaparte sobre la formacion de un grande imperio europeo. — Destronamiento del rey de Nápoles. — Destinacion y partida de una division de tropas españolas á la Toscana para guarnecer aquel reino. — Motivo de esta medida. — Demandas graves de Bonaparte negadas por España. — Asunto de los veinticuatro millones que le fueron concedidos en lugar de setenta y dos que intentó exigirnos. — Intervencion que tuvo en este negocio don Eugenio Izquierdo, y necesidad de ocuparle en agencias particulares diplomáticas. — Refutacion de una calumnia del conde de Toreno. — Contestaciones duras entre las dos cortes española y francesa sobre el reconocimiento pedido en favor del nuevo rey de Nápoles. — La nuestra se niega firmemente á reconocerle. — Intenciones no encubiertas por Bonaparte de incluir la España en su sistema imperial y de hacer desaparecer todas las dinastías borbónicas. — Situacion de la Prusia y del nórte de Alemania. — Cuarta coalicion. — Mis consejos á Cárlos IV y mis porfiados esfuerzos porque España tomase parte en ella. — Pasos que fueron dados á este fin, y malogro de ellos por las intrigas de mis enemigos.

Se podria preguntar (y no es del todo inútil hacer esta pregunta) cual debió ó pudo ser el diferen-

te rumbo que habrian tomado los sucesos militares y políticos con respecto á la Francia y á la Europa toda, si la tercera liga contra aquella no hubiera interrumpido el gran proyecto de invasion de la Inglaterra, tan largamente preparado, y tan cerca como ya anduvo de cumplirse.

Muchos han creido que la intencion de Bonaparte no fué nunca realizarlo, sino causar temor á la Inglaterra, entretenerla y agitarla en sus hogares, deslumbrar á los franceses, alimentar el entusiasmo que reinaba en favor suyo, y reunir una gran masa de sus tropas bajo un pretexto tan plausible como el domar á la Inglaterra; pero en la realidad para imponer respeto dentro y fuera de la Francia, y encaramarse al trono, sostenido en todo evento contra propios y extrañas por la fuerza y el prestigio de sus armas.

No dudo yo que juntamente con su gran proyecto de acometer á la Inglaterra, no tuviese el doble objeto de asegurar su marcha al sólio, y estar pronto, como despues fué visto, á sostenerse en él por el poder de sus legiones; pero no cabe en mi entender que hubiese desistido de aquella expedicion no habiendo sido contrariado en ella por la guerra que Austria y Rusia se dieron mala prisa de moverle. Dejáranle en su paz el tiempo necesario para verle comprometido á una de dos cosas, ó á invadir la Inglaterra, ó á sufrir la ignominia de renunciar á aquel propósito de que hizo tanto ruido y

tanta gala. Este segundo extremo no era dable sin perder una gran parte del concepto que gozaba dentro y fuera de la Francia.

En verdad yo no pensaba, que llegado el momento de lanzar sus naves y sus tropas contra la Inglaterra, quisiera Bonaparte aventurarse á pasar tambien con ellas el Estrecho. Monarca nuevo y por decirlo así de un dia, no bien asegurado sobre un trono recompuesto de improviso que tenia acreedores, no debia ni exponerse, ni dejár la Francia expuesta á los peligros de su ausencia. Bastábanle sus generales para apropiarse el lauro de aquella grande hazaña si la coronaba la fortuna, ó para sacudir de su persona el menosprecio y los baldones si ocurria un desbarato muy posible muy probable.

Como quiera que el emperador de los franceses tuviese discurrida la ejecucion final de aquella grave empresa, convenia en gran manera al continente de la Europa que la expedicion se hubiese realizado. Conquistar la Inglaterra y subyugarla enteramente era imposible. Preparada como se hallaba á la defensa, ésta en su propio suelo, y el sentimiento nacional mas vivo allí que en pueblo alguno de la tierra, podia ser quebrantada, pero de ningun modo destruida (1). Se habrian batido cuerpo á cuer-

(1) La Inglaterra tenia en pie de guerra ciento ochenta mil hombres de tropas regulares entre milicianos y soldados de línea; trescientos mil voluntarios distribui-

po aquellas dos naciones, cuya rivalidad comprometia á la Europa en sus querellas, y cuyo predominio, marítimo ó terrestre, era dañoso á todo el mundo. No conseguido un primer golpe decisivo, todas las caras de los dados se habrian vuelto contra los franceses: victoriosos, por el contrario, que estos hubiesen sido no una vez sola sino muchas, aun les habria quedado larga obra de combates para sacar algun partido de aquella empresa temeraria. Si las armas francesas hubiesen sucumbido, Napoleon habria perdido mucha parte del fulgor de gloria que gozaba en Francia y en la Europa toda, habria tenido en tiempo hábil una leccion de la fortuna, y habria quizá sabido contenerse, por su bien y el ageno, dentro de los lindes justos que pedia el reposo de los pueblos. Si, cuando mas, la suerte de la guerra hubiera vacilado y repartido sus azares en uno y otro campo, la paz habria podido ser zanjada de una manera permanente, y los intereses todos de la Europa conciliarse con menos ocasiones de ulteriores guerras, entrada la razon de un mismo

---

dos en regimientos, y el alistamiento general de todos los varones desde la edad de diez y siete años, bien dispuesto y planteado para todo caso extremo. Las costas se hallaban guarnecidas por diferentes flotillas que componian entre todas hasta unos mil bastimentos montados por treinta mil hombres de tropas de marina; y todo esto sin contar mas de cuatrocientos bajeles de guerra, mucha parte de los cuales habrian podido acudir en tiempo hábil al peligro de la patria

modo en la Inglaterra y en la Francia. Pues venian á las manos aquellas dos naciones que oprimian igualmente la independencia y los derechos de las demas potencias, habria sido sabiduría dejarlas quebrantarse mutuamente y moderarse por sus propias armas y por sus mismas iras y furores. ¿A quién podian doler aquellos golpes que se diesen una á otra? La Francia y la Inglaterra eran entonces las dos mas grandes plagas de la tierra.

¿Cuál fué en tanto el efecto de la tercera coalicion tan tristemente calculada? Librar á la Inglaterra del asalto y de la prueba que debiera haber sufrido, descargar á Bonaparte del peligroso empeño de la guerra transmarina á que se habia comprometido, y abrirle mejor campo á sus falanges, campo trillado ya por ellas tantas veces con prósperos sucesos, y en donde la fortuna, y su saber hacer en su elemento propio, le habian dado tantas veces la victoria. ¿Por qué fatalidad para los pueblos de la Europa, no aguardaron siquiera, tanto la Rusia como el Austria, que el nuevo soberano de la Francia se encontrase ya enredado en la violenta lucha que debia trabarse, venidos á las manos ingleses y franceses, no ya en naos, sino en tierra, donde tenian que pelear desesperadamente, el amor de la pátria de una parte, y el honor decisivo de la Francia por la otra? Durante aquel empeño, Napoleon se habria encontrado en la necesidad de respetar el continente y de ceder á condicio-

nes justas, ó de perderlo todo en una hora como llegó á perderlo cuando todos los gobiernos, harto tarde, fueron sábios y prudentes á la fuerza. Declararle la guerra cuando él mismo, por sus pasos, se apercibia á correr tan duro trance de fortuna en Inglaterra, no fué en suma otra cosa que acudir á la defensa de ésta, y alquilarle la sangre que debia verterse solamente por libertar el continente y establecer de nuevo el equilibrio de sus fuerzas. ¿Quién de un extremo á otro de la Europa, en habiendo podido hacerlo con esperanza de un buen éxito, no se habria armado de seguida y acudido á la palestra, para contrarestar la prepotencia de el que era contemplado y mal sufrido en todas partes por tan solo el respeto de sus armas? Pitt fué en verdad un grande hombre, puesque salvó su pátria para siempre de las costosas y sangrientas irrupciones de los ejércitos franceses, no importa el como fuese; que en el peligro extremo lo primero es salvar su propia casa. No así aquellos que pusieron sobre sus propios hombros el trabajoso empeño de salvar á la Inglaterra, esperanzados de salvarse luego con su ayuda y sus subsidios. Si la primera coalicion, llevada mas allá del punto que señalaba la política, hizo salir á luz un hombre de tan vasto ingenio como Bonaparte, la segunda le abrió el camino del imperio, y la tercera consagróle. ¡Y si aun no hubiese sido mas que esto!... pero aquel triunfo tan colmado que logró en la Moravia, no menos por las faltas de sus

enemigos que por sus talentos militares, dejó la Europa todo al blanco de su ambicion inagotable; mal tambien para él mismo, que deslumbrados sus ojos por los rayos de tan grandes glorias, sin poder contenerse mientras no fuese el solo hombre que mandase el mundo entero, cansó él mismo su fortuna, y excavó por sus manos el sepulcro que aun encierra en Santa Helena sus cenizas.

Pero en tanto ¡qué de dolores y aflicciones! ¡Por qué série tan larga de trabajos, de pruebas y conflictos se debia pasar para esquivar el yugo de aquel hombre y conseguir romperle! No hubo mas rienda desde entonces ni á sus deseos ni á sus proyectos; y lo que fué peor, halló pretextos para extender sus planes de dominio, y desnudó su alma de aquel pudor del mando que en los pueblos civilizados suele poner algunas vallas á los monarcas poderosos.

Tras la paz de Presburgo, no satisfecho todavía con haber diezmado y rediezmado al Austria en sus mejores posesiones, de un acto solo de su voluntad disolvió el santo imperio de Alemania, y reclutando en su favor una gran parte de sus miembros, formó de ellos una guardia de vasallos coronados, prontos á tomar las armas, cuando él los requiriese, contra sus demas cólegas de aquel cuerpo de diez siglos. Los duques de Baviera y Wirtemberg erigidos en reyes por su sola gracia, el margrave de Baden y el landgrave de Hesse-Darmstadt levantados á grandes duques con honores, prerogativas y derechos reales,

y mas otros diez príncipes del mismo imperio, unos por interés, otros por miedo, formarán su vanguardia de Alemania en adelante, y envueltos desde entonces con la Francia en todas sus querellas, les hará sin embargo renegar de la constitucion germánica y declarar al mundo, que se apartaban de ella por que comprometia la paz de sus estados (1). La

---

(1) He aquí sobre esto el brevísimo preámbulo del tratado de la confederacion del Rhin, celebrado en París en 12 de julio de 1806: «S. M. el emperador de los »Franceses, rey de Italia, de una parte; y de la otra »SS. MM. los reyes de Baviera y Wirtemberg, SS. AA. SS. »los electores archicanciller y de Baden, el duque de Berg »y de Cleves, el landgrave de Hesse-Darmstadt, los prín»cipes de Nassau-Usingen y de Nassau-Weilbourg, etc.; »queriendo estipular entre sí, de la manera conveniente, »*para asegurar la paz interior y exterior del medio dia »de la Alemania, en favor de cuya paz ha probado la »experiencia mucho tiempo hace, tanto en el pasado »como en el presente, que la constitucion germánica no »podia ofrecer especie alguna de garantia*, han nombra»do por plenipotenciarios, etc. etc. etc.»

Por este tratado verdaderamente leonino, quedaba á la cabeza de la nueva federacion, bajo el título de protector, el emperador de los franceses. Los príncipes confederados se imponian la obligacion de hacer causa comun entre sí y con la Francia para toda guerra continental que cualquiera de las partes contratantes se encontrase obligada á sostener contra quienquiera que esta fuese; pero ninguno podia armar para cumplir esta obligácion, sin el expreso mandamiento que con el nombre de *invitacion* les habria de dirigir á cada uno el mismo emperador de los franceses. La confederacion, luego de requerída,

bandera de enganchamiento quedó puesta, y por necesidad en unos, y por temor en otros, ó por cálculo, se acreció en poco tiempo aquella nueva especie de conscriptos reales y ducales. Aun de la misma casa de Lorena, Fernando, hermano del emperador Francisco, gran duque de Wurzburgo, tomó plaza en aquel campo. Tales cosas que son sabidas, no las refiero yo por deleitarme en ellas, mas sí por recordar á mis lectores cual era ya aquel tiempo. Una causa perturbadora, irregular, extraordinaria y de una inmensa fuerza rompia todas las piezas con que se gobernára antiguamente la máquina política del un extremo al otro de la Europa. Los imperios se desplomaban á este continuo embate, sin valer á los unos la prudencia ni á los otros el arrojo, asombrados y mal acordes delante del peligro, sin

---

debia aprontar sesenta y tres mil soldados de todas armas, señalado á cada uno de los príncipes mas fuertes, y á la coleccion de los mas débiles, su contingente respectivo para llenar aquella suma. Ninguno de ellos podia contraer relaciones políticas que le ligasen con otras naciones para cualquier género de servicio, fuera de los estados mismos confederados, ó aliados de la confederacion, so pena de perder sus estados y de que pasasen estos á sus herederos. Cualquiera en fin que intentase enagenar sus estados ó parte de ellos, no podia verificarlo sino haciendo la renuncia, la venta, el cambio ú el traspaso á otro príncipe confederado. Siervos del terrazgo ó de *la glebe* llamaron muchos en aquellos dias á los que se ligaron de esta suerte con el emperador de los franceses.

haber modo de entenderse, como los que se ahogan y se disputan una tabla á sálvese quien pueda. Bien merecia disculpa cada uno, y aquellos que han escrito, no la han negado enteramente sino á España que entre tantas naciones sojuzgadas ya por aquel tiempo, quebrantadas ú oprimidas, era la sola y única de entre todas las potencias rayanas de la Francia, que aun mantenia su dignidad y su carácter de nacion independiente, no sometida ni entregada al albedrío del opresor del continente. Yo no censuro á nadie. ¿Quién erró entonces de buen ánimo? ¿Quién no buscó salvacion, ora se sometiese á Bonaparte, ora se le opusiese con las armas? ¿Quién se vió libre y despejado, cuanto era necesario en tales dias de torbellino, para acertar en sus medidas? Nunca mas respetable para mí el combatido emperador Francisco, que cuando resignado á sus desgracias y volviendo á sus pueblos desolados, les dirigia su voz consoladora y trabajaba como un padre para enjugar sus lágrimas, ó cuando abandonado por una parte del imperio, renunció la diadema de los Césares (1).

---

(1) Nada mas digno de conservarse en la historia, ni mas propio para reconocer el carácter de aquel tiempo, que el manifiesto ó declaracion del emperador Francisco renunciando á la corona imperial de Alemania. Héle aquí este escrito tan bien sentido, como lleno de dignidad y de decoro en la desgracia:

¡Cuál fué ya en aquel año y desde entonces la grande y nueva série de desdichas, de apuros y conflictos que trabajó á la Europa!

«Nos Francisco II, etc. Desde la paz de Presburgo »hasta ahora, toda nuestra solicitud y desvelo se han em»pleado en cumplir con escrupulosa fidelidad los empeños »entonces contraidos, para conservar á nuestros súbditos »el beneficio de la paz, y aguardar á ver si las mudanzas »causadas por aquel tratado, nos permitirian satisfacer »á nuestros importantes deberes en calidad de gefe del »Imperio germánico, y al tenor del capítulo de eleccion »que nos puso á su cabeza.

«Pero las consecuencias de algunos artículos del tra»tado de Presburgo luego que se publicó, y aun ahora »mismo, y los acaecimientos recientes en el Imperio ger»mánico bien notorios, nos han convencido de que en »estas circunstancias nos seria ya imposible continuar »nuestras obligaciones contraidas; y si reflexionando acer»ca de las relaciones políticas del Imperio, *no era ni »aun posible imaginar una mutacion de tales cosas*, el »convenio de 12 de julio, firmado en París y aprobado »inmediatamente por las partes contratantes sobre la »separacion entera de muchos estados considerables del »Imperio, y su particular confederacion, ha destruido »enteramente la esperanza de poder conservarla. Con»vencidos asi, como lo estamos, de la imposibilidad de »cumplir por mas tiempo los deberes de nuestras funcio»nes imperiales, *exigen nuestros principios y nuestra »obligacion* el renunciar á una corona, que en nuestro »concepto no tenia valor alguno sino en tanto que po»driamos corresponder á la confianza de los electores, »príncipes y demas estados del Imperio germánico. Asi »es, que declaramos por la presente, que miramos como »disueltos los vínculos que hasta ahora nos unian al

La Prusia, entera todavía, pero prudente y detenida, que fija siempre en su propósito de quitar ocasiones á la Francia de engrandecerse mas y mas por medio de la guerra, vivia con ella en paz, hacia diez años, que permaneció neutral con todo el norte de Alemania durante tanto tiempo, á quien ningun esfuerzo del gobierno ingles habia bastado á hacerla declinar de aquel sistema, que trabajó de buena fé, con eficacia, aunque sin fruto, para avenir los gabinetes de Austria, Francia y Rusia, que suscitada á pesar suyo la tercera coalicion, negó el paso por sus estados á las tropas moscovitas, y á quien Napoleon debia por tanto igual respeto con las suyas al que observó Alejandro; la Prusia, en fin, tratando todavía de conciliar los ánimos y sofocar aquella guerra, tan peligrosa á la Alemania como oportuna á la Inglaterra, vió no obstante las tropas de la Francia, que sin tenerle cuenta de ninguna de estas cosas, atraviesan su territorio y lo violan, no por necesidad extrema en que Napoleon se viese,

---

»cuerpo del estado del mismo Imperio, y miramos como »extinguida, *por la confederacion de los Estados del »Rhin*, la dignidad de gefe del Imperio, considerándo»nos por tanto libres y exentos de nuestras obligaciones »para con dicho Imperio, y deponiendo y dejando, como »deponemos y dejamos, la corona imperial y el gobierno »del Imperio. Asi mismo declaramos libres de sus obli»gaciones para con nos á los electores, príncipes y es»tados, etc. etc. etc. »

sino por llegar mas pronto y mas derecho á la combinacion de su campaña. El landgrave de Hesse-Cassel, neutral tambien y aliado de la Prusia, se vió en el mismo caso. Tal desprecio del honor y los derechos de una gran nacion independiente, indignó á la Prusia justamente y movióla á tomar parte en la querella con los enemigos de la Francia; mas consiguiente todavía á sus deseos de paz, envió su embajador á proponer á Bonaparte tal partido, que contenida su ambicion en razonables lindes, quedase concordado el interés de la Alemania, de la Francia y demas pueblos de la Europa. Napoleon era perdido, si en el centro de la Moravia, y á tan larga distancia de la Francia para recibir socorros prontos, cerca ya de llegar el archiduque Cárlos y el archiduque Juan con ochenta mil soldados, comenzada la insurreccion en Hungría y en Bohemia, y llegado ya á la Silesia un gran refuerzo ruso, se hubieran añadido en contra suya ciento cincuenta mil Prusianos, Hesseses y Sajones dispuestos á la lucha. Pocos dias de tardanza en esta gran tempestad que amenazaba á los franceses cambió la escena enteramente. Napoleon triunfante en Austerliz, volvia á sus reales orgulloso cuando el conde de Haugwitz debia entregarle el *ultimatum* de su corte, cuando el emperador Francisco pedia la paz ansiosamente, y cuando el Ruso se salvaba, prometiendo pasar los montes y retirarse de Alemania. ¿Quién culpará á la Prusia en tales circunstancias? Haug-

witz en vez de amenazar de parte de su amo, felicita á Napoleon, y por salvar su patria de una guerra en que debia quedarse sola, recibe la ley de éste. Los papeles de este gran drama se han mudado. Bonaparte amenaza, insulta, enseñorea y sofrena al desquiciado mensagero, pide á la Prusia los paises de Anspach y de Bareuth, Neufchatel y Cleves, y le propone en cambio de ellos el Hanover que ni aun entonces era suyo, ocupado como se hallaba por los Rusos, Federico Guillermo acepta en fin aquel partido que la dura fatalidad de los sucesos le ha ordenado, puesto ademas en la forzosa situacion de romper con la Inglaterra y cerrarle la entrada de sus puertos (1). El triunfante emperador campea á

(1) Se ha querido vituperar la conducta del rey de Prusia en estas transacciones, pero injustamente. Si aquel monarca no entró en la coalicion desde un principio, efecto fué de su buen juicio sobre la precipitacion de aquella guerra tan malamente combinada. Si violado su territorio, y tocado en su honor, resolvió despues unir sus armas con las del Austria y de la Rusia, digno fué de alabanza por haber querido tentar antes el recurso de una mediacion armada, y proceder en regla como debe hacerse en tales casos. Si vencida la coalicion en Austerlitz, y pedida la paz por el emperador Francisco en el momento mismo en que la Prusia se disponia á mover sus armas contra Bonaparte, desistió de la guerra aquel monarca, prudencia fué y necesidad disimular su intento, solo, como debia hallarse, retirado tambien el Ruso, contra todo el poder de los franceses. Si cambiadas las circunstancias, Napoleon le dió la ley, consecuencia fué

su anchura en Alemania y comienza su nuevo intento de dominar el Norte, como domina el Mediodia. Sus legiones son mantenidas por amigos y enemigos y neutrales; nadie se atreve á respirarle. La Batavia va á formar un nuevo feudo del imperio bajo uno de sus hermanos; á una media palabra que han soltado sus agentes y emisarios, la famosa república, la que figuró en la Europa largo tiempo formando un peso en su balanza, le pedirá un señor que la gobierne y que haga de ella un firme

---

este trabajo de la difícil situacion en que fué puesta la Alemania por la paz de Presburgo. Y si aceptó el Hanover, fué una buena política, menos en realidad por agrandarse, que por impedir mayores males y peligros al norte de Alemania, ocupado que llegase á ser de nuevo aquel pais por los ejércitos franceses. A pocos gabinetes de aquel tiempo, y á muy pocos de los hombres que dirigian sus actos se les ha tenido cuenta, ni de las circunstancias generales en que se via la Europa, ni de las especiales en que se hallaba cada uno. Esta cuenta tan necesaria y tan debida por aquellos que se encargan de escribir la historia, con ninguno se ha tenido menos que conmigo. Esto me obliga á cada paso á presentar comparaciones, cierto como lo estoy, de que aquellos que las hicieren imparcialmente, en tan terribles compromisos como los que ofrecian la Francia y la Inglaterra á todas las naciones, no hallarán el sistema de la España, ni el menos cuerdo, ni el menos precavido, ni tampoco el menos digno de una nacion independiente. Lo que hicieron mas tarde la fuerza y la perfidia ayudadas por manos que debieran haber sido las mas fieles, no se encontraba entre los datos, ni ordinarios ni extraordinarios, de las humanas previsiones.

baluarte de la Francia (1). Las ciudades anseáticas ven acercarse el término de su feliz independencia; una revolucion igual á la del Mediodia se halla tambien muy cerca de cumplirse entre los príncipes del Norte; á la Sajonia se le tienta con el brillo de una corona nueva en perspectiva lo mismo que fué hecho en Witemberg y en la Baviera; la Prusia corre un gran peligro de encontrarse aislada: los ejércitos franceses apostados en gran fuerza sobre el Mein y extendidos en las dos Suabias, en la Baviera y la Franconia sin ningunos enemigos, le darán á elegir

---

(1) Napoleon, al conceder un rey de su familia á los diputados de la Holanda, no guardó ya ningun misterio. En la respuesta que les dió de lo alto de su trono, vuelto á su hermano Luis, le dijo de esta suerte: «*Protejed la »Holanda, pero jamas dejeis de ser frances*. La digni»dad de condestable del imperio la poseereis vos y vues»tros descendientes, para que no olvideis las obligacio»nes que debeis cumplir conmigo y la importancia con »que miro las plazas fuertes de la Holanda que asegu»ran el norte de los estados de mi imperio.... Mantened »en vuestros vasallos los sentimientos de union y de amor »para la Francia.... etc.» En el tratado que se hizo por el emperador y los estados de la Holanda, entre otras preeminencias que Napoleon se reservaba, una de ellas fué la de nombrar en los casos de menor edad la regencia del reino, como *gefe perpetuo* de la familia imperial. La monomanía del grande imperio suzerano, tan fatal á la Europa y tan fatal á él mismo, fué puesta á descubierto.

entre la nulidad de su poder y su influencia en la Alemania, ó la arriesgada prueba de las armas.

En la Italia, allí muy mas contento y poderoso, trazará Napoleon otra gran parte de la carta de su imperio, ó por mejor decir, la Italia toda es ya una parte de ella. Nápoles ha cometido una gran falta; ha sido infiel á un pacto: prometió ser neutral, y á pocos dias abrió sus puertas á la Inglaterra y á la Rusia. Potencia endeble y sin apoyo en ningun punto de la Italia, no encontrará rescate. Napoleon no tiene aquí un motivo para mostrarse generoso ni aun con aquella suerte de modestia tan pesada y tan gravosa que habia usado con el Austria no siendo dable aniquilarla. Nápoles será suyo y un nuevo feudo del imperio en donde investirá á otro hermano. ¿Qué queda ya en Italia que lleve un nombre á parte? ¿Serán Roma y la Toscana? ¡Nó; la Toscana y los Estados pontificios son paises enclavados en el suelo del imperio. Difiriendo para mas tarde sus designios de apoderarse de ellos, no tocará al dominio útil, pero se atribuirá el directo y hará alarde de ejercerlo (1); mientras que para ha-

---

(1) Napoleon no se acortó en declarar solamente esta soberanía imperial sobre toda la Italia. En su discurso al cuerpo legislativo en 2 de marzo de 1806, profirió estas frases bien rotundas: «Mis enemigos han quedado »confundidos y humillados: la casa de Nápoles ha perdi»do su corona: *la peninsula de Italia, toda entera, for»ma parte del grande imperio.*»

cer mas familiar aquel sistema y darle consistencia y aparato, lo ostentará creando aquí y allí, en la Alemania, en la Suiza y en la Italia una larga comparsa de señores y de príncipes vasallos. Esta supremacía, bajo el nombre de suzerano, de mediador, de protector ó cualquier otro título que sea, és el pensamiento fijo que le ocupa noche y dia, y por el cual querrá infeudar el mundo entero y gobernarle á su albedrío.

Despues de esta reseña deberá contar la historia, que la España, vecina codiciable de la Francia, y codiciable por tantos títulos, *era por aquel tiempo el solo estado independiente entre todos los aledaños de la Francia.* Nadie sabrá decir que fué un acaso, siendo tan deseable su dominio. El sistema de su política y la actitud que habia guardado, fuese con la república, fuese con el imperio, sin enredarse en las querellas de la Francia, limitada con ella su alianza á hacer la guerra al comun enemigo de una y otra, y esta guerra no de ambicion ni sugerida, sino provocada duramente por la Gran Bretaña, dulce á Francia la España como amiga, pero severa y firme, si se queria tocar de cualquier modo que esto fuese, á su justa independencia; tal sistema y no otra cosa, nos habia librado de doblar el cuello al duro yugo que sufrian tantas naciones. ¿Diré yo que Bonaparte no tentára abrir brecha á esta muralla? Lo habia tentado muchas veces, y lo tentó aquel año nuevamen-

te y comenzó á volverse amenazador. Que procediese asi no es una prueba de que tuviese en menos á la España con quien ni entonces, ni despues cuando intentó amarrarla, queria guerra. Si se atrevió á pedirnos aquel año cosas demasiadas, halló una firme y noble resistencia, cual la exigia nuestro decoro. Nuestro honor no fué hollado ni se dió lugar á que lo hollase. Contaré algunos hechos.

Entre las antiguas preciosidades que el mariscal Berthier halló en Viena y dirigió á Paris como trofeos de guerra, una de ellas fué la armadura toda entera de Francisco I., prisionero de Cárlos V. en la batalla de Pavía. Faltaba allí su espada que se guardó en España. El embajador Beurnonville recibió órden de pedírnosla como un gage de amistad que haria completo aquel recobro de la Francia. Yo le dije sin detenerme que tal entrega era imposible. — «Mas por tan poca cosa, replicó el embajador, ¿querria V. que se entibiase la amistad tan »verdadera que el emperador de los franceses se »complace de tener con Cárlos IV?» — «Nó, le repuse yo; por lo mismo que dice V. que es poca »cosa esa demanda, no puedo yo creer que penda »de ella en modo alguno la amistad entre los dos »monarcas. La que el rey mi señor tiene mostrada »y de que ha dado tantas pruebas al emperador y »rey, tiene su fundamento en los comunes intereses »y en la comun gloria de la Francia y de la Espa-

»ña. Hace muy pocos dias que S. M. I. y R. hablan»do de la España, ha dado un testimonio solemní»simo de la amistad síncera de que es deudor á Cár»los IV (1). Ademas de esto, créame V., aun cuan»do fuera dable, lo cual no cabe en mis ideas, que »por complacer á su aliado, quisiera Cárlos IV des»hacerse de esa prenda de las antiguas glorias de la »España, no seria libre de entregarla sin faltar á »sus deberes, porque es alhaja vinculada en la co»rona, y pertenece á España como al rey, del mis»mo modo. No por esto omitiré darle cuenta de lo »que V. pide, porque éste es mi deber; mas mi con»sejo, si pudiera S. M. necesitarlo (que no lo nece»sita para esto) será contrario enteramente.» — «Príncipe, me dijo entonces Beurnonville. V. cum»ple sus deberes, pero V. se perjudica mucho con »el emperador sin tener cuenta de sí propio: *allá »van leyes donde quieren reyes*, dice un refran de »VV.» _ «Pero no las del honor, amigo mio, le »repliqué al instante. En cuanto á lo demas, se lo »tengo á V. dicho, yo deseo retirarme. Los france»ses tienen tambien este proverbio: *A quelque cho»se malheur est bon.*»

---

(1) En 2 de marzo, al abrir la sesion del cuerpo legislativo, se expreso en cuanto á España de este modo: «Las tempestades nos han hecho perder algunos navíos »despues de un combate empeñado imprudentemente. Me »faltan palabras para alabar cuanto es debido la grandeza »de alma y la lealtad que el rey de España ha manifestado »en estas circunstancias por la causa comun.»

Al rey le hablé en efecto y la demanda fué negada. Estaba reservado á su heredero entregar aquel trofeo. Napoleon no lo olvidaba, y la primera cosa que se pidió en su nombre al príncipe de Asturias aun sin reconocerle como rey, fué la espada del rey Francisco. Mis enemigos la entregaron, engañando á aquel príncipe, proponiéndose en esto dar un precio á sus traiciones, y pensando ganar por tal infamia el patrocinio del emperador de los franceses (1).

---

(1) Si semejante concesion fué en sí misma ignominiosa, lo fué aun mas por el modo con que fue cumplida y anunciada luego al público. He aquí una copia literal del artículo de oficio que publicó esta afrenta en la Gaceta de Madrid de 5 de abril de 1808:

«S. A. I. el gran duque de Berg y de Cleves habia »manifestado al excelentísimo señor don Pedro Ceballos, »primer secretario de estado y del despacho, que S. M. I. »el emperador de los franceses y rey de Italia gustaria »de poseer la espada que Francisco I, rey de Francia, »rindió en la famosa batalla de Pavía, reinando en España el invicto emperador Cárlos V, y se guardaba con »la debida estimacion en la real armería desde el año »de 1525, encargándole que lo hiciese así presente al »rey nuestro señor. Informado de esto S. M., que desea »aprovechar todas las ocasiones de manifestar á su íntimo »aliado el emperador de los franceses el alto aprecio que »hace de su augusta persona, y la admiracion que le ins»piran sus inauditas hazanas, dispuso inmediatamente »remitir la mencionada espada á S. M. I. y R., y para »ello creyó desde luego que no podia haber conducto mas

La segunda demanda, mucho mas séria, del insaciable emperador, fué pedir se le entregase hasta las paces generales el puerto de Pasages. El pretexto de esta demanda, era saber, ó decir que se sabia,

»digno y respetable que el mismo serenísimo señor gran »duque de Berg, que formado á su lado y en su escuela, »é ilustre por sus proezas y talentos militares, era mas »acreedor que nadie á encargarse de tan precioso depósi»to, y á trasladarle á manos de S. M. I. A consecuencia »de esto y de la real órden que se dió al excelentísimo se»ñor marqués de Astorga, caballerizo mayor de S. M., »se dispuso la conduccion de la espada al alojamiento de »S. A. I. con el ceremonial siguiente:

»En el testero de una rica carroza de gala se colocó »la espada sobre una bandeja de plata, cubierta con un »paño de seda de color punzó, guarnecido de galon ancho »brillante y fleco de oro, y al vidrio se pusieron el ar»mero mayor honorario don Cárlos Montargis, y su »ayuda don Manuel Trotier. Esta carroza fue conducida »por un tiro de mulas, con guarniciones tambien de ga»la, y á cada uno de sus lados tres lacayos del rey con »grandes libreas, como asímismo los cocheros. En otro co»che, tambien con tiro y dos lacayos de á pie, como los »seis expresados, iba el excelentísimo señor duque del »Parque, teniente general de los reales ejércitos y capi»tan de reales guardias de corps. Precedia á este coche un »correo de las reales caballerizas, y al estribo izquierdo »iba el caballerizo de campo honorario don José Gonza»lez, segun corresponde uno y otro á la dignidad de ca»ballerizo mayor en tales casos. Concurrió á este acto de »órden de S. M. una partida de reales guardias de corps, »compuesta de un subrigadier, un cadete y veinte guar»dias, de los cuales cuatro rompian la marcha, y los de»mas seguian detras de la carroza en que iba la espada.

que los ingleses intentaban atacarlo, hacerse dueños de aquel punto, establecer allí un amparo permanente para sus cruceros sobre entrambas costas de España y de Francia, y asegurarse un puesto ventajoso en la frontera misma del imperio. Esta des-

---

»En esta forma se dirigió el acompañamiento á las doce »del dia 31 de marzo anterior desde la casa del señor »marques de Astorga á la en que se halla hospedado el »serenísimo señor gran duque de Berg. Luego que llegó »la carroza en que iba la espada, se apearon los dos ar»meros, y tomando el honorario la bandeja con ella, »aguardaron á que lo verificasen el señor caballerizo ma»yor y capitan de guardias, y subieron delante de SS. EE. »hasta el salon donde esperaba el gran duque. Allí tomó »la bandeja el señor marques de Astorga, y despues de »entregar la carta que llevaba de parte del rey nuestro »señor, y hecha una corta arenga, presentó al gran du»que la bandeja con la espada, que S. A. I. recibió con »el mayor agrado, contestando con otro expresivo dis»curso. Concluida esta ceremonia, durante la cual per»manecieron los guardias de corps formados al frente del »alojamiento, se restituyeron los dichos excelentísimos »señores con el mismo aparato y escolta al real palacio »á dar cuenta á S. M. de haber cumplido su comision.»

Este infeliz relato fué la obra de dos ingenios combinados, el ministro Ceballos y el canónigo Escoiquiz. La carta del rey que quedó sin respuesta, fué parto de éste último, mucho mas infeliz y deshonrosa que el relato.

Comparad, ó Españoles, que ya es tiempo, mi conducta y la de mis contrarios, que han hecho y han escrito tantas cosas para deshonrarme ante vosotros. Que señalen mis enemigos algun acto de mi vida que se parezca á éste. Yo estaba aherrojado en cárcel dura mientras tanto!

cabellada pretension fué un tema largo y penoso de debates porfiados en que ví deslizarse ya las amenazas entre palabras embozadas. A la primera insinuacion que me fué hecha en este tono, dí fin á las disputas. «No hablemos mas de tal negocio, »dije al embajador resueltamente; lo que rehusa la »amistad porque no es dable concederlo, ninguna »suerte de temor que se quiera imponernos, ten»drá poder para arrancarlo de nosotros. El imperio »frances y el reino de España tienen de un mismo »modo sus límites sagrados. No estamos en Italia, »ni nuestra alianza es feudo, ni España ha dado »todavía ningunas muestras de flaqueza á amigos ni »á enemigos. Nuestra casa sabemos defenderla sin »necesitar que otro mas fuerte se aposente en ella »porque nosotros nos bastamos.» Esta agria conferencia fué la última; no se volvió á hablar mas del puerto de Pasages.

Mas no por esto tenian fin las pretensiones del hombre de la Francia. Exigir á los unos, y pedir á los otros, mas con aquel modo de pedir de los que cobran el barato, cierta manera de hacer gasto de todos sus amigos que no se vió jamas en los demas monarcas de la Europa á quienes trabajó igual rabia de poder y de conquistas, tal era su conducta, mas parecido en esto á los aventureros de la media edad que ponian á rescate los señoríos y los castillos para no dañarlos, ó les hacian comprar á viva fuerza su veleidoso patrocinio.

Nuestra neutralidad con la Inglaterra nos habia costado el contingente pecuniario que trató Ceballos con la Francia á pesar mio (1). Rota la paz por los Ingleses, unidas nuevamente nuestras armas á las del imperio contra la Gran Bretaña, debió cesar el contingente. Pidióle sin embargo Bonaparte, poniendo por motivo, que la Francia habia empleado mayores fuerzas que nosotros, y que habia tenido enormísimos dispendios. Nuestra respuesta era bien obvia, supuesto que ya en aquella guerra la causa era comun para españoles y franceses, cada cual de las dos partes habia acudido á ella en proporcion con sus recursos, concurriendo España con mayores fuerzas que las estipuladas por el tratado de alianza. Napoleon entonces, abandonado aquel camino, pero sin darse por vencido en la disputa, tomó el medio de pedirnos á lo menos un socorro como aliado y como amigo porque se encontraba en grande apuro de dinero. Aquel apuro era efectivo. Sabida fué la crísis en que se halló el tesoro de la Francia pocos meses antes por la quiebra de M. Desprez que envolvió á tantas casas, la baja que sufrieron los efectos públicos, y la suspension de pagos á que el banco mismo se encontró forzado. Mientras triunfaban en Moravia los ejércitos franceses, el terror que produjo aquel medroso descalabro de la hacienda, fué su-

(1) Véase sobre esto el capítulo XIV.

perior con mucho á la alegría y la confianza que debian causar aquellos triunfos. Cuando volvió Napoleon, el papel sobre París se descontaba al veintidos por ciento, y hasta las cédulas del banco sufrian una gran pérdida. Tamaños golpes no se remedian de repente; sufria el tesoro y sufria el crédito. En tales circunstancias pedia Napoleon á Cárlos IV que lo socorriese de cualquier modo que esto fuese, no ya exigiendo, sino rogando y prometiendo ademas que para en adelante estaba pronto á renovar nuestro tratado de alianza bajo de tales condiciones que las cargas y las ventajas fuesen equilibradas á satisfacion de la España. «No es cordura negarlo todo, »dijo el rey; padézcalo el dinero, pues que el ho»nor no sufre en esto, désele lo que alcancen nues»tras fuerzas.» Y de sesenta y dos millones que pedia en un principio, se le dió la tercera parte solamente.

De esta concesion ha hecho memoria el conde de Toreno, pero tan sin verdad, tan sin conciencia, con tanta liviandad y con tan mala fé, que me es preciso responderle. Dice este nuevo historiador, que don Eugenio Izquierdo, «*hombre sagaz, tra»vieso y de amaño*, á quien yo tenia encomendados »mis asuntos peculiares bajo la capa de otras comi»siones, indicado que le hubo sido por el empera»dor de los franceses que podria yo merecer su par»ticular atencion si le acudia con socorros pecunia»rios, gozoso de esto y lleno de satisfaccion, breve-

»mente y sin estar para ello autorizado, aprontó veinticuatro millones de francos pertenecientes á la »caja de consolidacion en Madrid, segun convenio »que firmó en 10 de mayo; y que aprobando yo »esta conducta con la *esperanza de ser ensalzado á* »*mas eminente puesto en trueque del servicio conce-* »*dido*, hice darle poderes en nombre de Cárlos IV »en 26 del mismo mayo para que ajustase y con- »cluyese un tratado.»

Es imposible contar hechos con ignorancia mas grosera, ó con malicia mas estúpida que lo hace aquí Toreno. Lo primero de todo, á ley de historiador, debiera haber sabido que don Eugenio Izquierdo era un buen servidor de la corona desde tiempo muy remoto. Su honrosa y distinguida carrera venia ya del reinado del señor Cárlos III, bajo el cual desempeñó diferentes comisiones graves, y las mas de ellas reservadas, mereciendo la estimacion del marques de Grimaldi, del conde de Floridablanca, del conde de Lerena, del bailio Valdés, y de todos los demas ministros de aquel tiempo. Antiguo director del Gabinete de Historia natural, literato, muy reputado, de conocimientos vastos en ciencias naturales, y nada extraño en las políticas, relacionado ventajosamente en muchas córtes extrangeras, y en París especialmente donde la alta sociedad le estaba abierta, severo en sus costumbres, no conocido nunca ni en las casas de juego, ni en las sentinas de la ópera, y hombre cabal en todo, no

teniendo que huir á parte alguna por engaños ni por trampas ó por deudas, sobrado de bienes, y enemigo del lujo y del boato, merecia bien la confianza del monarca. Era ademas sagaz, muy advertido y circunspecto en toda suerte de negocios, pero no *travieso* como el conde ha escrito, queriéndole prestar alguna cosa de lo suyo.

A este sugeto benemérito, que no tenia ambicion, que jamas pretendió ninguna cosa del gobierno, del carácter de aquellos sábios que no buscan, y que deben ser buscados, me resolví á ocuparle, bajo la aprobacion de Cárlos IV, en los negocios árduos y preñados que ofrecia á cada instante la encapotada y procelosa corte del emperador de los Franceses. Para tales negocios no era propia la posicion embarazosa de un alto embajador sujeto á la etiqueta, y empotrado en los carriles ordinarios de la antigua diplomacia. Necesitábanse hombres diestros y mas libres, buenos nautas, que supiesen hurtar el viento y navegar á palo seco entre los arrecifes y las sirtes, que ni aun bastaba en aquel tiempo para salir avante.

En cuanto á comisiones mias particulares en Paris es tan falso lo que dice el conde de Toreno, cuanto público y notorio, y comprobado por los tiempos, que no tenia intereses ni negocios mios privados en ningun punto de la Europa; y en Paris mucho menos que en otra parte alguna. Digo tambien que es pública y notoria esta verdad, porque el mismo

Napoleon hizo mas de una vez exploraciones sobre mis haberes, y no encontrando en Francia ningun rastro de intereses mios, sospechó que los podria tener en Inglaterra, y se dejó decir frecuentemente que evitaba yo comprometerlos en la Francia por mi poca fé con ella (1).

---

(1) De diferentes casos de estas raras pesquisas que Bonaparte hacia sobre mis intereses pecuniarios, por no cansar á mis lectores, referiré uno solo para muestra, y para desmentir al propio tiempo al conde de Toreno. Mr. Michel, banquero de Paris, volvia á Francia de Madrid, no sabré fijar el año ciertamente en que hizo aquel viage. Le habian dicho á Bonaparte que tenia conmigo aquel banquero relaciones íntimas, y llegado á Paris, la policia que lo acechaba, le hizo llevar directamente desde la barrera al ministerio de aquel ramo con todo su equipage, registró sus papeles, y no encontrando cosa alguna que pudiera satisfacer la curiosidad de Bonaparte, fue interrogado minuciosamente sobre mi fortuna, acerca de la cual le exigieron especialmente declarar si la tenia yo puesta en Inglaterra. La respuesta de aquel banquero á esta última pregunta se encuentra referida en varios libros de memorias de aquel tiempo, entre ellas las de Mr. Desmarest, gefe que era entonces de seccion en la alta policia. «El príncipe de la Paz, dijo Mr. Michel, no tiene »fondos en Londres ni en ninguna plaza estrangera: to»da su gran fortuna consiste en bienes raices sitos en »España.»

En el capítulo XV de esta segunda parte habrán ya visto mis lectores las pesquisas indirectas, que hallándome en Marsella con mis reyes desbaratando alhajas y vendiendo para su subsistencia, se hicieron todavia en Paris con el objeto de inquirir si poseia yo tierras en América.

Que medió Izquierdo en aquella concesion, pago, préstamo, ó como quiera que se llame, que fué hecho á Bonaparte en 10 de mayo, es una cosa cierta; pero tambien lo es, y el conde de Toreno ó no lo supo ó lo ha callado, que los setenta y dos millones que buscaba con tanta ansia Bonaparte, logró Izquierdo reducirlos á solos veinticuatro, y esto en verdad era muy digno de contarse y de saberse. Holanda, Italia, la Alemania y tantos otros pueblos, esquilmados bien á bien ó mal á mal por Bonaparte en aquellos mismos dias, no podrán menos de admirarse de que hubiese andado tan modesto con nosotros en peticiones de dinero (1).

Cierto es tambien que don Eugenio Izquierdo recibió poderes para tratar en Francia. Dije ya mas

---

No es facil explicar tales ruindades en un hombre como Bonaparte. Sírvenme sin embargo para que yo responda al conde de Toreno. Yo no era negociante; mi fortuna clara y limpia se encontraba toda en mi querida patria!

(1) La historia ha conservado la escandalosa crónica de los manejos y torpezas que se cometieron en las nuevas anejaciones y trastrueques de pueblos y dominios para formar el patrimonio de los príncipes que compusieron, bien ó mal de su grado, la federacion del mediodia de la Alemania. Ni fué menor la inmensidad de sacrificios pecuniarios á que en vano se prestaron por el mismo tiempo las ciudades anseáticas. Vacas de leche del Imperio las llamó Mr. Bourrienne. Sobre ninguna parte de la Europa se sentia menos el peso de aquel hombre que en España.

*

arriba que Napoleon habia propuesto renovar nuestro tratado de alianza bajo las bases convenientes para equilibrar sus cargas y ventajas entre las dos potencias. Diéronse á Izquierdo los poderes á este efecto (1). Nos convenia aquel acto para ahorrar disputas y saber á que atenernos sobre las ideas de aquel vecino, en tanto grado peligroso. Si aquel tratado no se hizo, no fué la culpa nuestra, ni de Izquierdo. Napoleon halló un pretexto para diferirlo, porque en el mismo mes de junio en que debió ajustarse, se comenzaron pláticas de paz entre la Francia y la Inglaterra (2). Bien sabia el emperador

(1) Si preguntare alguno porqué no fueron dados al embajador de España príncipe de Maserano, le diré que por temor de que lo ofuscase y envolviese Bonaparte. Aquel ministro, á propósito cual pocos, para la ostentacion que pedia su alto puesto, carecia por desgracia de aquella gran reserva, y de aquella agilidad y perspicacia que requerian las circunstancias. Impediale tambien su misma elevacion las maniobras escondidas de la diplomacia que á Izquierdo le eran fáciles, no tan solo por su talento, mas por tener á mano un grande número de amigos subalternos é intermedios que podian guiarle y advertirlo.

(2) Pitt habia muerto en enero de aquel año. Su sucesor Fox, mas por consecuencia con sus anteriores opiniones, que porque hubiese juzgado posible hacer paces con la Francia, habia enviado sucesivamente á Paris á lord Yarmouth y á lord Lauderdale para tratar acerca de ellas. Las negociaciones comenzadas por el mes de junio, fueron entretenidas de ambas partes hasta el 5 ó 6

que aquella paz no tendría efecto, pues él no la queria de una manera razonable; pero necesitaba deslumbrar á los Franceses y á las demas potencias. «¿A qué fin, dijo á Izquierdo, precipitar nuestro »tratado sin esperar á ver el término de las nego»ciaciones comenzadas con la Gran Bretaña?» El fin de estas coincidió con el rompimiento de la Prusia, y el emperador partió para Alemania arrebatadamente. He aquí explicado ya el motivo porque el tratado no se hizo. El conde de Toreno no debió ignorarlo.

No ha faltado tan solamente este escritor á la escrupulosa exactitud con que deben contarse los sucesos, sino que vulgar otro tanto como injusto, ni aun de sí mismo tuvo cuenta por el placer de calumniar, profiriendo y estampando que el socorro pecuniario que fué hecho por España á Bonaparte lo consentí, *contando ya con ser ensalzado á mas eminente puesto en trueque del servicio concedido.* ¿A qué puesto, hombre falaz! á qué altura ó que eminencia ansiaba yo subir por aquel medio? ¿Fué al señorío de los Algarves donde pasado mas de un año concibió Napoleon por un momento la idea de desterrarme y de quitar un grande estorbo á sus designios? ¿Qué antecedente, qué suceso ó que motivo habia en la primavera de 1806, ni aun para

---

de octubre en que se retiró lord Lauderdale, fallecido tambien Fox en 13 de setiembre.

imaginar aquella grande intriga que el emperador de los franceses discurrió en octubre de 1807? Otra cosa debió de ser que lo de Portugal, lo que intentó indicar Toreno cuando añade despues, *que me ofendí de la tardanza* en ver cumplidos mis deseos; pero necesario y justo é indispensable era decirlo, y no embozar tan torpemente una calumnia tan grosera.

He dicho y lo repito, que el conde de Toreno, ni aun de sí mismo tuvo cuenta, por tener el placer de calumniarme de aquel modo. Yo quiero suponer que haya ignorado las negativas y repulsas que he referido mas arriba hechas por mí directamente y sin ningun rebozo, en aquellos mismos dias, contra las pretensiones desmedidas que habia tentado Bonaparte. Pero el mismo Toreno nos refiere, pocas páginas mas atrás, que por el propio tiempo rehusó España reconocer al nuevo rey de Nápoles. ¿Cómo no vió Toreno que por solo este hecho quedaria desmentido lo que despues contaba? ¡Qué grosera contradiccion en que no habria caido ningun hombre ni el mas rústico! Si intentaba yo agradar á Bonaparte y si buscaba *que me alzase á un eminente puesto*, ¿cómo le dí en los ojos resistiendo aquello mismo en que tenia mas interés que en otra cosa alguna de cuanto pidió entonces? Si era mi objeto complacerle y recibir grandezas de su mano, ¿qué cosa fuera mas fácil y menos reparable que aconsejar á Cárlos IV reconocer el hecho llana y simplemente, y saludar á aquel monarca que era hermano del

hombre poderoso que acataban ya postrados tantos pueblos de la Europa? El papa, el Austria y diferentes otros gabinetes lo habian ya reconocido, y en no reconocerle se aventuraba su rompimiento con aquel cuyo sistema de relaciones exteriores comenzaba ya á resumirse en aquel tiempo por estas dos palabras: *Lo que quiero, ó la guerra.* Y á estos motivos se juntaba todavía el peligro que podia correr nuestra rama de Etruria si se enojaba Bonaparte. Cárlos IV y los mas de sus ministros y personas á quien pidió consejo, prevalecian en el dictámen de ceder por evitar mayores males; dable me fué agregarme á este dictámen y haber lisonjeado al hombre de la Francia. No lo hice; y al contrario, resistílo con la mayor firmeza. ¿Y sin embargo de esto, el conde de Toreno se permitirá decir que buscaba yo el modo de ganar al emperador de los franceses para ser *ensalzado* de su mano á mas eminente puesto del que yo gozaba en aquel tiempo? Nó, no lo habia mas eminente que aquel puesto de honor que yo tomaba resistiéndole en rostro, y sosteniendo así la dignidad, los respetos y el decoro de mi señor y de mi patria. Yo no sabré decir si el conde de Toreno entiende bien este lenguaje.

Y con esto llegamos ya á la cuestion de Nápoles, y á aquella nueva época preñada de tragedias y desastres, cuando Napoleon, desvanecida y trastornada su cabeza por el resplandor de sus victorias, y por la espesa nube de tantos géneros de inciensos y

de aromas que la Francia postrada ofrecia sin cesar á su ídolo glorioso, concibió en su delirio, y en propio y comun daño, el temerario empeño de avasallar la Europa entera. Procuraré ser breve, pero sin omitir ninguna cosa.

El rey de Nápoles, sordo á los consejos de la España, quebrantó malamente el pacto que habia hecho con la Francia, y se dejó arrastrar á la tercera coalicion que no ofrecia esperanzas de un suceso favorable, y de la cual he hablado largamente. Aun no habia comenzado á desplegar sus armas y á moverse, cuando se encontró solo en la demanda. Napoleon tenia motivo de vengarse, pero Fernando IV era un hermano del rey de las Españas, y del único aliado que tenia la Francia digno de este nombre, porque no lo era por temor y servidumbre, sino por eleccion y por principios de política. Holanda, Italia y la Suiza habian sido conquistadas ó sojuzgadas por la Francia y no eran libres. España habia cumplido esta alianza escrupulosamente; el mismo emperador dió testimonio á esta verdad, cuando hablando á la Francia se alabó de tener un aliado en Cárlos IV tan leal, tan generoso y tan magnánimo que le faltaban las palabras para encarecerlo (1). ¿No merecia este rey que el emperador

---

(1) En el discurso ya citado al cuerpo legislativo en 2 de marzo de aquel año.

de los franceses lo hubiese tambien sido con su hermano, como lo fué, siquiera, con el Austria, como lo fué con Alejandro?

La primera comunicacion que acerca de aquel príncipe recibió el rey, fué igual á las demas que se enviaron á otras cortes. Ni una sola palabra mas que diese excusas especiales, ni aun que mostrase la apariencia de proceder con pena á la dura resolucion de destronar á un rey hermano suyo. Lejos de ser así, el embajador francés recibió órden de decirme, que el emperador temia no fuese la Toscana un nuevo punto que eligiese la Inglaterra para turbar la Italia; que Roma y la Toscana eran dos puertas que aun quedaban por cerrarse enteramente al enemigo, sin que tuviese nadie que extrañar que una y otra las custodiase con sus tropas; y que por falta de advertencia, ó por cualquier otro motivo, podria llegar el caso en los azares de la guerra de que uno y otro estado se viesen obligados á sufrir igual medida que se tomaba en Nápoles.

«Señor embajador, le dije, si los peligros todos »de un imperio se debieran precaver por tales me»dios, no habria fin de conquistar y hacer agrega»ciones, puesto que habiendo siempre de encon»trarse lindes nuevos, y en estos lindes, nuevos »riesgos, fuerza seria por tal sistema no pararse ni »contenerse en punto alguno, sino invadir por to»dos hasta no tener vecinos. Como quiera que el »emperador y rey lo entienda, en cuanto á la Tos-

»cana puede V. asegurar que responde de ella España moralmente, que uno y otro gabinete componen uno solo que es el nuestro; y que responderia tambien de aquel estado en cuanto á su defensa, si el emperador no hallase inconveniente en que las armas españolas guardasen la Toscana; esta misma proposicion le fué ya hecha cuando volvió la guerra con la Gran Bretaña. Todavía, en cuanto á Nápoles, aun cuando V. no tenga órden de entenderse con nosotros, podria escribir tambien que Cárlos IV no ha perdido la esperanza de que los negocios de su hermano tan querido pudieran componerse.»

Napoleon creyó hacer mucho, ó al menos lo bastante, con avenirse á que la España guardase la Toscana. Los que han dicho que lo exigió se han engañado ó lo han supuesto. Creyó en esto que daba un testimonio grande de su amistad y confianza. Cinco mil hombres fueron enviados bajo el mando de Don Gonzalo O-ffarril. En cuanto al rey de Nápoles ni aun se nos dió por entendido Bonaparte (1).

---

(1) No merecen refutacion los que han dicho, que enviando aquella corta division á la Toscana, empobrecimos nuestro ejército, y que en esto le hicimos un regalo á Bonaparte. Si se hubieran de contar las tropas españolas que habian salido para Italia desde el tiempo del rey don Pedro III de Aragon hasta el de Felipe V y de sus hijos, se podria llenar un libro entero. Necesitábase

José Napoleon fué luego coronado. España se negó á reconocerlo. Los debates acerca de esto fueron largos y pesados; Napoleon se habia olvidado de todos los respetos que se debian á Cárlos IV. El embajador frances se adelantó conmigo en términos no usados hasta entonces, y fuera que se hallára autorizado para la amenaza, fuese que Beurnonville hablase solo por su cuenta, que para mí no era creible se atreviese á tanto, ví al fin patentemente que la casa de Borbon estaba ya marcada como un árbol que estorbando en el camino se quiere echar abajo. «Príncipe, me dijo un dia, yo el primero de »todos encucutro que alabar en esa devocion que V. »profesa á Cárlos IV y á todos los Borbones: co»mo V., yo tambien se la he tenido á esa familia »augusta; pero hay casos en que es necesidad y es »una gran prudencia resignarse á los destinos. Al »punto á que han llegado los sucesos despues de »tantas guerras y trastornos, otro cualquiera que »reinase en Francia, que no fuera Napoleon, y que »tuviera solamente alguna parte del poder que él »tiene, habria ya concluido ó procurado concluir

---

poner á salvo la Toscana; mucho mas que de Ingleses, de intrigas y pretextos del ambicioso emperador, que sin aquella garantia de nuestras armas podia encontrarlos fácilmente para alzarse con aquel reino, ú ocuparlo y consumirlo con sus tropas, como ya lo estaba haciendo con los estados pontificios.

»con todo príncipe reinante de una casa, que mien-»tras pueda algo, mirará el nuevo trono de la Fran-»cia como una rica herencia que le está usurpada. »Cárlos IV no piensa asi, y su sabia política, y la »grandeza de su alma superior á las pasiones, lo »mantienen todavía de pie derecho. ¿Pero al fin no »es de temer que algun suceso inesperado, una com-»plicacion política, ó cualquiera otro motivo difícil »de preverse le ponga en un conflicto? ¿Y no podria »nacer este conflicto de la cuestion de Nápoles? Y »puesto que llegase, ¿quién sufriria en primera fila »las resultas de este encuentro peligroso? porque al »fin contra V. serian todas las iras, al menos las pa-»tentes, del emperador de los franceses. V. ha visto »cual ha sido la caida de un Colloredo, de un Lam-»berti, un Avesperg, un Collembach y tantos otros »en la catástrofe del Austria. Los monarcas son los »mas prontos para abandonar á sus amigos cuando »les llega un infortunio.... Si á España le viniera un »contratiempo...»

—«Yo no lo temo, amigo mio, le contesté al provi-»so interrumpiéndole; pero caso que tal viniera, y »que venir pudiese cuanto V. quiera imaginarse, »yo al menos no tendria ni la vergüenza ni el re-»mordimiento de haber huido tal peligro aconse-»jando á Cárlos IV su desdoro. Señor embajador, »lo que el emperador no hiciera si pudiera hallarse »en las mismas circunstancias en que se encuentra »el rey de España, no es justicia ni amistad que se

»le exija, porque de soberano á soberano, el honor »del de España bajo ningun concepto es menos que »el del emperador de los franceses. Cárlos IV se ha »resignado á su dolor; no se busque tambien, lo »que no es dable, que consienta á deshonrarse y á »renegar de su familia... En cuanto á lo demas le »diré á V., que derrocar toda una casa que tiene »sus amarras en los siglos no es una empresa fácil. »Nápoles no es España; Nápoles ha sufrido en todo »tiempo el yugo del mas fuerte. La casa real de Es»paña no pierde cosa alguna en su poder porque le »falte Nápoles, pierde sí en sus simpatías y en las »tiernas afecciones de un hermano á otro hermano. »Nápoles no ha sido nunca sino una carga nuestra, »un lujo de grandeza solamente. La España es otra »cosa muy diversa; á sus reyes los ama hasta la ido»latría, y en toda la extension que abarca su co»rona, á cada vuelta de camino, á cada palmo de »terreno tienen quien los defienda hasta el postrer »suspiro. Mas fuerza da al imperio la amistad de »un Borbon reinando en los dos mundos, que po»dria nunca darle la caida de esta casa, si es que »fuera posible echarla abajo. No quiero yo pensar »que tal designio asalte la cabeza de nuestro grande »amigo y aliado; España podria ser para el Imperio »un grande escollo: los destinos del mundo po»drian jugarse en ella como se han jugado ya otras »veces.»

— «Pero, príncipe, por lo que veo, dijo el em»bajador, V. está á la guerra.»

— «Yo estoy á lo que venga, le respondí con en»tereza. *Por amor al bien amo la paz, pero no ad»mito ley que sea en ofensa de mi rey* (1).»

— «V. avanza mucho, siguió luego; nuestra con»versacion de hoy no es una conferencia diplomáti»ca. Tan solo mi amistad hácia V. me ha inspirado »lo que he dicho, y V. ha sospechado que venga de »mas alto. Napoleon no dice á nadie sus secretos, »ni yo presumo por ahora que los tenga contra Es»paña. La casa de Borbon, aun dado que la mire en »general como enemiga suya, ofrece una excepcion »en Cárlos IV. Créame V.; Napoleon no tan solo le »ama, sino que le respeta.... pero V. ve que es una »vida solamente la que se encuentra de por medio »entre Napoleon y los Borbones; ¿quién podria res»ponder del príncipe de Asturias?»

— «De lo que es su existencia (respondí á esta

(1) La vehemente impresion que recibí aquel dia, me llevó hasta el estremo de hacer poner al pie de un retrato mio que acababa de hacer Goya para mi gabinete, las palabras que he rayado por debajo. No hago mencion de esto porque aquellas dos frases sean algun concepto peregrino, sino por muestra del estado á que llegaban ya las cosas, y de mi resolucion de hacer cara á cualquier desmandamiento de poder que Napoleon se permitiese con nosotros. Muchos de los que vieron aquel raro mote y vivan todavia, podrán dar testimonio de este hecho.

»pregunta que envolvia gran malicia), de la guar»da de su corona, y del mantenimiento de nuestro »honor é independencia, responde toda España. »En cuanto á sus relaciones con la Francia, yo no »dudo que las mantenga y las respete cuando rei»ne, lo mismo que su padre, mientras la Francia »las respete de igual modo.»

—«Pero hablemos con mas franqueza, replicó el »embajador, el príncipe de Asturias no es un ami»go de la Francia; de V. lo es mucho menos. Mi »objeto en decir esto, es que V. no se empeñe mas »allá de lo ordinario en el puesto resbaladizo en que »se halla, y que no se exponga á verse entre dos »fuegos algun dia.... V. podrá entenderme.»

—«Señor embajador, le respondí, yo le agra»dezco á V. su buena voluntad si viene de V. solo; »mas su consejo no lo acepto. Entre mil, no entre »dos fuegos que me viera, no cambiaria de con»ducta. Por el príncipe no menos que por su au»gusto padre, y por todos hasta el postrer renuevo »de su casa, daria mil vidas que tuviese. En enca»denarme por Cárlos IV, á quien todo se lo debo »no he hecho mucho. Si su hijo es mi enemigo, »será mayor mi mérito; de la mano de Dios y de la »mano de los reyes se recibe del mismo modo el be»neficio y el azote.»

—«Ya! el derecho divino....» dijo el embajador.

—«Los reyes, dije entonces, representan á los »pueblos; y si *votarse* por la pátria, aunque sea

»injusta, es un gran merecimiento, votarse por sus »reyes es lo mismo. No creo yo que deseche estos »principios el emperador de los franceses. Trate V. »con su influencia de cortar estos disgustos y de im»pedir un rompimiento peligroso á entrambas partes, »tan amigas todavía. El honor del rey de España no »le permite sancionar con su anuencia la caida de »su hermano. Todo pende de mil sucesos hasta las »paces generales. *Al amigo y al caballo no apreta»llo*, dice un proverbio nuestro.»

No se pasaron quince dias sin volver á la carga con mas fuerza. El embajador francés, ó mas sincero, ó encargado de aparentar y parecerlo, me habló con mas franqueza, ¡pero qué suerte de franqueza! No se trataba ya de miramientos y protestas ni aun en favor de Cárlos IV. Beurnonville me hizo leer sus instrucciones. «La política del Imperio, decian éstas en sustancia, exige sacrificios desusados »para llegar derecha y prontamente al principal »objeto de la Francia, que son las paces generales. »De no reconocer España al nuevo rey de Nápoles, »tomarán pretexto para negar igual oficio las demas »potencias que aun no han reconocido á aquel mo»narca, y la negociacion que está empezada con la »Gran Bretaña habrá de hacerse mas difícil. Ya ha»ce tiempo que S. M. I. y R. comprendia bien que »la *casa de Borbon era incompatible con la suya*; »pero su moderacion, y ademas de esto la amistad »que halló entablada entre la España y la repúbli-

»ca, le decidieron á aceptarla y mantenerla, no tan »solo con Cárlos IV, sino tambien, por sus respetos, »con su hermano de Nápoles enemigo porfiado de »la Francia. Amigo de ella, aun estaria reinando; »su perfidia y no la Francia le han quitado su corona. Si Cárlos IV toma la demanda en favor suyo, »aunque esto sea pasivamente, se hace hostil á la »Francia, *y podrá llegar tal caso que el honor del »Imperio exija lo que aconseja la política, y que en »fin sean las armas las que controviertan esta y las »demas cuestiones que se agitan todavía en Europa, »porque el emperador no ceja en el camino que ya ha »andado, y seguirá mas lejos si lo estrechan*, etc., etc.»

Tocante á mí, en otro pliego que me mostró el embajador con gran misterio como si hiciese una traicion á sus deberes, se le encargaba hablarme lisamente y sin rodeos, y advertírmelo de una vez, que mi lealtad caballeresca en favor de los Borbones, la miraba el emperador como un estorbo muy mal puesto á su política; que haria muy mal en apoyarme en muros viejos que amenazaban ruina; que las virtudes no eran nada si no las gobernaba la razon y la prudencia; que le convenia á cada uno ver su buena hora y no desperdiciarla; que la fortuna no esperaba, y otras mil frases de igual laña. «Y es preciso decirle, concluia la instruccion, que »en el terreno en que se encuentra no es posible *man»tenerse, y que una de dos cosas es precisa, que suba »ó que descienda.»* (*Qu'il monte ou qu'il descende.*)

Los que me han vituperado de que intenté la guerra, deberian ponerse en lugar mio, y á sí mismos preguntarse qué habrian hecho en semejantes circunstancias. Si hubiera yo cedido, si me hubiera tragado tanta infamia, tan insolentes amenazas, proposiciones tan inicuas, ¿qué habrian dicho de mí los mismos que me tildaron de ligero y han vociferado que comprometí á mi pátria malamente con el emperador de los franceses? Para Napoleon desde aquel tiempo los nombres de alianza y vasallage volviéronse sinónimos; amigos y enemigos debian sufrir el yugo de igual modo; poder vencer, ó haber vencido, era lo mismo para imponer sus voluntades. La gran supremacia, no de opinion y de concepto, que en verdad la habia ganado, sino de accion y de mando, fué el delirio que la embriaguez de la victoria le produjo finalmente, verdadero delirio que terminó en demencia, pues sin ella no es explicable su conducta en los desconcertados pasos y en los violentos saltos que fué dando en los siguientes años hasta su final caida irremediable.

He contado lo que pasaba entre cortinas y no supieron muchos. Lo demas lo han contado los cronistas de aquel tiempo, y cualquiera podrá observar y conocer que aun aquello solo que fué público, dió sobrada ocasion para que España se debiese sentir herida gravemente y se pusiese en guarda. Para tratar de paces, la primera base de ellas que propuso la Inglaterra y que aceptó el

emperador, fué «que los dos estados se entendieran »de tal modo, que el resultado fuese honroso no »tan solo á las dos partes contratantes, sino á sus »respectivos aliados.» Napoleon mandó comunicarnos esta base convenida, mientras que al propio tiempo, sin mas poder ni autoridad que su albedrío, proponia á los ingleses resarcir al rey de Nápoles con las islas Baleares, y á ellos con Puerto Rico, y aun con Cuba. Si esta proposicion la hubieran aceptado los ingleses y la paz se hubiera hecho entre la Francia y la Inglaterra, hénos aquí en el caso, ó de haber cedido á la ignominia y dejado llevarse aquellas ricas posesiones, ó de haber tenido que lidiar á un mismo tiempo con entrambas dos potencias. ¿Se podia asi vivir en harmonía con aquel hombre tan osado y tan ingrato y tan infiel amigo?

Muchos se acordarán tambien de los escritos que se echaron á volar aquellos dias en Francia y fuera de ella contra las dinastías borbónicas, sin exceptuar de estos ataques ni aun la misma casa real de España, y en que se celebraba intencionadamente la política de Luis XIV y de Luis XV en haber sabido amalgamar la monarquía española y la francesa, y hacer un mismo cuerpo de las dos potencias en la balanza de la Europa por lazos y por pactos de familia, *mal seguros despues é incapaces de mantenerse aquellos lazos por maromas viejas empalmadas con las nuevas.* Estos folletos y libelos se escribian y

publicaban bajo la censura misma, tan rigorosa como era, del Imperio. Y lo que es mas, Napoleon no se guardaba de confirmar estos escritos por sus frases aceradas que corrian de boca en boca y que la historia ha conservado. ¿Desmintió nadie aquella especie que se contaba entonces de haber dicho, *que su dinastía seria bien pronto la mas antigua de la Europa*, ó bien aquella otra, *que sin tener el Mediodia no se podrian completar los radios naturales del Imperio*, ó la palabra que soltó, cuando vista la persistencia de nuestro gabinete en no reconocer al nuevo rey de Nápoles, dijo ya de una vez sin mas rebozo, *su sucesor sabrá reconocerlo*? Y sin ningun motivo de estos, sin que hubiesen pasado tantas cosas que dejo referidas, ¿se podia desconocer en el desate de proyectos que mostró aquel año, ni en ninguno de sus actos, cuales fuesen sus designios de señorío supremo á la redonda de la Europa? Si hasta entonces podia alegar que él no habia sido el agresor en la guerra que habia tenido con el Austria, ¿podia ya en aquel tiempo pretextar que no lo era, hollando la Alemania en plena paz con todo el peso de sus tropas? ¿Fué injusto el rey de Prusia, cuando pasados once años de contemplar la Francia y de evitar las armas contra ella, se decidió á tomarlas para salvar su independencia y la de todo el norte de Alemania? ¿Habia disimulado á Bonaparte pocos actos arbitrarios y otorgádole poca cosa, cuando cediendo tres provincias de su reino para engruesar á

la Baviera y dotar en Alemania en calidad de soberanos dos generales de la Francia, tomó en cambio el pais de Hanover, salvo luego el disputarlo con la Inglaterra y la Suecia? ¿Fué poca complacencia todavía la de cerrar sus puertos á estas dos potencias, empeñarse en la guerra contra ellas, y de neutral volverse un aliado de la Francia? ¿Fué alguna demasía del rey de Prusia, que disuelto por Bonaparte el viejo imperio de Alemania, y federado con la Francia el mediodia de aquel imperio, quisiera prevenirse confederando la otra parte, buscando alguna suerte de equilibrio y procurando la seguridad del norte? ¿Podia dejar la suerte de su reino al buen talante del gefe de la Francia que trabaja para aislarle en sus estados y arrancarle sus aliados naturales? La causa de la Prusia era la causa de la Europa, y de la España principalmente, que habia seguido con la Francia la misma buena inteligencia que la Prusia, y la veia tan mal pagada aun despues que habia hecho tan grandes sacrificios por evitar romper con ella. ¿Podia España vivir segura y no temer que oprimida la Prusia como el Austria, y acrecido el poder de Bonaparte sin mas bordes, viniese luego sobre ella á realizar los inicuos designios que ni aun se habia cuidado de ocultarle?

No habia mas salvacion que unirnos con la Prusia y con la Rusia resueltas ya á la guerra. Mi mayor trabajo fué persuadir á Cárlos IV de esta dura

necesidad en que se hallaba España. No temia por sí mismo, mas temia por sus pueblos. La idea de que un reves de la fortuna trajera sobre ellos un peso de desgracias como el que el Austria soportaba, embarazaba y oprimia su espíritu; pero veia tambien que pronto ó tarde amenazaba siempre el mismo riesgo y que era deber suyo prevenirle. Decidióse á la guerra, pero dudando siempre si esta medida era acertada ó si era prematura; no siendo su voluntad tan segura y absoluta como era necesario en tales circunstancias para obrar resueltamente. Uno de sus encargos mas estrechos fué no adelantar los pasos ni abrir negociaciones positivas con potencia alguna, que pudieran comprometernos y enredarnos con la Francia, si el emperador y el rey de Prusia, como al fin no era imposible, llegaban á ajustarse. Se estaba ya en setiembre, y el ministro prusiano Knobelsdof se mostraba en París bajo el aspecto mas pacífico, mientras que al embajador francés M. de Laforet se prodigaban en Berlin todos los miramientos y atenciones que eran propias de una córte amiga de la Francia.

Yo no ignoraba en tanto cosa alguna. Nuestros ministros en Berlin y en Petersburgo (1) que sabian mi animo, me alentaban y me escribian, que la guerra era infalible, que el emperador de

(1) Don Benito Pardo Figueroa, y el conde de Noroña.

Rusia se proponia vengar su desastre de Austerlitz con todos los recursos de su imperio, y que la Prusia estaba pronta á alzarse en masa cuando no bastase á sostener su independencia el numeroso ejército que se encontraba organizado y listo para romper el campo en breves dias. De estas fuerzas y de los medios concertados entre la Prusia, la Rusia y la Suecia, me enviaban los detalles mas exactos. Estas noticias venian bien con las que al mismo tiempo me comunicaba el baron de Strogonoff, nuevo enviado de la Rusia, hombre de bien, de fé segura, con quien podia tratarse. Venia provisto de poderes amplios para entenderse con nosotros, y él me hizo la abertura.

Esta feliz casualidad nos ofreció una coyuntura favorable para evitar los compromisos que podia traernos tentar pasos y negociar directamente con los diversos gabinetes empeñados en la nueva liga. Sobre todo nos convenia en aquel principio guardar mucha reserva con el gobierno ingles y no exponernos á que un dia, si por algun evento inesperado se llegasen á transigir las diferencias de la Prusia y la Rusia con la Francia, y volviesen á quedar solos los ingleses, revelasen estos en el parlamento nuestros tratos, como habian hecho pocos meses antes con la Prusia para indisponerla y enredarla con la Francia. Toda mi diplomacia se ciñó en aquellas entremedias á conciertos y convenios hipotéticos con el baron de Strogonoff; la buena fé y la mutua confianza de-

bian hacerlo todo sin sonar España en notas ni en tratados con las demas potencias. Los poderes de aquel ministro le autorizaban plenamente para pactar á nombre de Alejandro la obligacion expresa de no tratar de paces con la Francia, sin que mediase España en el tratado á su satisfaccion, y á no dejar las armas mientras pudiese sernos necesario su concurso. Convenida esta condicion, se encargó Strogonoff de dirigir las demas cosas hasta despues de hacerse el rompimiento; y de su cuenta fué tambien haber de procurarnos los suplementos necesarios á los gastos de la guerra, ya fuese por empréstitos en paises extrangeros, ya incluyéndolos bajo mano en los subsidios con que debia asistir la Gran Bretaña á la Rusia y á la Prusia. Yo procuré evitar en este punto, mas que en otro alguno, todo género de obligacion directa y onerosa con la nacion inglesa, para excusar que pretendiese aquel gobierno unir sus armas con las nuestras en España; la independencia nuestra sobre todas cosas, aun para ser amigos y aliados. Si debian cooperar á aquella liga con fuerzas efectivas, lo habian de hacer no en España ni en Portugal, sino en Italia, Holanda, la Suecia ó en cualquier otro punto que las circunstancias indicasen, no siendo en la Península. Bastábanos el Portugal para ayudarnos, sin poder comprometernos como los ingleses, ni abusar de nuestro suelo. Yo estaba muy seguro por entonces de que no nos faltaria el gabinete lusitano; nuestro

interes y el suyo corrian la misma suerte. Mi reserva empero con sus ministros fué muy grande: Napoleon tenia un partido en aquel reino. La princesa del Brasil, que gozaba mucho ascendiente con su esposo y tenia grande influjo en el pais, hija de Cárlos IV, y Española antes que todo, tenia nuestro secreto y estaba grandemente preparada (1).

---

(1) Ha escrito el conde de Toreno en su obra ya citada muchas veces, que por el tiempo en que estoy hablando, dí una comision secreta á su amigo don Agustin de Argüelles para abrir pláticas de paz en Inglaterra. Por mas esfuerzos de memoria que he procurado hacer, no he podido recordar que tal encargo hubiese dado ni al mencionado señor Argüelles ni á ninguna otra persona. Me acuerdo solamente de que tuve intencion de enviar algun sugeto que no fuese del cuerpo diplomático, para instruir verbalmente á aquel gobierno de nuestras intenciones, para proponer la cesacion de hostilidades de una y otra parte, y pedir la restitucion de los caudales que nos fueron apresados en 1804; pero habiéndome ofrecido el baron de Strogonoff que su gabinete daria estos pasos amigables con suceso mas seguro, tengo para mí que ninguna persona fué enviada. Mas la memoria es frágil y quizá que yo me engañe. Lo que no puedo concebir es que don Agustin de Argüelles, si me debió esta confianza, la haya correspondido con los denuestos é improperios contra mí que ha referido el conde de Toreno; mas fácil me es pensar que ha faltado en esto á la verdad como en tantas otras cosas. Y aun aquí daré una prueba de que el tal conde por zaherirme escribia sin meditar, y ciego de tal modo que ni aun sabia guardarse y ocultar su mala urdiembre de mentiras, cuando dice por ejemplo;

¿Lo estabamos nosotros, habrá quien me pregunte, para tamaña empresa? Por mas gastos y atenciones que la guerra marítima nos hubiese producido, no dejé de la mano un instante la mejoracion, el buen arreglo y el aumento necesario del ejército

---

« que su amigo Argüelles, *vislumbrando* en su comision »un nuevo medio (yo no sé cual era el viejo) de contri- »buir á la caida del que habia destruido la libertad, »aceptó al fin el importante encargo confiado á su celo. »Pero ocultóse á Argüelles, sigue luego, lo que se tra- »taba con Strogonoff, *y solo se le dió á entender que* »*era forzoso ajustar paces con Inglaterra, sino se que-* »*ria perder toda la América en donde acababa de to-* »*mar á Buenos-Aires el general Beresford.*» ¿Al leer tal baturrillo habrá alguno que le crea, ó que pueda concebir, que ni á Argüelles ni á ninguno se le hubiese dado comision para tratar de paces sin ningunas instrucciones, ni mas cosa que *indicarle* que eran necesarias estas paces? ¡Qué habria hecho el enviado con decir en Londres: *La España quiere paces por el temor que tiene de perder la América*! Para mentir, señor Toreno, se necesita que las cosas que se dicen sean creibles. Si la comision fue dada, debió decirse al encargado la intencion de apartarnos de la Francia y de romper con ella, no que el la *vislumbrase*; y añadir despues de esto algunas bases, ó tales condiciones cual fuesen convenientes, preliminares á lo menos. Si no hubo nada de esto, ¿cómo pudo merecer aquel encargo el nombre de *importante* que le da Toreno en el concepto de su amigo? Ni importante ni nada, ni ningun otro nombre podia dársele que el de necio y absurdo. Muy mas necio habria sido el que lo habria aceptado y estimádole importante. ¿Se cuenta asi la historia y se echan de este modo en un escrito grave embustes pelados y tan mal urdidos?

de tierra. Aun hallándose en pie de paz, ascendia en aquel tiempo á cien mil hombres de entre todas armas en servicio activo, sin incluir en este número otros cuarenta mil de las milicias provinciales siempre listas, ni los cuarenta batallones de marina que en caso necesario podian servir en tierra, tropa bien aguerrida y acostumbrada á los peligros. Llegado un rompimiento con la Francia, se hallaba todo prevenido para un nuevo alistamiento que formase la reserva, por manera que en pie de guerra se contase con doscientos mil soldados. A estos debian juntarse treinta mil portugeses en clase de auxiliares. Tengo ya referida la enseñanza que se daba en los diversos cuerpos del ejército: la moral del soldado era excelente, obra ya de cinco años de mejoras en los ramos todos del servicio, y de la buena disciplina que se hallaba establecida (1). Despues

(1) Los autores españoles de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, bien que esta óbra hubiese sido escrita, como ya noté otra vez, bajo la inmediata direccion de mis mayores enemigos en los primeros años de sus triunfos, y que en ella se hubiese derramado á toda anchura el odio inextinguible que me tenia Fernando VII, no se atrevieron sin embargo á negarme enteramente la justicia hablando del ejército; y añadida, rehecha muchas veces y agravada como fué aquella obra por la córte antes de darse al público, se escapó á la censura este ligero testimonio á mis servicios: «El »generalísimo, dueño de la confianza de su soberano, ro»deado de los hombres de mas mérito, y teniendo á su

de esto, debia llamarse y levantar en masa á la la España si llegaba á ser preciso, para guardar su independencia y debelar á un enemigo que forjaba ya sin encubrirse la cadena con que queria amarrarla al carro de su Imperio.

Aun con esto, me dirá alguno si contaba con generales y oficiales que oponer á los famosos capitanes del Imperio. Mas la respuesta está en la mano: contaba con los mismos que hacia ya doce años se midieron con los franceses cuando estos peleaban con el doble entusiasmo de la libertad y de la gloria, no por la gloria de un tirano; contaba con aquellos que se formaron luego bajo su direccion y su enseñanza; contaba en fin, para decirlo de una vez, con aquellos generales y oficiales que en Bailen marchitaron los laureles de Austerlitz, de Jena y de Friedland, y á quienes por primera vez en toda Europa se rindieron las legiones del Imperio haciendo ver al mundo que no eran invencibles; los que en los campos y confines de Valencia derrotaron al mariscal Moncey, y los que en Zaragoza, en

---

»vista los planes que habia reunido de todos los ejércitos »de Europa, hubiera podido dar al de España la forma »mas completa á su objeto; *pero seria injusticia no con»venir en que lo mejoró considerablemente.*»

Debo advertir á mis lectores, que no habiendo podido procurarme esta obra en su original español, he copiado este pasage de la traduccion francesa que se hizo de ella y se publicó en París por el año de 1818.

Gerona, en Ciudad-Rodrigo y en tantos otros puntos, solos y sin ninguna ayuda de extrangeros, hicieron mas creibles en la historia los prodigios sobrehumanos de Numancia y de Sagunto. Ninguno de estos hombres habia salido de lo oscuro; todos se hallaban empleados en mi tiempo; y amigos ó enemigos mios, si de este género habia alguno por entonces, puestos los tenia yo por cima de la envidia en las primeras plazas del ejército, y era yo su firme escudo, su verdadero amigo, pues me bastaba para esto que ellos lo fuesen de la patria y que pudieran serle útiles. Cuenten los de Aranjuez quien salió de sus filas y dió los dias gloriosos que aquellos dieron á la España. Fué un Infantado! un Villariezo! un Jáuregui! un Montijo...!

Perdon, lectores mios; vuelvo ya á mi camino, y seguiré á buen paso, porque me afligen mucho los recuerdos de aquel tiempo, de aquel octubre de 1806 que debió librar á España de las calamidades que vinieron luego sobre ella, y en que ví desaparecer enteramente y convertirse en negro al porvenir tan lleno de esperanzas que yo buscaba y que yo ansiaba por nuestro bien y el de la Europa toda.

Para poner en pie de guerra nuestro ejército nos sobraba el achaque de estar amenazada la Península de una invasion de ingleses (1). El movimiento

(1) Poco tiempo antes, por el mes de agosto, habia llegado al Tajo el lord San Vicente con una grande escua-

iba á empezarse; mas, desgraciadamente, aunque sin retractar su voluntad, notaba yo en el rey que vacilaba algunas veces, siendo mayor su hesitacion cuanto mas se guardaba de consultar y de tomar consejo de ninguna otra persona por no exponer aquel secreto. Su oscilacion iba creciendo á medida que meditaba mas sobre aquel paso que iba á darse.

Amigos y enemigos casi todos me han improbado mi proclama del 6 de octubre; y lo que es mas, yo mismo conocia que aun no era tiempo de lanzarla. Mas temia por instantes que revocase el rey su voluntad y se frustrase aquel designio. La proclama fué el solo medio que encontré para afirmarle en su propósito, y que pasado el rio, se resolviese á ir adelante. Yo no la dí sin su permiso, pero tan mutilada, tan oscura y tan equívoca, como despues se vio. Cárlos IV me hizo mudarla y remudarla, tejer y destejer y variarla de mil modos, pero al fin

---

dra y con tropas de desembarco. El objeto de esta expedicion fué incitar el Portugal y toda la península á la guerra. La proposicion me fué hecha, pero la resistí, porque si bien pensaba ya en la guerra, ni era tiempo de mostrarme todavía, ni queria yo ingleses en España. Portugal se negó del mismo modo. Despues se empezó á hablar de un armamento formidable que disponia con gran misterio la Inglaterra y que podria tener á España por objeto. Por mas falsos que fuesen estos ruidos, bastaba que sonasen para fundar nuestro armamento sin dar alertas á la Francia.

se dió (1). Si cometí un error obrando de esta suerte y por tal se me cuenta, sírvame de disculpa mi lealtad, mi amor al rey, mi amor á su familia, y el amor á mi pátria, cuyos riesgos, aun vistos desde lejos, ocupaban á todas horas, de dia y de noche, mis potencias y sentidos.

Muchos me han argüido de que en vez de hablar yo, no hubiese aconsejado al rey dar su voz á la España y dirigirle él mismo su palabra augusta. No era tiempo, responderé; el rey no debia hablar sino llegado el caso de declarar la guerra y de encontrarse todo listo para comenzarla. Mi proclama era una alerta solamente á que debia seguir la voz del rey mas adelante; y esta proclama, como dije antes, al mismo tiempo que una alerta, fué un ardid con que buscaba yo afirmar la voluntad del rey que se mostraba vacilante. Mi objeto era tambien, cual mi lealtad me lo inspiraba, comprometerme yo tan solamente, y que viniendo mal las cosas, ó torciéndose en un principio, fuese yo el responsable de aquel hecho y no el monarca. Para satisfacer á Bonaparte, dado el caso de verse en este extremo, habria bastado á Cárlos IV separarme de su lado y desterrarme: mi cabeza tambien la habria yo dado por salvarle. Y en verdad, que aunque por parte suya no fuí la

(1) Esta proclama y las órdenes que fueron dadas á las autoridades, se hallarán entre los documentos justificativos, núm. IV.

víctima de aquel empeño, fuílo al fin del furor y del teson de mis contrarios á quien desbarataba sus proyectos si se emprendia la guerra. He aquí ahora de qué manera se entrelazan y se complican los destinos.

Decidido á la guerra, habria tenido yo muy grande apoyo en la princesa María Antonia viendo cumplirse ya sus votos. Mas por desgracia para España (que por tal y muy grande se debió contar en aquellas circunstancias) habia muerto pocos meses antes (1). Mis enemigos la adulaban mostrándose mas bien ingleses que españoles, y mantenian su ódio en contra mia pintándome á sus ojos como un obstáculo invencible para cambiar nuestro sistema de política. No tenian otro medio, ni de darse importancia, ni de anidarse en el palacio bajo el abrigo de

(1) En 21 de mayo de aquel año. No me detendré á refutar las inicuas sospechas que algunos pocos malvados pretendieron esparcir de que habia muerto envenenada. Sabido fué de toda España que aquella princesa adolecia de tiempo muy antiguo de una tísis tuberculosa que desenvuelta por sus grados naturales remató sus dias. Los reyes napolitanos, haciendo poco aprecio de aquel achaque de su hija y ocultándolo á los nuestros, concertaron su enlace malamente, y la sacrificaron dirigiéndola á un pais como Madrid, de un clima tan diverso del de Nápoles. Su asistencia fué esmerada: los siete profesores de cámara del rey que velaron largo tiempo por la salud de la princesa, pudieron alargar su existencia cuanto alcanzaron los recursos del arte; pero la enfermedad era incurable.

los dos esposos, sino el de figurar que trabajaban por hundirme y hacer prevalecer á la Inglaterra. Para llegar á un resultado por tal medio en daño mio, veia muy bien Escoiquiz que el camino era largo y muy incierto; muerta empero la princesa, vió abrirse un nuevo cielo á sus designios. Napoleon buscaba entronques reales para elevar á su familia y asegurarse mas de sus aliados; el príncipe heredero de la monarquía española le podia convenir en gran manera para enlazarlo con su casa y hacer entrar la España en el sistema del Imperio. Nada mas fácil por tal medio que derribarme á mí, aislar á Cárlos IV, darle su paz en un retiro, reinar su hijo en lugar suyo, y al modo de Alberoni en otro tiempo, el fautor de estas cosas hacerse el hombre de la España. ¡Qué le importaba ésta si conseguia sus votos! El poder lo cubria todo en aquel tiempo. ¿Por ventura en Italia, en la Suiza, en la Holanda y en la Alemania, se encontraban mal vistos los que amarraron su pais al señorío de Bonaparte?

Tal era el modo de pensar de Escoiquiz. ¿Qué debió suceder, cuando leida la proclama y comprendido bien su objeto, vió que habrian de convertirse en humo sus proyectos si quebraba nuestra amistad con el emperador de los franceses? La faccion escondida que él gobernaba á su placer desde Toledo y se hallaba ramificada en todo el reino, fué puesta en movimiento para esparcir de boca en boca que iba yo á perder la España, á quitarle su paz y

su reposo, á enagenarle un aliado cuya gloria se derramaba sobre ella, á combatir al mismo que habia restablecido el sistema monárquico y el sistema religioso, á exponer todo el reino á ser entrado á sangre y fuego, y á poner en cuestion nuestra existencia cometiendo los mismos yerros que habian perdido al rey de Nápoles. Este murmullo sordo comenzó á ser sentido en muchas partes, siendo de notar que se movia mas bien entre las clases elevadas, y mas especialmente entre clérigos y frailes. Ni paró en esto solamente, pues las intrigas se cruzaban y llegaron hasta el palacio con anónimos que hallaron modo de dirigir á Cárlos IV. Yo tambien recibí algunos, y uno de ellos fué una apostilla á mi proclama, llena de sarcasmos y amenazas. Y en aquellos mismos dias, el príncipe de Asturias se dirigió á su padre y le llevó otro anónimo que dijo haber hallado en su cartera, papel artificioso en que mis intenciones eran alabadas y se impugnaban solamente en calidad de impracticables, hecho en él un cuadro y un resúmen de las fuerzas del Imperio: tales eran las precauciones y el amaño con que Escoiquiz lanzaba sus cautelosos tiros y hacia jugar por diferentes modos los resortes de esta cábala (1).

---

(1) Lo que refiero aqui no son conjeturas ni visiones. Yo ignoraba todavía que Escoiquiz era el motor de estos pérfidos manejos. Súpelo ya muy tarde, cuando entre las muchas revelaciones que el príncipe Fernando hizo á sus

No necesito contar mas para que cada cual conciba cuales debieron ser las impresiones que produjeron estas cosas en el ánimo del rey que tan vacilante anduvo en resolver la guerra. De los que consultaba acerca de ella, á unos los via perplejos; á los que menos, tibios; á los mas, temerosos; á algunos, asombrados. Y he aquí en esto, para mayor desgracia, que llegan las noticias del desastre del ejército prusiano! Nadie se guardó entonces de aconsejar al rey que desistiese del empeño comenzado. Yo me hallé casi solo para tentar de persuadir á Cárlos IV contra estos débiles consejos. El uno de mis medios fué extender por escrito, lo primero, las razones favorables en que podia fundarse la esperanza casi cierta de un buen éxito; lo segundo, para lo último, y que hiciese mayor fuerza, los peligros que amenazaban al estado de no tomar las armas en aquella coyuntura tan propicia, visto que si en buena paz, y obligado por tantas pruebas de amistad síncera con que S. M. habia cumplido los debe-

padres despues que habia obtenido su perdon en la causa del Escorial, les refirió que aquel anónimo se lo habia dado su maestro, y que de éste y sus amigos habian salido los demas que fueron dirigidos al palacio. Añadió ademas de esto, que por el mismo tiempo hubieron de enviar otro anónimo al emperador en contra mia, del cual el duque del Infantado le prometió una copia que nunca le fué dada.

*

res de aliado, habia pensado sin embargo Bonaparte derribar tambien á los Borbones de la rama española, se habria de afirmar mas en su propósito, si volviendo triunfante, y desechado ya el temor de las demas potencias de la Europa, se encontraba con un motivo, mas ó menos aparente, para mostrarse hostil contra nosotros, solos ya entonces para hacerle frente. En cuanto á razones favorables, hacia yo ver al rey la escasez de recursos militares en que la Francia se encontraba para acudir al Mediodia con fuerzas respetables; la posicion difícil en que se via el emperador sin poder desmembrar su ejército del norte, obligado como se hallaba á combatir la Rusia que se acercaba ya al teatro de la guerra con fuerzas superiores, y tenia en favor suyo la cercanía de sus provincias, el clima y el invierno, con mas la concurrencia activa que le prestaba la Suecia, no vencida ni quebrantada todavía, la diversion que debia hacerse al ejército de Italia por la parte de Nápoles, donde crecia la insurreccion de las provincias, á donde la Inglaterra dirigia socorros eficaces, donde habrian de llegar en breve tiempo los armamentos sicilianos, y deberian tambien llevarse diez mil soldados nuestros (1); la actitud

(1) En un proyecto aprobado ya por Cárlos IV, se debian enviar á la Calabria cinco mil soldados nuestros y reunírseles otros tantos que guarnecian la Toscana. A nuestros infantes se les habria puesto en salvo trayéndoles á España, y dejando establecida una regencia hasta llegar al fin de los sucesos.

en fin, que yo sabia muy bien del Austria, silenciosa, pero manando sangre sus heridas, con cien mil hombres en Bohemia, dispuesta para obrar y desquitarse en la primera coyuntura favorable que le proporcionasen los sucesos. «Muy difícil será, » concluia yo, que se ofrezca á la Europa en adelan» te ocasion mas propicia para quitarse el peso de la » Francia y poner freno á Bonaparte. Y en cuanto á » España, añadiré, que habrá de ser la única para » poder salvarla y evitar mas tarde una gran lucha » desastrosa (1).»

Yo predicaba en el desierto. Dábanme algunos

(1) Los que juzguen imparcialmente verán bien que yo no estaba alucinado. Nadie ignora cuan laboriosa fué la campaña de Polonia, cuan empeñada y que dudosa aquella lucha por espacio de seis meses, cual el gasto de soldados que hizo el emperador, llegando hasta el extremo de tomar adelantadas las conscripciones de dos años (1807 y 1808); cual el disgusto que se mostró en la Francia sobre aquella guerra, y aun en el mismo ejército; cuales y que terribles los combates que ocurrieron entre rusos y franceses; cual la escasez de provisiones en aquella tierra retirada; los sufrimientos que produjo la intemperie de aquel clima, y la sangre que costaron á la Francia las batallas de Pultusk y de Preusch-Eylau en que por ambas partes guerreantes se cantó victoria. ¿Qué habria sucedido si atacada la Francia al mismo tiempo por doscientos mil soldados españoles y portugueses, hubiera echado el Austria de repeso sus cien mil hombres de Bohemia que esperaban nuestro rompimiento? Se habria salvado España, se habria salvado Europa toda.

la razon, pero los mas temian poner á un dado la fortuna de la España, y engañados por las intrigas que movian mis enemigos, afirmaban que aquella guerra no tenia el voto de la España. ¡Rigor de los destinos! ¿Quién mas que yo evitó comprometerla mientras se pudo conservar su paz y mantener su independencia sin asociarla á guerras locas é impolíticas que pudieran haberla sumergido? Y he aquí, llegado el caso del peligro y la certeza de salvarla, los que habian deseado que la España se implicase en ellas cuando pudieron ser su ruina, los que formaron hasta entonces el partido de Inglaterra, vueltos amigos de la Francia repentinamente, trabajaban en favor de ella, y posponian la patria á sus designios y á sus traidoras esperanzas.

Triunfaron los malvados. Cárlos IV desmandó la guerra, tristemente persuadido de que el voto de la España era contrario á ella. Para mis ojos, aquel dia se desataron en sus sienes las lazadas de su real diadema. ¡Oh! ¡cuántas veces me lo dijo cuando vió cumplidos mis pronósticos!... De allí, de un paso en otro, de un yerro en otro yerro, se ordenaron las demas cosas que el temor aconsejaba. Pronto! un embajador extraordinario para felicitar á Bonaparte por sus triunfos, y si dudaba de nosotros mentirle mil excusas. Yo me habia retirado del palacio aquellos dias llorando los destinos de mi patria, y con vergüenza, sin ser yo quien debiera avergonzarse de salir al público. Mas cuando supe aquel acuerdo,

volé al instante á ver al rey, y le pedí con ansias que me salian de mis entrañas, que tomase otro medio mas seguro de calmar á Bonaparte. Díjele con verdad, bien persuadido de ella, que este medio era apartarme de su lado y cargarme á mí tan solamente aquel designio de la guerra; que esta medida, al mismo tiempo que seria bastante para complacer á Bonaparte y dejarle en gran manera satisfecho, salvaria tambien en adelante mi honor comprometido, y que si alguna vez, llegado el caso de cumplirse los trabajos que amenazaban á la España, podia yo serle útil, me encontraria á su lado ciertamente hasta verter la postrer gota de mi sangre. ¡Tiempo tambien perdido! Negóse Cárlos IV tercamente á concederme mi demanda. Me quedé para víctima, atado de pies y brazos, y próximo al sacrificio.



CAPITULO XXV.

Continuacion del anterior hasta marzo de 1807. — Dificultosa posicion de nuestro gabinete. — Explicaciones de Napoleon con nuestro embajador en Berlin. — Mis reiterados consejos àl rey acerca del Portugal. — Reconocimiento del nuevo rey de Nápoles. — Establecimiento del almirantazgo. — Llegada del nuevo embajador frances Francisco de Beauharnais. — Comunicàcion á nuestra corte del decreto de bloqueo de las Islas Británicas. — Observaciones sobre este decreto. — Auxilio que nos pidió Napoleon de una division militar española. — Opinion mia contraria á la concesion de este auxilio. — Resolucion favorable de Cárlos IV sobre esta peticion. — Partida de la division española para el Norte. — Mis instrucciones y últimas palabras al marques de la Romana encargado del mando de aquellas tropas.

Muchos han sido los que han dicho que mi mayor altura de poder fué aquella en que me hallé los dos postreros años de mi mando, y que las riendas del estado me fueron entregadas á mi pleno arbitrio. Y cabalmente jamas fué menos aquel poder tan decantado, nunca me halle tan circunscripto con facultades mas tasadas, obligado á llevar aquellas riendas, no á mi agrado sino al ageno, por el ca-

mino sin salida y sin defensa que me fué trazado, donde querer salir á salvo equivalia á pedir milagros. Los que quieran juzgarme imparcialmente, deberán colocarse ó suponerse en igual caso en que yo estuve, considerar atentamente la estrechura en que fuí puesto, y graduar aquel error, aquel gran yerro capital á que el rey fué inducido de desmandar la guerra, y quedarse sin mas fuerza contra el emperador de los franceses que la razon y la justicia. No fuí yo quien formó la voluntad del rey; al contrario, la suya y la de otros me fué impuesta. ¿En dónde está aquel grado de poder que se ha querido atribuirme? Nunca se pudo ver mas claramente que no era yo un valido: siéndolo, habrian triunfado mis consejos, ó por mejor decir, el rey no habria escuchado mas consejos que los mios. ¿Qué era yo en tal altura donde me hallaba puesto? Una criatura suya, obligada de tantos modos como yo lo estaba por sus favores sin medida, que lo amaba despues de Dios y lo reverenciaba como la cosa mas sagrada; incapaz de hacer nada, ni aun el bien sin un permiso suyo, por quien hubiera sido poco dar mi vida, por quien aventuré, harto á sabiendas mias, lo mas precioso de la tierra para el hombre público que es la opinion y el fallo de la historia: *ó guerra ó servidumbre*, era ya en aquel tiempo el cartel insolente que tenia puesto Bonaparte á todas las naciones. Yo preferí la guerra, yo estaba preparado, y yo la quise en el momento perento-

rio que ofreció la fortuna de poder emprenderla con feliz agüero. Se me impidió el hacerla y se me impuso el triste cargo de conseguir por medio de lisonjas, de deferencias y humildades, lo que debió obtenerse por las armas, ó ser perdido honrosamente. No se diga, por Dios, que fué ambicion por no dejar el mando, el aceptar aquel empeño donde via yo el naufragio casi cierto y muy de cerca. Retirado del mando, ninguno de los males que vinieron y que debian venir forzosamente, se me hubiera atribuido. Yo habia hecho el bien que habia podido, no habia dañado á nadie, no habia expuesto mi patria á los desastres que padecieron tantos reinos y gobiernos, la habia tenido en paz con todo el continente, me gozaba de verla intacta en los dos mundos, y no olvidado ni dormido acerca de ella en las borrascas de la Europa, al primer viso de peligro, aparejada su defensa á la hora y punto que se hizo necesaria y que era tiempo conveniente, no me arredró ningun temor para tomar las armas y entrar en la palestra, donde aguardaban la señal, donde nos esperaban muchos pueblos ansiosos de rescate. Desbaratados mis proyectos ¡cuánto no habria ganado dejando á mis contrarios el terreno en que ellos se habian puesto y en que debian perderse! Lo que yo habria perdido en aparato y en humos de grandeza, lo habria ganado en honra. ¡Y qué no habria ganado, despues de esto, sustrayéndome en mi retiro á los enojos del prínci-

pe de Asturias! Yo no le habia agraviado en cosa alguna: me pintaban como un estorbo á sus deseos y pretensiones; quitado aquel estorbo por mí mismo habria cambiado sus ideas, y la experiencia que habria hecho de los suyos le pudiera haber desengañado en favor mio. ¿Y se podrá creer que de mi propio acuerdo renuncié á estas ventajas tan positivas y evidentes por guardar un poder que iba á hacerse tan peligroso, tan precario, tan desairado, tan cercano de la ignominia? Nó; cerca de Cárlos IV no era dueño de hacer mi voluntad, sino la suya. ¿Fué virtud, fué flaqueza obedecerle hasta aquel punto? Fuese virtud, fuese flaqueza, fué un verdadero sacrificio, fué abnegacion entera de mí mismo. Los que aun puedan dudarlo se hallarán obligados á explicar, como fué que llegada la catástrofe de Aranjuez, y de Bayona, lejos de atribuirme sus desgracias se culpó á sí propio de las mias, y tomó tan á pechos mi salvacion y mi defensa. ¿Sucede asi frecuentemente con los reyes? ¿De qué provino esta excepcion, que lo es en realidad de los ejemplos que en semejantes casos se encuentran en la historia? Cárlos IV lo dijo muchas veces de palabra y por escrito: *él se ha sacrificado por haberme obedecido* (1).

---

(1) Cuando en noviembre de 1806, pedia yo á Carlos IV, con el mayor ahinco, la libertad de retirarme si

He aquí pues ya la verdadera época en que nuestra alianza con la Francia comenzó á hacerse dependencia, si bien no fué esta dependencia tan absoluta y tan tirante como en las demas potencias que rodaban ya de antes, ó entraban nuevamente en el sistema planetario del Imperio (1). Temiónos un momento Bonaparte como temió tambien al Austria, mientras no habia triunfado de la Rusia y estaba en nuestras manos y del Austria haberle atravesado en su carrera victoriosa. Halágonos entonces con aquel género de halagos con que sabia envolver las ame-

---

no se hacia la guerra, y le representaba los peligros que debian venirle de no hacerla, me dijo un dia estas palabras que jamas se borrarán de mi memoria: »Yo soy »mas amigo tuyo que tú lo eres de tí mismo. Si por se»guir tu parecer y hacer la guerra nos viniera una ruina, »te podria yo argüir de que me habias perdido; mas so»metido el tuyo al mio y haciendo lo que mando, si vi»niese igual mal, yo no podré culparte.» Y asi se vió, que lejos de culparme aquel buen rey, cuidadoso de mí otro tanto ó mas que de sí mismo en los acerbos dias de su infortunio y mio, alzó su voz en mi defensa, se afanó por salvarme, y hasta el fin de sus dias me honró con su amistad y fué mi solo amparo entre los hombres.

(1) En 11 de diciembre de 1806, el elector de Sajonia Federico Augusto celebraba ya su paz con el emperador de los franceses, y se agregaba á la confederacion del Rhin. Las demas ramas de su casa imitaron su ejemplo. Poco mas tarde se inscribieron en la misma confederacion diferentes otros príncipes alemanes de las casas de Anhalt, Schwarzburgo, Lippe, Reuss, Waldeck, etc.

nazas y dorarlas. No le costaban nada sus protestas de amistad ni las melosas quejas de cariño; prodigando estos medios, viendo nuestro desmayo y contemplándonos vencidos sin haber peleado, siguió adelante tras de su fortuna, y se afirmó en sus votos y propósitos de completar su Imperio al mediodia y al occidente como lo estaba haciendo en Alemania. Desmandada la guerra, nuestra corte, sin aguardar preguntas, dió parte á la francesa lo menos mal que pudo, de los preparativos militares á que se habia movido, por los rumores, dijo, que corrian de armamentos ingleses destinados á invadirnos con fuerzas formidables. Nada fué replicado acerca de esto: corrian en Francia iguales voces, y si no nos creyeron, hicieron muestra de creerlo. Pero Napoleon se dió en Berlin por entendido con don Benito Pardo nuestro embajador en Prusia. Acabado un recibimiento del cuerpo diplomático, dirigióse á Pardo con las maneras mas garbosas, y guiando á otro aposento trabó con él un gran coloquio, de aquellos que solia cuando se hallaba en vena de discursos y convenia á sus intereses. Este coloquio fué pacífico y templado, una conversacion entreverada de amistad y de quejas muy medidas, de la cual por conclusion rogó á Pardo que hiciese un fiel traslado á nuestra corte, y en que mostró tal interes que quiso revisarlo por sí mismo y hubo de corregir alguna que otra palabra menos almibarada que se le habia escapado en su viveza. De esta con-

versacion se ha hablado por algunos, mas con no pocas variaciones. Referiré en resúmen lo que conservo en mis recuerdos.

Dió principio el emperador pidiéndole noticias de la salud del rey, y expresando sus votos de que viviese mucho tiempo, para ser como hasta entonces un vínculo de paz entre la España y el Imperio y su aliado el mas seguro, el mas constante, y el primero de todos en su afecto. Pardo le contestó en el mismo estilo; y acabada esta parte de lisonjas: «Sí, le dijo el emperador; V. ve que voy delante »en conocer esa virtud genial y esa lealtad del rey »de España: vería su firma puesta en contra mia, y »no podria creerlo y la tendria por falsa. Tal es la »persuasion en que me hallo de su amistad conmi»go; pero quiero decirle á V, y que lo escriba, que »á esa amistad tan verdadera que me profesa Cár»los IV hay una mala especie de polilla que trabaja »en carcomerla. Ese gusano es un temor mal en»tendido, una cierta desconfianza que reina en vues»tra corte sobre mi política. Se me tiene por ambi»cioso y no lo soy; mis enemigos solamente me han »hecho parecerlo. Años van; muéstreme el que pu»diere algun amigo mio á quien hubiere yo da»ñado: lejos de ser asi, con mis amigos y aliados »reparto yo mis triunfos. Tiempo hay ya que la Es»paña pudiera reinar sola en la Península; ella no »lo ha querido. El Portugal debia ser suyo, yo se »lo hubiera dado, ella seria mas poderosa, y á mí

»me habria quitado muchas inquietudes. Muy sa»tisfecho estoy por sus esfuerzos y sus heróicos sa»crificios en la guerra marítima: mas yo á mi vez »la he contemplado, no exigiéndole que concurra »á las del continente donde me ataca la Inglaterra »harto mas que en los mares, donde ella sola es »quien pelea. Austriacos, rusos, prusianos y suecos, »cuantos me han combatido antes de ahora ó me »combaten al presente, son ingleses, pues por ellos »son pagados. Y en verdad, señor embajador, que »si la Francia sucumbiera en esta lucha, sucumbi»ria tambien la España y no seria su parte la menos »dolorosa. Todos mis aliados, á excepcion de la Es»paña, pelean entre mis filas, mientras ustedes »gozan las dulzuras de la paz en sus hogares »y la estan disfrutando hace mas de diez años, »siendo la Francia su muralla contra todos los mo»vimientos de la Europa, sin ahorrar su propia san»gre; sino vertiéndola á torrentes en estas guerras »inhumanas que nos promueve la Inglaterra. Esto »conviene que se entienda y agradezca en vez de »dar oidos á las sugestiones pérfidas de ese gobierno »maquiavélico... Nó, no se extrañe V.; estoy hablan»do como amigo, no ignoro nada, señor Pardo: los »ingleses son los autores de esas desconfianzas y esos »miedos que se infunden á la España; yo sé cuanto »se afanan al presente por moverla en contra mia, »y cónozco bien el instrumento que han hallado »tiempo hace en el partido del príncipe heredero.

»¿Será posible que lo logren, y que el príncipe de »la Paz, por hacer con él las amistades, sacrifique »la España á la Inglaterra?»

—«Que hay quien esparza, dijo Pardo, voces »muy siniestras para turbar los ánimos, yo no sabria »negarlo; que los autores de ellas sean Ingleses ó »partidarios suyos, aunque en España son muy po- »cos los que tienen, seria muy posible; que se aco- »jan en el palacio por el príncipe de Asturias, rue- »go á V. M. que no lo crea por mas que lo hayan »dicho: S. A. no se mezcla en cosas del gobierno. »En cuanto al príncipe de la Paz, podré decir á V. M. »que le conozco hasta lo íntimo, y que ninguna »suerte de influencia, de donde quiera que viniese, »seria capaz de someterlo á la Inglaterra.»

—«¿Pero usted no ha leido su proclama? replicó »Bonaparte. ¿Ignora V. que se ha mandado hacer »un armamento extraordinario?»

—«Señor, respondió Pardo, mis encargos é ins- »trucciones me dan sobrada luz para explicar esa »medida; la proclama no la he visto. La presencia »del lord San Vicente en Lisboa con una escuadra »numerosa debió alarmar á nuestro gobierno en su- »mo grado, y la repulsa pronta y vigorosa que su- »frió la Inglaterra de ambas cortes de Madrid y de »Lisboa, ha debido hacer temer que el ministerio »ingles intente con las armas lo que no ha podido »con negociaciones. En Falmouth, en las dunas de »Buckland y en otros puntos se estan juntando gran-

»des fuerzas. Se habla principalmente de dos expe-»diciones, una de ellas al mando de sir Arturo »Wellesley, la otra al de sir Jorge Prevost, y han »corrido y aun corren voces muy validas de que se »disponen contra la Península. En Deptford se reu-»nen por millares los caballos y se embargan ó ajus-»tan por tres meses los buques de trasporte, cuantos »puedan ser habidos, sin acopiar forrages. Mis en-»cargos mas apretados son inquirir noticias sobre el »destino de estas fuerzas. ¿Será extraño que nuestra »corte, encontrándose ahora sola, y V. M. aquí em-»peñado, tome grandes medidas de defensa?»

—«Sí, todo eso es verdad, replicó el emperador »mas la proclama es muy equívoca. Podrá ser como »V. dice, y podrá ser tambien como hace pocos me-»ses, que figurando armar la Prusia contra mis ene-»migos, despues se unió con ellos para hacerme á »mí la guerra. A nadie ofendo en recelarme, señor »Pardo; sin este mate que aquí he dado, al Austria »misma escarmentada tantas veces, la tendria otra »vez en facha. España está muy lejos, se cruzan las »mentiras, se escribe que la Francia está agotada, »que la Italia se encuentra sin defensa, que el ma-»riscal Masena ha sido muerto, que mi hermano »huye á Roma, que á Marmont lo han destruido en »la Dalmacia, que las derrotas de la Prusia han sido »estratagemas para engreirme y rodearme, que »viene sobre mí medio millon de Rusos, y que »justicia será hecha de la Francia y de sus aliados.

»De este modo se hace la guerra por los que no »aventuran ni un soldado para venir á hacerme »frente.»

—«Lo mismo ha sido siempre, dijo Pardo, sin »que por eso en tanto tiempo nos hayan seducido »los Ingleses. ¿Qué motivo tendria la España para »cambiar ahora de política?»

—«Hay otra especie de mentiras, siguió Napoleon, »que podrian emplearlas con suceso en vuestra cor»te. Se ha dicho y se ha vertido que entraba en »mis planes derribar á todos los Borbones, que mi»raba yo á España con codicia, y que intentaba ha»cerla mia y coronar en ella á alguno de mi casa. »Llegada á ser creida tal especie, he aquí un motivo »justo que tendria vuestro gobierno para volverse »mi enemigo. Con este fin se me han supuesto no sé »qué dichos ó amenazas que descubrian este designio, »como si en caso de tenerle no lo hubiera yo guarda»do en mis adentros. Sucedió tambien que algunos »folletistas, pensando hacerme un obsequio sobre la »cuestion de Nápoles, atacaron á los Borbones y re»cordaron la política de Luis XIV acerca de la Es»paña. En cuanto yo lo supe, todos estos escritos »fueron recogidos, y los autores de ellos y los que »permitieron publicarlos, tuvieron muy mal rato. »Llegué tambien á sospechar que mi embajador en »vuestra corte se hubo de explicar con indirectas de »la misma especie cuando le fué negado el recono»cimiento de mi hermano. Por ustedes no lo he sa-

»bido, pero lo colegí de sus informes. Vuestro go»bierno no debió callarme esos excesos, si los hubo. »Pero sin mas que mis sospechas, lo mandé retirar »y he puesto en lugar suyo un hombre moderado »y conocido señaladamente por su antiguo afecto á »los Borbones. Yo no he tenido otro motivo para »reemplazar á Beurnonville por Beauharnais. Yo no »rehuso explicaciones cuando debo darlas, y obran»do de este modo tengo tambien derecho á que con»migo se hable claro de la misma suerte. De otro »modo no hay amistad ni podria haberla. A nadie »he suplantado todavía ni amigo ni enemigo, cíteme »V. alguno que se pueda quejar de esto. Para au»mentar la Francia no he usado nunca mas derecho »que el que me da la guerra provocada por mis »enemigos, y aun al usar de este derecho he sido »siempre moderado. ¿Cómo podria pensar en des»tronar á Cárlos IV, ni qué razon política podria »estimarse superior á los oficios de amistad y de »correspondencia mútua que el uno al otro nos de»bemos? ¿Qué dirian de mí los demas pueblos alia»dos, y quién querria contar conmigo en adelante »ni fiar en mi alianza? Despues de esto, aun en po»lítica cometeria un gran yerro si intentára cambiar »la dinastia española. ¿No haria yo entonces un ser»vicio á la Inglaterra, desatando los lazos que unen »vuestras Américas á sus antiguos reyes, presentán»dole el plato deseado y abriéndole el comercio de »aquel vasto continente donde hasta ahora son odia-

»dos? ¿Y qué seria la España sin la América mas »que una carga inútil á la Francia, un pueblo em- »pobrecido y sin recursos que nos agotaria nuestros »tesoros y una parte de nuestras fuerzas para poder »guardarla y conservarla en nuestra dependencia, »de cualquier modo que esto fuese ó se intentara »hacerlo? ¿No está ahí Nápoles que es tan grande »como mi mano, y sin embargo necesito distraer y »consumir allí un ejército para domar las bandas »calabresas? ¿No sabria la Inglaterra alimentar la »misma guerra en vuestros largos litorales, y sacar »en lo interior igual partido de la indignacion que »causaria el señorio extrangero? ¿Desconozco yo »acaso vuestra soberbia nacional, el influjo de la »nobleza y el poderío del clero en vuestro puebló? »¿Y ocupado yo en someterle, me seria fácil defen- »derme aquí en el Norte en donde estan mis mas »grandes enemigos? Si se me cree ambicioso, no se »me crea insensato. Yo soy amigo de la España »por deberes, por sentimientos, por interes mio »propio, y por política. Me parece que me he expli- »cado con franqueza y con aquella noble ingenui- »dad que le es dado poder usar al que despues de »todo está bien situado, como yo me hallo, y sin te- »mer á nadie.»

—«V. M. lo ha dicho todo, le contestó el emba- »jador, y esas mismas razones, que adquieren en »su boca la mas grande autoridad con que podrian »corroborarse, han mantenido y mantendrán cons-

»tantemente la amistad y la alianza que se compla»ce España de tener con un monarca tan glorioso. »No es lisonja, señor, callaria si no fuese asi: V. M. »á la cabeza de la Francia en tan supremo grado »de poder como el que ha merecido de su pueblo y »ha asegurado con sus armas, no goza en ella mas »afecto que el que le tiene España como su aliado. »No es lisonja tampoco si le digo que este precioso »título aumenta la soberbia nacional del pueblo cas»tellano que V. M. ha mencionado. Caminar al lado »suyo y al lado de la Francia, no como un pueblo »sometido, sino de igual á igual, no mandado por »la victoria, sino espontáneamente, de suyo y no »por órden, es para España un lauro nuevo en este »siglo de que hay muy pocos pueblos que puedan »alabarse. Si V. M. oyera referir sus hechos y sus »triunfos hasta en las rústicas cabañas con el mismo »interes y el mismo aprecio que en la corte, cono»ceria mas latamente la devocion que se le tiene »entre nosotros, la buena fé española. Tanto como »fué el ardor que se mostró en España en los pri»meros dias de la república cuando vió que peligra»ba el trono de sus reyes, la inmunidad de sus al»tares, y su existencia independiente, tan grande es »al contrario el que hoy se nota en ella por el res»taurador del régimen monárquico y del principio »religioso. V. M. no tiene mejores aliados que los »Españoles, porque lo son por reflexion, de propia »opinion suya, no impuesta ni imbuida, sino salida

»de ellos mismos, sin que se encuentre en su amis»tad ningun achaque de temor ó servidumbre. Cual»quiera otro menos cuerdo que V. M. ó menos ad»vertido de la índole española, habria tal vez gasta»do estas disposiciones tan gratas y sinceras ambi»cionando su dominio y haciendo verosímiles las »voces que ha esparcido la imprudencia ó la malicia. »Tales voces, yo lo confieso, podrian haber turbado »este feliz acuerdo y esta union tan estrecha que »reina entre ambas cortes; convertidas en realida»des habrian ocasionado el alzamiento entero de la »España, sin que el gobierno mismo hubiera sido »parte á contenerle. En las masas del pueblo el sen»timiento nacional no es menos vivo que en la »Francia, y en tratándose de llevar un yugo ex»traño....»

—«¿Mas para qué es recargar (dijo Napoleon in»terrumpiendo á Pardo) el cuadro mismo que yo »he hecho? De nada estoy mas lejos que de querer »tocar á la corona de la España. Nadie respeta mas »que yo el carácter personal de Cárlos IV, nadie »conoce tanto ni tiene en mas estima las virtudes y »el valor del pueblo castellano: en Trafalgar se han »visto, sin irlas á buscar en tiempos mas remotos. »Mas no por esto piense V. que llegada una extre»midad, lo que jamas suceda, ninguna de las cosas »que yo he dicho y que V. podria decirme, basta»rian á arredrarme si se ofreciese un caso como en »Nápoles. Como quiera que sean los pueblos, que

»al fin todos se parecen mas ó menos, hay medios »ciertos de vencerlos sin mas que variar con cada uno »la política y la táctica. Yo he hecho la guerra en »el Egipto de distinta suerte que ahora en Prusia; »y en Italia de otra manera de como se pugnaba en »Alemania..... Pero no hablemos mas de guerra. Ni »yo pienso que se me haga por parte de la España, »ni es su interes hacerla. Escriba V. no obstante. Esta »conversacion que hemos tenido deseo yo que vaya »entera á vuestra corte, y supuesto que yo no dudo »de la amistad de España, derecho tengo de exigir »que de la mia no queden dudas ni las mas remotas. »Escriba V. tambien á su amigo el de la Paz; su po- »sicion es tal, si no la desampara, que la historia »podrá ponerle un gran renglon para él tan solo, y »es el de haber librado su pais de las revoluciones y »las guerras que han desolado en todas partes á las »demas naciones. Añada V. que no sea ingrato, por- »que esa posicion yo se la he hecho en mucha par- »te, contemplando á la España cual no he llegado »nunca á contemplar ninguna otra potencia de la »Europa. En la guerra de Portugal se hizo lo que »él quiso, no lo que yo quisiera. Rota la paz de »Amiens, consentí que la España quedase neutral, y »me privé por complacerla del poderoso auxilio que »pudieron haberme dado sus escuadras todo el tiem- »po que le fué posible mantenerse en paz con la Ingla- »terra. Cuando llegó su desengaño, y la Inglater- »ra, no la Francia, la obligó á la guerra, yo abrí

»mis brazos á la España, y ella vió patentemente
»que su seguridad y su decoro dependia de la union
»de sus armas con las nuestras. He llevado con pa-
»ciencia cuantas repulsas se me han hecho á muchas
»peticiones y demandas razonables dirigidas de mi
»parte, y no he mostrado enojo. España ha sido para
»mí como una dama que me podia tener algun
»amor, pero al modo de una coqueta y de una me-
»lindrosa, avara de sus gracias y favores. Todo esto
»lo he sufrido porque veia al mismo tiempo un
»cierto fondo de lealtad y buena fé que me hacia
»olvidar las demas cosas. Y dígale V. mas como un
»aviso de mi parte, que si desea vivir seguro, no
»transija de ningun modo con la opinion de sus con-
»trarios. Ni el príncipe heredero ni la faccion que
»lo gobierna harán con él las paces por mas que se
»someta á su influencia; su perdicion es cierta si
»cambia de política. El objeto de la faccion es des-
»peñarlo en un abismo. El dia que yo quisiera se
»pondrian luego de mi lado y dejarian á la Ingla-
»terra por perderlo. Escriba V. tambien que mi am-
»bicion no es mas que el ansia de arribar á las pa-
»ces generales y de quitar en todas partes los estor-
»bos que me oponga la Inglaterra contra este fin
»tan deseado; que las mudanzas que yo hago y po-
»dré hacer en adelante son forzosas para cumplir
»este propósito; que atacaré en Europa cuanto se
»opusiere á esta gran necesidad del continente
»que voy tras de una liga universal contra la Gran

»Bretaña; que cuento con la España para hacer en»trar en esta liga al Portugal por la razon ó por la »fuerza, que solo en este objeto me encontrará exi»gente, y que por todo lo demas mis intenciones »hácia ella, son que figure por sí misma como una »gran nacion independiente, amiga de la Francia »y no su esclava. Escriba usted en fin lo que ya ha »visto de esta guerra con los que me querian hacer »volver á Francia contándome los tránsitos y seña»lando las etapas. Bajo mi palabra no tema usted »decir que la segunda parte de esta guerra, dado »que se comience, tendrá el mismo resultado; que »la paz no está lejos.... y otra cosa no mas; que seria »mejor visto en la política de España no aguardar, »pues ya es tiempo, á que mis enemigos mismos »reconozcan á mi hermano el rey de Nápoles, antes »que ella, mi verdadera amiga y mi aliada, lo haya »hecho.»

Pardo escribió esta conferencia, la presentó al emperador antes de remitirla, y á excepcion como ya dije de alguna otra palabra que hubo este de endulzar á su manera, le dió su aprobacion y le rogó me la enviase con persona de su entera confianza. Si el emperador hubiera hablado de aquel modo en otras circunstancias menos arriesgadas de las que entonces combatian su espíritu, se habria podido dar á sus palabras algun crédito, pero hablaba en un tiempo en que necesitaba contemplarnos, en que el Austria y la España le podian poner

en grande aprieto. Cárlos IV no sabia dudar de las promesas de los hombres y se inclinó á creerlo. «Véle aquí ya, me dijo, que él mismo se nos vie»ne, y que de suyo me responde á aquellos justos »cargos que podia yo hacerle. Tú eres desconfiado »en demasía; él sabrá agradecerme mi perseveran»cia en su amistad por cima de las quejas que pu»diera yo tener en contra suya. Evitemos de nues»tra parte que él tambien las tenga de nosotros; re»conozcamos á su hermano: basta ya el tiempo que »ha corrido sin hacerlo, para satisfacer los mira»mientos que le debia yo al mio. No dirá nadie que »es temor hacerlo ahora. Por lo demas, acostum»brado estoy de largo tiempo á sacrificar mi cora»zon por el bien de mis vasallos.»

«Decidido á la paz, respondí al rey, cual V. M. »se halla con harta pena mia, es prudencia re»conocer al nuevo rey de Nápoles, y mas pudiendo »hacerse de tal modo que no padezca en cosa algu»na su decoro delante de la Europa, reconociendo »el hecho solamente sin dar ninguna muestra de »aplaudirlo, ni consagrar ese derecho (1). Este gran

(1) El reconocimiento de José Napoleon como rey de Nápoles fué practicado de tal modo que ningun documento diplomático de los usados en tales casos, dejase ver otra cosa que la sola admision de un hecho ya cumplido. Aunque nuestra corte tuvo siempre un embajador en la de Nápoles (elegido éste de ordinario entre los individuos mas clasificados de la grandeza) no hubo en tiempo del

»sacrificio es á la paz: otro, tal vez mayor, encuen»tro yo que podrá hacerse necesario al mismo ob»jeto. Bonaparte no nos engaña de tal modo, que »de aquello que ha dicho no podamos aprovechar»nos y sacar un buen partido contra sus proyectos. »El Portugal está en reserva para sus designios ve»nideros; él mismo lo ha indicado en su conversa»cion con Pardo sin usar ningun misterio, y el »Portugal será el señuelo con el cual podrá envol»vernos en sus redes. Tiempo hay de prevenirnos;

---

rey José sino un simple y mero encargado de negocios, que lo fué hasta el fin, sin mas título que este, don Pio Gomez de Ayala, antiguo secretario de embajada en aquel reino. En el Calendario manual y guia de forasteros, donde á todas las testas coronadas se ponia el título de rey, simple y llanamente, se inscribió al rey José de esta manera: *José Napoleon, hermano del emperador de los Franceses, proclamado rey de Nápoles y de Sicilia en 30 de marzo de* 1806. De este modo fué hecho no solo en 1807, sino en 1808, siendo de notar que los otros dos hermanos *Luis* y *Gerónimo*, fueron inscritos como los demas reyes que lo eran de hecho y de derecho, leyéndose en sus respectivos lugares: *Luis Napoleon rey de Holanda, condestable de Francia; Gerónimo Napoleon, rey de Westfalia;* y de la misma suerte los demas reyes, príncipes, princesas y duques soberanos que habia investido Bonaparte. Esto será pequeño, si se quiere; pero prueba tambien alguna cosa acerca de la gravedad y la delicadeza de nuestro gabinete, aun cuando bajaba ya y doblaba un tanto la cabeza, mal que á mí me pesase y que lo hubiera resistido, ante el emperador de los franceses.

»y pues él mismo ha descubierto su camino, paremos el peligro que nos amenaza, y quitémosle de en medio todo pretexto y ocasion de introducirse en la Península. Persuadamos al Portugal de la necesidad de unirse con nosotros contra la Inglaterra, y si no lo alcanzaren los consejos, obliguemosle por las armas, echemos los Ingleses, guarnezcamos sus puertos é impidamos que Bonaparte venga á hacerlo.»

—«Tú piensas bien, me dijo el rey, estoy contigo, mientras que no se trate de violencias é injusticias. ¿Con qué motivo razonable se podria dorar á la vista de la Europa esa invasion que tú propones?

—«Con el del bien comun de entrambos reinos, dije al rey. La Europa nos ha dado en estas mismas guerras dos ejemplos muy recientes. En la tercera coalicion invadió el Austria á la Baviera para obligarla á sostener los intereses del Imperio. Despues la Prusia ha obrado de igual modo comprometiendo y obligando á la Sajonia á la comun defensa. Y sin subir mas lejos á buscar ejemplos en la historia, vuestro augusto padre invadió el Portugal para obligarlo, en circunstancias harto bien diferentes y menos apretadas que las nuestras, á pelear en la comun defensa de la España y de la Francia contra la Inglaterra. En cuanto á motivos especiales, y sin buscar pretextos, V. M. no ignora que el Brasil está siendo hoy en dia el

»punto de reunion donde se abrigan los Ingleses y »se amparan para atacar á Buenos-Aires y robarnos »aquella parte de la América. Y aun sin esto, se»ñor, á V. M. le ruego que me permita esta pre»gunta: Si mas pronto ó mas tarde, superada la »cuarta coalicion, y acallada otra vez la Europa, »nos pidiere Napoleon abrir nuestras fronteras á »sus tropas para atacar el Portugal y juntar nues»tras armas con las suyas para el mismo objeto, »¿cuál de los dos partidos podria adoptar nuestra »política, condescender ó resistirle? Resistirle no »seria fácil: condescender sería ponernos en sus »manos, hacerle dueño de nuestra casa, y aceptar, »mandados y sin ninguna gloria nuestra, esa mis»ma invasion que V. M. desecha ahora como in»justa. Recuerde V. M. la guerra que fué hecha en »1801, y lo difícil que fué entonces librar al Por»tugal, y salvarnos nosotros mismos de la ambicion »de Bonaparte no siendo en aquel tiempo mas »que primer cónsul de la república francesa. ¿Qué »seria ahora que es ya dueño de la mitad del con»tinente y no halla el fin de sus fronteras en »ningun punto de la Europa? Dueños del Portugal »como podemos ser ahora, antes que él venga á »acometerle, y unidas con nosotros las armas portu»guesas contra la Inglaterra, Bonaparte no podria »hallar ningun pretexto para ingerirse en la Penín»sula, desharia las sospechas que aun podrá abri»gar contra nosotros, y mal que le pesase, se en-

»contraria obligado nuevamente, dando nosotros
»ese golpe no esperado y de tan grande trascenden-
»cia contra la Inglaterra. Hecho asi, no tan solo se
»habrá logrado contener á Bonaparte en sus desig-
»nios, ó por mejor decir, desbaratarlos plenamente,
»sino tambien asegurarnos prendas ciertas para sa-
»car partidos ventajosos cuando al fin llegare el ca-
»so de tratar de paces, libre siempre V. M. en me-
»dio de esto para mostrarse generoso y volver el
»Portugal á sus augustos hijos mediante un buen
»tratado que los intime para siempre con nosotros.
»Creame V. M., señor; apoderarse de este reino en
»la ocasion presente, seria triunfar á un mismo
»tiempo de Franceses y de Ingleses. Pues V. M. no
»quiere guerra con la Francia, sírvanos á lo menos
»para evitar nuestro peligro la política. De otro
»modo yo no me atrevo á responder de lo que
»suceda.»

—«Todo cuanto me dices es verdad y me conven-
»ce, respondió Cárlos IV, mas no pienso sea forzo-
»so darnos prisa. Napoleon va á comenzar ahora con
»los Rusos, ¿quién sabe todavía cuál será su for-
»tuna ó su desgracia en ese grande encuentro de las
»dos potencias, si saldrá el Austria á la demanda,
»si la Inglaterra hará el esfuerzo que tiene prome-
»tido á la Suecia y á la Rusia...? No nos anticipe-
»mos á los tiempos, no compliquemos los sucesos.»

—«Yo cumplo mi deber, repuse todavía, acon-
»sejando á V. M., aunque se enfade, lo que creo

»que le conviene. Lo que ahora es tiempo hábil, se»guro y bien holgado; podrá no serlo en adelante. »El Austria no saldrá mientras Napoleon no sufra »alguna gran derrota por parte de los Rusos: la »asistencia de los Ingleses será siempre lo que ha »sido antes de ahora. Napoleon hará su juego; Dios »quiera que despues no venga á hacerlo con noso»tros.»

—«Bien, esperemos, no me acoses, dijo el rey; »tomemonos tiempo de pensarlo.»

De este modo la fatalidad ordenaba paso á paso nuestra ruina con elementos bien contrarios, con la virtud de Cárlos IV, con los consejos temerosos ó enemigos que le ponian perplejo, y con las traiciones sordas que se urdian en el palacio. Cosa en verdad que era inexplicable en aquel tiempo, porque jamás me mostró el rey mayor afecto que en aquella época, y nunca tomó menos mis consejos.

Mientras tanto para mayor desdicha mia, todo cuanto se hacia se me atribuia, y á la verdad habia un motivo para pensar de esta manera. En medio de estas cosas fué el nombrarme Cárlos IV su almirante general de España é Indias, protector del comercio, con iguales preeminencias, el mismo tratamiento y la misma extension de facultades con que ejerció ambos cargos el infante don Felipe bajo el reinado de Felipe V; arreos y flores y listones que sin pensarlo me ponia aquella mano augusta para adornar el sacrificio que ya se estaba previ-

niendo. Todos creerán que yo busqué encimarme de aquel modo: créanlo cuantos quisieren; pero la sola cosa que buscaba en aquel tiempo sin poder hallarla, era una puerta para irme. Con estas nuevas gracias y favores creyó el rey ponerme á salvo de mis enemigos, por aquel medio sujetarme y mantenerme en su servicio; mas con la rienda siempre asida sin dejarme el poder de obrar cual yo quisiera, cual requerian las circunstancias. Yo no acrecia mis facultades con aquellos títulos, crecian las apariencias, se aumentaban mis enemigos, y al príncipe de Asturias le hacian creer con mayor fuerza que yo aspiraba al trono. Se alegraron los que apreciando mis tareas y mis conatos anteriores, creyeron se aumentaba mi influencia y que podria llevar á efecto las reformas y mejoras que tanto deseaban y que yo estaba preparando; los que sabian por experiencia que nunca estuve ocioso en los negocios que me setaban confiados y en que yo obraba libremente; todos tambien los que dotados de algun merecimiento, vian mis puertas abiertas, mis brazos extendidos hácia ellos, sin pedirles otras lisonjas que traerme sus ideas y pensamientos en beneficio de la pátria; los que notaban sobre todo que en mi casa no habia partidos ni acepcion de personas sino en favor del mérito. De esto me alabo porque es cierto; nadie lo ha desmentido sino los ignorantes y pretendientes nulos que se encontraban excluidos de los favores del gobierno; nunca á sabiendas mias

colóque á nadie que no lo hubiese merecido. Aun existen y existirán á favor mio las Guias de forasteros: búsquense allí los nombres de los que yo empleaba en los departamentos de mi cargo; nombres los mas que en los conflictos de la pátria adquirieron honor y gloria, y algunos de los cuales, despues de tanto tiempo, aun le estan dando luz y honra. Elevado al almirantazgo, de los mas de ellos tuve aplauso, y lo tuve tambien de multitud de pueblos que me debieron grandes bienes. Hubo muchas ciudades y parages donde se celebró mi nombramiento con regocijos y con fiestas públicas; lisonjas, sí se quiere, pero no del temor, que yo no lo inspiraba y cuidé siempre no inspirarlo; aplausos y lisonjas de esperanza; si, con efecto, eran lisonjas; mas para mí trabajo, y perdicion, y espinas y dolores. Cuantas demostraciones se me hicieron de esta especie, las miró el príncipe de Astúrias como otros tantos robos que le hacia en el afecto de los pueblos. Mi ruina era infalible; su enemistad y prevencion en contra mia no tuvo ya medida desde aquella época (1).

(1) En una serenata que con motivo de mi nombramiento á la dignidad de almirante dieron en el real palacio todos los músicos de Madrid reunidos, el príncipe Fernando, casi al lado de sus propios padres, se quejaba con su hermano don Cárlos como de un desaire á su persona de aquel festejo, que en realidad, mas bien que á mí,

Ya habia llegado en este tiempo un nuevo personage que debia figurar en mis desgracias, y dar favor al bando del príncipe de Asturias, para que se efectuase, no diré mi ruina, solamente que era

se dirigia á los reyes. »De esta suerte, decia, Godoy, vasallo mio, me está usurpando el amor y la boga de los »pueblos. Yo no compongo nada en el gobierno; él se lo »lleva todo; esto es intolerable.» «No te incomodes, respondió el infante, que mientras mas le dieren, mas tendrás pronto que quitarle.» Yo veia mi ruina casi cierta, y no podia evitarla. ¡Qué posicion la mia entre el ódio del hijo y el amor del padre!

Pensarán tal vez algunos que salió de mí la idea de establecer el almirantazgo y la dignidad de almirante. Ruego que se me crea. El pensamiento fué loable, mas no mio. Aun quedarán algunos que se acuerden. Aquel proyecto tuvo su primer orígen en las frecuentes conferencias que el ministro de hacienda tenia con la junta de comercio, moneda y minas, á que estaba agregado, como ya dije en otra parte, el negociado de *fomento y de balanza*. Se trataba de animar el comercio, de sostener el crédito, de añadir confianza, de cubrir y amparar en todas partes nuestra marina mercante, y mas que todo de reforzar nuestros cruceros y aumentarlos en la América, donde los ingleses, mayormente en la del Sud, nos hacian una guerra peligrosa y porfiada. Era forzoso en tales circunstancias crear recursos nuevos á la marina real, y plantear en todas partes, de acá y de allende de los mares, un sistema bien concertado de guerra defensiva, que poniendo del todo á salvo nuestras Indias, ayudase tambien á sostener cumplidamente nuestras expediciones comerciales, y amparase por todos medios las fortunas particulares y la hacienda del estado. La dignidad y el cargo de almirante no era una innovacion entre

poco, sino la ruina de sus padres, y mas que todo esto la ruina de la España. Ningun ministro de la Francia nos habia traido tantas y tan finas protestas de amistad de su gobierno como nos trajo este enviado. Sus modales eran muy nobles y corteses: notá-

---

nosotros; un número bien grande de caballeros de Castilla lo ejercieron, desde el antiguo capitan Ramon de Bonifaz, nombrado por el rey Fernando el Santo, hasta don Juan Alonso Enriquez de Cabrera, en cuya familia habia llegado casi á hacerse hereditario aquel dictado por espacio de dos siglos. Tuviéronle despues don Juan de Austria, hijo de Cárlos V, el segundo don Juan de Austria, hijo de Felipe IV, y mas recientemente, nuestro infante don Felipe suegro y tio de Cárlos IV. El rey no añadió nada en cuanto á mis facultades confiriéndome aquel cargo, puesto que no eran menos las que yo tenia de antes como generalísimo; igualándome empero en tratamiento y en honores con aquellos príncipes exacerbó la envidia de mis enemigos y me aumentó el enojo de su hijo. Y en medio de esto es de observar, que mi poder en clase de almirante no fué absoluto y privativo como en los siglos anteriores, sino templado y ejercido en un consejo (sola cosa que fué innovada á imitacion del de Inglaterra), y un consejo no de apariencia y perspectiva, sino formado á mi propuesta, de los hombres mas estimables, mas capaces y probados que podian convenir á aquel servicio, ricos no menos del aprecio público que del aprecio del monarca. Tales fueron los tenientes generales de la real armada don Ignacio María de Alava, don Antonio Escaño y don José Salcedo; don Luis María de Salazar, intendente general; el gefe de escuadra don José de Espinosa Tello, secretario; el capitan de navío don Martin Fernandez Navarrete, contador; y don Manuel Sixto de Espinosa, tesorero del almirantazgo.

*

base en su trato aquel buen tono de la nobleza antigua de la corte de Versalles. Al contrario de aquel desgarro militar y aquella especie de franqueza soldadesca que usaba Beurnonville, el marques de Beauharnais pródigo con finura y con buen arte de aquellas gentilezas, que sin ser otra cosa que floreos dejan gustoso y satisfecho el amor propio, escaseaba las palabras en los asuntos de importancia, y se mostraba grave y circunspecto con estudiada parsimonia y compostura. Yo le traté muy poco, y sobre todo me guardé con él, cuanto me fué posible, de entrar en discusiones de política; se traslucia el emperador en su semblante como la luz ahogada de una linterna sorda. Toda su habilidad se mostró en esto; y con linterna sorda anduvo siempre, mal llevada, por fin de todo, al gusto de su dueño. Han dicho algunos que hice mal en no tratarlo mas de cerca ¿mas qué podia yo hacer con quien debia pensar que su camino lo traeria trazado en su cartera? El no habria dicho su secreto, mucho menos yo el mio; ¡triste de mí que aun esperaba, si la fortuna presentaba alguna buena coyuntura, poder vencer á Cárlos IV á asegurar su trono con las armas! Y al fin si yo hice mal en no intimarme con el precursor de Bonaparte, entre tan grandes pruebas de lealtad que dejé dadas, y contra tantas voces y mentiras tan groseras que esparcieron para perderme y para deslumbrar la España mis furiosos enemigos, aun me queda esta prueba mas que por desgracia se ignora-

ba entonces, y es que no fué conmigo con quien contó Beauharnais para empezar á dar carrera á los designios de su amo; que se asoció á este fin con mis contrarios, y se asoció para perderme y destruir del todo mi influencia. Si ésta le hubiera sido favorable, no habria tomado aquel camino tan tortuoso y tan ageno de un ilustre caballero y de un embajador acreditado cerca de Cárlos IV rey de las Españas, no cerca de su hijo; no se hubiera manchado torpemente hasta el estremo de hacerse agente y zurcidor de *felones* y traidores con el emperador de los franceses. Ya hablaré de esto mas extensamente en otra parte.

La primera encomienda del nuevo embajador fué de comunicarnos el famoso decreto del bloqueo continental de la Inglaterra, expedido en Berlin por Bonaparte en 21 de noviembre de 1806. Muchos han alabado esta medida como un desquite justo contra la tiranía marítima que usaban los ingleses: otros la han censurado amargamente como una nueva tiranía que condenaba á privaciones insufribles los pueblos de la Europa, y que por arruinar á la Inglaterra, cosa que no era dable sin que todas las naciones se hubieran convenido á un mismo tiempo en adherirse á aquel decreto, debia arruinar millares de familias y empobrecer el continente. Como quiera que lo entendiese cada uno, esto solo fué cierto, que el bloqueo continental no fué un sistema de bloqueo contra el comercio de Inglaterra, sino un

sistema de rapiña y latrocinio contra los pueblos mismos que pretendia Napoleon emancipar de la opresion inglesa. Ni las regencias berberiscas, ni los viejos soldanes de la Persia ó del Egipto habrian violado hasta tal punto la justicia que es debida en los negocios comerciales, como Napoleon y su gobierno llegaron á violarla bajo la capa del bloqueo. Lo que en Italia, en la Suiza, en la Holanda y en Alemania fué sufrido de expoliaciones, de miserias, de sufrimientos y dolores con pretexto de aquel decreto, excede toda cuenta. Y no se diga que exagero: he aquí por cima alguna parte de lo que en este asunto ha escrito en sus memorias M. de Bourienne, autor que puede ser creido:

«Nadie, dice, mejor que yo, se ha podido en»contrar en situacion mas propia para conocer toda »la *picardia* del sistema continental y para graduar »sus funestos resultados... Semejante decreto no »puede ser mirado sino como un acto de demencia »y de tiranía europea. No era un decreto de esta »especie, sino armadas, lo que debia oponerse á la »Inglaterra. Sin flotas, sin marina, era cosa ridícu»la declarar las islas Británicas en estado de blo»queo, mientras de hecho bloqueaban los ingleses »todos los puertos de la Francia. No siéndole posi»ble hacer lo mismo, suplió Napoleon su falta de »poder por el decreto de Berlin, y esta rara política »fue llamada el sistema continental, verdadero sis»tema *de dinero, de fraude y de pillage*. Cuesta hoy

»trabajo concebir como pudo sufrir la Europa aque»lla tiranía fiscal que hacia pagar á un precio exor»bitante los consumos que tres siglos de hábito ha»bian hecho necesarios á los pobres lo mismo que »á los ricos. Es tan falso que el solo objeto de esta me»dida fuese dañar á la Inglaterra, cuanto era visto »que se vendian licencias para comprar los géneros »ingleses, y que el oro solamente obtenia estos »privilegios.... La especulacion de estas licencias lle»gó á un extremo escandaloso, sin mas ventaja que »de enriquecer algunos aduladores, y contentar las »cortas miras y el capricho de algunos intrigantes... »En Hamburgo, bajo el gobierno de Davoust en »1811, un pobre padre de familia estuvo ya muy »cerca de haber sido ajusticiado por haber introdu»cido en el departamento del Elba un pequeño pi»lon de azúcar de que necesitaban en su casa, y esto »en el mismo tiempo en que Napoleon tal vez fir»maba una licencia para introducir millares de pi»lones. El contrabando en pequeño era castigo con »pena de muerte, y el gobierno lo hacia en gran»de.... Este odioso y brutal sistema, digno de los »tiempos de ignorancia y de barbarie, que aun ad»mitido en teoría hubiera sido impracticable en su »aplicacion, no ha sido todavía sellado bien de fir»me con la marca de la infamia.... Los que aconseja»ron al emperador aquel extravagante sistema, no »se cuidaron de reflexionar, que indignando y su»blevando la Europa por tal medio no podria menos

»de armarse toda ella contra aquella mano que la »exasperaba tan violentamente.... La prohibicion »del comercio y la severidad tan cruel y habitual »en el cumplimiento de aquella odiosa concepcion, »no eran realmente otra cosa que *un impuesto conti- »nental*.... Cantidades enormes de mercancías ingle- »sas y de géneros coloniales, se acumulaban en el »Holstein donde llegaban casi todas por Kiel y »Hudsum, y penetraban con el favor de los seguros. »Yo le escribí al emperador que aquel inevitable »contrabando se podria reemplazar en provecho del »fisco, concediendo el paso de los géneros por un »derecho igual al que constaban los seguros. Mi »dictámen fué oido, y en solo el año de 1811 ganó »el fisco mucho mas de sesenta millones. Mientras »tanto decian con entusiasmo los aduladores, que la »Inglaterra iba á arruinarse, impedida la entrada de »sus especies coloniales.... El decreto insensato de »Berlin á nadie hizo mas daño que al emperador, »concitandole el odio de los pueblos.... Se necesita ha- »ber sido testigo, concluye M. de Bourienne, como »yo lo he sido, de tantas vejaciones y de tantas mi- »serias causadas por el deplorable sistema continen- »tal, para concebir el mal que sus autores hicieron »á la Europa, los odios que excitaron, las vengan- »zas que provocaron, y la parte que tuvieron en la »caida del imperio (1).»

(1) *Mémoires de M. de Bourienne*, tomo VII, capítulo XV, desde la página 227 hasta la 240.

He traido á cuenta todo esto, porque á pesar de aquel sistema de contemplacion y paz á todo riesgo que comenzó á prevalecer en nuestra corte para con Bonaparte, en España no se sufrieron estos males y estas vejaciones que sufrian los demas pueblos aliados de la Francia, por mas que hubiesen sido provocados estos males por sus instigaciones, y por aquel dominio que comenzaba ya á afectar sobre nosotros. Bajo el pretexto de poner de acuerdo la ejecucion de aquel sistema entre nosotros con las medidas que al intento hacia tomar en Francia y en los demas países aliados, se nos indicó la ruin idea de establecer juzgados militares y ambulantes en persecucion del contrabando, y de agravar sus penas hasta la de muerte. Los españoles saben que no se hizo nada de esto, que la persecucion del contrabando fué la misma que de antes lo habia sido, sin agravar las penas ni distraer los delincuentes de sus jueces naturales; que la España no sufrió la falta de azúcar y cacao como las demas naciones; que nuestros buques de comercio, amparados en sus viages por la marina real, nos mantuvieron la abundancia de las especies coloniales, y nos sobró para vender á los franceses y á muchos otros pueblos de la Europa. No éramos desgraciados todavía comparativamente con los demas estados que dominaba Bonaparte; feliz, sí, mas que nosotros la nacion francesa, si por felicidad puede entenderse vivir de una gran gloria á expensas de la sangre de

sus hijos prodigada en todo el mundo, haber trocado por aquella gloria sus libertades mas queridas, y ser en aquel tiempo la primera esclava, ó por hablar mas propiamente, la gran sultana favorita entre las demas esclavas que su señor hacia en la Europa á la redonda.

Aun cuando Bonaparte no hubiese dado ya á entender sus intenciones contra el Portugal á don Benito Pardo, bastaba su decreto del bloqueo continental para inferir y no dudar de modo alguno que no podria pasarse mucho tiempo sin que se exigiese de aquel reino su total separacion de la Inglaterra. Lo que me dió mas inquietud acerca de esto, fue el observar que Bonaparte, sabiendo bien que nos hallábamos con fuerzas militares muy sobradas para cualquiera empresa, no nos pidiese entonces que fuesen empleadas en obligar al Portugal á renunciar á la Inglaterra y á entrar en su sistema. ¡Cómo lo hubiera yo querido, y qué medio tan cierto hubiera sido éste para romper las vallas que detenian á Cárlos IV en resolverse y entregarse á mi consejo de ocupar aquel reino! Mas Bonaparte no lo hizo: se reservaba ciertamente aquella empresa para acometerla él mismo, y á pesar del recelo que le daban nuestras tropas, ni una sola palabra nos fué dicha, ni directa ni indirecta, concerniente á tal objeto. ¿No hubiera sido aquel un medio de cumplir enteramente sus designios de cerrar el continente á los ingleses, de ocuparnos en favor suyo y quedar cier-

to de nosotros? ¡Porque se abstuvo de esto! ¡Oh con qué veras y qué inútilmente me esforzé yo entónces en demostrar al rey nuestro peligro de los tiempos venideros, y la necesidad premiosa que tenia la España de someter el Portugal, y de quitar de en medio aquel sillar que de pensado dejaba puesto Bonaparte para sus miras ulteriores! Cárlos IV me comprendia perfectamente: me daba la razon, mas no perdiendo la esperanza de que el gobierno portugues conociese mejor sus intereses y se aviniese con nosotros para evitar su riesgo y nuestro compromiso, dilataba poner en obra mis consejos como cosa que debia hacerse solamente en un extremo. Los dias eran contados: desperdiciáronse esperando, y el funesto sillar, el fatídico agarradero quedó puesto.

Mientras tanto no se olvidó Napoleon de buscar alguna prenda con que poder estar seguro de nosotros. En los dias récios que le trajo la campaña de Polonia, y cuando la fortuna parecia indecisa entre los rusos y franceses, invocó la amistad y la alianza de la España, y pidiónos se le auxiliase con una division de tropas nuestras. Hízolo en tiempo en que podia encubrir esta demanda con la necesidad en que se hallaba de redoblar sus fuerzas. La batalla de Preusch-Eylau le fué costosa en demasía: con muy pocas batallas como aquella, se habria visto arruinado para siempre. Venian marchando nuevas tropas de la Rusia, y daba muestras la Inglaterra de

querer obrár activamente segun el plan de lord Morpeth, que consistia en poner al grande ejército francés entre dos fuegos, reunir con este objeto en la Pomerania sueca cuarenta mil Ingleses, quince mil rusos, diez mil prusianos y veinte mil suecos, y atacar por la espalda á Bonaparte, al mismo tiempo que los rusos le atacarian en grande fuerza por su frente. Necesitaba aquel formar un nuevo cuerpo de ochenta á cien mil hombres, y establecer otra gran línea desde Magdeburgo hasta el Báltico sin desfalcar el grande ejército. A estos apuros se juntaba la incertidumbre en que Napoleon se hallaba de la intencion del Austria. Esta formaba entonces cuatro cuerpos de neutralidad armada al mando de los archiduques Cárlos, Juan, Fernando, y Maximiliano: la totalidad de las fuerzas austriacas bajo pie de guerra componia en aquel tiempo trescientos mil soldados, se hacia ademas una gran leva, se mandaba organizar en todas partes milicias nacionales, y en la Bohemia sobre todo se mostraba el Austria amenazante, revistiéndose en tal estado del papel de mediadora. Entonces fué tambien cuando Napoleon pidió la conscripcion anticipada de 1808 por su decreto dado en Hosterode (1), cuando hizo

(1) En 20 de marzo de 1807. En su mensage al senado conservador explicaba bien sus apuros cuando decia entre otras cosas las siguientes: «Todos los estados confinantes toman las armas. La Inglaterra acaba de man-

redoblar sus contingentes á sus confederados de Alemania, cuando la Italia, la Holanda y la Suiza fueron estrujadas inhumanamente para formar las grandes masas que necesitaba con urgencia.

Mi dictámen sobre aquel pedido fué de negarlo y emprender la guerra todavía, cierto de que el Austria entonces, de mediadora que se habia mostrado, acabaria por enemiga tomando parte en la demanda de los pueblos oprimidos. ¡Qué ocasion no fué aquella! La capital y las provincias de la Francia, aun en medio de la opresion, mostraban su disgusto sin saber disimularlo; se temió un movimiento, y muy pocos habrá que ignoren en la Francia que por entonces fué la primera tentativa de un trastorno del imperio por el general Mallet, tenta-

---

»dar se pongan sobre ellas otros doscientos mil hombres.
»Varias potencias levantan igualmente considerables ejér»citos. Por formidables y numerosos que sean los nues»trós, las disposiciones que abraza el proyecto del sena»do-consulto nos parecen, aunque del todo no fuesen ne»cesarias, á lo menos útiles y convenientes. Es necesario »que nuestros enemigos á la vista de la triple barrera de »nuestros ejércitos, bien asi como al aspecto de la triple »cadena de plazas fuertes que defienden nuestras mas im»portantes fronteras, pierdan enteramente todas sus es»peranzas, etc.» El informe del mariscal Berthier, ministro de la guerra, era todavía mas apretante y mas explícito; la realidad de los peligros que corria Bonaparte, mucho mayor que cuanto se indicaba por escrito. Los fondos públicos bajaron.

tiva en la cual se dijo haber entrado algunos senadores. El descontento general, la incertidumbre de los ánimos y las sordas agitaciones que se notaban en la Francia, dejaban presentir que era posible y muy posible una explosion, al primer contratiempo que habria tenido Bonaparte. ¿Erraba yo en querer la guerra?

Dirá tal vez alguno que me contradecia yo mismo, ora en querer la guerra contra el emperador de los franceses, ora en aconsejar la ocupacion del Portugal, favoreciendo en esto sus designios. No era en verdad contradiccion; era una disyuntiva, dos caminos que se ofrecian para salvar mi pátria de los riesgos de que se hallaba amenazada. No adoptado el primer camino, aconsejaba yo el segundo, y entrambos eran justos, porque eran necesarios uno ú otro. Ocupar el Portugal por mas ó menos tiempo y obligarle á marchar en nuestro mismo rumbo de política, no era servir las miras del emperador de los franceses, sino valerme de ellas contra él mismo; tal vez tambien en favor suyo, si se quiere, porque quitándole el pretexto y la ocasion de penetrar en nuestro suelo, no hubiera cometido el atentado y el yerro capital que trajo en fin su ruina y le dejó una mancha eterna.

Otra seria mi suerte hoy dia si hubiera sido oido. No lo fuí por mi desgracia y la de la España, y yo llevé el pecado que no hice. No acuse nadie de esto á Cárlos IV. Los consejos contrarios le abatie-

ron; entre estos, sobre todo, los consejos estudiados y capciosos de mis enemigos. Un nuevo campeon, el que jamas se habia metido en los negocios de política, el que vivió una vida retirada y silenciosa entre sus devociones y sus telares de bordados, ó bien tocando la zampoña que era su instrumento favorito, el pacífico infante don Antonio, salió de su quietud, se alistó en la faccion de su sobrino, y se hizo un instrumento y un nuevo arrimadizo para quitar á Cárlos IV toda idea de empresas belicosas, para alabarle á Bonaparte y para darle confianza en sus virtudes. Don Antonio Pascual no comprendia las intenciones de los que le movian y le arrastraban contra su propio hermano bajo la sola idea de contrariar mi influjo, de disuadir la guerra, de estrechar mas y mas nuestra amistad con el emperador de los franceses, y preparar al príncipe Fernando las soñadas bodas imperiales.

Dióse en fin el socorro que pedia el emperador, á la verdad no tan cumplido como deseára, bastante empero para sus designios; no que precisamente fuera su intencion debilitarnos; parte de aquellas tropas que se dieron bajo su misma indicacion, fueron las que se hallaban en Toscana un año antes. Sus principales miras eran comprometernos con las demas potencias beligerantes, quitarles la esperanza de que la España cooperase en favor de ellas, desanimar al Austria, y estar seguro de nosotros mientras se debatia en el norte y terminaba la campaña.

Logró al fin que se viese entre sus filas la bandera castellana. En el largo discurso de mi mando no habian dañado nuestras tropas pueblo alguno que nos hubiese sido inofensivo: por la primera vez despues de tanto tiempo sucumbió nuestra corte, á pesar mio, á la dura fatalidad á que cedieron antes otros pueblos. No perdí empero la esperanza de que algun suceso favorable de entre tantos futuros contingentes que eran dables, nos volviese otra vez á nuestra entera independencia en los negocios de la Europa; aun esperé con fé española que nos seria posible todavía pelear por su salud y por la nuestra inminentemente amenazada. Mis postreras palabras al marques de la Romana al despedirnos fueron estas: «Marques mio, mi verdadero amigo con quien puedo mostrarme abiertamente; mientras que sea preciso militar con los franceses, peleando en favor de ellos sosten como tú sabes el honor de nuestras armas, como lo sostuviste cuando lidiabas contra ellos. Pero está sobre aviso, porque será posible todavía que les hagamos la guerra. Si llegare este caso, yo te instruiré con tiempo por Hamburgo, y tú libertarás tu division de que sea hecha prisionera: cuenta con la Suecia donde hallarás asilo. La fortuna tal vez podrá ofrecerte la ocasion propicia de acometer alguna hazaña que haga eterna tu memoria.»

CAPITULO XXVI.

Prosperidad de nuestras armas en América. — Tentativas del partidario don Francisco Miranda sobre las provincias de Tierrafirme. — Invasion de Buenos-Aires por sir Home Popham. — Reconquista de aquella ciudad por don Santiago Liniers. — Nueva expedicion inglesa contra aquel vireinato. — Ocupacion de la Banda Oriental y toma de Montevideo por las tropas enemigas. — Ataque de Buenos-Aires. — Defensa heróica de la ciudad bajo el mando de Liniers. — Derrota completa del ejército británico. — Capitulacion que le fué concedida á condicion de evacuar á Montevideo y reembarcarse. — Un rasgo generoso de lord Holland. — Vuelta de Bálmis de su viage al rededor del mundo para la propagacion de la vacuna.

Los rencores de Mr. Pitt contra la Francia y contra España, y su tenaz designio de emancipar la América española y de abrir á la industria y al comercio de su pâtria aquellas ricas posesiones, fueron como una especie de legado y de disposicion testamentaria que aceptaron sus diversos sucesores, sin que jamás abandonasen, ni en la guerra ni en la paz, aquel proyecto codicioso, por cierto no logrado mientras que tuvo el cetro Cárlos IV, batallando lo mas del tiempo con la Gran Bretaña en desigual contienda, pero cumplido en fin bajo el

reinado de su hijo mientras aquella fué su amiga y aliada y gobernaron mis contrarios. Voy á contar los triunfos que alegraron los postreros años del reinado de aquel augusto anciano, á quien de hoy mas, caidos ya en oprobio para siempre sus inicuos detractores y enemigos, le volverá la España juntamente con la historia la memoria honrosa que le debe.

Cuando Pitt murió, tenia pendientes sus intrigas y proyectos contra el sud de nuestra América; las atenciones graves y continuas que le ofrecia la Europa le habian hecho prorogarlos mal su grado. Sir Home Popham, comandante general de las fuerzas navales destinadas contra el cabo de Buena-Esperanza, llevaba el doble encargo de invadir las provincias de la Plata y de tentar su primer golpe en aquel punto sobre la capital del vireinato, mientras el llamado general Miranda, instrumento empleado ya otras veces vanamente por el ministro inglés para agitar la América española, caeria sobre el pais de Venezuela y alzaria en la Colombia el estandarte de la independencia. El comandante inglés, y el revoltoso Caraqueño, concertaron los medios de poner por obra simultáneamente aquellas dos empresas, y aprobados sus planes por Mr. Pitt y lord Melville, partieron cada uno á su destino (1).

(1) Don Francisco Miranda, natural de Caracas, comenzó su desastrada carrera militar y política al tiempo

Dirigióse Miranda á Nueva-York surtido largamente de dinero y puesta á su servicio una goleta inglesa bien cargada de pertrechos. Allí trabó amistad con varios armadores, se allegó algunos entusiastas, reclutó gente advenediza, fletó el navío *Leandro*, y no pudiendo estar mas tiempo de aquel modo en un pais amigo de la España, trasladó su armamento á Jacomelo en donde se reunian mayores fuerzas que le fueron enviadas desde Puerto-Príncipe, entre ellas dos corbetas, *Baco* y la *Abeja*, bien provistas y artilladas. En aquel puerto organi-

---

de la insurreccion de las colonias inglesas contra su metrópoli, dejando su patria y pasando á aquellos estados, donde tomó partido entre las filas de los voluntarios franceses que asistieron á los Anglo-Americanos. Despues, por una inconsecuencia difícil de explicarse, vino á Europa donde militó bajo las banderas de la emperatriz de Rusia Carolina II. Oido allí el primer grito de la revolucion francesa, vino á buscar en ella su elemento mas querido, se adquirió la boga popular por la exageracion de sus ideas democráticas, corrió á las armas con la muchedumbre, y subió en poco tiempo hasta el grado de general de division, que ejerció con desigual fortuna, ora próspera, ora adversa. Mal visto y procesado despues del gran desastre que sufrieron los franceses en la batalla de Neerwinden donde mandaba el ala izquierda, escapó del suplicio como por milagro; pero perdida su opinion y enredado despues en mil intrigas de partido, fué expulsado de la Francia. Vacante entonces su ambicion en las regiones de la Europa, volvió su vista hácia la América, y se propuso nada menos que hacerse un nuevo Washington en las colonias españolas. Muy poco escrupuloso

zó sus tercios, los ejercitó en las armas, dió sus patentes de oficiales, se hizo reconocer por comandante general de las tropas colombianas, y preparó sus planes sediciosos, sus correos, sus proclamas y sus cartas á todas las provincias. Recibido el aviso de estar listo el general inglés que debia atacar á Buenos-Aires, se hizo á la vela para Orua en 10 de abril, y el 19 pareció sobre las costas de Caracas.

Mas todo estaba ya provisto para la defensa, y lo que valia mas, y por lo cual ninguna tentativa del rebelde podia tener buen logro, la lealtad del pais nunca se habia mostrado tan igual, tan positiva y tan síncera como entonces. Las proclamas in-

---

acerca de los medios para poner por obra sus ideas, fué á buscarlos á Inglaterra y á brindarse y á ayudarla contra su propia patria. Pitt encontró en Miranda un instrumento propio á sus designios, y ensayó muchas veces por su mano revolver nuestras Américas. La última empresa de este género que acometió Miranda durante el reinado de Cárlos IV, tan inútilmente como siempre, pero con mas auxilios y en mayor escala que las anteriores, fué la que concertó con Mr. Pitt, en 1805, y probó á ejecutar en el siguiente año de 1806. Rebeladas despues las provincias de Tierrafirme, por el año de 1810, tuvo una parte activa en aquellas turbulencias, y hecho general y dictador concluyó su infeliz carrera por capitular con el general español Monteverde y entregarle la Colombia. La enemistad de sus compatricios le entregó despues al mismo general, el cual le envió en seguida á España bajo partida de registro. Miranda murió en Cadiz, prisionero en una torre.

cendiarias de Miranda no habian hallado ningun eco en las provincias. Las costas fueron inundadas de escritos turbulentos; cuantos los encontraban dábanse prisa á presentarlos á las autoridades. Muchas cartas de aquel caudillo infiel que llegaron á penetrar en las correspondencias del comercio, los que las recibieron las trajeron al gobierno, sin temer hacerse sospechosos. De todas partes una misma voz de verdaderos hijos de su antigua madre España: creyendo que el peligro era mas grande de lo que al fin fué visto, cada cual hacia su ofrenda, unos de armas, otros de caballos, estotros de caudales, listos todos con sus personas á la comun defensa. No menos generoso que los pueblos, evitó el gobierno toda medida odiosa y preventiva de las que en tales casos son usadas, fiando mas en el pais que en las fuerzas militares, inútiles del todo en aquel riesgo si se hubiera alzado en masa la Colombia. Cosa difícil de creerse, pero cierta, que no se vió en el pais ni un solo cómplice ni partidario alguno de Miranda, que no hubo ningun preso por aquel motivo de entre los naturales, y que en ninguno se notó una conducta equívoca. Este fué un hecho de que quedan todavía millares de testigos (1).

(1) Es de notar aquí que en ninguna otra parte de la América se habian mostrado tanto en otro tiempo las ideas de libertad é independencia como en la Colombia. Fué precisamente donde se permitió arribar y hacer des-

Podrá alguno preguntar cómo fué aquel arrojo de Miranda á tal empresa sin contar en el pais con el apoyo de un partido; pero él mismo lo dijo á sus amigos: su desengaño vino tarde; tenia empeñada su palabra y le estrechaban á cumplirla sus muchos acreedores. El primero de todos estos era el gobierno inglés que habia hecho el mayor gasto; quiso pasar mas bien por temerario que por tramposo ó por cobarde. Su desaliento fué el mas grande delante de un pais que lo encontraba mudo entera-

---

canso á los Franceses que acudieron á llevar auxilio á la revolucion de las colonias de Inglaterra; varios jóvenes colombianos, y uno de ellos Miranda, se alistaron entre sus filas, y en el pais quedó un fermento peligroso que no tardó en causar agitaciones y trastornos. Aun habrá algunos que se acuerden de la formidable insurreccion que por el año de 1781 se movió en la provincia de Socorro, por resultas, ni mas ni menos, como en la América del Norte, de un tributo nuevo que se mandó imponer á aquellos habitantes. El conde de Floridablanca, el mismo que habia permitido que hiciesen allí escala los ardorosos voluntarios de la Francia, vengó luego su propio yerro con los durísimos rigores que ordenó contra los pueblos de aquel vasto territorio, despues de sometido, mas bien que por las armas, por la religiosa intervencion del arzobispo de Bogotá. Los resentimientos y las quejas de los Colombianos duraron largo tiempo, y aun bajo Cárlos IV tardaron en gastarse mas de doce años; pero el sistema largo y generoso que se adoptó por punto general y por ligeras graduaciones en todas las Américas, produjo allí tambien el mismo efecto favorable que en

mente. No pusieron pie en tierra sino algunos de sus oficiales y soldados que intentaron sorprender en las tinieblas de la noche la fortaleza de Ocumare: sin dispararse un solo tiro cayeron todos prisioneros. Debian seguirles los demas y se aprestaba el desembarque, cuando dos bajeles nuestros, el *Argos* y el *Zeloso*, rodearon las dos corbetas enemigas y se hicieron dueños de ellas. Miranda huyó en el *San Leandro* sin detenerse á recoger á muchos desdichados que se arrojaron á las olas por salvarse.

---

los otros vireinatos. La adhesion y la lealtad de los dominios de ultramar á su metrópoli tomó otra nueva vida, fue sincera y se hizo igual en todas partes como nunca se habia visto. Y diré aquí por incidencia á los que temen la instruccion y los progresos de las luces, que la entrada juiciosa y razonable que se les dió en mi tiempo en aquellas regiones, donde la ciencia fué tratada por tres siglos con mas rigor que el contrabando y que la peste, ayudó á procurarnos la leal correspondencia y la fidelidad de que ofrecieron tantos rasgos, no comunes, sino heróicos, en los dias de Cárlos IV. Los pueblos ignorantes soportarán el yugo mas ó menos tiempo mientras que nadie los agite; pero ningunos mas inciertos, mas desleales y temibles si hay quien les dé un impulso para rebelarse. No fué en verdad la ilustracion la que hizo alzarse las Américas mas tarde; fué la mala política, fué el no saber tratarlas como las habia tratado Cárlos IV; fué sobre todo la opresion y la bárbara esclavitud á que quisieron obligarlas los que rigieron y mandaron bajo el rey Fernando VII. Hasta entonces no consiguieron los ingleses rebelarlas. Cuanto hicieron, cuanto movieron y gastaron en mi tiempo por lograrlo, fué perdido.

La goleta inglesa habia ya huido desde el principio del combate.

Tan infeliz ensayo no bastó á corregir al temerario aventurero. Refugiado en la Trinidad, aumentó su malicia, y el gobierno inglés le proveyó no tan solo de dinero, mas de fuerzas navales respetables para aquellos mares, dos fragatas de guerra, una corbeta, tres bergantines, dos goletas y algunos barcos de trasporte. Este armamento estuvo listo en fin de julio, y apareció á lo largo de las costas colombianas amenazando varios puntos y llevado y traido muchas veces con soberbio alarde de un estremo á otro para incitar los pueblos; la postrera esperanza de Miranda, que los juzgó acallados por la fuerza y creyó alentarlos y moverlos haciendo una gran muestra de las suyas. Su primera tentativa fué la de apoderarse de la Margarita, establecer en ella su arsenal y asegurar en aquel punto su plan de operaciones. Rechazado dos veces de la isla sin poder hacer el desembarco, osó en fin aventurar su golpe en Coro, en donde, distraidas nuestras fuerzas á otras partes que se habian creido mas amenazadas, logró desembarcar y echar en tierra unos seiscientos hombres. Todos los principales habitantes, sin que ninguno lo mandase, se internaron de su propio acuerdo. El comandante de aquel puerto se apostó y atrincheróse como á una legua de distancia mientras llegaban nuevas fuerzas: tardaron éstas en llegar unos seis dias. Miranda no pasó mas

adelante; esperaba tener noticias de otro ataque simultáneo que ordenó hacer sobre la Guaira: este ataque no llegó á hacerse; no hubo quien se arriesgase á practicarlo á ciencia cierta de perderse. Mientras tanto cargaron tropas sobre Coro, y despues de un combate en que perdió Miranda doscientos de los suyos, se vió obligado á reembarcarse y dió de mano á sus designios. Sin que el pais se hubiese alzado, era imposible realizarlos. Su postrer desengaño lo vió en Coro; ni un solo hombre de la plebe quiso agregarse á su bandera. Oro, proclamas y promesas, todo fué empleado inútilmente. Desde el Orinoco al golfo Darien, en donde quiera que probó á entablar sus relaciones, no halló quien respondiese á su llamada (1).

Por este mismo tiempo con poca diferencia, los ingleses, con menos fuerzas que Miranda, pero con mas ingenio y osadía, lograron sorprender á Buenos-Aires, por el descuido en un principio, y despues por cegacion y aturdimiento del virey marques de Sobremonte. Los ingleses consiguieron esparcir y acreditar la voz de que venian en número de seis

---

(1) El capitan general que mandaba entonces la provincia de Venezuela era el mariscal de campo don Manuel de Guevara Vasconcelos; el gobernador de la Margarita, el coronel don Miguel de Herrera; el comandante de la Guaira, el coronel don José Vazquez, y el de Coro, el coronel don José Franco.

mil hombres; la multitud de velas y de barcos de trasporte que se mostraron en el rio contribuyeron á este engaño. Junto á esto sus estudiadas maniobras, una reparticion que aparentaron de sus buques en cuatro divisiones, y los diversos giros que tomaron, dieron lugar á hacer creer que meditaban un ataque simultáneo en la Ensenada de Barragan, en las Balisas, en la punta de los Olivos y en las Conchas. Preocupóse el virey, y dividió sus fuerzas malamente sin concebir ni sospechar el plan del enemigo. Realizado el primer ataque en la Ensenada y rechazados los ingleses de aquel punto, al amanecer del dia siguiente invadieron la punta de los Quilmes, en donde menos se aguardaban, y en menos de dos dias fué ocupada la ciudad por mil seiscientos hombres, fuerza total del enemigo, en vez de seis mil hombres que se pensó tener encima. Aun creyéndolo así, aquellos habitantes habian pedido armas para defenderse; pero el virey no quiso ni lo creyó posible, porque no supo calcular como debiera el patriotismo de aquellos naturales. Parecióle mejor partir á lo interior y reunir un buen ejército. Capituló la fortaleza en 28 de junio, y el virey se fué á Córdoba.

No logró empero el enemigo sostenerse en Buenos-Aires sino un mes y algunos dias. Los habitantes indignados buscaban un caudillo para alzarse y sacudir el yugo de aquel puñado de extrangeros. Muchos se presentaron y les ofrecieron dirigirlos.

Fué preferido un oficial de la marina real, D. Santiago Liniers, sugeto conocido en la provincia por su valor, por su prudencia, por su lealtad y sus talentos militares (1). Este oficial, que en la Ensenada habia hecho frente á los Ingleses con feliz suceso, penetró en la ciudad con trage de paisano cuando se encontraba ya rendida, disuadió á los patricios de tentar el alzamiento sin contar con un apoyo de fuerzas militares bien disciplinadas, les prometió reunirlas, y partió á Montevideo. El comandante de aquel puerto, D. Pascual Ruiz Huidobro, preparaba ya una expedicion de dos mil hombres para recobrar á Buenos-Aires, cuando llegó Liniers y se ofreció á librar la capital con tan solo seiscientos hombres de tropas escogidas, con los marinos y artilleros que él mandaba en aquel puerto, y con los buques que tenia ya armados Ruiz Huidobro para aquella empresa. Díjole que era expuesto desprenderse de mas gente, porque habia oido en el camino que los Ingleses aguardaban un refuerzo y que

(1) En algunas relaciones de los sucesos de Buenos-Aires, se ha dicho que Liniers era un frances aventurero. No era sino Español, aunque de orígen frances. Su carrera militar la comenzó, por el año de 1775, en calidad de guardia marina. Se habia encontrado en las principales expediciones de su tiempo, era caballero de la órden de san Juan, habia subido hasta el grado de capitan de navío, y era á la sazon comandante general de las fuerzas sutiles en el puerto de Montevideo.

intentaban atacar aquella plaza aun con mayor empeño que la capital del vireinato. Tenian aquellos á la vista tres navíos, una fragata, dos bergantines, dos ó tres bombardas y diez lanchas cañoneras.

A ningun otro que á Liniers habria fiado el comandante Huidobro aquella empresa. Le conocia por experiencia, y le hizo dueño de ella. Dióle á escoger su tropa y mandó partir á la Colonia del Sacramento cuatro zumacas, dos goletas, seis cañoneras y diez buques de trasporte. Esta escuadrilla, puesta al mando del excelente capitan don Juan Gutierrez de la Concha, burló el crucero de los enemigos y arribó á la Colonia felizmente. Liniers llegó por tierra al mismo punto superando estorbos indecibles que ofrecian las lluvias, desbordados los rios y rebosando los pantanos. Reforzó allí sus tropas con cien hombres de las milicias del pais, y en la noche del 3 de agosto dió á la vela, amaneció en las Conchas y en menos de una hora desembarcó su gente. De allí, de puesto en puesto, desalojando siempre las guerrillas enemigas, llegó el 10 hasta los *Mataderos del Miserere* siendo un continuo triunfo su camino. Sus excelentes artilleros ahuyentaron las lanchas que hacian fuego desde las Balisas, y aun el mismo Liniers quiso apuntar á una fragata y tuvo tal acierto, que le cortó la pena de mesana y la bandera inglesa cayó al agua, feliz agüero para nuestras tropas que proclamaron su victoria desde aquel instante. Inmediato ya á la ciudad, or-

denó Liniers su plan de ataque, hizo una intimacion al comandante ingles Carr-Beresford que habia contado los soldados españoles desde el fuerte, y que creyendo suyo el triunfo la desechó con arrogancia. La mitad de sus tropas hacian frente en el Retiro, la otra mitad la repartió en las azoteas y en las calles y las plazas bien atrincheradas. Tomar las baterías y apoderarse nuestra gente del Retiro fué un instante. Al fuego de metralla que hacian nuestros obuses desparramóse el enemigo y huyó cobardemente á la ciudad, dejando en poder nuestro todos los almacenes y repuestos que custodiaba en aquel punto. Dos dias despues, el 12, todo bien preparado, se realizó la entrada en la ciudad á viva fuerza; los paisanos armados que seguian detras de nuestras tropas y acudian por millares, conducian ellos mismos los cañones, é introducian las armas en las casas no ocupadas: vióse á un tiempo asaltado el enemigo por los que venian de afuera y los que estaban dentro donde cada habitante fué un soldado. Cuatrocientos ingleses quedaron en las calles y en las casas entre muertos y heridos. Los demas, refugiados en el fuerte, pretendieron hacerse firmes un instante, mas oian pedir á gritos el asalto y veian prepararse las escalas y apiñarse el pueblo en masa, Beresford no osó mandar tirar y enarboló bandera blanca. *Al asalto! al asalto!* gritaban todavía las turbas populares sin que ni Liniers mismo fuese parte á contenerlas, ni ellas tuviesen cuenta del

riesgo que corrian si el general ingles mandara disparar las baterías. ¿Mas cómo lo habria osado? La poblacion entera marchaba contra el fuerte, el rebato sonaba en todas las iglesias, y de afuera de la ciudad llovia mas gente todavía, armado todo el mundo. Beresford tiró su espada desde las almenas y hacia entender con toda suerte de señales que queria entregarse. *La bandera española! la bandera española!* gritaba todavía la innumerable muchedumbre; y la querida insignia castellana fue al momento izada en los cuatro baluartes. El furor popular comenzó entonces á aplacarse, y á los clamores de la ira y á los terribles golpes del rebato, se sucedieron luego las aclamaciones, las músicas marciales, los repiques y las salvas. El general ingles se entregó á discrecion, mil y doscientos hombres quedaron prisioneros; los géneros ingleses introducidos en la plaza mientras se halló ocupada, fueron todos confiscados. Nuestro botin y nuestras presas, confesadas por los ingleses en sus papeles públicos, ascendieron á tres millones y algo mas de pesos fuertes. De las contribuciones que impusieron se rescató una parte. Cuanto no estaba ya embarcado de los fondos que tomaron de las arcas reales y de la plata que robaron, nos fué tambien devuelto. Contaré en fin lo que fué publico y los ingleses mismos admirados refirieron, que durante la ocupacion no vendieron ni un hilacho en la feria que abrieron de sus géneros, no habiendo habido quien

comprase, aun ofrecidos á vil precio: tal era el patriotismo de aquellos habitantes (1)!

La conquista de Buenos-Aires se comenzaba á celebrar en Inglaterra con alborozo universal de los tres reinos, cuando llegó la triste nueva de su pérdida. El ministerio ingles, que poco antes recibia y aceptaba los parabienes generales y se habia apre-

---

(1) Debo añadir en este lugar que la rendicion del fuerte fué anunciada en Inglaterra como el resultado de una capitulacion honrosa ajustada con el comandante Liniers. Los ingleses no decian verdad en esto, y sin embargo no mentian, porque nuestro generoso marino, aun rendido á discrecion el enemigo, quiso cubrir el honor del general Beresford, á cuyo fin mandó hacer los honores de la guerra á la guarnicion inglesa, y ocho dias despues de rendida tuvo la condescendencia de hacer extender y figurar un acto de capitulacion, con cuyo documento quedase mejor puesta la reputacion de aquel general cerca de su gobierno. Para obrar asi tuvo Liniers en consideracion aquella especie de cordura que mostró Beresford absteniéndose de hacer fuego, cuando, izada y desatendida la bandera blanca, se agolpó la muchedumbre y llegó hasta el rastrillo intentando el asalto. El general ingles cumplió despues muy mal quebrantando su palabra de honor bajo la cual fué dejado en libertad en Buenos-Aires, y de donde fué forzoso retirarle poco tiempo despues por la zizaña sediciosa con que se atrevió á tentar la fidelidad de aquellos habitantes. Internado á Lujan, poco distante de la capital, se fugó de allí con el coronel Pack, esparciendo la especie para justificarse de que la capitulacion habia sido violada, y calumniando con mil falsedades la conducta de su bienhechor Liniers.

curado á enviar refuerzos á aquel punto para conservarlo, por una inconsecuencia muy frecuente en los que mandan, pretendió lavar sus manos acusando á Popham de haber acometido aquella empresa voluntariamente, sin tener órden para ella y posponiendo otros encargos diferentes que el almirantazgo le habia hecho (1). No obstante esto, aquel mismo ministerio que pretendida apartar de sí por aquel modo la vergüenza de la humillacion sufrida en Buenos-Aires, tomó luego con mayor empeño, á cuenta y nombre suyo, redimir aquella afrenta y comenzar de nuevo la grande empresa malograda.

---

(1) Sir Home Popham fué con efecto puesto en juicio ante la cámara de guerra en 6 de marzo de 1807. Su defensa puso en claro los encargos que le habia hecho Mr. Pitt en los términos que fueron referidos mas arriba, y la combinacion que aprobó aquel ministro de las dos expediciones, en cuanto al tiempo y los medios de ellas, la una sobre Tierrafirme y la otra sobre las provincias de la Plata. Sus testigos fueron lord Melville, lord Barham, Mr. Sturges Bourne, secretario de la tesoreria en tiempo de Mr. Pitt, Mr. Huskisson y diferentes otros sugetos que intervinieron en la invencion de planes y medidas que se discurrieron y adoptaron para sublevar la América del Sud y arrancarla á su metrópoli. Aun sin estos testimonios habrian bastado para prueba diferentes manufacturas de estofas fabricadas en Londres, que fueron aprehendidas en Buenos-Aires y en Coro, en cuyas pinturas, emblemas é inscripciones se encontraba una patente demostracion de la identidad de miras y del perfecto acuerdo que reinaba en las expediciones de Popham y

Pocos asuntos tomó por aquel tiempo tan á pechos la Inglaterra, como la conquista entera de las provincias de la Plata. A las fuerzas navales que habia mandado sir Home Popham, se habian juntado en pocos meses las que fueron enviadas sucesivamente de los puertos ingleses, puestas al cargo del almirante Stirling, las que se añadieron y llegaron del Cabo de Buena-Esperanza, y las que se hicieron venir de Santa-Helena comandadas por el almirante Muray, á quien, hecha la reunion de todas ellas, fué cometido el mando en gefe. El ejército de operaciones con que debia invadirse el vireinato, sin exceder en esta cuenta las relaciones mismas oficia-

---

de Miranda. Citaré aquí solamente la composicion de un gran pañuelo que fué enviado á nuestra corte para muestra. Tenia estampados en los cuatro ángulos los retratos de sir Home Popham, del mayor general Beresford, de Washington, y de Miranda. En el centro se veia el de Cristobal Colon rodeado de insignias navales y quitando de una columna las armas de Castilla. De su boca salia este mote: *Alba del dia de la América meridional.* En los cuarteles interiores se representaba la Inglaterra rompiendo las cadenas de la América, y á sus pies un leon desfallecido; un puerto lleno de naos empavesadas de todas las naciones, la diosa de la libertad con todos sus atributos, y Astrea escribiendo una constitucion americana. En las orlas se contenian las siguientes inscripciones: *No es conquista, sino union. — Religion y sus santos ministros protegidos. — Personas, conciencias y comercio libres.*

les que publicaron los ingleses, llegó á tener quince mil hombres. La Colonia del Sacramento fué ocupada fácilmente. Montevideo, despues de cuatro meses de bloqueo y de ataques obstinados de la una y otra parte, asi por mar como por tierra, resistió dos asaltos, y en febrero de 1807 sucumbió al tercero. Dueños enteramente los ingleses de la orilla izquierda y dominando el rio con mas de ochenta velas, aun se tardaron cuatro meses en disponer su ataque contra Buenos-Aires. Probaron con el oro, con amenazas, con promesas y con alardes ostentosos á corromper ó á quebrantar los ánimos. Pero fué en vano: soldados y habitantes juraron morir todos primero que entregarse al enemigo. Liniers habia reunido diez mil hombres entre tropas veteranas, milicias del pais disciplinadas, y cuerpos voluntarios que llegaron de las provincias interiores (1). La defensa de la ciudad fué concertada de tal modo, que aunque acometiesen los ingleses con fuerzas triplicadas de las que habian juntado, se es-

(1) En este número deben contarse tres mil hombres que el virey dirigió desde Córdoba donde se hallaba enfermo, ó fingió estarlo por temor de hallar una mala acogida en la ciudad que habia desamparado en la anterior tentativa de los ingleses. Juntamente con aquel refuerzo envió plenas facultades á Liniers para proseguir en el mando de las tropas y de toda la provincia, en lo cual no hizo otra cosa que confirmar la voluntad decidida del pais hácia su héroe libertador.

trellasen contra ella. Estos pensaron de otro modo y dispusieron el ataque en fin de junio. He aquí las fuerzas que llevaron casi cantando la victoria:

Los regimientos 5º, 38º, y 87º de infantería al mando del brigadier general sir Samuel Auchmuty;

Ocho compañías del regimiento 95º, y otras nueve de infantería ligera, al del brigadier general Crawfurd;

Todos los dragones desmontados, y cinco compañías de infantería ligera, al del coronel Lloyd;

Cuatro escuadrones del 6º de guardias dragones, el 9º de dragones ligeros, y los regimientos 40º y 45º de infantería, al del coronel Mahon;

El 17º de dragones ligeros, y el 36º y 88º de infantería, al del brigadier general Guillermo Lumley;

Cuatro escuadrones de carabineros, al del teniente coronel Kingston;

Tres brigadas de artillería ligera al mando del capitan Fraser;

Cuatrocientos cuarenta artilleros de marina con los trenes correspondientes, al mando de los capitanes Rowley, Prevost y Joycer;

Un cuerpo de reserva de marineros y tropas sueltas de marina para auxiliar el desembarco, al mando del capitan Bayntun.

Toda esta gente fué desembarcada el 25 de junio en la Ensenada de Barragan bajo el amparo de la numerosa flota que dirigió y mandó en persona el almirante Jorge Murray, asistido de los capitanes y

*

comandantes del navío el *Sarraceno*, y de las fragatas, bergantines y zumacas, la *Medusa*, la *Tisbe* el *Staunch*, el *Protector*, el *Fly*, *el Faisan*, el *Haughty*, la *Rolla*, el *Reasonable*, el *Flying-Fish*, el *Encounter*, la *Olimpia*, etc. «Era de ver, decian las »relaciones, el lujo de bajeles, de lanchas cañone»ras y barcos de trasporte que desplegaron los in»gleses en el rio. Tal parecia á lo lejos en un espa»cio dilatado como una larga selva blanqueada por »las nieves y mecida por los vientos. Las naves ene»migas aquí subian, allí bajaban, amenazando á »un mismo tiempo todos los lugares accesibles. Se »conocia el empeño porfiado de atraernos á la ribe»ra, abandonada por nosotros de propósito, de pe»lear bajo el amparo de sus naves, de quebrantar »allí nuestros soldados, de asombrar la ciudad y »conseguir su rendimiento sin arriesgarse al duro »trance de embestirla. Pero lejos de intimidarse, al »mucho aliento que le daba su confianza en el ejér»cito, juntaba el suyo propio la ciudad heróica, en »donde nadie estaba ocioso, en donde todos tenian »armas y un abundante acopio de material de guer»ra, donde necesitaba el enemigo empeñar un asalto »en cada casa y un batallon en càda calle, donde »entre tanta gente no habia mas interes ni mas par»tido que la pátria, y donde el grito general de sol»dados y paisanos no era otro que *España* y la *Vic»toria.*»

Vióse pues obligado el enemigo á pelear sin el

amparo de sus naos y á retirarse de ellas, á las que no debia volver sino vencido y humillado. Cuatro dias tardó en llegar hasta los Quilmes sin hallar mas obstáculos que los pantanos, las cortaduras y albardones que ofrecia aquel suelo cenagoso. Venia en número de diez mil hombres; el general John Whitelock á su cabeza: la columna de la derecha bajo el mando del mayor general Leveson Gonver; la de la izquierda, comandada por el general Auchmuty, y el centro puesto á cargo del general Craufurd. Una columna de reserva bajo el mando del general Lumley seguia de lejos al ejército.

Liniers, dejada en la ciudad la fuerza necesaria y el cuerpo de ingenieros para auxiliar y dirigir al vecindario armado, estableció su posicion con el grueso de sus tropas á la derecha del Riachuelo junto al puente de Barracas, punto casi forzoso y natural que debia buscar el enemigo para seguir á la ciudad, á no esguazar el rio y seguir un camino muy difícil por la izquierda para poder llevar la artillería. La total fuerza de Liniers en aquel punto era de ocho mil hombres, seis mil de estos en la línea de defensa, y otros dos mil en dos columnas de reserva. Su ala derecha la mandaba el coronel don César Salviani, la izquierda el de igual clase gobernador del Paraguay don Bernardo de Velasco; el centro estaba al mando del coronel comandante de la campaña de Montevideo don Francisco Javier Elío, y la reserva al cargo del capitan de

navío gobernador de Córdoba don Juan Gutierrez de la Concha, nombres todos que se ilustraron en aquella defensa memorable (1).

La ventajosa posicion que Liniers habia elegido y la engañosa formacion con que ordenó sus tropas, le daban la esperanza casi cierta de envolver al enemigo y derrotarle si éste aceptaba la batalla; pero el general ingles torció camino, aceleró su marcha fingiendo retirarse, y puesto ya en seguro, osó esguazar el rio por un vado peligroso llevando dos columnas á la orilla izquierda, y dejada la otra y

---

(1) He aquí los de los varios cuerpos que se encontraron en ella:

El regimiento de infantería de Buenos-Aires;

El de dragones, *id.*;

La compañía de granaderos provinciales, *id.*;

Los tercios españoles, de cantabros, vizcainos, gallegos, arribeños, catalanes y andaluces, compuestos todos de tropas veteranas, que por una dichosa prevision habia yo hecho formar y partir á las provincias de la Plata por el año de 1804;

Los cuerpos de Blandengues de Buenos-Aires y de Montevideo;

El escuadron de carabineros de Cárlos IV;

Los tres escuadrones de húsares de Pueyredon;

El de cazadores;

El de miqueletes;

El regimiento de voluntarios á caballo de Buenos-Aires;

El de voluntarios *id.*; de la frontera;

El de voluntarios *id.*; de la Colonia;

El de voluntarios *id.*; de Maldonado;

la reserva en la derecha, con designio mas bien de entretener y divertir á nuestro ejército, que de empeñar un choque con fuerzas desiguales, mientras Liniers no retirase, como era necesario que lo hiciese, la mitad por lo menos de las suyas para acudir á la ciudad á donde Whitelock guiaba con sus dos columnas por la izquierda. Obligado de esta manera, cual se encontró Liniers, á dar alcance al enemigo, dejó en el puente un trozo de su ejército que hiciese cara á los Ingleses por aquella parte, y partió en derechura con el resto de sus tropas á adelantarse á Whitelock. Los dos llegaron casi á un mismo tiempo junto á los Mataderos, y se trabó un combate en que uno y otro se hicieron mucho daño, y en que Liniers no fué enteramente dichoso. La noche vino á separarlos con tormenta y lluvia. La division del puente, despues de rechazado el enemi-

---

El de voluntarios *id*, ; de Corrientes;
El batallon de provinciales de Santa-Cruz de la Sierra;
El cuerpo de la real marina;
El cuerpo de patricios;
El de artillería veterana y urbanos del mismo cuerpo;
El de patriotas de la Union, agregados á la artillería;
El de labradores voluntarios;
La real maestranza;
El batallon de naturales pardos y morenos, agregado á la artillería;
Y el batallon de infantería de igual clase de pardos y morenos.

go por dos veces, no encontrando á Liniers aquella noche y creyéndole en la ciudad, penetró dentro sin estorbo; pero Liniers estaba fuera. Un momento de confusion en que la oscuridad tenia casi mezclados los dos campos, dió lugar á que sus tropas le juzgasen prisionero ó muerto, y en tal estado el coronel Velasco repartiólas con gran trabajo en los diversos puntos exteriores que importaban mas á la defensa. Liniers pasó la noche solo: por evitar una patrulla de enemigos de entre muchas que batian el campo recogiendo á sus dispersos, dió de espuelas á su caballo, y vagando por fuera de camino en las tinieblas, tomó asilo en una quinta donde pasó una parte de la noche, *noche la mas amarga de su vida*, como él escribió luego en uno de sus partes. Antes que fuese dia, mas despejado el cielo, partió á la Chacarita de los Colegiales, encontró ya reunidos todos los cuerpos del ejército, y la ciudad entera, en donde nadie habia dormido, puesta en armas y apercibida á la defensa.

Dos dias tardó el inglés en preparar su ataque mientras que recibia otro cuerpo de reserva de hasta unos dos mil hombres que aun quedaban en el rio para acudir en un extremo. Durante estos dos dias, nuestras partidas de guerrilla y los valientes tiradores catalanes hicieron mucho mal á los ingleses, pero sin empeñar ningun combate porfiado que empobreciese nuestras fuerzas. En esto era el dia 5, cuando al rayar del alba comenzó el enemigo su em-

bestida con el completo de sus fuerzas. Desde aquí dejaré hablar al general britano, que refiriendo su desastre y nuestra gloria, será mejor creido.

«La disposicion, decia en su parte al ministro »ingles Windham, con que ordené el ejército aten»dida la circunstancia de hallarse la ciudad y los »suburbios repartidos en manzanas cuadradas de »ciento y cuarenta varas por cada frente, y la certe»za de que el enemigo pensaba ocupar las azoteas »de las casas, me decidieron á formar el plan de »ataque siguiente:

«Al brigadier general sir Samuel Auchmuty le »mandé destacar el regimiento 38.º para apoderarse »de la plaza de toros y terreno adyacente: los regi»mientos 87,º 5,º 36º y 88º se dividieron en alas, y »mandé á cada una que penetrase por las respectivas »calles, en frente de las cuales fueron puestas. El »batallon ligero se dividió lo mismo en alas, y or»dené que cada una, seguida por otra igual del re»gimiento 95º y un cañon de á tres, entrase por »las calles á derecha de la del centro, mientras al »propio tiempo el regimiento 45º atacaria las de la »izquierda y seguiria á la *Residencia* á tomar puesto. »En la calle del centro se pusieron dos cañones de á »seis que debian ser cubiertos por los carabineros y »por tres escuadrones del regimiento 9º de dragones »ligeros, quedando los restantes de reserva al mismo »centro. A cada division se le mandó marchar en »hileras directas y seguir hasta llegar á la última

»manzana de casas inmediata al rio de la Plata, apo»derarse de ella, y formarse en las azoteas mientras »no recibiesen otra órden. Al regimiento 95° se le »señalaron dos de las situaciones mas altas donde »pudiese dominar al enemigo. Cada columna debia »llevar dos cabos con sus hachas para romper las »puertas. El cañoneo en el centro debia ser la señal »para que todas avanzasen, sin hacer fuego, de »corrida, hasta tomar sus puestos y formarse en »ellos.

«Bajo este plan de operaciones el regimiento »38° y el 87° se acercaron al puesto fuerte del *Reti»ro*, y despues del ataque mas vigoroso, en que pa»decieron mucho estos regimientos por la metralla »y fusilería, su valeroso comandante sir Samuel »Auchmuty se apoderó del puesto, tomando treinta »y seis cañones, gran cantidad de municiones y »seiscientos prisioneros (1). El regimiento 5°, ha-

(1) Este ataque del Retiro ocupó al enemigo tres horas y cuarto, y fué horriblemente sangriento de entrambas partes. El general ingles exagera el número de prisioneros; fueron doscientos solamente, aunque mayor el número de muertos y heridos que se acercó á trescientos. Uno de los heridos fué el valeroso comandante don Juan Gutierrez de la Concha que mandaba en gefe en aquel puesto. Nos tomaron la artillería, pero clavada la mas de ella. En cuanto á municiones, fuera de alguna pólvora que aun quedaba en los repuestos, no pudieron tomarlas de ninguna otra especie, porque estaban consumidas, única razon por la cual no pudo hacerse mas defensa.

»llando poca resistencia, avanzó hácia el rio y ocu»pó la iglesia y el convento de *Santa Catalina*; pe»ro los regimientos 36° y 88°, al mando del briga»dier general Lumley, tuvieron que sufrir desde »un principio un fuego vivo y sostenido de fusile»ría de los tejados y ventanas de las casas, las puer»tas barreadas de tal suerte que se acercaba á lo »imposible derribarlas ó romperlas. Las calles es»taban cortadas por fosos profundos, y en su inte»rior habia cañones que llovian metralla sobre las »columnas que avanzaban. Y sin embargo el regi»miento 36° pudo llegar á su destino, pero el 88° »fué enteramente roto y hecho prisionero. Hallán»dose así expuesto el flanco del 36°, éste y el 5° »se vieron obligados á dejar sus posiciones y reti»rarse al puesto de sir Samuel Auchmuty, distin»guiéndose mucho en la arriesgada marcha que to»maron el teniente coronel Burne y la compañía de »granaderos, acometiendo un cuerpo de ochocien»tos enemigos, y tomando y clavando dos cañones »de una de las calles.

«Los cañones de á seis que iban por las calles »del centro, encontraron un fuego muy superior. »El teniente coronel Kingston que marchaba á to»mar ó á destruir la batería enemiga, fué herido »juntamente con el capitan Burrel que le seguia »en el mando. Abrasados por todos lados los cuatro »escuadrones de carabineros, abandonaron el em»peño temerario en que se hallaban, avanzaron en

»otras direcciones, y tomaron posiciones mas seguras contra el enemigo.

«La division izquierda del brigadier general »Craufurd, al mando del teniente coronel Pack, »pasó por cerca del rio, y torciendo á la izquierda, »probó hacerse dueña del *Colegio de los Jesuitas*, »situacion que le habria dado un gran dominio sobre la línea principal del enemigo. Pero el fuego »destructor que le hacia ésta le impidió su proyecto; tuvo que sufrir una gran pérdida y que rendirse al fin la mayor parte. El resto de ella, mal »herido su comandante y sufriendo un fuego horrible, consiguió incorporarse con la division de la »derecha que mandaba el general Craufurd. Este »logró tomar el convento de *Santo Domingo* con la »intencion de avanzar al de los franciscanos, inmediato al fuerte, y sostenerse allí ventajosamente »mientras arreciasen los combates que redoblaba el »enemigo por aquella parte. El regimiento 45° hallándose mas lejos y con menos oposicion, pudo »ocupar la *Residencia*. Dejada allí la fuerza necesaria para la guarda de aquel punto, partió luego el »teniente coronel Guard con una compañía de granaderos para auxiliar al general Craufurd que se »encontraba en gran peligro, enteramente rodeado. »Reunióse á Guard el mayor Trotter (oficial de gran »mérito) que venia á dar socorro al mismo tiempo »al general Craufurd con una poca infantería ligera; mas trabado en la calle un gran combate por

»el empeño que tomaron las tropas españolas de »quitarnos un cañon de á tres, murieron Guard y »Trotter en aquel sangriento encuentro, si bien el »cañon fué salvado. El brigadier general se vió con »esto precisado á defenderse en el convento, donde »hacia un fuego sostenido; pero la cantidad de ba»las, metralla y fusilería que llovia sobre sus tro»pas, le obligaron á dejar lo alto de aquel edificio. »Llegaba en tanto el enemigo en número de seis »mil hombres, se acercó con cañones para forzar »las puertas, y falto ya Craufurd de toda suerte de »comunicacion con las demas columnas, y juzgan»do por la cesacion del fuego que las que estaban »cerca de él no habian tenido mejor fortuna, se »rindió á las cuatro de la tarde.

«El resultado de la accion de este dia me ha»bia dejado en posesion de la *Plaza de toros*, pues»to fuerte á la derecha del enemigo, y de la *Resi»dencia*, que era otro puesto fuerte á su izquierda, »yo ocupaba tambien una posicion avanzada por de»lante de su centro; pero estas únicas ventajas ha»bian costado ya dos mil quinientos hombres entre »muertos, heridos y prisioneros (1). El fuego que »habian sufrido las tropas fué violento en extremo.

---

(1) Segun las relaciones de Liniers el número de ingleses muertos ó heridos se acercó á dos mil hombres. El de prisioneros fué algo mas de dos mil, entre ellos ciento y cinco oficiales y el general Craufurd con cinco coroneles.

»*Metralla en las esquinas de todas làs calles, fusile-»ría, granadas de mano, ladrillos, losas y cantos »de piedra tirados desde los tejados, y cuanto el fu-»ror y la defensa halló bueno para ofendernos, otro »tanto habian tenido que sufrir nuestras hileras don-»de quiera que dirigian sus pasos. Cada propietario »con sus negros defendia su habitacion; tantas ca-»sas como habia eran otras tantas fortalezas, sin »que sea ponderacion afirmar que no habia en Bue-»nos-Aires un solo hombre que no estuviese emplea-»do en la defensa.*

«Tal era la situacion del ejército en la mañana »del 6, cuando el general Liniers me dirigió una »carta, ofreciéndome entregar todos los prisioneros »hechos en la pasada accion, con mas el regimien-»to 75º y demas cogidos al general Beresford, con »tal que desistiese ya de atacar la ciudad y convi-»niese en retirar las fuerzas de S. M. del Rio de la »Plata, advirtiéndome al mismo tiempo que la exas-»peracion del populacho no le permitia responder »de la seguridad de los prisioneros si yo persistia en »obrar ofensivamente. Movido por esta considera-»cion (que por conducto mas seguro sabia ser fun-»dada) y *reflexionando el poco fruto que podria »resultar de la posesion de un pais cuyos habi-»tantes nos odian mortalmente*, resolví abandonar »las ventajas que habia conseguido la valentía de »mis tropas, y accedí al tratado adjunto, que confio »obtendrá la aprobacion de S. M.

»Nada me queda que añadir, excepto la alaban-»za de la conducta del almirante Murray, que con-»tribuyó constantemente con el mayor esfuerzo al »buen éxito de las operaciones del ejército. El capi-»tan Rowley, de la real marina, comandante de »los marineros en tierra, el capitan Baynton, del »navío de S. M. el *Africa*, que dirigió el desem-»barco, y el capitan Thompson, del *Fly*, que man-»dó las lanchas cañoneras, y que ademas habia con-»traido un mérito muy señalado en el reconoci-»miento del rio, todos merecen mis mas expresivas »gracias. (*Siguen otros elogios de varios oficiales.*) »Tengo el honor, etc. — John Whitelock, teniente »general.»

Igual fué la carta del almirante Murray al secretario del almirantazgo Guillermo Marsden, en la cual, despues de referir todos los medios que puso en obra para el buen éxito del desembarco y del ataque, continuaba como sigue:

«En aquella misma tarde (del 5) recibí una »carta del capitan Thompson, con la noticia de que »nuestro ataque al O. de la ciudad se habia desgra-»ciado, que el general Craufurd con toda su bri-»gada habia caido prisionero, que se habia pedido »y obtenido una tregua, y que se necesitaban mas »trasportes por si llegaba el extremo de que fuese »necesario reembarcar las tropas. Luego inmediata-»mente envié órden á la *Medusa* y al *Sarraceno*, »que se habian quedado en Barragan, para que vi-

»niesen rio arriba cuanto mas pudieran sin riesgo »de perderse.»

«A las ocho de la noche recibí un pliego del »general Whitelock anunciándome la necesidad que »tenia de verse conmigo para discurrir sobre el »partido que podria sacarse mas favorable, vistos »los trabajos incomparables que habian sufrido sus »valientes y denodadas tropas, *añadiendo que esta-»ba cierto de que la América del Sud nunca podria »ser inglesa, que el rencor que nos profesaban todas »las clases de habitantes era increible*, y que á con-»secuencia de una carta que habia escrito al gene-»ral Liniers y de su respuesta, se necesitaba que »procediesemos de acuerdo.

«La mañana del 7, muy temprano, hacia se-»ñales el *Staunch* para que bajase yo á la playa; en »los cuarteles generales estaba izada la bandera de »tregua. Bajé en efecto y hallé al general que me »aguardaba para mostrarme las proposiciones en »que consentia Liniers, añadiendo que despues de »haber conferenciado largamente con los demas ge-»nerales, eran todos de un mismo parecer sobre la »inutilidad de continuar los ataques: que por aque-»llas proposiciones se ofrecia la ventaja de rocobrar »todos los prisioneros que habian sido hechos en la »América del Sud en una y otra campaña; que la »destruccion de la ciudad no nos era útil, *y que no »veia esperanza de que pudiesemos establecernos en »un pais donde no habia ni una sola persona afecta*

»*al nombre ingles;* que los prisioneros hechos por »el enemigo estaban en poder de un populacho fu»rioso, y que podria ser muy crítica su situacion si »perseverásemos en el ataque; que el número de »muertos y heridos no se sabia con exactitud, pero »que debia creerse ser muy grande. En tales cir»cunstancias, y *en la firme persuasion de que los »habitantes de este pais aborrecen la dominacion »inglesa*, he firmado los preliminares con la con»fianza de que todo cuanto he hecho merecerá la »aprobacion de sus señorías, » etc. — A bordo de la *Nereida*, delante de Buenos-Aires, á 8 de julio de 1807. »

El tratado definitivo fué á la letra como sigue:

« Artículo I. Habrá desde ahora cesacion de hos»tilidades en ambas bandas del rio de la Plata.

« II. Las tropas de S. M. británica conservarán »durante el tiempo de dos meses, contados desde »esta fecha, la fortaleza y plaza de Montevideo; y »como pais neutral se considerará una línea desde »San Cárlos al O. hasta Pando al E., y no se harán »hostilidades en parte alguna de esta línea; enten»diendo por esta neutralidad que los individuos de »ambas naciones puedan vivir libremente bajo sus »respectivas leyes, siendo juzgados los españoles por »las suyas, y los ingleses por las de Inglaterra.

« III. Habrá de ambas partes restitucion recí»proca de prisioneros, incluyéndose no solamente »los que se han tomado despues de la llegada de las

»tropas del mando del teniente general Whitelock, »sino tambien todos los súbditos de S. M. británica »tomados en la América del Sud desde el principio »de la guerra.

» IV. Para el mas pronto despacho de los bu- »ques y tropas de S. M. británica, no se pondrá in- »pedimento en los abastos de víveres que se pidan »para Montevideo.

«V. Se concede el término de diez dias, conta- »dos desde esta fecha, para el reembarco total de »las tropas de S. M. británica, á fin de que pasen á »la banda del norte del rio de la Plata, llevando »sus armas las que en la actualidad las tuvieren, »con la artillería, municiones y equipages, hacién- »dose el reembarco en los puntos mas convenientes »que se acuerden y señalen, durante cuyo tiempo »podrán vendérsele los viveres que necesiten.

«VI. Cuando se entregue la plaza y fortaleza »de Montevideo al fin de los dos meses prefijados »en el artículo segundo, habrá de verificarse la »entrega de una manera completa en el mismo es- »tado en que se hallaba, y con la misma artillería, »armas y pertrechos que tenia cuando fué hecha »su conquista.

«VII. Se entregarán mútuamente de una parte »á otra tres oficiales de graduacion hasta el entero »cumplimiento de estos artículos, debiéndose en- »tender acerca de ellos que los oficiales de S. M. »británica que estaban prisioneros bajo su palabra,

»no podrán servir contra la América meridional »sino despues de su llegada á Europa.

«Fecho por duplicado en la fortaleza de Bue»nos-Aires, á 7 de julio de 1807.—J. Whitelock, »teniente general comandante.—J. Murray, almi»rante comandante.—Santiago Liniers.—César Sal»viani.—Bernardo de Velasco.»

De las relaciones inglesas que he insertado es fácil deducir la resistencia y el estrago que encontró el enemigo en todos sus ataques. Diez horas duró el fuego sin que el general Whitelock consiguiera llegar al centro de batalla que le presentaban nuestras tropas. Las ventajas que en un principio habia logrado contra el uno de los flancos sacrificando mucha gente, se volvieron en daño suyo, porque, seguidos los combates, los que ocupaban el *Retiro* se habrian visto rodeados sin que ninguno de ellos escapase. Los que lograron penetrar hasta la *Residencia*, no lo verificaron sino huyendo del terrible fuego que los abrasaba, á la desesperada mas que por tomar un puesto de importancia, lo que hicieron fué buscar y ganar un asilo momentáneo donde habrian tenido que entregarse en breve tiempo. Los ingleses, guardadas sus espaldas por una grande flota y protegidos desde el rio hasta el pie mismo de la fortaleza, ciertamente no habrian cedido de la manera humilde y vergonzosa que cedieron, á haberles quedado el menor viso de esperanza de poder salvarse y reponerse. Salváronse tan solo firmando su

ignominia y su expulsion completa de todo el vireinato. «Asi ha terminado (decia el *Daily advertiser* de 14 de setiembre, refiriendo los avisos oficiales sobre aquella grave ruina) asi ha terminado »una expedicion que sir Home Popham habia emprendido sin estar autorizado competentemente »cuando puso mano en ella. El último ministerio se »esforzó en vano para reparar el yerro de aquel oficial de la antigua administracion.... Es harto claro »que una poblacion como la de Buenos-Aires, una »poblacion animada por sus primeros sucesos y por »un ódio nacional, ha podido resistir á un golpe de »mano. Cada casa, segun las expresiones de la Gaceta, era un castillo, y cada calle un atrincheramiento. Un pueblo decidido de esta suerte es invencible. Los españoles estaban tan animosos, que »cada ciudadano era un soldado, y cada soldado un »héroe. Buenos-Aires se perdió para siempre, y no »es esto solo, sino que la América española es inexpugnable para lo sucesivo. El ejemplo dará valor »en todas partes, y el orgullo español y el odio al »nombre inglés nos cerrarán todas las costas de »aquel rico continente.»

Liniers habria querido y pudo hacer mas fuerte la leccion que fué dada al enemigo, pero dejó de obrar asi, hallándose empeñada en la defensa la ciudad entera. «La pérdida, decia en su parte, de un »solo ciudadano honrado, vasallo fiel y padre de »familia, no podia compensarse con la gloria de

»destruir las reliquias del ejército enemigo. Y aun »destruido enteramente (añadia luego), me hubie»ra visto embarazado para conservar tantos prisio»neros contra el imponderable enojo de los pue»blos hácia ellos; ademas se habria tenido que »atender á las pesadas cargas de su manutencion, »en unas circunstancias en que era necesario sobre »todas cosas atender á las familias que habian sacri»ficado sus haberes, y á sus casas que habian sufri»do grandes deterioros. Estas consideraciones, jun»tas á la necesidad en que despues me habria halla»do de marchar sobre Montevideo y formalizar un »sitio en toda regla contra aquella plaza donde se »habian reunido tres escuadras, me hicieron prefe»rir el tratado que se ha hecho y por el cual debe»mos recobrarla sin mas gastos ni efusion de sangre, »quedando al propio tiempo libres de enemigos, »que tan bien escarmentados como han sido, no »creo nos hagan mas visitas.»

Despues pasando á los elogios tan justamente merecidos por las tropas y el heróico vecindario, seguia de esta manera: «No cabe en expresion al»guna el valor y entusiasmo sin igual de todos los »cuerpos del ejército. Todos se han distinguido de »igual modo; oficiales y soldados solicitaban viva»mente los lugares donde estaba el mayor ries»go; lo que era mas de ver y de admirar era la »disciplina de los cuerpos voluntarios en nada in»ferior á los reglados. De tantos y tan grandes

»merecimientos contraidos, haré formar, cuanto »sea dable, la relacion circunstanciada, junta con »otra respectiva á las hazañas y al denuedo de estos »habitantes, para que S. M. pueda disponer con la »munificencia que acostumbra las gracias que ten»ga por convenientes á un pueblo generoso, *que »abandonando con la mayor constancia, por el tiem»po de once meses, su industria, su comercio y el »regalo de sus casas, dedicándose exclusivamente á »adiestrarse en las artes de la guerra, ha sabido »dejar bien puesto el honor de la corona, conservan»do á S. M. con la defensa de esta capital la pose»sion de estos interesantes dominios, y cerrándoles »la puerta para siempre....* El cuerpo municipal ha »sido el principal móvil para mantener este glorioso »entusiasmo, proveyendo de caudales en las urgen»cias durante este tiempo, y dando el primer ejem»plo de fidelidad y de constancia. Desde el momen»to del ataque no desamparó la plaza un solo ins»tante, procurando los abastos, asistiendo á los »heridos y poniendo en cobro los prisioneros, sin »esquivar ningun peligro.» Concluye en fin recomendando la asistencia constante que le habian dado, tanto para poner la plaza en un estado inexpugnable de defensa, como para hacerla con las luces, el acierto, la extension y el heroismo con que fué ejecutada, los coroneles Balviani, Velasco y Elío, juntamente con el capitan Gutierrez Concha ya nombrado mas arriba. Aquella paz se feste-

jó luego con un brillante convite á que asistieron los generales ingleses con todos los cuerpos y principales habitantes de la ciudad. El general Whitelock, agradecido á la generosidad que Liniers habia usado con la multitud de heridos de su ejército tratados con el mismo esmero que los nuestros, le hizo el regalo de una rica espada, adelantándose á ofrecérsela como un testimonio de la gratitud de su gobierno otro tanto que de la suya, «cierto y »seguro, le dijo, de que aquella demostracion seria »aprobada y la haria suya S. M. británica.» Liniers correspondió con cuatro cajas de preciosidades de historia natural para el Museo de Londres, y con una hermosa perspectiva de la ciudad de Buenos-Aires no tomada (1).

(1) Me es bastante sensible no tener la lista que fué enviada por Liniers de la multitud de individuos de todas clases que se distinguieron mas en la defensa de Buenos-Aires; lista en la cual se hallaban no pocas heroinas que pelearon con esfuerzo al lado de sus esposos, y una de estas que mató á un portaguion de dragones ligeros, que fué herida, y volvió ufana á nuestras filas con la insignia, sin cuidarse de su sangre. Nadie quedó sin premio proporcionado á sus necesidades y á su clase. Todos los oficiales recibieron un grado mas de ascenso. Los sargentos subieron á oficiales, y algunos subieron dos grados. Una multitud de voluntarios, cuantos quisieron y lo habian merecido, quedaron con plazas distinguidas en el ejército, ó empleados de algun modo en diferentes destinos de administracion ó de gobierno. Al capitan Liniers se le dió el mando de todo el vireinato con el grado de mariscal de

Me he detenido en referir estos sucesos tan gloriosos, lo primero, porque no sonaron en Europa, ó sonaron muy poco en aquel tiempo, entre el ruido de los combates que se daban y de las ruinas y trastornos que movian en ella la ambicion de Bonaparte y la ambicion de la Inglaterra (1); lo segundo, porque no debe olvidarse que cuanto poseia la España en ambos mundos fué guardado bajo Cárlos IV, y que lo guardó el amor no el miedo, que su gobierno fué prudente, circunspecto y comedido cual se necesitaba en aquel tiempo; mas no flaco, no mal quisto, no menospreciado entre sus pueblos. La América le amaba y lo reverenciaba no menos que la España. Su dominio lo tuvo en mas que la libertad tan ponderada con que le hacian señuelo los ingleses. Por un gobierno odiado y cor-

---

campo. A la ciudad se le concedió el dictado de *muy noble y leal* con el tratamiento de excelencia; al comercio y á la industria del pais, un gran número de gracias y franquicias. No tuvo España en ningun tiempo un rey que premiase con mas larga mano los servicios á la pátria.

(1) Al mismo tiempo de nuestro gran triunfo en Buenos-Aires, con muy poca diferencia, triunfaba Bonaparte en Friedland de las armas rusas y prusianas. Dos meses despues fué el horrible y escandaloso ataque de Copenhagüe por los ingleses. Un abismo se habria entonces en la Europa aturdida y asombrada por donde quiera que Napoleon ó la Inglaterra echaban sus miradas. Nuestras provincias de la Plata fueron mas felices que la Dinamarca.

rompido no se levanta un pueblo entéro de ochenta mil personas cual lo era la ciudad de Buenos-Aires, ni se ponen las vidas y los bienes de la manera heróica que lo hicieron aquellos habitantes con el vivo entusiasmo que mostraron: pueblo civilizado donde cundian las luces, pueblo opulento y poderoso, libre como se hallaba para sacudirse impunemente, cual se sacudió mas tarde cuando no reinaba Cárlos IV. Justo, sábio, benigno, popular y muy querido debió ser aquel gobierno que pudo poseer bajo de entrambos polos el afecto y la lealtad imperturbable de tantos pueblos retirados y dueños de sí mismos á la otra parte de los mares, durante nuestra larga y cruda guerra con la Gran Bretaña. Fuélo asi en tanto grado aquel gobierno, que hasta las mismas tribus interiores que nos fueron enemigas tanto tiempo, buscaban ya nuestra amistad y hacian pactos y alianzas con nosotros, hasta ofrecerse con sus armas para defender al *rey lejano* que hacia guardar con ellos la justicia y el derecho de los pueblos libres. ¿No se vió esto en Buenos-Aires? ¿No tentaron los Ingleses mover contra nosotros á los fieros Pampas y á los belicosos Araucanos, mientras que preparaban sus ataques en la Plata? ¿No se negaron estos á servir á nuestro enemigo y despreciaron su salario? Y lejos de servirle ¿no vinieron todos ellos á ofrecernos su asistencia y sus auxilios con armas y soldados? Este es un hecho histórico, y el primero que en tres siglos se habia visto de esta especie

entre aquellas tribus indias (1). Y tan ganadas estuvieron por nosotros y tan amigas se mostraron, que ellas fueron las postreras en abandonarnos, cuando

---

(1) Copiaré aquí por muestra dos de las alocuciones calurosas que los gefes de estas tribus nos hicieron, cuando ocupada la izquierda del rio y amenazada la ciudad de Buenos-Aires por doce mil ingleses, se preparaba su defensa. He aquí el discurso de diez caciques de las Pampas de Buenos-Aires, dirigido al cabildo de la ciudad á fines de diciembre de 1806.

«A los hijos del Sol, á aquellos de cuyas grandes hazañas nos han llegado tantas nuevas, á los que expulsaron de sus casas á los *colorados* (los ingleses), á los que guardan con nosotros amistad y providencia de hermanos, hoy los grandes caciques que aquí veis, venimos á ofrecerles veinte mil guerreros nuestros, cada cual de estos guerreros con cinco caballos, gente que va adelante siempre y que no teme al enemigo. Hemos querido veros y que nos veais, para que esteis mas ciertos de nosotros, y se aprieten mejor nuestras lazadas de amistad y de hermanazgo. Nuestra resolucion es de ayudaros á despedir esos malos huéspedes codiciosos, embusteros y crueles, que por segunda vez intentan oprimiros. Contad, palabra cierta de verdad, que ni agua de beber hallarán en nuestras costas, y que nosotros somos sordos de los dos oidos para ellos. Cuando el Pampa le dice á alguno que es su amigo, da su sangre. Nuestros guerreros estan prontos; á la primer llamada de clarines que mandeis hacer á sus caballos, dejarán sus dos rios y cubrirán el vuestro. Los diez caciques grandes son los que prometen, puestas sus manos en las vuestras.»

Pasó muy poco tiempo, y he aquí los Araucanos, venidos de mas lejos, de que manera se explicaron:

caido Cárlos IV, invadida la monarquía, restaurada despues con infeliz fortuna, y rotos uno á uno nuestros lazos con las provincias de la América, aun pe-

---

« Epugner, Errepuento y Turuñanquu, capitanes »principales de Pitulquen, Valdivia y Chile en la costa »del cabo de Hornos, con noticia que nos han dado los »caciques Pampas, Negro, Chuli-Laquini, Paylaguam, »Marcuus, Lorenzo, Guaycolam, Penascal, Luna y Quin»tuy caciques capitanes, del mucho agasajo que hicisteis »á sus personas, y de las ofertas que os han hecho de sol»dados; queriendo manifestaros igualmente los deseos que »tienen de asistiros contra los *colorados*, invasores de »nuestras tierras, ofrecemos:

« Yo cacique capitan Epugner, dos mil ochocientos »setenta y dos de mis soldados, gente dura y bien arma»da de chuza, espada, bolas y honda, con sus coletos »de toro. Téngolos á mi mando en Cabeza de Buey, lu»gar de mi residencia; allí los tendré al vuestro hasta »que me aviseis no seros necesarios. A vuestro primer »chasqui (*aviso por la posta*) acudirán veloces sin hacer »ningun descanso, para ayudar á sus hermanos...

« Y nosotros, Errepunto y Turuñanquu, caciques »capitanes que juntos y acampados en Tapalquen, con»tamos los dos hasta siete mil soldados, iguales en armas »á los de nuestro hermano cacique capitan Epugner, los »ponemos tambien á vuestras órdenes. La mayor prenda »de amistad para nosotros será esta, que nos dejeis par»tir vuestros peligros como nos haceis participar de vues»tros bienes. Sois nuestros protectores, y nuestra obli»gacion es seros fieles. Soldados vuestros somos, dadnos »vuestra divisa y llamadnos cuando querais á la batalla.»

El cabildo les dió en efecto sendos escudos con las armas de la ciudad, asi á estos como á los demas caciques, admitiéndoles sus ofertas y prometiéndoles llamarlos si se llegaba á punto de hacerse necesaria su asistencia.

learon por la España aquellos bravos naturales contra las repúblicas nacientes. Y lo mismo fué visto en el Perú y en diferentes otros puntos. Lo diré muchas veces aunque parezca ser molesto: bueno de toda ley debió de ser aquel gobierno que sin hacerse obedecer por la violencia y los rigores, habia ganado á Cárlos IV la afeccion y la lealtad de tantos pueblos retirados, propios y extraños, civilizados y salvages. Fué digno de notarse, no diré en Buenos-Aires, donde todos pelearon por la madre patria con esfuerzo heróico, sino en Caracas misma y en toda la Colombia (donde, como ya dije anteriormente, habian cundido en otro tiempo las ideas republicanas de la América del Norte), que ninguno de tantos habitantes se halló encausado por favor que hubiese dado ni á los ingleses ni á Miranda contra la metrópoli. No fué visto en Caracas mas proceso que el de los extrangeros que fueron sorprendidos cuando intentaron corromper la guardia de Ocumare. Todo esto era sabido y admirado en aquel tiempo. La sobrada seguridad en que el gobierno se encontraba, le permitió usar de piedad aun con aquellos extrangeros, reos todos de la pena capital por su delito. Los mas de ellos fueron destinados á un encierro de diez años y á algunos de ellos se les hizo luego gracia entera. Contaré un caso de estos solamente: mi espíritu se recrea y se solaza, cuando mirando en lo pasado veo mi tiempo tan limpio de rigores, de prisiones y suplicios. Muy pocos me han tenido cuenta de esto.

He aquí no obstante, un extrangero, lord Holland, de ningun modo parcial mio en cuanto al rumbo de política que yo seguí con la Inglaterra, ha querido hacer público, despues de tantos años, uno de aquellos hechos de humanidad y compasion, que tan frecuentes fueron en el uso que yo hacia de mi poder é influjo para aliviar dolores y enjugar los llantos. Lord Holland, noticioso de que el director de la *Revista de Londres y Westminster* se proponia escribir y dar su juicio sobre mis Memorias, le dirigió una carta que anda impresa (1), y en la cual, sin retractar, como él dice, su juicio en cuanto á mis ideas políticas nada conformes con las suyas, hace de mí un diseño favorable y cuenta como sigue:

«Antes de la guerra entre la Inglaterra y la Es»paña, en 1804, un jóven inglés llamado Poevell »se comprometió con el general Miranda ó con al»gun aventurero de la América del Sud en una ex»pedicion dirigida á libertar las colonias españolas. »Poevell cayó prisionero, y por ley debia morir. »Una sentencia poco mas ó menos equivalente le »condenó á un encierro perpetuo en el castillo de »Omoa donde el aire es muy enfermo (2). El padre

(1) *Extracted from the London and Westminster Review for april* 1836.

(2) La condenacion del jóven Jeremias Poevell fué de diez años de encierro en Omoa, juntamente con los que siguen: Juan O-Sillivan, David Hedele, Enrry Ingersell, Juan Burck, Roberto Saunders, Juan Etdsel, Pablo Naugui, John Sherman, Daniel Mackey, Juan Heis, Juan

»de este jóven, que era presidente del tribunal de »justicia del Canadá, en cuanto tuvo aquella triste »nueva, vino á Inglaterra. Cabalmente, para ma»yor desgracia, acababan de romperse las hostilida»des entre España é Inglaterra, y por resultas de su»cesos los mas propios para exasperar al gobierno »español y á la nacion entera. El presidente Poevel »se decidió no obstante á probar si su presencia y »sus reclamaciones de padre podrian á lo menos en»dulzar los padeceres de su hijo, obteniendo que »fuese trasladado á otra prision, persuadido, en cuan»to á lo demas, que le seria imposible por entonces »conseguir su gracia. Partió pues para España con »una sola carta que yo le dí para el Príncipe de la »Paz, á quien se dirigió como llegado nuevamente de »la América (en la primavera de 1805) y como un

---

Elliot, Tomas Gill, Juan Moore y Bayley-Negus: otros trece fueron condenados por igual tiempo al presidio de Puerto-Rico, y hasta unos diez y seis á los Castillos de Bocachica. Todos estos individuos debieron ser condenados á muerte por su tentativa de corromper la guardia de Ocumare y apoderarse de la fortaleza; pero las órdenes de la corte tenian encargado por punto general á las diversas autoridades de ultramar de templar el rigor de las leyes, en cuanto fuese compatible con la justicia y con la seguridad de aquellos paises; y asi fué como lo hicieron en aquel caso. Los prisioneros hechos en el mar fueron destinados á los bajeles. A los mas de los grumetes, atendidos sus pocos años, se les dió luego libertad. Algunos de ellos no quisieron irse. — *Nota del autor*.

»individuo que ninguna parte tenia en las agrias »discusiones y sucesos que habian precedido á la »ruptura entre los dos paises, ó que habian sobre»venido despues de ella.

«El príncipe le recibió en el palacio de Aran»juez, leyó mi carta, escuchó toda la historia, y »diciendo al presidente le aguardase allí un mo»mento, salió á buscar al rey sin mas ceremonia ni »dilacion. Su vuelta fué muy pronta con la real ór»den en la mano, extendida y firmada en toda re»gla, no para mudar la prision del jóven Poevell, »sino alzándole su pena y mandando ponerle en li»bertad en cuanto se recibiese aquella órden. Aun no »satisfecho el príncipe de este primer acto de huma»nidad, con un semblante placentero dijo al presi»dente estas palabras: Un padre que ha venido de »tierras tan distantes á pedir por su hijo, tendrá »mayor contento de llevarle él mismo buenas nue»vas. Vea V. aquí este pasaporte, y el permiso de »embarcarse en una fragata que está lista para sa»lir de Cádiz á las Indias Orientales (1).

---

(1) Este hecho verdadero en todas sus partes como lo cuanta lord Holland, no tiene la misma exactitud en cuanto á las fechas. La prision del ingles Jeremías Poevell fué en el mes de abril de 1806, época de la expedicion de Miranda que dejé contada mas arriba. La venida á España del padre de aquel jóven fué cuatro ó cinco meses despues de aquella fecha. Lo que no ha podido referir lord Holland, por ignorarlo, es que concedido el perdon

« Diez años despues, en 1814, me encontré con »el Príncipe de la Paz en Verona, y acerca de su »situacion me dijo que seria muy precaria cuando »faltase Cárlos IV, y que en tamaña adversidad bus»caria tal vez asilo en Inglaterra, cierto que pudie»se estar de hallarle. Cuando en 1821 tuve noticia »de la muerte de aquel rey, cuyas consecuencias »temia tanto su antiguo ministro, en el mismo dia »en que lo supe, fuí á la Cámara de los Pares, y »despues de referir á lord Liverpool los hechos que »he mencionado, concluí por pedirle un pasaporte »para el Príncipe de la Paz. Lord Liverpool, como »era de esperar de su excelente carácter, se con»movió; pero encontré el reparo, con harto senti»miento de su parte, de que un pasaporte ingles »dado á un extrangero, suponia una invitacion for»mal, y que el gobierno no se encontraba en el caso »de invitar al Príncipe de la Paz á que viniese á

á Poevell, dí en pensar sobre los otros extrangeros sus infelices cómplices, y no encontré sosiego en mi espíritu hasta que obtuve del rey se usase igual misericordia con aquellos de menor edad de veinticinco años, como Poevell, cuyas familias ó bien sus gobiernos respectivos, ofreciesen garantías de su ulterior conducta. Asi fué hecho, dándose sucesivamente libertad á varios otros jóvenes, culpables mas bien sin duda por un efecto de la seduccion, que por apego al crímen. Tales actos de clemencia no ocasionaron ningun daño. No hubo despues mas tentativas de ninguna parte contra las Américas.

»Inglaterra. Pero autorizo á V., me dijo, y le insto »para que le escriba, afirmándole que si viene no »será molestado de modo alguno, y que tanto su »persona como sus bienes gozarán de la entera pro»teccion á que tiene derecho un extrangero.

» La respuesta del Príncipe de la Paz cuando le »escribí acerca de esto, fué lacónica, y se redujo »en sustancia á lo siguiente: « He sido dueño, du»rante muchos años, de un gran poder en uno de »los reinos mas ricos del mundo, y he hecho la »fortuna de muchos millares de personas; pasado »ya aquel tiempo, un viagero en España, un ex»trangero ha sido el primero y el único hombre »que despues de mi desgracia se me haya mostrado »agradecido de algun servicio grande ó pequeño »que yo le hubiese hecho. V. podrá juzgar por esto »que le digo, concluia, cual ha debido ser la emo»cion que su carta me ha causado. »

«Yo quisiera remitir á V., continua lord Ho»lland, la misma carta original del príncipe; no »creo que la he perdido, mas no he podido hallar»la todavía. La relacion que he hecho es exacta »aunque abreviada (1). Añadiré tan solo que el

(1) Conservando yo, tanto la carta que me escribió lord Holland, como una copia de mi respuesta, hallarán mis lectores el traslado de una y otra entre los documentos justificativos n.º V. Es de notar aquí tambien, que lord Holland se ha equivocado en las fechas. La carta que

»Príncipe de la Paz no ha venido á Inglaterra.—
»Wm. Holland.—Londres, 4 de marzo de 1836.»

De esta ligera digresion, aunque no agena enteramente del asunto de que estaba hablando, me disculparé con mis lectores. Yo he debido agradecer los recuerdos generosos de ese ilustre caballero inglés, que despues de treinta años de un hecho nada raro, sino al contrario muy frecuente entre los actos de mi vida, hecho, en verdad, que yo mismo habia olvidado, ha querido producirlo á la luz pública, interesándose en mi obsequio de la manera tan garbosa con que lo ha verificado. Mi gratitud á lord Holland será tan grande y tan perfecta como es noble y respetable su carácter. Si hicieran otro tanto las personas estimables de todas clases y carreras que me debieron su fortuna, y á quienes puse en candelero donde brillar pudiesen sus talentos y virtudes, si sus hijos hablaran, si el gran número de familias á quienes enjugué sus lágrimas y liberté de grandes males y dolores quisieran referirlo, tantos tambien en fin, que perdoné ofendido, y que hice amigos mios volviendo bien por mal y favores por venganza, los testimonios de este género llena-

---

me escribió á Roma por mano de lord Gover, y á que se refiere en este escrito, fué de 30 de enero de 1819; mi respuesta, en 24 de febrero siguiente. Los oficios que practicó por mí fueron por tanto en enero de aquel mismo año, y no en 1821.

rian muchos tomos de esta obra. No les fué dado hacerlo mientras ha durado el largo azote de mis enemigos: de hoy ya mas serian ingratos sin ninguna excusa los que deudores mios por tantos modos, podrian mirar indiferentes mis desgracias é infortunios.

Volviendo á Buenos-Aires, el tratado que fué hecho con el ejército vencido cumplióse religiosamente de la una y otra parte, y el vireinato quedó libre de tropas enemigas en 13 de setiembre. Las familias inglesas, que soñada la conquista del pais acudieron á tener parte en las primicias de aquel logro tan ansiado, se retiraron igualmente (1). No hubo mas tentativas contra las Américas en los dias de Cárlos IV. Las canciones triunfales resonaron de polo á polo, desde el rio de la Plata hasta Rio-Bravo, con entusiasmo nunca visto tan igual en todas partes, tan síncero, tan ruidoso. En Lima, en Méjico, en Bogota y en las demas ciudades principales de entrambos hemisferios, hubo fiestas y regocijos que

(1) La salida de Montevideo, en conformidad de lo pactado, estaba señalada para el dia 7; pero el rigor de los temporales impidió dar vela hasta el 13, en que con tiempo no del todo favorable zarparon de aquel puerto la escuadra, los trasportes y las embarcaciones de comercio. Aun de los enfermos mismos, que eran tratados con esmero, cuantos pudieron, temiendo el odio del pais, prefirieron embarcarse. Las mercancias inglesas salieron igualmente.

duraron muchos dias y que salian del corazon de aquellos fieles habitantes. En España tambien cantaron á porfía nuestros poetas; hubo fiestas y aplausos sin medida. Y no estuvimos solos para celebrar aquellas glorias; las naciones amigas nos felicitaron, y Napoleon, él mismo, quiso mostrarse parte en nuestros gozos. De órden suya y en su nombre fué dado el parabien solemnemente á Cárlos IV por el embajador Beauharnais.

Acabaré por referir otro contento de aquel tiempo, de diversa especie, pero no menos nacional, ni menos digno de las almas generosas; contento no de guerras y victorias, sino de paz, de humanidad y de beneficencia á la mitad del globo. Don Francisco Javier Bálmis, al cabo de tres años, dada la vuelta al mundo, volvió á España cumplida ya su expedicion de repartir el saludable fluido de la vacuna entre los pueblos de ultramar del antiguo y del nuevo continente, entre propios y extraños, y entre amigos y enemigos sin ninguna diferencia. He aquí en breve la marcha y las tareas de aquella expedicion cosmopolita y filantrópica. Las primeras escalas que hizo Bálmis fueron en Canarias y en Puerto-Rico. De allí siguió á Caracas. Dividióse la expedician en aquel punto, la una parte para el sud, puesta á cargo del subdirector don Francisco Salvani; la otra parte al de Bálmis, para dar la vuelta al mundo. Primero fué á la Habana; despues á Yucatan, y en aquella provincia dividió la empresa

nuevamente. Don Francisco Pastor, subdirector segundo, salió del puerto de Sisal para el de Villahermosa en la provincia de Tabasco, siguiendo luego por Ciudad-Real de Chiapa hasta Guatemala, y dando la vuelta por el fragoso y dilatado camino de cuatrocientas leguas hasta Oajaca, mientras Bálmis llegado á Verácruz recorria el vireinato de Nueva-España, y todas las provincias internas, regresando despues á Méjico, punto de reunion en donde entrambos profesores debian juntarse nuevamente y se juntaron. El precioso licor fué repartido hasta las costas de Sonora y Sinaloa, donde fué bien recibido de los salvages mismos, bendiciendo la mano poderosa del que les enviaba aquel presente. Llegado luego Bálmis á Acapulco, partió á las Filipinas, enriqueció estas islas con el bálsamo de vida, y llevóle tambien á los Visayos en toda la extension de aquel vasto archipiélago. Los feroces reyes de estas tribus, que vivian siempre en guerra con nosotros, depusieron sus ódios y sus armas cuando vieron llegar de mano nuestra aquel preservativo en la misma sazon en que se hallaban afligidos sus dominios con una peste devorante de viruelas. No era menos funesta la que reinaba al mismo tiempo en muchos pueblos del imperio de la China, y en las colonias portuguesas. Con la misma fortuna arribó Bálmis á Canton y á Macao, en donde por primera vez se vieron los efectos de aquel feliz descubrimiento. Los establecimientos portugueses fueron tambien

abastecidos del precioso antídoto. De vuelta ya para la Europa, acogido igualmente en todas partes y haciendo escala en Santa-Helena, á los ingleses mismos les llevó el regalo de la propia tierra de ellos que iba repartiendo, consiguió persuadir á aquellos habitantes de su bondad y eficacia, ganó su confianza, y presentados por los padres vacunó por su mano muchos niños en la isla (1). De allí salió para Lisboa y llegó á nuestra corte por setiembre ú octubre de 1806. Este largo viage fué dichoso en mar y tierra.

El profesor Salvani tuvo algunos contratiempos. Naufragada su embarcacion en las bocas del rio de la Magdalena y cerca ya de perecer la expedicion,

(1) La compañia inglesa de la India habia intentado muchas veces introducir y aclimatar en la China aquel preservativo del azote de las viruelas, pero las porciones del pus llegaron siempre inertes. En nuestra expedicion se llevaron niños constantemente, y fueron reemplazados muchas veces en diferentes puntos, tierno objeto todos ellos de la munificencia de Cárlos IV, que á ninguno dejó sin recompensa. De esta manera pudo Bálmis inocular de brazo á brazo en todas partes, hacer seguros los efectos de aquel remedio prodigioso, y quitar las aprehensiones de los pueblos donde entraba. El mismo Jenner habia enviado á Santa-Helena el pus de la vacuna; pero los habitantes se habian resistido á usarle. Bálmis, mientras estuvo allí, mostrándoles sus niños llenos de salud y vida, consiguió persuadirlos, y dejó aquel bien en la misma isla de donde pocos meses despues salió el almirante Murray para concurrir al ataque de Buenos-Aires.

se salvó casi milagrosamente por los eficaces socorros de los pueblos inmediatos. De Cartagena siguió al Istmo de Panamá, y dividiéndose en dos ramas, é internadas una y otra, recorriendo las villas de Tenerife, Moupox, Ocaña, Socorro, San Gil y Medellin, el valle de Cucuta, y las ciudades de Pamplona, Giron, Tunja y otros pueblos de crecido vecindario. Reunidas luego en Santa-Fé de Bogotá, se volvieron á separar para visitar los demas pueblos de aquel vasto vireinato, torcer luego al Perú, y desde allí á la Plata, Chile y Charcas.

Estos ilustres profesores llevaban ademas el especial encargo de enriquecer nuestra botánica con las plantas, árboles y arbustos exóticos que podrian descubrir en sus larguísimas derrotas, principalmente los que fuesen desconocidos. Trájonos Bálmis una coleccion preciosa de especies nuevas, no pocas de ellas vivas, las otras dibujadas y descritas. Salvani recogia del mismo modo, pero su coleccion no habia llegado todavía en mi tiempo.

Tales cosas se hicieron bajo Cárlos IV entre el estruendo de las guerras que estremecian á las naciones en aquella horrible era de destruccion y de trastornos. ¡Qué monarca de Europa ó qué gobierno se ocupó en pensamientos liberales de esta especie en aquel tiempo de dolores! Y sin embargo todo se ha olvidado! Las empresas pacíficas no tienen gran sonido en los anales de los pueblos. Gloria se llama devastarlos y atormentar los hombres. De este gé-

nero de laureles se provee mejor la historia, y á estos malvados triunfos se levantan los monumentos y se prodigan los aplausos de las gentes!

CAPITULO XXVII.

Administracion interior en los años de 1806 y 1807.—Tareas de las oficinas de fomento y de hacienda en aquellos años. — Intima union del cuerpo del comercio de Madrid y de la caja de consolidacion en favor del crédito público. — Empréstito de Holanda. — Conducta que yo tuve en este negociado. — Justas observaciones y respuestas á mis detractores y enemigos.

Antes de entrar en las escenas dolorosas con que empezó la larga série de trabajos que aflijen y consumen todavía á mi adorada patria sin ningun descanso, dejarán mis lectores, que á manera del desterrado que en las postreras cumbres de donde aun se divisa la ciudad querida, fija en ella sus ojos, y descendiendo el sol al horizonte, contempla embebecido y lacrimoso los últimos reflejos de las alegres torres y ventanas encendidas, asi yo me detenga y llame allí conmigo á los que hubieren de juzgar los dias de Cárlos IV, á los que quieran ver de que manera germinaban las semillas del bien que fueron esparcidas en su tiempo, las labores continuas y es-

meradas que se daban con priesa á aquella mies naciente, la dichosa sazon que iba tomando y la esperanza casi cierta que alumbraba de un feliz agosto cuando de adentro la zizaña que sembraron manos enemigas, de afuera el hombre injusto y poderoso que llamaron á la parte, destruyeron como de un soplo la tarea de quince años próxima á dar su fruto, la cosecha ya encima, las trojes entreabiertas.

Procuraré ser breve, y contaré por cima algunas cosas de que habrá muchos que se acuerden, y otros que tengan á su mano los documentos y los datos que las prueben. Supla por ellos mi memoria, solo archivo que me ha quedado, y se resquiebra y se deshace con el peso de los años y la ausencia.

He hablado aunque de paso, en otras partes, de las *oficinas de fomento*, fundacion que se hizo á mis instancias cuando volví al poder, y no fué un nombre vano para buscar pretextos al orgullo y al hacer que hacemos. He aquí lo que yo encuentro en mis recuerdos de los grandes trabajos cometidos á aquel departamento, parte de ellos ya cumplidos en 1807, y los demas adelantados, muy cerca de vencerse y de cumplirse:

1.º Reunir todos los conocimientos que podrian adquirirse sobre la historia económica de la España, registrar los cuadernos y memorias concernientes al mismo objeto que existiesen en los archivos nacionales y en los del gobierno, extractar de ellos cuanto diese luz para la formacion de un código econó-

mico acomodado á nuestros tiempos, y formar de estos extractos un cuadro general de este importante ramo de la historia del pais por medio de tablas sinópticas exactísimas que ofreciesen el resultado á una simple ojeada en cada una;

2.° Recoger y aprovechar, bajo el exámen y el criterio conveniente, los trabajos ya hechos de antemano, y los que fuesen presentados sucesivamente por las diversas comisiones que recorrian el reino, para formar un censo exacto y completo en los diversos ramos de estadística;

3.° Examinar los periódicos y los demas escritos que se publicaban en los paises extrangeros sobre agricultura, industria, comercio, navegacion y hacienda pública, y extractar de ellos por materias y secciones cuanto se hallase conducente para España, y cuanto fuese relativo á leyes y sistemas sobre impuestos;

4.° Publicar todos los conocimientos é invenciones que pudieran ser útiles á la produccion y á la industria nacional de los dos mundos, por medio de diarios luminosos, sencillos, y adecuados á la comun inteligencia (1);

---

(1) Las oficinas de fomento se hallaban en íntimas relaciones con los sabios redactores del *Semanario de agricultura y artes*, con los diarios literarios de la corte y las provincias, con los censores y secretarios de las sociedades económicas, y en general con todos los sabios

5.º Formar un *depósito industrial permanente*, donde se tuviesen muestras de todos los productos, sin ninguna excepcion, de la industria española;

6.º Formar un depósito igual de muestras escogidas de la industria extrangera, que sirviese de estímulo á la nuestra, repartiéndose impresos y hojas sueltas, cuanto fuese posible, sobre los metodos, máquinas, utensilios, economías y ahorros que con respecto á los mismos objetos poseyesen ó alcanzasen poseer aquellas laboriosas oficinas;

7.º Reunir en beneficio del giro y del comercio todas las monedas corrientes en Europa, ensayar su peso y su ley, y por su resultado formar estados comparativos con el peso y la ley de las de España;

8.º Reunir todos los pesos y medidas de la Europa, calcular y establecer su equivalencia exacta con los nuestros y las nuestras, y formar tablas de este resultado para el servicio del comercio;

9.º Formar una biblioteca especial de escritores de economía política y comercio, asi españoles como extrangeros, y añadir en ella, con catálogos y tablas puntuales, todos los escritos sueltos y especiales de conocida utilidad que se reuniesen, clasificados por materias, y hecha especial mencion del mérito particular de cada uno;

---

del reino que se ocupaban en este género de trabajos, designando y encomendando las traducciones que debian hacerse, los ramos en que escaseaba la instruccion, las materias que convenia tratar preferentemente, etc., etc.

10.° Presentar al gobierno, al principio de cada año, una memoria relativa al estado económico, comercial y político que ofreciese la Europa, y al que bajo igual respecto ofreciera la España en sus dominios de ambos mundos;

11.° Presentar tambien en cada un año los informes y estados relativos á la balanza del comercio, entre España y sus Indias, y con los paises extrangeros;

12.° Presentar igualmente el resultado anual de la produccion agrícola en todos sus artículos, el aumento ó diminucion de los consumos, los progresos ó los atrasos comparados con los del año antecedente en la prosperidad de nuestra industria y en los tráficos y comercios, la estancacion ó el movimiento de los fondos y especies circulantes, razones de esto, y medidas necesarias ú oportunas de proteccion, de estímulo, de auxilio y de fomento. A este informe debia añadirse el estado de las costumbres, observados en cada parte los gustos dominantes, las propensiones y tendencias de los pueblos en bien ó en mal de la riqueza pública, los adelantamientos conseguidos en materia de ilustracion y de cultura, los progresos de la enseñanza, el estado de la opinion, la naturaleza y carácter de los procesos y los pleitos, etc., etc.

Para el completo logro de estas tareas político-económicas se exigió una carrera consumada en los estudios útiles y positivos, y un amor ya probado

de la pátria entre los aspirantes al servicio de este importante ramo del despacho y del de hacienda. En tiempos ya pasados se componian las covachuelas de sugetos que aprendian trabajando en las plazas inferiores, triste suerte de empirismo administrativo que no podia salir de las rutinas ordinarias y prestaba muy poco auxilio á los ministros y consejos. Las oficinas de fomento ofrecieron por excelencia esta feliz innovacion en cuanto al mérito de las personas (1); los resultados de ella fueron vistos. Todos los doce artículos del programa fueron puestos por la obra con feliz suceso. El *Marcario* y el *Monetario* se llevaron hasta su fin con grande honor de sus autores; el *Depósito industrial* fué establecido, se reunieron en mucha parte los materiales y los datos necesarios para el censo de poblacion por provincias y por pueblos, y comenzóse en fin la estadística de España, cuyas primeras muestras, verdaderas obras de sabiduría, me hacen recordar los talentos, la devocion al estado y el incansable celo de don Bernardo Borja y don Francisco Escolar,

---

(1) En cuanto estuvo de mi parte y alcanzó mi influencia, en todas las secretarías del despacho se hizo la misma novedad con gran contento de los buenos, pero en contradiccion y á disgusto del gran número de pretendientes que ambicionaban estas plazas sin mas título que el favor, el parentesco ó los respetos de personages altos poco ó nada cuidadosos del merecimiento de estas turbas de parásitos.

dignos de figurar y disputarse con los economistas de la Europa de mas nombre en aquel tiempo. Estas y otras muchas tareas luminosas de aquellas oficinas permanecen las mas inéditas, otras se han perdido en los trástornos de la invasion francesa, otras las han robado manos interesadas en la conservacion de los abusos. Mucha parte sirvió tambien á los trabajos ilustrados en economía, crédito y hacienda que se hicieron luego por las córtes. Ellas tambien sirvieron al único ministro que bajo el rey Fernando pretendió y no pudo hacer llegar las reformas deseadas en la hacienda (1). Casi todo se hallaba hecho. Por la primera vez, despues de tantos siglos, puede decirse que se vió en España un presupuesto normal del activo y pasivo de nuestra hacienda, en

(1) Don Martin de Garay, hechura de mi tiempo y protegido mio. En el corto tiempo que duró su ministerio se volvió á trabajar en la estadística de España, y estaba ya muy cerca de formalizarse un sistema universal de impuestos en que pagasen todos con proporcion á sus haberes. Cuando se hallaba en tren de hacer alguna cosa, el hombre oscuro y oscurísimo que gozó privanza entera bajo aquel reinado, don Antonio Ugarte, dijo al rey: »¿No seria mas acertado confiar la formacion de la estadística á los obispos y arzobispos? ¿Quién mas integro »que el clero, menos expuesto á errar ni con mejores relaciones en los pueblos para desempeñar estos encargos?» Y he aquí que, á escondidas de Garay, y mientras que este ministro se afanaba en dar cima á sus trabajos, se envió la misma comision á los prelados, pidiéndoles tambien

la sabia y escrupulosa memoria que el ministro Soler presentó al rey sobre las obligaciones de toda especie inherentes al tesoro, sobre el importe verdadero de los productos ordinarios de las rentas del estado, sobre los recursos extraordinarios con que podia contarse, y sobre los medios posibles de acrecer estos valores con iguales ventajas de la nacion y del erario. A este escrito fundamental hizo seguir los dos planes modelos de presupuestos anuales, detallando en particular el valor reconocido de cada renta, y la suma de gastos correspondientes á los varios ministerios, hechos todos los cómputos sobre datos verificados é inconcusos, por dos quinquenios respectivos al estado de paz ó guerra; documentos inestimables y verdaderas tablas económico-políticas, á cuya luz podia sacarse de lo arbitrario y de lo incierto todo el sistema del tesoro (1).

---

un plan de impuestos. Cuando Garay lo supo, presentó su dimision al rey. Por el pronto no fué admitida y aun se le dió satisfaccion revocando la comision de los obispos, y recogiendo los trabajos de éstos que se hallaban comenzados. Pero el viento del ódio que soplaba ya con fuerza á causa del subsidio impuesto al clero, sopló de nuevo con mayor violencia. Garay fué derribado, y con él dieron fin las esperanzas de ulterior reforma en los negocios de la hacienda.

(1) ¿Qué podrán responder los que acusaron los años de mi poder (grande ó pequeño cual quisieren estimarlo) de haber sido un tiempo de confusion y de desórden en que adrede, para favorecer el pillage de la ha-

Madurábanse al propio tiempo las ideas proyectadas de economía en los varios ramos de la administracion, y de un plan nuevo de contribuciones, cuyas bases delineadas y establecidas bajo una medida comun de equidad y de justicia pudiesen contentar al menos las clases generales, ya que dejar contentas las demas y hacer una obra buena sin disgusto suyo y sin peligro de reacciones, se podia

---

cienda, se procuró sumir aquel departamento en un abismo de tinieblas? Y he aquí que lo que en largos años y en reinados prósperos y tranquilos no se hizo, se practicó en mi tiempo, sin dejar mas lugar á la ignorancia y á los manejos arbitrarios. Sin embargo, no hallando modo mis enemigos para negar estos hechos, no se les ha quedado por decir que aquellos grandes trabajos fueron secuestrados, que se alzaron los borradores, y que el rey tomó y guardó para sí en su carpeta la copia en limpio que fué hecha con precauciones y misterios. ¡Qué manera de calumniar y pervertir las cosas tiene el odio! El rey tomó una copia, es cierto, y la miró como un hallazgo y un tesoro; pero el ministro de hacienda tenia otra igual, y otra tambien Espinosa. No se dejó, es verdad, en las manos de todos, ni mucho menos se dió á luz aquel interesante documento por entonces, porque mediaba otro interes no poco grave del estado que impedia publicarlo. Los que censuran los actos de un gobierno deberian abstenerse de hacerlo mientras ignoran los motivos de su conducta. Nada mas duro al que gobierna, como saber que obra bien, verse calumniado, y no poder defenderse ni explicarse. Se pagaba á la Francia todavía nuestro subsidio pecuniario; se reclamaba sin cesar la justa cesacion de esta carga, y el gabinete de las Tu-

tener por imposible. Los tiempos han hablado, y la cuestion está pendiente todavía despues de tantos años. Sobra esta reflexion para cerrar la boca á los que acusan al gobierno de aquel tiempo de que tardó en hacer esta gran obra que á ninguno hasta ahora ha sido dable comenzarla sin que se venga luego abajo y lo sepulte entre sus ruinas. Imposible marchar apriesa por entonces, aun dándose gran prisa, en vista de un estado donde las manos muertas poseian dos terceras partes por lo menos de la propiedad inmueble, donde el clero materialmente mas numeroso que el ejército mismo en pie de guerra, disfrutaba una renta mas que doble de las de la corona (1), donde para cada agricultor habia seis in-

llerías insistia en reclamar aquel subsidio, ya con el mismo nombre de subsidio, ya con el de amistad y de socorro. El mejor modo de negarlo buenamente era el de exagerar nuestra escasez de medios, y para hacerlo asi necesitábase ocultar nuestros recursos. He aquí el único motivo de reservar en pocas manos por entonces aquellos documentos. Sirvieron sin embargo hasta el fin del reinado en las combinaciones ulteriores que se seguian haciendo para llegar al blanco deseado de una nueva fundacion de nuestra hacienda. Y una prueba, en fin, terminante de que aquellos papeles permanecieron siempre en secretaría, es que en las conferencias de Bayona fueron presentados por el ministro Asanza, y que allí sirvieron largamente. Si es que ya no existen, la culpa podrá ser de las manos infieles ó descuidadas, que ó los sustrajeron, ó los dejaron perderse.

(1) Por los últimos datos de estadística que obraban en mi tiempo, el número de personas eclesiásticas de am-

dividuos, para cada artesano sesenta y tres, y para cada negociante seiscientos sesenta y tres que no eran nada de esto! Toda esta gente estéril, si se exceptuan los salteadores de caminos y la turba pordiosera, vivia de empleos, de comisiones, de incumbencias, de mandamientos, de procuras y servicios de toda especie, pertenecientes los mas de ellos á los mismos ramos que necesitaban la reforma. Sin buscar su acomodo en otras cosas ó prepararles otros medios de existencia, era imposible dar un paso en

---

bos sexos, seculares y regulares, en todas sus especies, se acercaba á ciento ochenta mil individuos en una poblacion cuando mas de once millones distribuida en veintiunmil ciento y noventa pueblos, verificándose que habia un individuo eclesiástico por cada sesenta y dos personas. Por este solo dato será fácil á cualquiera concebir y explicar la preponderancia inmensa de esta clase entre nosotros, y los sucesos casi increibles que se han verificado bajo su influencia en las durísimas reacciones que ha sufrido y está aun sufriendo mi querida patria, presentes los dos campos y nada decidida la victoria.

No por esto se crea que mis ideas sean hostiles al clero, ni lo hayan sido en ningun tiempo; al contrario, deseaba yo que no se concitase el odio de los pueblos y que se hiciera ciudadano. Nadie podrá estar mas persuadido que yo lo estoy, de la suma y absoluta necesidad de los principios religiosos para mantener la moral, y que el ejercicio de esta tenga á Dios por motivo y por principio, en vez del interes humano tan movedizo, tan incierto y tan ignoble. Nadie tendrá tampoco ideas mas terminantes que las mias sobre la conveniencia de que el clero esté dotado aun con mas de lo necesario, sin lo

las mejoras deseadas de la hacienda, y en el sistema sobre todo de gabelas y tributos. De aquí mi afan desde un principio por desestancar la propiedad, y abrir puertas y caminos á la agricultura y á la industria, de aquí el teson de propagar las enseñanzas y los estudios positivos que alumbran á las masas y les muestran los tesoros ignorados que estan entre sus manos, de aquí mi empeño de avivar las artes y quitarles las trabas y cadenas con que las tenia cargadas tan de antiguo el monopolio. ¿Pero se es-

---

cual no será nunca el sacerdocio una carrera de hombres sábios, especiales en ciencia y en costumbres como la religion los necesita. Pero habia tres cosas que enmendar: la primera el exceso de sus rentas que corrompia sus almas, que adulteraba sus costumbres, que les hacia ser hombres de la tierra, no del cielo, y les daba por cima de esto un poder exorbitante sobre las otras clases; la segunda su introduccion, ó su intrusion diré mejor, en los negocios judiciales del orden civil, bajo de cualquier título que fuera ó hubiese sido; la tercera su excesivo número. En mi modo de entender la ciencia económica, los sacerdotes, verdaderos magistrados de la moral, pertenecen á las clases auxiliares de la muchedumbre trabajadora y la ayudan á producir, si hacen bien sus deberes, inspirándole las virtudes necesarias para el mantenimiento de las buenas costumbres, el amor al trabajo, el buen uso de los bienes y la guarda de la justicia por conciencia como un deber de ley divina; pero el número excesivo de sacerdotes y ministros causaria un gasto tan superfluo de brazos y dinero, como poner cien jueces en cada tribunal donde bastasen tres ó cinco, como añadir diez yuntas á un arado donde con una habria bastante.

*

taba en tiempo hábil todavía para atreverse á una mudanza repentina en todas cosas, para emprender una reforma radical y simultánea en donde no habia nada que no necesitára reformarse? Y aun dado caso que lo hecho y adelantado ya por aquel tiempo, hubiera permitido aventurarse en dias tranquilos y serenos, ¿era prudencia haberlo hecho en los dias peligrosos é inseguros que amagaban á la patria, dias en que mas que en ningun tiempo se necesitaba la union de voluntades? Cerca se estaba ya de reparar y mejorar la vieja casa de los siglos que nos llegó en herencia mal fabricada y medio hundida; pero urgia mas por el momento defenderla que reedificarla. Se le ponian puntales mientras tanto, se acopiaban los materiales, se preparaban los obreros, se mejoraba parcialmente, y se tenia habitable y guarnecida por cuantos modos era dable. Cuanto á hacienda se iba saliendo como por milagro, con medios, con arbitrios y con economías y esfuerzos, increibles para cualquiera que no se halló presente en los recísimos apuros de aquellos tristes años, ni en las tareas y los desvelos que costaba haber de hacerles frente. Años de confusion y de desórden los han llamado muchos; fuéronlo de trabajos y de urgencia, hijas no del gobierno, sino del doble peso que gravitaba en sus espaldas, como en todas partes, de la Inglaterra y de la Francia, siendo preciso defenderse de una y otra. Y en medio de este peso, no se cargó la mano sobre el pue-

blo, no se añadieron mas tributos, no se hizo bancarrota, se pagaron constantemente todos los intereses de la deuda pública: si entre los acreedores del gobierno se halló quien padeciese algun retardo, fueron solo sus dependientes y empleados, y muchas veces el palacio. Grandes fueron las estrecheces del gobierno, frecuentes sus ahogos; pero su buena fé y su solicitud en atender á los empeños contraidos y sostener el crédito cuanto alcanzaban sus recursos, fueron bien notorios: prueba de esta verdad, la intimidad recíproca, la entera confianza que reinó constantemente entre el gobierno y el comercio, prestándose uno y otro sus oficios mútuos de sosten y auxilio, y uno y otro luchando contra el agio de comun acuerdo, cosa muy poco vista en otras partes (1). La adversidad de aquellos

(1) Entre la multitud de datos con que podria atestiguar esta buena correspondencia y hermandad entre los intereses del estado y del comercio, citaré uno por muestra todavía. En el capítulo XXIII de esta segunda parte dejé referido de qué manera tomó el comercio á cargo suyo el empréstito de cien millones de reales que fué abierto en 29 de junio de 1805 para los gastos de la guerra marítima. He aquí pues en el siguiente año, el comercio de Madrid, entre otros muchos servicios voluntarios con que acudió al estado, propuso él mismo y realizó el siguiente. Se trataba de contener el agio, de quitar los embarazos que este ocasionaba á nuestras relaciones mercantiles en lo interior del reino y en las plazas extrangeras, de restablecer el equilibrio de los cambios y

tiempos no impidió tampoco que el banco de San Cárlos y la compañía de Filipinas repartiesen dividendos. La de la Buena-Fé siguió pagando siempre

---

mantener la estimacion de los vales-dinero que empezaban á sufrir quebranto. A este fin mostró al gobierno la oportunidad de una medida pronta y codiciable, por la cual se sacase de la circulacion la totalidad ó á lo menos una parte de estos vales por la via de una suscripcion ó préstamo voluntario, cuyas operaciones tomaría por su cuenta el mismo cuerpo de comercio, convenidas las condiciones con la caja de consolidacion y obrando de comun concierto. Fué hecho asi, como el comercio deseaba, y la suscripcion se abrió bajo de estas cláusulas: 1.ª Que todo capitalista que quisiese hacer un Préstamo en vales-dinero recibiria en el acto cuatro pagarés ú obligaciones del comercio que satisfaria este mismo en cuatro plazos de seis, doce, diez y ocho y veinticuatro meses con el cinco por ciento de interes al año;

2.ª Que los vales-dinero quedarian depositados en poder del cuerpo del comercio hasta recibir por ellos de la caja de consolidacion su valor metálico;

3.ª Que el que quisiese recibir vales comunes por vales-dinero, podría hacerlo recibiendo obligaciones del comercio por la diferencia ó pérdida entre el vale comun y la plata, con iguales plazos é intereses que señalaba la cláusula primera;

4.ª Que estas obligaciones del comercio se podrian negociar libremente por el simple endoso;

5.ª Que la caja de consolidacion admitiria estos pagarés ú obligaciones por la cuarta parte del precio en que se rematasen los bienes de obras pias y las fincas eclesiásticas que se vendiesen al tenor del breve del señor Pio VII;

6.ª Que la caja de consolidacion entregaria cada se-

sus plazos é intereses. La marina real dedicada mayormente en los años seis y siete al resguardo de la mercante, hizo menos difícil el comercio de la Amé-

---

mana al cuerpo del comercio la cuarta parte del producto de la venta de los bienes mencionados, en aquella misma especie en que se recibiese el precio de ellos;

7.ª Que la misma caja daria libranzas sobre Méjico, Lima, Buenos-Aires y Cartagena de Indias, de otras tantas cantidades como obligaciones contraeria el comercio de los dos modos ya expresados, negociándolas éste por sí mismo ó de concierto con la caja, y volviéndole el excedente que hubiese en sus productos y el de la porcion á que alcanzasen las consignaciones semanales;

8.ª Que bajo de estas condiciones se obligaria el comercio al pago puntual de los pagarés ú obligaciones que expidiese y de sus intereses;

9.ª Que el cuerpo del comercio podria reducir á metálico toda la parte de consignaciones que le fuesen entregadas en vales comunes, abonando el producto de igual modo en especies metálicas;

10.ª Que pasados cuatro meses los vales-dinero perderian su privilegio de curso forzoso, sin que nadie fuese obligado á recibirlos en pago de letras ni en ninguna obligacion á efectivo.

La ejecucion de esta medida tan ventajosa al crédito y al giro fué confiada á una junta de gobierno de entre los mismos comerciantes, elegidos por ellos mismos, á excepcion de un vocal solo de la caja. He aquí los nombres de los individnos que compusieron esta junta: el duque de Osuna, presidente, don Luis Fernandez Gonzalo del Rio, don Manuel García de la Prada, don Diego Crespo de Tejada, don Lorenzo Palacio, y don José Antonio de Uriarte.

rica; el enemigo no hizo presas de importancia, y las que se hicieron en aquellos mares y en los del Africa y del Asia, sobrepujaron á las suyas. Nuestros papeles públicos de los dos años referidos y los de la Inglaterra podrán servir de prueba á los que quieran consultarlos. No hubo fruto exportable entre los nuestros que no tuviese compradores en nuestros propios buques ó en agenos, y si la concurrencia no fué tanta que se lograsen grandes precios, no les faltó el consumo por lo menos á precios razonables. No hubo miseria adentro, no decayó la agricultura, sino al contrario fué en aumento y en un aumento nunca visto; la industria hizo progresos conocidos, y la guerra marítima tan lejos de dañarla, condujo á su incremento. ¿Se dirá que exagero? Los que recuerden aquel tiempo, si son justos, bajo cualquier aspecto que lo miren, le llamarán edad de oro comparada con la de barro, y peor que barro, que fundaron con tan ufanas pretensiones mis furibundos enemigos. Ellos, que todo lo han gastado y consumido hasta las últimas raices mas que una larga plaga de langosta, y se han comido hasta la parte de las generaciones venideras, ellos me han argüido de peculado y de pillage, tales como bandidos que al desgraciado pasagero á quien despojan le dan su propio título y le llaman ladron á boca llena. No, en el tiempo de Cárlos IV, si hubo algunos que errasen en teorías de hacienda, no hubo ninguno que pusiese mano

en el caudal sagrado de la patria; y lo que es mas, aun cuando hubiese habido quien quisiera mancharse de este modo, no habria hallado materia en que cebarse. Todo se lo llevaban, y mas que hubiese habido, las atenciones del estado, los premiosos apuros de aquel tiempo, los peligros, los compromisos y las guerras, la defensa y la guarda de la España, que fue guardada y defendida en todas partes mientras los hombres de Aranjuez no acometieron el poder que trabajaba por su guarda, y que la habria guardado ó perecido con honor las armas en la mano. Ellos me han argüido de manejos y pillage; citen un solo hecho por el que puedan acusarme. En su mano han estado de repente y por sorpresa mis estantes y escritorios, ellos han registrado todos mis secretos, publíquenlos si hay algo que me dañe. Yo al contrario, sin libros, sin papeles, sin archivos, podré citar algunos que ellos han callado porque se han visto condenados por mis obras y ninguno ha seguido mis ejemplos de pundonor y limpieza. He aquí uno, que ya lo saben muchos, que ellos mismos lo han encontrado, y por el cual el mismo rey Fernando pareció un momento desarmado en favor mio.

Iba corriendo el año de 1807, crecian nuestros apuros en la hacienda, y se multiplicaban las exigencias de la Francia. Pendiente aun la cuestion del subsidio pecuniario, resistiéndolo el gobierno, y ya cansado de razones, apeló á la postrera, que era no

tener medios de pagarlo aunque quisiese hacerlo. La respuesta fué proponernos el empréstito de Holanda. Un alto personage de la Francia se ofreció á interponer su autoridad y sus respetos para allanarnos este paso. No me detendré, por no cansar, en referir lo que es sabido, de que manera fué el empréstito de Holanda, cuanto fué aventajado por encima de lo que permitian las circunstancias, y cuan diferente de los que luego ha visto España bajo el postrer reinado. Este encargo fué cometido á don Eugenio Izquierdo, y realizóse con la casa Hope y compañía, extensivo el valor de aquel empréstito á treinta millones de florines si podian necesitarse (1): la emision de la renta fué al ochenta y ocho: De los doce restantes cobró siete la casa Hope; los otros cinco fueron puestos en destino reservado. Izquierdo fué inducido á hacerlo asi por el sugeto mismo que interpuso sus respetos, una mitad en favor de éste, la otra mitad en beneficio mio: aun todavía me cuesta pena referirlo. Bueno lo hecho en cuanto fué preciso para el logro del empréstito, deseché aquella parte que se quiso reservar en favor mio, y escribí á Izquierdo al márgen de su carta: «Yo »no admito regalos; sirvo al rey: S. M. me recom-

(1) Por lo que pude saber por aquel tiempo, las acciones expendidas hasta marzo de 1808 no excedieron de veintitres millones.

»pensa suficientemente, quede esa parte mas á be»neficio del erario.» Instó en seguida Izquierdo y escribióme, que recibida ya su parte por el alto personage que medió en aquel asunto, se podria tener por humillado y ofendido si no aceptaba yo la mia del mismo modo. «V. sabe, me decia, cual »puede ser su influjo en bien ó en mal, en las pre»sentes circunstancias.» Mi respuesta era fácil, y escribíle: «No hay ninguna necesidad de que él lo »sepa; bástame á mí que no lo ignore el rey. La »discrecion de V. sea la que le dirija del modo con»veniente; despues dará V. cuenta, y dispondrá »S. M. lo que fuere de su agrado.»

Izquierdo puso á parte aquellos intereses, y convenido con la casa Hope hizo de ellos un depósito legal en el oficio del notario holandes Mr. Seneth. Cuando despues me vió en Bayona, díjome estas palabras: «Todo se lo han quitado á V.; pero aun exis»ten disponibles las dos mil acciones del empréstito »de Holanda que se hallan sin destino.» Ciertamente en circunstancias tales como en las que yo me hallaba, la tentacion era muy fuerte. Me negué sin embargo á aprovechar aquellos intereses, y se quedaron, como estaban, en depósito. No admitidos por mí, no habia á quien entregarlos en aquel tiempo de trastorno en que la pátria estaba huérfana sin relaciones con nosotros. Murió despues Izquierdo, pasaron años, y un sobrino suyo distrajo sus papeles, dicen que para presentarlos en la corte; pero el asunto

del depósito y de la accion á aquellos intereses quedó envuelto en una especie de misterio. Venido yo á París despues de muchos años, parte por favorecer á la hija de don Eugenio Izquierdo, parte tambien muy grande y especial para atender á mi decoro, hice practicar no pocas diligencias, las que estuvieron á mi alcance, por descubrir aquel secreto. El resultado fueron solamente algunas copias relativas, una á la cuenta del empréstito, y otras á documentos del depósito, lo bastante para hacer muy mas claro y evidente en este asunto mi honor no menos que el de Izquierdo. Supe en tanto en 1830 que el gobierno de España intentaba, creo, una conversion de la deuda de Holanda, y temiendo que se perdiesen aquellos intereses que se encontraban muertos ú olvidados, me dirigí al embajador de España, que lo era entonces el conde de Heredia y de Ofalia, le instruí por escrito de este asunto, y remitíle un duplicado de las copias que yo me habia adquirido, dejando á discrecion del rey que dispusiera de aquel crédito y que hiciese participante de sus beneficios y favores á quien mejor le pareciese. Fuéronme dadas gracias en su nombre, añadiéndose en la respuesta, que el rey tendria presente aquel servicio para atender las reclamaciones de intereses propios que á la sazon hacia mi hijo.

Baste con este hecho entre otros varios de semejante especie, que por haber sido tan frecuentes en la carrera de mi vida, casi los he olvidado. Pero in-

sistiendo un tanto sobre el que dejo referido, preguntaré yo ahora, si al que viéndose desterrado, en plena ruina, y á merced de la suerte, falto de todos bienes propios, despreció aquellos fondos tan cuantiosos sin tener que temer ningun testigo si los hubiese recibido, se le podria juzgar menos severo en sus principios, menos pundonoroso, menos limpio cuando ocupaba en el estado la primera altura, cuando se hallaba tan colmado de honores y de haberes, y cuando ningun paso de su vida se podia ocultar á centenares de testigos!

No habiendo hallado mis contrarios, entre tanto como han gritado y han escrito, un hecho tan siquiera personal con que fundar sus invectivas y calumnias, me han atacado en globo, me han cargado los yerros que se cometieron en hacienda en los tres años que estuve retirado del gobierno, los dispendios que nos causaron las plagas y trabajos que llovieron sobre nosotros de lo alto durante cuatro años, y despues, por cima de esto, cual si los gastos de las guerras que sostuvo aquel reinado, tres años con la Francia, nueve con la Inglaterra, y el subsidio pagado á aquella tan contra mi dictámen, no hubiesen consumido cosa alguna, han pretendido hacerme un cargo de que adoptada la enagenacion de los bienes de obras pias y de una parte de los eclesiásticos para extinguir los vales reales, no fueron estos extinguidos sino por el valor en reales de vellon de trescientos millones solamente, y que

una parte de estos fondos ó productos pasaron á la Francia por el fatal subsidio, para ganar yo albricias y favores con el emperador de los franceses. Tales fueron las cosas que escribieron y alegaron contra mí los autores de la obra ministerial intitulada: *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, de que he hablado ya otras veces. Escrita ésta bajo el inmediato dictado de mis enemigos cuando reinaban á su anchura, dueños sus redactores de todos los archivos, y lo que es mas, de todos mis papeles, no encontraron mas armas con que herirme sino estas pérfidas declamaciones y estos ataques desleales, mas bien contra el reinado del augusto anciano que destronaron y abatieron los que inspiraban esta obra, que contra mí tomado por achaque para hacerle odioso y deslumbrar los pueblos, no bien sentado todavía el trono de Fernando al juicio de la Europa. No era en verdad la hacienda asunto de mi cargo, lo he dicho muchas veces y me es forzoso repetirlo; pero defiendo aquel reinado. Sin el recurso de las ventas que se hicieron de los bienes de obras pias y de una parte del superfluo de los bienes eclesiásticos, ¿de qué modo se habria hecho frente á tantos gastos, no voluntarios, sino inevitables y forzosos, sin aumentar las cargas de los pueblos? Tal cuentan mis contrarios estas cosas como si España hubiese estado entonces en una paz perpetua y octaviana sin participar en nada de los trabajos inauditos de la Europa. ¡Qué dirian

hoy, qué podrian responder, y qué estarian forzados á contar de sí mismos, los que gozando de una paz perfecta, protegidos á un mismo tiempo por la Francia y la Inglaterra, y reposado todo el mundo, en el solo discurso de diez años, desde 1823 hasta el fin del último reinado (de su reinado de ellos), no tan solo no amortizaron ni una blanca de la deuda pública, sino que la aumentaron, la cargaron con el horrible peso de ciento veintisiete millones setecientos sesenta mil trescientos noventa y nueve pesos fuertes; en reales de vellon, dos millares quinientos cincuenta y cinco millones doscientos siete mil novecientos noventa (1)! ¿Y cómo contarian los tratados desastrosos, mas desastrosos que la misma deuda con que arruinaron nuestro crédito, con que pusieron en cuestion la buena fé española que era como un proverbio de los siglos. Dios los ha castigado!... ¡Ojalá! no, porque mi amada patria es la que está pagando estos pecados de unos pocos.

Quédame responder por la postrera vez y por la misma boca de ellos, á aquella acusacion tan desleal hecha correr de boca en boca, con que todos mis enemigos y la engañada muchedumbre han hecho tanto ruido, aquellos propalando, y ésta cre-

---

(1) Asi lo rezan los estados oficiales presentados por el ministerio de hacienda en la sesion de córtes de 7 de agosto de 1834.

yendo sus mentiras, de que gravé á la España por el fatal subsidio que fué pagado á los franceses, y de que aquel subsidio fué obra mia. En el capítulo XIV de esta segunda parte dejé contado por extenso, que para conceder alguna cosa en vez de armas, tropas y bajeles que nos pedia la Francia (indebidamente) por el tratado de alianza hecho con la república en circunstancias diferentes, tuve ya convenido un tratado de comercio libre entre las dos potencias, no sin algunas restricciones que nos eran favorables, medio cierto y seguro, que en mi modo de ver las cosas, no tan solo nos habria salvado del subsidio, sino que en muchas cosas habria inclinado á favor nuestro la balanza del comercio (1). He aquí pues los redactores de la misma obra que he citado, presentando, por zaherirme, aquel proyecto como un grande desatino, cuentan despues y siguen á la letra de este modo:

«El conocimiento, dicen, de aquella transaccion »ya comenzada, llegó con tiempo á don Pedro Ce»ballos para que pudiese impedirla. Representó al »valido los perjuicios que debian causarse, si se lle»vaba á efecto, consiguió convencerle (esto fué fal»so), y escribió á Paris á nuestro embajador Azara, »autorizándole para tratar el asunto del subsidio »sin perder momento, con los ministros del primer

(1) Este hecho lo encontrarán mis lectores muy detallado en el capítulo XIV ya citado, hácia el fin.

»cónsul. Hízolo Azara asi con tal presteza, que »cuando Beurnonville anunció á su gabinete el con- »sentimiento que habia dado Cárlos IV para la libre »importacion de mercancías francesas, Azara y »Talleyrand habian firmado ya una convencion de- »finitiva, por la cual rescataba España las estipula- »ciones del tratado de San Ildefonso, pagando á la »Francia bajo el título de subsidio la enorme suma »de seis millones mensuales.»

De esta suerte mis enemigos, sin temer contradecirse, inspiradores ellos mismos de esta historia, justamente en el propio tiempo en que el mismo Ceballos por la segunda vez era ministro de Fernando VII, ellos mismos, repito, por pintarme como ignorante ó como inepto en los negocios, confesaron al fin que el tratado del subsidio no fué mio. De esta manera han sido todas las calumnias con que me han herido tan protervamente. El tiempo ha hecho justicia contra ellos, pero muy tarde para España.

FIN DEL TOMO CUARTO.

DOCUMENTOS

CITADOS

EN ESTE CUARTO TOMO.

I.

Manifiesto de guerra contra la Gran-Bretaña, dirigido á todos los Consejos por don Pedro Ceballos, primer secretario de estado y del despacho, con fecha de 12 de diciembre de 1808.

El restablecimiento de la paz, que con tanto gusto vió la Europa, por el tratado de Amiens, ha sido por desgracia de muy corta duracion para el bien de los pueblos. No bien se acababan los públicos regocijos con que en todas partes se celebraba tan fausto suceso, cuando de nuevo principió á turbarse el sosiego público, y se fueron desvaneciendo los bienes que ofrecia la paz. Los gabinetes de Paris y Londres tenian á la Europa suspensa, y combatida entre el temor y la esperanza, viendo cada dia mas incierto el éxito de sus negociaciones, hasta que la discordia volvió á encender entre ellos el

*

fuego de una guerra, que naturalmente debia comunicarse á otras potencias; pues la España y la Holanda, que trataron juntas con la Francia en Amiens, y cuyos intereses y relaciones políticas tienen entre sí tanta union, era muy difícil que dejasen al fin de tomar parte en los agravios y ofensas hechas á su aliada.

En estas circunstancias, fundado S. M. en los mas sólidos principios de una buena política, prefirió los subsidios pecuniarios al contingente de tropas y navíos con que debia auxiliar á la Francia en virtud del tratado de alianza de 1796; y tanto por medio de su ministro en Londres, como por medio de los agentes ingleses en Madrid, dió á conocer del modo mas positivo al gobierno británico su decidida y firme resolucion de permanecer neutral durante la guerra, teniendo por el pronto el consuelo de ver que estas ingenuas seguridades eran, al parecer, bien recibidas en la corte de Londres.

Pero aquel gabinete, que de antemano hubo de haber resuelto en el silencio, por sus fines particulares, la renovacion de la guerra con España siempre que pudiese declararla, no con las fórmulas ó solemnidades prescritas por el derecho de gentes, sino por medio de agresiones positivas que le produjesen utilidad, buscó los mas frívolos pretextos para poner en duda la conducta verdaderamente neutral de la España, y para dar importancia al mismo tiempo á los deseos del rey británico de con-

servar la paz: todo con el fin de ganar tiempo, adormeciendo al gobierno español y manteniendo en la incertidumbre la opinion pública de la nacion inglesa sobre sus premeditados é injustos designios, que de ningun modo podia aprobar.

Asi es que en Londres aparentaba artificiosamente proteger varias reclamaciones de particulares españoles que se le dirigian, y sus agentes en Madrid ponderaban las intenciones pacíficas de su soberano. Mas nunca se mostraban satisfechos de la franqueza y amistad con que se respondia á sus notas, antes bien soñando y ponderando armamentos que no existian, y suponiendo (contra las protestas mas positivas de parte de la España) que los socorros pecuniarios dados á la Francia no eran solo el equivalente de tropas y navios que se estipularon en el tratado de 1796, sino un caudal indefinido é inmenso que no les permitia dejar de considerar á la España como parte principal de la guerra.

Mas como aun no era tiempo de hacer desvanecer del todo la ilusion en que estaban trabajando, exigieron como condiciones precisas para considerar á la España como neutral, la cesacion de todo armamento en estos puertos, y la prohibicion de que se vendiesen las presas conducidas á ellos; y á pesar de que una y otra condicion, aunque solicitadas con un tono demasiado altivo y poco acostumbrado en las transacciones políticas, fueron desde luego religiosamente cumplidas y observadas, insistieron

no obstante en manifestar desconfianza, y partieron de Madrid con premura, aun despues de haber recibido correos de su corte, de cuyo contenido nada comunicaron.

El contraste que resulta de todo esto entre la conducta de los gabinetes de Madrid y de Londres bastaria para manifestar claramente á toda Europa la mala fé y las miras ocultas y perversas del ministerio inglés, aunque él mismo no las hubiese manifestado con el atentado abominable de la sorpresa, combate y apresamiento de las cuatro fragatas españolas, que navegando con la plena seguridad que la paz inspira, fueron dolorosamente atacadas, por órdenes que el gobierno inglés habia firmado en el mismo momento en que engañosamente exigia condiciones para la prolongacion de la paz, en que se le daban todas las seguridades posibles, y en que sus buques se proveian de víveres y refrescos en los puertos de España.

Estos mismos buques que estaban disfrutando la hospitalidad mas completa, y experimentando la buena fé con que la España probaba á la Inglaterra cuan seguras eran sus palabras, y cuan firmes sus resoluciones de mantener la neutralidad; estos mismos buques abrigaban ya en el seno de sus comandantes las órdenes inicuas del gabinete inglés para asaltar en el mar las propiedades españolas; órdenes inicuas y profusamente circuladas, pues que todos sus buques de guerra en los mares de América y

Europa estan ya deteniendo y llevando á sus puertos cuantos buques españoles encuentran, sin respetar ni aun los cargamentos de granos que vienen de todas partes á socorrer á una nacion fiel en el año mas calamitoso.

Ordenes bárbaras, pues que no merecen otro nombre, las de echar á pique toda embarcacion española, cuyo porte no llegase á cien toneladas; de quemar las que estuviesen varadas en la costa y de apresar y llevar á Malta solo las que excediesen de cien toneladas de porte. Así lo ha declarado el patron de un laud valenciano de cincuenta y cuatro toneladas que pudo salvarse en su lancha el dia 16 de noviembre sobre la costa de Cataluña, cuando su buque fué echado á pique por un navío inglés, cuyo capitan le quitó sus papeles y su bandera, y le informó de haber recibido las expresadas órdenes de su corte.

A pesar de unos hechos tan atroces, que prueban hasta la evidencia las miras codiciosas y hostiles que el gabinete inglés tenia meditadas, aun quiere éste llevar adelante su pérfido sistema de alucinar la opinion pública, alegando para ello que las fragatas españolas no han sido conducidas á los puertos ingleses en calidad de apresadas, sino como detenidas, hasta que la España dé las seguridades que se desean de que observará la neutralidad mas estricta.

¿Y qué mayores seguridades puede ni debe dar

la España? ¿Qué nacion civilizada ha usado hasta ahora de unos medios tan injustos y violentos para exigir seguridades de otra? Aunque la Inglaterra tuviese en fin alguna cosa que exigir de España, ¿de qué modo subsanaria despues un atropellamiento semejante? ¿Qué satisfaccion podria dar por la triste pérdida de la fragata *Mercedes* con todo su cargamento, su tripulacion, y el gran número de pasageros distinguidos, que han desaparecido víctimas inocentes de una política tan detestable?

La España no cumpliria con lo que se debe á sí misma, ni creeria poder mantener su bien conocido honor y decoro entre las potencias de la Europa, si se mostrase por mas tiempo insensible á unos ultrajes tan manifiestos, y si no procurase vengarlos con la nobleza y energía propias de su carácter.

Animado de estos sentimientos el magnánimo corazon del rey, despues de haber apurado, para conservar la paz, todos los recursos compatibles con la dignidad de su corona, se ve en la dura precision de hacer la guerra al rey de la Gran Bretaña, á sus súbditos y pueblos, omitiendo las formalidades de estilo para una solemne declaracion y publicacion, supuesto que el gabinete inglés ha principiado y continua haciendo la guerra sin declararla.

En consecuencia, despues de haber dispuesto S. M. se embargasen por via de represalia todas las propiedades inglesas en estos dominios, y que se circulasen á los vireyes, capitanes generales y de-

mas gefes de mar y tierra las órdenes mas convenientes para la propia defensa, y ofensa del enemigo, ha mandado el rey á su ministro en Londres que se retire con toda la legacion española, y no duda S. M. que inflamados todos sus vasallos de la justa indignacion que deben inspirarles los violentos procederes de la Inglaterra, no omitirán medio alguno de cuantos les sugiera su valor, para contribuir con S. M. á la mas completa venganza de los insultos hechos al pabellon español. A este fin les convida á armar en corso contra la Gran Bretaña, y á apoderarse con denuedo de sus buques y propiedades con las facultades mas amplias, ofreciendo S. M. la mayor prontitud y celeridad en la adjudicacion de las presas, con la sola justificacion de ser propiedad inglesa, y renunciado expresamente S. M. en favor de los apresadores cualquiera parte del valor de las presas que en otras ocasiones se haya reservado, de modo que las disfruten en su íntegro valor sin descuento alguno.

Por último ha resuelto S. M. que se inserte en los papeles públicos cuanto va referido, para que llegue á noticia de todos: como igualmente que se circule á los embajadores y ministros del rey en las cortes extrangeras, para que todas las potencias esten informadas de estos hechos, y tomen interes en una causa tan justa; esperando que la divina Providencia bendecirá las armas españolas para que logren la justa y conveniente satisfaccion de sus agravios.

II.

Proclama á la nacion española y al ejército.

El rey se ha dignado encargarme, como generalísimo que soy de sus reales armas, la direccion de la nueva guerra contra la Gran Bretaña; y quiere que todos los gefes de sus dominios se entiendan directa y privativamente conmigo en cuantos asuntos ocurrieren relativos á ella. Para corresponder á esta soberana confianza, y al honroso empeño en que me hallo por tener el mando de sus valerosas tropas, debo desplegar todos los resortes de mi ardiente celo y dirigir mis ideas á cuantos deben concurrir para realizarlas.

Bien público es que hallándonos en paz con la Inglaterra, y sin mediar declaracion alguna que la interrumpiese, ha empezado las hostilidades tomando tres fragatas del rey, volando una, haciendo prisionero un regimiento de infantería que iba á Mallorca, apresando otros muchos buques cargados de trigo, y echando á pique los menores de cien toneladas.... ¿Pero cuándo se cometian todos estos robos, traiciones y asesinatos?... Cuando nuestro soberano admitia los buques ingleses al comercio, y socorria desde sus puertos á los de guerra.... ¡Qué iniquidad por una parte! ¡qué nobleza y buena fé

por la otra!... Al ver esta perfidia, ¿habrá español que no se irrite? ¿habrá soldado que no corra á las armas?... *Marinos*: trescientos hermanos vuestros hechos pedazos, mil aprisionados traidoramente, excitan vuestro honor al desagravio. — *Soldados del ejército*: igual número de vuestros compañeros desarmados vergonzosamente, privados de sus banderas, y conducidos á una isla remota, donde perecerán tal vez de hambre, ó se verán obligados á tomar partido en las falanges enemigas, os recuerdan vuestros deberes. — *Españoles todos*; muchos pacíficos é indefensos pescadores, reducidos á la mayor miseria, y sus pobres mugeres y sus tiernos hijos, maldiciendo á los autores de su ruina, excitan vuestra compasion é imploran vuestro auxilio. — Por último, millares de familias, que esperaban el sustento preciso en el año mas calamitoso, y que se lo ven arrebatar pérfidamente, claman *venganza*, *venganza*.... Corramos á tomarla como el rey lo manda, y la justicia y el honor lo exigen. Si los ingleses se han olvidado de que circula por las venas de los españoles la sangre de los que debelaron á los cartagineses, á los romanos, á los vándalos y á los moros, nosotros tenemos presente que debemos conservar la fama de nuestros valientes abuelos, y que espera la posteridad algunos de nuestros nombres para aumentar el número de los héroes castellanos. Si los ingleses, observando nuestra tranquilidad y nuestro deseo de conservar la paz, han tenido la ob-

cecacion de creer era efecto de una debilidad y una apatía, que no pueden existir en el ardiente y generoso carácter español, bien pronto les haremos ver que á una nacion leal, virtuosa y valiente, que ama la religion, el honor y la gloria, no se le puede ofender impunemente, ni dejará de vengar la mas sanguinaria de sus afrentas. Si los ingleses, sacudiendo de sí aquel pudor que no permite cometer los últimos atentados, y despreciando las formalidades practicadas por los gobiernos cultos, han preferido la traicion y el robo al honor y á la fé pública; los españoles les acreditarán al momento que la violacion del derecho de gentes, el abuso de la fuerza, y el exceso del despotismo han causado siempre la ruina de los estados.... ¡Qué se avergüencen! ¡qué tiemblen á la vista de esos miserables caudales, que teñidos en sangre de víctimas inocentes, les imprimen un borron eterno, y les hacen odiosos á todo el universo!

Españoles generosos: la nobleza y la magnanimidad de vuestro carácter no podrá resistir mas tiempo sin vengarse de tamaños agravios; y el amor que el rey tiene á sus pueblos es sobradamente cierto y conocido, para que no se esmeren todos sus vasallos en corresponder á sus justas y soberanas intenciones. Hágase pues la guerra del modo que sea mas funesto á nuestros crueles enemigos; pero sin imitarlos en los procedimientos que no esten autorizados por los derechos de aquellas naciones cultas,

que no han perdido todavía su decoro y buen concepto. Y á fin de que puedan los gefes militares proceder con aquella firmeza y desembarazo que exigen las circunstancias, y con la confianza que el rey ha depositado en su autoridad, les ofrezco en su real nombre que no se les hará cargo de que las operaciones que intenten no tengan el éxito feliz á que se aspire y hayan hecho prometer con fundamento el exámen, la prudencia y el valor que las hubiesen dictado; pero sí serán responsables de que no hagan uso de todos los medios que tengan á su disposicion y pueda crear un ardiente y bien aplicado celo. Naciones con muchos menos recursos que la nuestra, y en situaciones mas críticas, han sabido desarrollar tan oportunamente sus fuerzas, que han sido víctimas de su enérgico resentimiento los imprudentes que atropellaron sus derechos. Inflámese bien el ánimo de los pueblos; aprovéchese la exaltacion de sus nobles sentimientos, y se harán prodigios. A los capitanes ó comandantes generales de las provincias corresponde entusiasmar el ánimo de sus tropas; y á los reverendos arzobispos y obispos, prelados eclesiásticos, y gefes políticos de todos los cuerpos del estado, persuadir con su elocuencia y ejemplo á que vuelvan todos del mejor modo que puedan por el honor de su rey y de su pátria.

En situaciones extraordinarias es menester apelar á recursos y á operaciones de la misma especie,

y cada provincia ofrecerá medios particulares que puedan emplearse en hacer mucho daño al enemigo. Sépalos aprovechar la política y el amor á la causa pública; y aspire cada gefe y cada pueblo á presentar á su soberano, á la Europa entera, y á sus conciudadanos el mayor número de hazañas y de generosos esfuerzos. Cuando se ofrezca una ocasion favorable de dañar al enemigo, aprovéchela todo el mundo, sin detenerse á esperar las órdenes de la superioridad, ni á multiplicar consultas que inutilizan en la irresolucion el valor de los ejecutores, hacen perder los instantes mas preciosos y desairan el honor nacional.

Persígase al contrabandista como al reo mas abominable, como el que presta auxilios á nuestro codicioso enemigo, é introduce géneros fabricados por sus manos ensangrentadas en los padres y hermanos de los mismos que deben usarlos. Inspírese un horror patriótico hácia ese infame comercio; y cuando esté bien reconcentrado, cuando no haya Español alguno que se envilezca contribuyendo á tan vergonzoso tráfico, y la Europa toda reconozca sus verdaderos intereses y cierre sus puertas á la industria inglesa, entonces será completa la venganza; veremos humillado ese orgullo insoportable y perecerán rabiando sobre montones de fardos y de efectos, repelidos de todas partes, esos infractores del derecho de gentes y esos tiranos de los mares.

Sea una misma nuestra voluntad; sean genera-

les nuestros sacrificios; y si, lo que no es de esperar, hubiese alguno que no abrigase en su corazon este ardor sagrado para defender la patria ofendida, huya de la vista de sus conciudadanos, y no escandalice sus ánimos generosos, ni entibie su ardimiento con una criminal indiferencia. La edad, los achaques de otros no les permitirán tomar una parte activa y personal en esta heróica lucha, pero podrán contribuir con sus riquezas ó con sus discursos y consejos á los fines que S. M. quiere y yo desseo; y no desperdiciándose elemento alguno para ejercitar nuestra indignacion, será terrible en sus efectos. En fin, si algun vasallo del rey quisiese tomar á su cargo alguna empresa particular contra los ingleses, y por su naturaleza necesitase los auxilios del gobierno, dirijame sus ideas para que examinando las bases de la combinacion, pueda recibir inmediatamente cuantos recursos necesite, siempre que las hallare bien cimentadas, y que viere puede resultar daño al enemigo y gloria á la España.

Madrid, 20 de diciembre de 1804.

El Príncipe de la Paz.

III.

Cartas relativas al asunto de Marruecos, copiadas á la letra de las Memorias de Mr. Bausset (1).

Le Prince de la Paix au marquis de la Solana.

J'ai reçu la lettre que V. E. m'a écrite sous la »date du 25 du mois dernier. J'ai été très-satisfait »de vos observations, et de la résolution que vous »avez prise de concourir de tous vos moyens au suc»cès des affaires d'Afrique. En retour des sentimens »que V. E. veut bien m' exprimer, je puis l' assu»rer que mon plus vif désir est de trouver une occa»sion de lui témoigner toute ma sensibilité. V. E. »doit être bien certaine que j' ai une extrême con-

(1) De esta parte de mi correspondencia con el marques de la Solana, publicada por Mr. Bausset, he omitido de intento una carta de aquel general, que ninguna otra cosa contenia sino elogios del proyecto, y alabanzas mias personales. Todo lo demas va á la letra y en francés, tal como lo ha traducido Mr. Bausset. No he querido volver al castellano ninguna de estas cartas por dos razones: la primera por serme doloroso haber de dar mis propias cartas, traducidas del castellano al francés y del francés otra vez al castellano, mucho mas al notar en la version francesa varias faltas, que aunque las mas de ellas sean accidentales, no por eso dejan de oscurecer

»fiance dans sa prudence et dans son dévouement.
»Lorsque le moment d' agir sera arrivé, je la pré-
»viendrai.

« Le premier courrier que j' enverrai á V. E. lui
»donnera de plus grands détails sur cette affaire. Il est
»nécessaire que' elle connaisse bien l' état de choses
»passé et tout ce qu' il convient de faire en ce mo-
»ment, ainsi que les dispositions nécessaires pour ne
»point perdre le fruit d' une si belle entreprise,
»faute d' avoir pris toutes les précautions et mis
»toute l' activité convenables. J' ai chargé mon agent
»de porter á V. E. les chiffres et les instructions
»préalables pour votre correspondance directe avec
»le voyageur, dans les cas urgens et indispensables.

« Que Dieu garde d' heureux jours á V. E.

» Madrid, 4 juin 1804.

« Le Prince de la Paix. »

---

el texto y de hacerle inexacto; la segunda, porque nadie pueda recelar, que haciendo yo la traduccion, le hubiese dado mayor importancia ó mas valor que el que podria tener la traduccion francesa de Mr. Bausset. Igual motivo me ha hecho copiar tambien en el mismo idioma la relacion histórica del proyecto de Marruecos dada por el mismo autor. El texto original de Mr. Bausset merecerá tanta mas fé en los elogios que hace del proyecto y en las cosas que acerca de él refiere, cuanto es visto que este escritor, cuando se ofrece hablar de mí en el discurso de su obra, ha copiado casi siempre las relaciones de mis enemigos, cargándolas mas de una vez con hechos falsos ó alterados.

Le Prince de la Paix au commandant de l'île de Léon.

« Le roi ordonne à V. E. de mettre à la disposition du marquis de la Solana, capitaine-général
» de votre province, tout ce qu' il vous demandera,
» soit en armes, munitions et objets d' artillerie, soit
» en soldats et officiers de l'armée royale, ou des dé-
» pôts divers qui sont sous votre commandement.
» S. M. connait votre dévouement à son service, et
» elle se plaît à croire que vous remplirez ses inten-
» tions avec autant de promptitude que de discré-
» tion. En transmettant à V. E. les ordres du roi et
» les miens pour cet objet, je suis assuré que son
» empressement et le zèle qu' elle a toujours fait pa-
» raître procureront au marquis de la Solana toutes
» les facilités qui pourront dépendre d' elle.

« Que Dieu garde des jours longs et heureux
» à V. E.

« Aranjuez, 11 juin 1804.

« Le Prince de la Paix. »

Le marquis de la Solana au Prince de la Paix (1).

« Excellentissime seigneur,

« Je puis assurer V. E. que j'emploierai toutes » mes facultés à me rendre de plus en plus digne de » l'honneur et de la confiance qu'elle veut bien me » témoigner par sa lettre du 4 de ce mois. Si mon » intelligence est faible, mon cœur ne l'est pas, et » il sent vivement tout le prix des bontés dont V. E. » daigne m'honorer.

« Dès que j'aurai reçu les instructions que V. E. » m'annonce, je ferai toutes les dispositions qui me » seront prescrites.

« Votre agent m'a remis les chiffres et la mé- » thode nécessaire pour en user. Je suis parvenu à » bien comprendre ce procédé, et je crois pouvoir » assurer à V. E. que je suis déjà en état de m'en » servir utilement. C'est ce que votre agent pourra » vous confirmer.

« Je prie Dieu d'égaler mes lumières à mon zèle » pour la gloire de V. E. et pour le bien de la » monarchie.

« Le marquis DE LA SOLANA (2). »

---

(1) Cette lettre est sans date; elle doit être placée ici. (*Note de M. Bausset.*)

(2) En este lugar echo de menos tres ó cuatro cartas desde el 4 de junio hasta el 17.

Le prince de la Paix au marquis de la Solana.

« J' ai dit à V. E., dans ma dernière lettre, que »je lui ferais incessamment connaître tout ce qu' il »convenait de préparer pour l' heureuse issue de »l' entreprise d' Afrique, et pour en assurer le succès »par l'exactitude et par la précision la plus rigou- »reuse.

« Les nouvelles que je reçois de notre voyageur »exigent que nous nous mettions promptement en »mesure de lui envoyer secrètement tous les secours »qu' il juge nécessaires pour parvenir à remplir »heureusement la mission dont il est chargé. Au »premier avis qu' il donnera, il faut que tout soit »prêt à être débarqué sur la côte d' Afrique et sur »le point qu' il désignera.

« Avant que cette expédition parte pour sa des- »tination, je crois utile et convenable de donner à »V. E. une juste idée des circonstances dans lesque- »les nous allons entrer, et généralement de touls »les efforts qu' il faut faire pour réussir.

« Muley-Soliman, empereur actuel de Maroc, »est un être si stupide, si superstitieux, qu' il faut »s' étonner qu' il soit encore sur le trône, tant il est »abhorré de ses sujets, qui n' ont d' autre désir »que d' en être débarrassés. Lâche autant que cruel, »souillé de tous les vices, il n' a aucune de ces no- »bles qualités que l' on remarque dans notre jeune

» voyageur. Ce Muley-Soliman ressemble à l' indo» lent monarque du Mexique, tandis que notre » jeune Espagnol a toute l'énergie et le courage de » Cortez. Il apprécie si bien lui-même sa position et » celle de Soliman, qu' il me mande, avec toute la » confiance possible, *qu' il tient entre ses mains un » autre Motézuma.*

» Les enfans ressemblent au père, et aucun » d'eux n'a les qualités nécessaires pour régner à la » satisfaction des habitans de Maroc. L'aîné est pros» crit et exilé; le second est un poltron méprisé et » détesté par toute la nation, quoiqu' il soit l' objet » des préférences de son père; les autres sont en » horreur ou exilés. Le seul compétiteur d' un peu » d' importance, et qui a annoncé des prétentions à » la couronne, est le pacha de Mogador, Muley-Ab» delmelek. Quelques circonstances heureuses pour » lui sembleraient favoriser son ambition et devoir » nuire à me projets. Il aurait été à désirer que le » gouvernement de Mogador, qui compte de grands » établissemens maritimes, se fût trouvé placé entre » les mains d' un homme moins recommandable, et » qui eût des prétentions moins élevées; toutefois » notre *noveau Cortez* ne paraît point le redouter.

» A présent que V. E. connaît la situation de » toute cette famille, elle doit voir que tout con» court à favoriser notre plan. Il lui paraîtra, com» me à moi, naturel et dans l' ordre des choses, que » l' esprit, l' adresse, l' intelligence et le caractère

»de notre voyageur lui aient acquis un tel ascen»dant sur ces âmes vulgaires, et une telle prépon»dérance, qu' il serait peut-être possible qu' il par»vînt à opérer une grande révolution, même sans »le secours d' un appareil de force militaire, sans »coup férir et sans éclat. Toutefois il se tiendra prêt »à repousser la force par la force si les circonstances »l' exigent.

«Quant aux ministres et aux premiers person»nages de l' état, il est inutile d' en parler. C' est »une classe remplie d' ambition, d' ignorance, d' ava»rice, de bassesse et de poltronnerie.

«Le vice-consul du roi à Mogador, D. Antonio »Rodriguez Sanchez, a été averti de favoriser de »tout son pouvoir *les excursions scientifiques* de no»tre jeune savant, et on lui a donné à entendre »qu' il serait possible que ces excursions changeas»sent d' objet; on lui a promis de l' avancement et »une forte récompense s' il contribuait à faire réus»sir les projets du voyageur. Ce vice-consul est »jeune, actif, dissimulé et discret, d' une figure »agréable, et n' est point marié. Les Maures et les »indigènes l' aiment beaucoup, et il ne pouvait se »rencontrer, pour concourir avec nous, un homme »d' un caractère plus approprié et plus convenable »pour l' exécution des ordres dont il sera chargé.

»Le consul de S. M., D. N. Salmon, a fort bien »dirigé l' introduction du voyageur ainsi que sa »correspondance; il a également bien aplani tous

» les embarras de ce premier moment : il a fait preuve » de prudence et de sagesse. Il pourrait cepen » dant ne plus être le même, s' il venait à savoir » que les opérations scientifiques peuvent devenir » militaires. Il a beaucoup de femmes dans sa mai» son; il est dominé par elles: leur commerce habi» tuel a singulièrement amolli son caractère, et le » rendrait peu propre à nous seconder. Ce consul a » d' ailleurs de grandes relations avec tous les négo» cians de l' empire de Maroc, et s' il avait la moin» dre crainte de voir sa fortune compromise, il n' y » a aucun doute qu' il ne commençât par faire ren» trer ses capitaux et sauver ce qu' il possède, ce » qui nécessairement donnerait l' éveil aux Maures » et aux autres consuls étrangers. Il n' en faudrait » pas davantage pour renverser tout notre plan : la » maxime la plus vraie en politique est qu' il ne faut » pas accorder à quelqu' un plus de confiance qu' il » n' en peut mériter; il faut toujours la proportion» ner aux qualités reconnues et avérées : aussi lui » a-t-on fait un mystère de ce qui se prépare. Nous » continuerons à agir ainsi avec lui jusq' au moment » où des circonstances imprévues exigeraient qu' il » fût mis dans le secret et que l' on eût besoin de » ses services.

« De toute façon, il sera prudent d' assurer la » retraite, et de ne point abandonner les Espagnols » qui pourraient se trouver à Maroc ou à Tanger, » dans le cas où V. E. serait avertie avant moi d' un

»danger imminent. A cet effet j'engage V. E. à pré»parer secrètement toutes les embarcations conve»nables, et à tenir dans la baie de Tanger des bâti»mens d'Algésiras, de San Lucar et de Cadix, com»me aussi quelques-unes de ces felouques que l'on »emploie pour le commerce de Tanger et de Gi»braltar.

»Après avoir fait connaître le caractère des per»sonnes qui doivent paraître dans cette grande scè»ne, il faut que je donne à V. E. une idée de quel»ques autres points qui sont assez importans.

«V. E. partagera l'opinion du *voyageur* que »la garnison de Ceuta doit être progressivement »augmentée, de manière à y réunir une force dis»ponible de neuf à dix mille hommes que l'on »pourrait faire camper sous les murailles de la ville »lorsque le moment d'agir serait arrivé, sous pré»texte de les exercer et de les faire manœuvrer dans »leurs lignes seulement. Cette démonstration suf»firait seule pour attirer sur ce point l'attention »des Maures, et opérerait une forte diversion. Ces »troupes ne devront agir hostilement que lorsque »leur commandant en aura reçu l'avis d'Ali-Bey. »V. E. ne manquera pas de bonnes raisons pour co»lorer et expliquer cette grande augmentation des »troupes dans Ceuta. Elle peut dire que ces troupes »ne sont envoyées que pour contenir le grand nom»bre de condamnés aux travaux forcés qui abon»dent dans cette ville.

« V. E. pourra dire encore, pour empêcher les »observations des puissances étrangéres, des habi»tans de Maroc et même des Espagnols, que la con»naissance que vous avez des troubles intérieurs »qui existent dans cet empire voisin vous inspire »des craintes pour la forteresse de Ceuta, l' une des »plus importantes de votre commandement, et que »c' est pour la préserver de toute atteinte que vous »renforcez la garnison pour la mettre en état de »soutenir un siége.

» Venons aux demandes d' Ali-Bey:

» 1.° Vingt-quatre artilleurs et deux officiers; »2.° trois ingénieurs et deux mineurs; 3.° quel»ques chirurgiens avec leurs instrumens et une pe»tite pharmacie; 4.° quelques pièces de campagne »de différens calibres avec leurs affûts; 5.° deux »mille fusils et des munitions; 6.° quatre mille »baïonnettes; 7.° mille paires de pistolets.

» Les quatre derniers articles sont ceux qui pres»sent le plus; il faut les disposer le plus promp»tement et le plus secrètement possible. A cet effet, »V. E. trouvera dans les arsenaux de Cadix, ou »dans les magasins de la marine, le nombre de»mandé de fusils, de baïonnettes et de pistolets, soit »de nos fabriques, soit de celles de l' étranger. Il »faut choisir ce qu' il y a de meilleur pour que l' hu»midité ne les altère pas, dans le cas où l' on serait »obligé de les enterrer sur quelque plage au mo»ment du débarquement.

«Quant aux projectiles, aux pièces de campagne »et aux affûts, dont le nombre n' est pas déter»miné non plus que leur calibre, je m' en remets »entièrement à la décision de V. E. soit pour leur »transport, soit pour les précautions á prendre pour »les déguiser et leur donner l' apparence des arme»mens de commerce. Les ordres que j' adressé au »commandant de l' île de Léon ; et dont je vous en»voie copie, vous donneront toutes les facilités con»venables, et vous mettront en état d' opérer avec »réserve, et au moment favorable, le transport de »tout ce matériel.

» A l' égard des officiers, des ingénieurs, mi»neurs et artilleurs qui sont demandés, je ne pense »pas qu' un grand nombre soit nécessaire. Des offi»ciers de cette espèce ne se déplacent pas en si grande »quantité sans éveiller le soupçon. La nature de »leur service exige d' ailleurs qu' ils soient un peu »initiés dans le secret des travaux qu' on leur im»pose ; mais plus un secret est répandu et moins il »est gardé. Nos aurons, au reste, le temps d' y son»ger, ainsi qu' aux chirurgiens.

» Attachons-nous en ce moment à établir une »correspondance sûre et suivie avec Mogador, et à »ménager la retraite en cas de malheur, du vice »consul et des autres Espagnols qui pourraient s' y »trouver. Cés sages précautions d' ordinaire dou»blent le courage des gens que l' on emploie. Un »seul bâtiment ne suffit point pour cet objet. Il ne

»faut pas penser à envoyer une flotte, parce qu'une »infinité de raisons s'y opposent en ce moment. »V. E. a très-bien fait d'avoir remis ses dernières »dépêches à un pilote de confiance, en lui prescri»vant de ne les remettre qu'entre les mains de la »personne à qui elles sont adressées. La marine ro»yale a, dans votre département, deux petits bâti»mens qui pourront être utilisés pour la correspon»dance; mais comme leur armement est tout mili»taire, ainsi que les autres bâtimens du roi, il faut »en user sobrement, et ne les employer qu'à la »dernière extrémité et dans le cas où les bateaux »chargés de dépêches tarderaient trop à venir, ou »bien dans le cas où il y aurait des objets dont l'en»voi serait pressé par le voyageur. Il faudra le pré»venir de toutes ces dispositions pour sa gouverne »particulière.

» Je renouvelle à V. E. les assurances que je lui »ai dejà données de toute ma confiance dans sa per»sonne et de la satisfaction que j'éprouve de la voir »en de si bonnes dispositions pour le succès de no»tre entreprise. J'adresse à V. E. la copie d'un avis »que le voyageur m'a fait passer depuis quelque »temps, afin qu'elle puisse en user convenablement »dans le cas où cela deviendrait nécessaire.

«Aranjuez, 17 juin 1804.

«Le Prince de la Paix.»

Le marquis de la Solana au Prince de la Paix (1).

»Très-excellent seigneur,

»J'ai reçu ce matin, à six heures, la lettre »confidentielle que V. E. m'a fait l'honneur de »m'écrire le 17 de ce mois, el qu'elle a bien voulu

(1) Cette lettre porte en marge, de la main du Prince de la Paix: *Très-confidentielle*.

»Cette expédition doit être considérée comme m'étant personnelle. Ce fut sur mon rapport que le roi donna son approbation. C'est à moi seul qu'en appartient l'idée, quoique dans l'avenir on puisse ne pas m'attribuer les conséquences, qui auraient pu en résulter. Les documens seront communiqués à la secrétairerie de la guerre, et me seront ensuite portés chez moi.

»Je continuerai moi-même à suivre cette affaire, selon les diverses modifications qu'elle pourrait éprouver, et jusqu'à ce que notre voyageur soit sorti du mauvais pas dans lequel sa vivacité naturelle, son esprit ardent et sa courageuse imprudence l'ont entraîné.

»Répondre au marquis de la Solana, et accuser réception de sa lettre (*a*).»

(*a*) Esta apostilla que Mr. Bausset supone hallarse puesta á la carta del marques de la Solana fecha en 22 de junio, corresponde á otra carta suya anterior de ocho ó diez dias por lo menos, la cual no se halla entre las demas que ha insertado.

Debe tambien notarse aquí, que de dos cartas del marques de la Solana, la una acusando el recibo de mis instrucciones, y la otra contestando á la contraórden que fué dada, Mr. Bausset ó cualquiera que haya sido el que suministró los documentos insertos, han compaginado una sola, la cual produce una confusion harto extraña. Déjase concebir que los documentos tradu-

»me faire parvenir par un courrier extraordinaire. »J'ai adressé au vice-consul de Mogador celle qui était »renfermée dans votre paquet. Je lui écris en même »temps, et je lui expédie le tout par l'entremise de »François Atalaya, patron du bateau le *Saint-Louis*. »Je lui ai donné des instructions très-détaillées, et »j'ai toute espéce de raison de compter sur sa fidé»lité et sur son intelligence: il vient de partir à »l'instant avec un vent favorable.

«V. E. trouvera ci-jointe la lettre qu'elle me »fit l'honneur de m'écrire le 17 juin et qui ren»ferme ses instructions, ainsi que la copie de l'or»dre qu'elle avait adressé au commandant de l'île »de Léon, et qu'elle voulut bien me confier. »J'obéis á ses ordres en lui renvoyant ces deux do»cumens.

«Quant aux dépenses que j'ai été dans le cas de »faire, je ne puis en donner une note exacte dans »ce moment. J'attendrai le retour de l'aviso que

---

cidos por Mr. Bausset no eran sino copias sacadas á retazos y de prisa, y que la misma precipitacion con que hubieron de ser hechas, produjo la inexactitud de las fechas y la confusion de los traslados. Badía, acabado de llegar á Bayona del Oriente, no pudo presentar á Mr. Bausset sino copias que alguien le hubiese dado de aquella correspondencia. Quien sacó estas copias y por qué manos pudieron llegar hasta Badía, yo lo ignoro enteramente. Mr. Bausset da á entender que estos documentos los recibió de mano suya, y los presenta como auténticos; mas como tengo dicho, yo no puedo creer sino que fuesen copias. De otra suerte no se podrian explicar las inexactitudes que se notan en las fechas y en la correlacion de estas cartas.

» je viens d' expédier à Mogador, car je n' ai aucune » idée de ce qu' il aura pu dépenser. . . . . .

» Je ne puis dire à V. E. combien je suis affligé » d' un événement qui la force de renoncer á une » entreprise qui aurait rendu immortel son nom, » déjà si glorieusement lié au bonheur de cette mo- » narchie. Le grand coup que V. E. allait frapper » aurait étonné l' Europe. La politique et la position » de l' Espagne; le souvenir ineffaçable des horreurs » exercées pendant sept siècles d' esclavage et d' asser- » vissement sur nos ancètres par ces détestables Afri- » cains; le dommage continuel que nous cause leur » fatal voisinage, soit que leur caractère féroce les y » porte naturellement, soit qu' ils ne fassent que » céder aux suggestions perfides de nos rivaux en » Europe; les établissemens nombreux qu' ils ont » sur leurs côtes, au grand préjudice de notre com- » merce et de notre navigation,.... toutes ces graves » considérations auraient dû faire mieux sentir la » necessité d' assurer notre indépendance en mettant » ces Barbaresques dans l' impossibilité de nous nuire. » Les rois catholiques, prédécesseurs de notre auguste » monarque, seraient peut-être parvenus à anéantir » ces odieux forbans, mais le manque d' énergie » dans la nation, la cupidité qui n' attachait de prix » qu' aux trésors du nouveau monde, les traités » qui suivirent les nombreuses alliances de notre » maison royale avec les autres puissances de l' Eu- » rope, aportèrent tant d' obstacles á la destruction

»de ces barbares, qu' ils ont toujours continué à »nous inquiéter à un tel point, que depuis Char»les V jusq' à nos jours, il 'a été plus d' une fois »nécessaire de déployer un appareil de forces consi»dérables sans pouvoir jamais les anéantir. Pour »forcer cette vile canaille de rentrer dans ses taniè»res, l' admirable projet qu' avait conçu V. E. au»rait certainement atteint son but, et doté en même »temps la nation des plus belles colonies.

«Mais puisque le roi, dont vous êtes le digne »organe, ordonne qu' il en soit autrement, ses fi»dèles sujets doivent se conformer à sa royale dé»cision. . . .

«Dans toutes les circonstances de ma vie je serai »aussi dévoué serviteur du roi que reconnaissant et »empressé d' exécuter les ordres que V. E. voudra »bien me donner. . . .

«Dieu garde, etc. etc.

«Cadix, le 22 juin 1804.

«Le marquis DE LA SOLANA.»

Noticia histórica dada por Mr. Bausset sobre el mismo asunto de Marruecos.

«Le 11 juin 1808, pendant notre séjour à Ba»yonne, l' empereur me fit demander. J' avais été »sur un petit canot me promener dans lè port avec

»le projet d'aller jusqu'à la mer. Le comte de Bon-»di, toujours bon et aimable, envoya courir après »moi. Je virai de bord, et arrivai promptement au »palais de Marrac: je fus introduit.

« *Je viens de causer*, me dit l'empereur, *avec »un Espagnol que vous aurez dû voir dans le salon; »je n'ai pas assez de temps à moi pour donner une »attention suivie à son histoire, qui d'ailleurs me »paraît fort longue. Voyez-le, causez avec lui, et »prenez connaissance du manuscrit dont il m'a par-»lé; vous m'en rendrez compte.* En me disant ces »mots il me congédia.

« Rentré dans le salon dont l'empereur m'avait »parlé, je vis un homme jeune encore, d'une taille »haute et élégante. Il portait un uniforme bleu de »roi, sans paremens, sans revers ni épaulettes; un »magnifique cimeterre, attaché à la manière des »Orientaux, pendait à son côté, suspendu par un »cordon de soie verte. Les traits de son visage »étaient réguliers; l'ensemble de sa figure était »bien, mais un peu sévère. Ses belles moustaches »noires, ses grands yeux vifs et perçans, donnaient »à sa physionomie et à son regard une expression »particulière; ses cheveux étaient noirs et épais. Je »m'approchai de lui, et lui dis que j'étais autorisé »par l'empereur à faire connaissance avec lui. Il »me répondit obligeamment; alors sa physionomie »exprima une telle douceur et en même temps une »telle vivacité, que je me sentis tout-à-fait disposé

»à le prévenir dans tout ce qui pouvait dépendre »de moi. Je lui proposai de passer dans le jardin du »palais; nous y causâmes long-temps; je me nom-»mai, et lui fis part de la contrariété que j' éprou-»vais d' être obligé de lui demander son nom. *Ici »et en Espagne je m' appelle Badia Castillo y Le-»blich; mais en Orient je suis connu sous le nom »d' Ali-Bey, prince de la famille des Abassides.* Il »dut remarquer mon étonnement, car il entra de »suite dans les plus grands détails sur les princi-»paux événemens de sa vie. Le voyage précieux et »intéressant qu' il fit imprimer en trois volumes »en 1814, suivi d' un atlas d' une centaine de plan-»ches, me dispense de parler de tout ce qu' il a fait »connaître. Je me bornerai à publier la partie se-»crète et politique qui n' est point connue. Il est »mort en Asie en 1819; je puis donc sans indis-»crétion révéler ici ses confidences, et imprimer la »traduction que j' ai faite, sous ses yeux, de plu-»sieurs documens authentiques qui viennent à l'appui »de ce qu' on va lire.

«Badia Castillo y Leblich, né en Espagne en »1767, annonça de bonne heure les plus heureuses »dispositions; elles furent cultivées avec soin; il »acquit de vastes connaissances dans les hautes scien-»ces, dans les mathématiques, l' astronomie, l' his-»toire naturelle, la physique, la chimie, dans le »dessin, et surtout dans les langues de l' Orient: il »réunissait en lui seul toutes les qualités nécessaires

»pour étudier et interroger la nature, observer les »astres, déterminer leur situation, lever des plans »et dessiner les aspects divers qu' il pouvait rencon»trer. Encouragé et protégé par le Prince de la »Paix, il se rendit à Londres pour y perfectionner »ses études; il y laissa croître sa barbe, se fit circon»cire, s' habilla comme les Arabes, se composa une »généalogie bien authentique et de la plus haute »extraction, et, sous le nom d' Ali-Bey, prince des »Abassides, famille célèbre par ses nombreux cali»fes, il vint débarquer en France, se rendit à Paris, »communiqua au Bureau des Longitudes le but »scientifique de son voyage, prit des notes sur les »points géographiques et nautiques sur lesquels la »classe des hautes sciences de l' Institut désirait avoir »des éclaircissemens précis; il traversa la France et »l' Espagne, reçut à Madrid ses dernières instruc»tions, de grands secours, de grands crédits, et des »lettres de recommandation pour tous les consult »d' Espagne, d' Afrique et d' Asie, auxquels ce vo»yage ne fut annoncé que sous le point de vue qui »pouvait se rattacher aux sciences et aux progrès »des lumières.

« Le véritable but politique était de chercher à »opérer une révolution dans l' empire de Maroc, à »renverser l' empereur régnant, et à faire de ce vaste »pays une riche et belle colonie espagnole, plus im»portante peut-être que celles d' Amérique, puisque deux heures seulement de navigation donnaien

*

»la facilité d' y parvenir sans danger: l' idée était »grande en ellemême.

«La Hollande, la France, l' Angleterre, et mê»me la Russie, commençaient déjà à porter leur »attention sur ce continent d' Afrique, qui renferme »tant de richesses. Ces colonies, non moins fécon»des que celles de l' Amérique, auraient coûté moins »de temps et moins de sang pour les conquérir. »Il y a lieu de s' étonner que l' idée de leur con»quête se soit présentée si tard au gouvernement es»pagnol, qui aurait trouvé sur les côtes de Barbarie »des ressources immenses. Toutes sortes de raisons »auraient dû faire préférer ce climat à celui de »l' Amérique: le grand nombre des habitans, la va»riété du sol, une situation admirable pour le com»merce de l' univers, devaient offrir à la politique, »à la philosophie et même à la religion, des con»quêtes dignes de la nation espagnole. Les mines de »Bambouk, jointes aux productions abondantes du »sol, aux ivoires, aux gommes et aux esclaves pour »les colonies, devaient faire considérer la côte »d' Afrique comme le pays le plus précieux que la »nature pouvait placer près de l' Espagne.

»On a peine à concevoir comment les Portugais, »les Français et les Anglais ont pu se faire si long»temps la guerre pour les côtes du Sénégal, dont le »climat brûlant dévore tous ceux qui ont le mal»heureux courage d' aller y tenter fortune, tandis »qu' ils avaient des sources de richesses plus rappro-

»chées, et don l' invasion aurait été si facile.

»Le roi d'Espagne est le seul souverain de l'Europe »qui possède sur cette côte quelques établissemens »proprement militaires, situés, il est vrai, dans la par- »tie la plus pauvre et la moins habitéede la Barbarie.

»Toutes ces importantes considérations frappè- »rent à la fin le gouvernement espagnol, et Badia »Castillo, sous le nom d' Ali-Bey, fut envoyé en »1802 à Maroc, pour observer, préparer et dispo- »ser toutes choses, dans l' idée de s' emparer de for- »ce ou par adresse de ce vaste empire. Les com- »mencemens de son établissement furent heureux. »Il parvint même au plus haut degré de faveur au- »près de l' empereur et des plus grands person- »nages de l' état. Ces premiers succès encouragèrent »le Prince de la Paix, qui composait à lui seul »tout le gouvernement espagnol; il laissa Ali-Bey »maître de diriger tous les plans, et de combiner »tous les moyens de commencer cette grande revo- »lution. Les états de Maroc se composent de cinq »millions de Maures; qui sont autant d' esclaves sans »proprietés, parce que tout le territoire forme le do- »maine de l' empereur. Tout le monde sait au res- »te que le trône appartient á un souverain qui n' a »d' autre droit pour y monter que la force et la vio- »lence. Ce souverain, tout méprisable qu' il est, »dont le gouvernement n' a pour loi que le caprice, »l' arbitraire et l' injustice, voit chaque année grossir »ses trésors par les honteux tributs que les puis-

»sances de l' Europe lui apportent pour obtenir la »permision de faire quelque commerce avec ses su»jets, et solder l' humiliante protection qu' il accorde »aux bâtimens qu' elles emploient: scandaleux ser»vage qui lui seul constituerait le droit de tenter »l' invasion d' un voisin si injurieusement exigeant... »A ces considérations, Ali-Bey ajoutait et disait que »les tribus libres du mont Atlas, voisines de l' em»pire de Maroc, avaient toujours les armes à la »main pour se defendre contre l' empereur et main»tenir leur indépendance; que cet état de guerre »perpétuelle les mettait dans l' impossibilité de »faire aucun commerce avec l' Europe; qu' elles ac»cueilleraient avec transport tous ceux qui attaque»raient le tyran qui voulait les opprimer, et de»viendraient des alliés fidèles.

»Mais la plus importante des considèrations était »celle de la faiblesse des moyens militaires de l' em»pereur de Maroc. Six à huit mille nègres forment »sa garde, et suffisent seuls pour opprimer les mal»heureux habitans de ce royaume: Ali-Bey assu»rait que le mécontentement des principaux habi»tans était á son comble, et qu' ils appelaient de »tous leurs vœux un gouvernement juste et éclairé; »que les tribus de l' Atlas, qui plus d' une fois »s' étaient emparé des plus riches provinces de l' em»pire qu' elles n' avait jamais su conserver, senti»raient renaître leur courage si elles se voyaient »secondée, par l' Espagne, plus intéressée que

» toute autre puissance à y établir sa domination.

» C'était sur ces motifs qu' Ali-Bey fondait le » succès de l' expédition. Ses liaisons et son intimité » avec les chefs principaux du gouvernement, et » même de la garde du roi de Maroc, lui faisaient » regader son projet comme le plus sûr qu' on pût » tenter.

« L' affaire, comme on le voit, était assez bien » préparée. Voici les documens officiels et secrets du » gouvernement espagnol au mois de mai 1804. »

Mr. Bausset inserta en este lugar la correspondencia con el marqués de la Solana, y siguiendo luego su relacion, concluye de esta suerte:

« Cette *affaire d' Afrique* fut brusquement ter» minée. Elle en resta là. Je présume que le Prince » de la Paix, en y réfléchissant un peu plus, sentit » qu' il s' était trop mis en avant. Le système géné» ralement adopté par les puissances de l' Europe » aurait fait considérer comme une infraction réelle » à la balance politique, un accroissement aussi » important de pouvoir et de richesses. Ce qui au» rait paru tout simple de la part d' un parti d' aven» turiers, prenait une couleur bien différente » lorsqu' une semblable tentative émanait d' un gou» vernement tel que l' Espagne. D' ailleurs l' acces» sion de Napoléon à la couronne impériale que ve» nait de lui déférer le sénat, dut nécessairement » inspirer des craintes, des réflexions, et refroidir » cet enthousiasme qu' avait fait naître la création

» improvisée d'une grande colonie. L'issue était d'ail-
» leurs au moins douteuse à raison de la faiblesse
» des movens indiqués. On est doublement à blâmer
» quand un succès éclatant ne vient pas colorer jus-
» qu'à un certain point la témérité de l'entreprise.
» Il parut plus simple au Prince de la Paix de rejeter
» sa faute et sa légèreté sur Ali-Bey : peut-être en-
» core l'interruption subite de ce rêve séduisant
» doit-elle être attribuée aux discussions qui s'éle-
» vèrent à cette époque entre l'Angleterre et l'Es-
» pagne, et qui finirent par constituer ces deux
» puissances en état de guerre avant la fin de l'an-
» née (1).

» Ce que je sais de positif, c'est qu'Ali-Bey
» m'assura que l'embarras où le jeta l'hésitation
» du cabinet de Madrid, les délais continuels qu'on
» mit à lui envoyer les hommes et le matériel de-
» mandés, le contraignirent à renoncer à cette singu-

(1) Las diferentes conjeturas que forma aquí Mr. Bausset prueban que entre los papeles que tuvo á su mano, faltaba mi carta al marques de la Solana, en donde juntamente con la revocacion de las órdenes dadas, se contenia el motivo de esta novedad, consistente solo en la escrupulosa rigidez de Cárlos IV, cuando se hubo enterado perfectamente de los medios que Badia habia puesto por la obra y de los beneficios que Muley Soliman le tenia hechos. No es de creer que Mr. Bausset hubiese suprimido esta carta teniéndola en sus manos, ni que lo hubiese hecho asi por solo el placer de argüirme de ligereza ó de veleidad en mi proyecto.

» lière tentative. Alors, et d'après les avis qui lui
» furent donnés, il se décida à voyager *scientifique-*
» *ment* dans l'Orient.

« A son retour, Ali-Bey reprit son véritable nom,
» s'attacha à la fortune du roi Joseph, et fut nommé
» préfet de Cordoue. A la seconde sortie de ce prince
» il vint à Paris pour s'occuper de l'impression
» de son voyage, qui fut dans le commencement
» imprimé aux frais du gouvernement impérial,
» puis achevé et dédié au roi Louis XVIII. Sa passion
» pour l'Orient l'entraîna malheureusement en
» Asie, où il avait déposé des objets d'arts et de
» sciences les plus intéressans. Il y trouva la mort
» en 1819; elle fut attribuée au pacha de Damas ou
» d'Alep. La publicité de son voyage rend très-pro-
» bable toutes les conjectures qu'on a faites à cette
» époque. »

IV.

Mi proclama á los Españoles dada en 6 de octubre de 1806. (1)

En circunstancias menos arriesgadas que las presentes, la lealtad de los Españoles ha procurado auxiliar á sus soberanos con dones y con medios anticipados para las necesidades de la monarquía. Nuestra situacion actual requiere con urgencia estos esfuerzos patrióticos. El reino de Andalucía privilegiado por la naturaleza en la produccion de caballos propios para la caballería ligera, y la provincia de Extremadura que tantos servicios hizo en esta especie al señor Felipe V. ¿podrán ver con paciencia que la caballería del rey de España se encuentre reducida é incompleta? No, yo no lo pienso, sino al contrario espero que del mismo modo que los gloriosos abuelos de la generacion presente sirvie-

(1) No habiendo podido, por mas que lo he procurado, tener á mano ningun ejemplar auténtico ni de esta proclama, ni de mi circular á las autoridades dirigidà con el mismo motivo, me he visto obligado á buscar entrambos documentos en las traducciones extrangeras y á conformarme con ellas, reproduciendo el texto castellano de la mejor manera que me ha sido dable y han podido alcanzar mis recuerdos despues de tanto tiempo.

ron al de nuestro rey, la asistirán tambien los nietos con regimientos y compañías de hombres diestros en el manejo del caballo para defender la patria todo el tiempo que duraren los peligros actuales, despues de los cuales, luego que pasaren ó hubieren sido superados, volverán llenos de gloria y con mejor fortuna á la paz de sus familias. Entonces, sí, cada cual de los que hubieren acudido al riesgo, repartirán entre ellos mismos los laureles que serán cogidos; cual dirá deberse á su brazo la salvacion de su familia, cual la de sus gefes, cual la de su pariente ó amigo, y todos á una tendrán razon para atribuirse, lo que es mas, la de su patria. Venid pues, mis amados compatriotas, venid á alistaros en las banderas del mas benéfico de los reyes; yo os recibiré con la mas viva gratitud, y yo os prometo á todos recompensas, si el Dios de nuestros padres nos concede con la victoria una paz feliz y duradera, solo objeto de mis votos. Nó, no os detendrá el temor, no la perfidia; vuestros pechos no abrigan nada de esto, ni la seduccion extrangera podrá mellarlos nunca. Venid pues, y si las cosas llegasen á punto de tener que cruzar nuestras armas con las del enemigo, ninguno dé ocasion á que le tilden en su honor, ni quiera ser mirado como sospechoso por haber parecido indiferente á esta llamada patriótica.

Si mi voz no bastare á despertar vuestro amor de la gloria, sea la de vuestros inmediatos tutores y

padres del pueblo, á quienes igualmente me dirijo, la que os penetre mas y mas sobre lo mucho que os debeis á vosotros mismos, á nuestro honor y á la sagrada religion que profesamos.

En San Lorenzo, á 6 de octubre de 1806.

El Principe de la Paz.

Circular á las autoridades sobre el mismo asunto.

Muy señor mio,

El rey me manda decir á V. que en las circunstancias presentes espera una gran prueba de su lealtad y eficacia en el importante asunto que se le encomienda relativo al sorteo y alistamiento general para el aumento del ejército. S. M. no se dará por contento de los esfuerzos de V. mientras no pasen de la línea ordinaria que se acostumbra seguir en tales casos, ni yo podré disimular la menor tardanza ó flojedad en el cumplimiento de este importantísimo servicio. Se necesitan medios y caminos extraordinarios para conseguir sus buenos efectos. Convendrá, entre otros muchos, significar á los curas párrocos en nombre del rey, que S. M. cuenta muy especialmente con su cooperacion para levantar el espíritu nacional, y que los señores obispos los sos-

tendrán en los oficios que practicaren al intento (1), procurando tambien excitar á los ricos para que ayuden y se presten á los sacrificios necesarios que exigirá la guerra, una vez llegada á realizarse. De la misma manera convendrá que V. se entienda oportunamente con la nobleza para excitar su aliento generoso, sin dejar de hacerle presentir que se trata en el dia de la conservacion de su estado y de sus ventajas sociales no menos que del interes de la corona y de la guarda de la monarquía.

Cuanto al alistamiento, añadiré á V. todavía de órden de S. M., que ademas de la prontitud en su ejecucion, deberá V. poner en obra todo su celo y entereza para que el resultado que se obtenga ofrezca en su provincia el mayor número que sea posible de soldados con arreglo á las ordenanzas y sin ningun abuso en materia de excepciones.

Dios guarde á V. muchos años, etc.

---

(1) A los obispos y demas prelados de superior gerarquía con cuyo celo y luces especiales se podia contar, se dirigieron otras cartas reservadas, en muchas de las cuales, segun el grado de confianza que merecian del gobierno, fueron mas explícitas y detalladas las significaciones que se dieron sobre el motivo y el objeto de la guerra.

V.

Copia literal de la carta que me dirigió lord Holand. despues del fallecimiento de Cárlos IV.

Excelentísimo señor y muy estimado amigo,

Al punto que supe el triste acontecimiento que nos han comunicado los papeles y recientes noticias de Roma, me acordé de la conversacion que tuvimos la última vez que tuve el honor de verle en Verona, y me fuí á ver á los ministros á fin de informarme de si pondrian dificultad en que V. tomase su residencia aquí, en caso de que lo juzgase conveniente. De resultas tengo la satisfaccion de asegurarle que no pondrán impedimento alguno ni á su desembarque ni á su permanencia aquí. No me han dado por escrito esta su determinacion, porque no quieren que semejante paso pueda mirarse como una especie de convite hecho á V., sino como una contestacion sencilla á una pregunta hecha por un amigo, que por tal me hacen el honor de contarme.

Por lo demas, si V. lo juzgase conveniente, puede sin reparo alguno venirse á Inglaterra, adonde vivirá sin sufrir molestia alguna, como otro cualquier extrangero, aunque bajo una ley que da poder á nuestros ministros á obligar á cualquiera de ellos á salir del reino, si asi lo considerasen ne-

cesario á la quietud pública. Pero esta ley, puede V. estar cierto que no será usada por ninguna preocupacion nacida de acontecimientos políticos ya pasados. Nuestros ministros tienen empeño en manifestar que no la emplean contra ninguno que no se mezcla en negocios políticos, y como me aseguran que no pondrian ningun impedimento á su desembarque, estoy certísimo de que la tal ley no perturbará su quietud cuando se halle en este pais.

Aunque nada sé de sus planes y determinacion de V. para lo porvenir, me ha parecido que acaso le será á V. útil el saber que en cualquir acontecimiento, tiene V. un asilo abierto en este pais. ¡Ojalá que nada adverso le obligue á V. á ello! Pero en cualquier caso, tendré la satisfaccion de haber cumplido con un deber de gratitud por las atenciones que he debido á V., y especialmente por la generosa clemencia con que, en 1805, á instancia mia, salvó V. la vida del infeliz Poevell. Este favor está tan vivamente impreso en mi memoria, que no puedo menos de aprovecharme de la primera ocasion que se ofrece, para mostrar mi agradecimiento. Con sinceros deseos de la felicidad de V. quedo su obligado y fiel amigo.

Q. S. M. B.

V. Holland.

En Londres 30 de enero de 1819.

P. D. Una carta dirigida á *Holland House Kensington London* me halla siempre.

Copia literal de mi respuesta.

Roma, 24 de febrero de 1819.

Milord y mi muy amado amigo,

La carta con que V. me favorece de 30 de enero es la mayor prueba de su amistad y la mas relevante demostracion de la grandeza de su alma. Si amigo mio, puedo con verdad y con razon querellarme de los hombres, asegurándole que entre el número inmenso de personas á quienes he rendido servicios singulares, una sola no he encontrado que haya correspondido á los sentimientos de nobleza que distinguen al hombre honrado del débil; todos, todos han enmudecido al verme perseguido por la suerte, y solo han recurrido á mí los que necesitaban nuevos socorros de mi liberalidad; este es el mundo, y tal lo conocia; pero la prueba ha sido cruel. Puedo no obstante lisonjearme de poseer un bien singular, ya que el respetable milord Holland me dispensa su amistad; agradezco pues amado amigo, todo cuanto ha ejecutado luego que llegó á su noticia la última desgracia que me aflige, y si las circunstancias del dia no variaren mi suerte mejorándola, seguiré el camino que mi amigo me ha franqueado; seré feliz; si algun dia puedo á viva voz demostrarle mi gratitud, y entre tanto concluyo asegurándole la sincera amistad y respeto de su afectísimo servidor,

Q. L. B. L. M.

El Príncipe de la Paz.

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS

CONTENIDOS

EN ESTE CUARTO TOMO.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

DOCUMENTOS.

FIN DEL ÍNDICE.

